

SERIE TIEMPO DE HISTORIA

José Carlos Mariátegui  
INVITACION A LA VIDA HEROICA  
ANTOLOGIA

Edición y diseño: Luis Valera  
Dibujo carátula: Carlos Tovar  
Corrección: Felipe Aguilar y Francisco Tumi  
Composición: Betaprint S.R.L.  
Impresión: Talleres Gráficos P.L. Villanueva S.A.  
© De esta edición Instituto de Apoyo Agrario  
con autorización de la Empresa Editora AMAUTA.  
Tizón y Bueno 847. Teléfono 713237  
Primera edición.  
Lima, Perú, 1989

Selección y presentación  
Alberto Flores Galindo y  
Ricardo Portocarrero Grados  
Prólogo  
Javier Mariátegui Chiappe



Instituto de Apoyo Agrario

## INDICE

Prólogo de Javier Mariátegui, 9

Presentación de Alberto Flores Galindo, 19

I. El alma vacía: febrero 1911-marzo 1918, 27

II. Por los caminos de Europa: abril 1918-febrero 1923, 87

III. Tradición y modernidad: marzo 1923-agosto 1926, 153

IV. Socialismo e indigenismo:

setiembre 1926-marzo 1928, 279

V. Asedios y rupturas: abril 1928-abril 1930, 331

Bibliografía, 439

Relación de textos, 449

## PROLOGO

En el pórtico de 7 *Ensayos* José Carlos Mariátegui señaló enfáticamente: "Muchos proyectos de libro visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene". Esta declaración, formulada a menos de dos años de su desaparición física, merece un análisis detenido sobre el alcance de su tarea intelectual en ese breve y fecundo lapso de su trayectoria vital y contiene quizá la clave de la real significación de los proyectos en apariencia truncos. Pero ahora sólo contentémonos con recordarla.

En una encuesta realizada por Ricardo Vegas García para la revista *Variedades* publicada el 6 de junio de 1925 sobre el tema "¿Qué prepara Ud.?", Mariátegui respondió con una declaración que contiene el sentido de su proyección existencial: "Ud. sabe, mi querido Vegas, que *mi vida es una vida preparatoria*. Y que, hasta ahora, *aparece como una nerviosa serie de inquietos preparativos*. No le sorprenderá, por ende, que mi respuesta, diferenciándome en esto de los otros escritores, le diga que *preparo, como siempre, muchas cosas. (No soy un caso de voluntad. No pretendo sino cumplir mi destino. Y si deseo hacer algo es porque me siento un poco "predestinado" para hacerlo.)*" (Enfasis nuestros.)

Entre los esbozos de libro que Mariátegui dejó anunciados se encuentra uno que debió titularse *Invitación a la vida heroica*. Este proyecto fue comunicado de modo reiterado, registrado por el entorno inmediato del Amauta y extendido

a la variada audiencia que concurría a la casa de Washington Izquierda. Su viuda, Anna Chiappe, sus colaboradores próximos como Ricardo Martínez de la Torre y Antonio Navarro Madrid, lo escucharon varias veces: era y es un título para recordar, por su alcance inmediato, pues es casi un llamado a la acción revolucionaria, al mismo tiempo que, como toda expresión metafórica, es abstracción compleja de sus contenidos representativos.

Veamos las huellas de este título en las fuentes que lo registran. En la contracarátula del número XXX de *Amauta* (Lima, abril-mayo de 1930), impreso cuando Mariátegui había ya fallecido y dedicado a su memoria, en la relación de las Obras de José Carlos publicadas, en prensa y por publicar, se menciona *Invitación a la vida heroica* entre las inéditas que "aparecerán seguidamente". El mismo anuncio se repite en la contratapa del número XXXI de *Amauta* (Lima, junio-julio de 1930). Esto quiere decir que tanto Martínez de la Torre, gerente de la revista hasta el número XXIX y director-gerente desde el número XXX, y Navarro Madrid, secretario de *Amauta* y conocedor directo del trabajo intelectual de Mariátegui, dieron *Invitación a la vida heroica* por escrito o recopilable con ese título en los artículos publicados por Mariátegui en los últimos años de su corta existencia.

Nosotros mismos, al publicar la segunda edición de *7 Ensayos* (Editorial Minerva, Lima, febrero de 1944), en la "solapa" posterior de la carátula, entre las obras entonces inéditas que se anunciaba publicar, consignamos también *Invitación a la vida heroica*. Entonces no estaba aún revisado en su integridad el archivo familiar y menos aún recopilados totalmente los escritos de José Carlos Mariátegui. La presencia de ese título revela, sin duda, que en el ámbito familiar se mantenía el recuerdo de ese nombre, transmitido oralmente de manera reiterada.

Sólo cuando se programó, a mediados de la década del 50, la publicación de las obras completas, empezando por la serie popular para facilitar su acceso al público lector, se tuvo el conjunto de los escritos de José Carlos Mariátegui.

Con excepción de los publicados en vida (*La escena contemporánea* y *7 Ensayos*) y los dejados casi listos para su publicación (*El alma matinal* y *otras estaciones del hombre de hoy*, *La novela y la vida* y *Defensa del marxismo. Teoría y práctica de la reacción*), los demás tomos fueron resultado de la compilación de los artículos de Mariátegui, con excepción de dos (*El artista y la época* y *Signos y obras*), inicialmente concebidos por el autor como capítulos de *El alma matinal*, a los que, por estrictas razones de extensión, dimos autonomía en tomos separados.

Entonces pudimos verificar que *Invitación a la vida heroica* sólo era un título que, a diferencia de *Ideología y política en el Perú* —el complemento de *7 Ensayos* tantas veces anunciado por Mariátegui y de cuyos originales perdidos se ha dado versiones diversas—, tema grato a la especulación mariateguiana, no fue escrito, aunque es posible inferir algunos aspectos de su probable contenido del conjunto de los escritos del *Amauta* y, en menor medida, de la memoria de sus colaboradores próximos y del testimonio familiar.

Creemos que *Invitación a la vida heroica* tuvo en Mariátegui un desarrollo mental antes que una concreción escrita, a semejanza del ensayo "Apología del aventurero", que figura en el contenido tentativo de *El alma matinal*, tal como se puede leer en la reproducción facsimilar del sobre en el que Mariátegui agrupó los contenidos de ese libro. El *Amauta* pensaba que la palabra "aventurero" tenía en el lenguaje usual una connotación negativa y hasta peyorativa que era menester rectificar. Para él, grandes figuras de la historia merecían ese calificativo. En otra encuesta, próxima a la fecha de presentación de los *7 Ensayos*, Mariátegui respondió sobre la figura de Colón y el significado del descubrimiento de América (*Variedades*, 13 de octubre de 1928): "Colón es uno de los grandes protagonistas de la civilización occidental. Hace más de cinco años, reportado por *Variedades*, para una de sus "Instantáneas", lo indiqué como el héroe histórico o pretérito de mi predilección. Pienso en él cada vez que me visita la idea de escribir una apología del aventurero. Porque hay que



reivindicar al aventurero, al gran aventurero. Las crónicas policiales, el léxico burgués, han desacreditado esta palabra. Colón es el tipo de gran aventurero: *pioneer* de *pioneers*. América es una creación suya". (Énfasis nuestros.)

Sobre héroes y creadores, Mariátegui adelantó —a poco de retornar al país, en la entrevista a la que alude en el párrafo anterior (*Variedades*, 26 de mayo de 1923), a la pregunta "¿Y el héroe de la vida real que gana sus simpatías?"— la siguiente respuesta: "El héroe anónimo de la fábrica, de la mina, del campo; el soldado ignoto de la revolución social"

¿Qué contenido probable hubiera tenido *Invitación a la vida heroica*? Si se revisa la obra mariateguiana, en conjunto, se puede advertir como un *leit motiv* su permanente creencia en el socialismo como una forma superior no sólo de organización social sino como la convicción de que sólo a través de este proceso histórico se forjará un hombre con un estilo de vida igualmente superior, capaz de favorecer la creatividad del ser humano y el disfrute de los más logrados desarrollos del espíritu. Es el *humanismo real* o *realista* de Marx, que tiene como meta el desarrollo total de la personalidad, la autorrealización plena del ser humano.

Para Mariátegui, la función ética del socialismo se sustenta en las aspiraciones revolucionarias que generan una "moral de productores", en la acepción soreliana de este tipo de nuevo hombre al que se llega "con ánimo heroico, con voluntad apasionada". En suma, el socialismo no es el resultado de una bancarrota: "tiene que ser el resultado de un tenaz y esforzado trabajo de ascensión". El "sentido heroico y creador del socialismo" se encuentra en la base misma de su papel civilizador. "El materialismo marxista comprendía todas las posibilidades de ascensión moral, espiritual y filosófica de nuestra época".

En las páginas de *El alma matinal* y con mayor precisión en las de *Defensa del marxismo*, Mariátegui explicitó sus ideas acerca del cambio cualitativo de la condición humana que el socialismo propugna. "Los marxistas no creemos que la

empresa de crear un nuevo orden social, superior al orden capitalista, incumba a una masa amorfa de parias y de oprimidos, guiada por evangélicos predicadores del bien". Agrega después: "En la lucha de clases, donde residen todos los elementos de lo sublime y heroico de su ascensión, el proletariado debe elevarse a una "moral de productores", muy distante y distinta de la "moral de esclavos", de que oficiosamente se empeñan en proveerlo sus gratuitos profesores de moral, horrorizados de su materialismo".

En la línea de Heráclito, que consideraba el combate como padre de todos los cambios, Mariátegui pensaba que al hombre de hoy había que proponerle "la excelencia de la fe, del mito, de la acción". Vanos resultan los esfuerzos por reactualizar viejas concepciones, mitos definitivamente periclitados: "Cada época quiere tener una intuición propia del mundo". Es la búsqueda del "alma encantada" de Romain Rolland, "el alma de los forjadores de la nueva civilización". Mientras la burguesía carece de un mito que la movilice eficazmente en la historia, "el proletariado tiene un mito, la revolución social". Y "la fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia, está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual" porque la "emoción revolucionaria es una emoción religiosa", con la diferencia sustancial de que "los motivos religiosos se han desplazado del cielo a la tierra. No son divinos; son humanos, son sociales".

Mariátegui, conforme con la concepción marxista del socialismo, pudo encontrar "la verdadera solución del antagonismo entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre. Es la verdadera solución del conflicto entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y la autoafirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es la solución del dilema de la historia y sabe que es la solución".

Al recalcar la importancia de las masas guiadas por una certera fuerza instintiva en la hazaña revolucionaria, Mariátegui agregó: "Los profesionales de la inteligencia no encontrarán el camino de la fe; la encontrarán las multitudes. A los filósofos les tocará, más tarde, codificar el pensamiento

que emerja de la gran gesta multitudinaria".

Expresión favorita de Mariátegui es la contenida en la proposición decimoprimer de las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx: "Los filósofos no han hecho otra cosa que *interpretar* el mundo de diversas maneras, pero de lo que se trata es de *transformarlo*". En el nuevo Mausoleo de Marx en el Cementerio Highgate de Londres, esta frase está reproducida como epitafio: es quizá, condensada, la más lograda formulación del pensamiento marxista.

La selección antológica preparada por Alberto Flores Galindo y colaboradores ha elegido el título *Invitación a la vida heroica* no sólo como una suerte de homenaje a un proyecto mariateguiano truncado por su prematura muerte, "arrancado de este mundo en plena floración de su madurez", como el Amauta escribiera a propósito de Valdelomar. Es también un recuerdo respetuoso a quien hizo de su existencia y de su obra una permanente "invitación a la vida heroica".

Esta antología presenta los escritos en cinco etapas cronológicas. De esta manera, se accede a los escritos de Mariátegui en secuencia temporal, en perspectiva longitudinal, desde la "adolescencia literaria" de los *Escritos juveniles* hasta las últimas páginas escritas a fines de marzo de 1930, esto es, a pocos días de su desaparición física, el 16 de abril. De este modo, el lector puede lograr una aproximación global y abarcable del pensamiento de Mariátegui, con sus transiciones y variantes de matiz, señaladamente en la etapa que denominó su "edad de piedra".

La presente compilación permite también apreciar la continuidad y la evolución del trabajo intelectual mariateguiano, apreciándose progresivamente la diferenciación del estilo en procura de "fórmulas concisas y precisas" para expresar las ideas, hasta decantar en ese modo inconfundible de sus años de madurez intelectual, que, por declaración reiterada del mismo Mariátegui, se suele considerar a su producción escrita desde su retorno de Europa.

Una visión en perspectiva temporal permite asimismo

verificar la permanencia de ciertas premisas básicas de ética intelectual y el curso de una sensibilidad social que culmina en la filiación doctrinaria y en la fe revolucionaria. En la célebre entrevista que condujo Angela Ramos (*Mundial*, Lima, 23 de julio de 1926), a la primera pregunta: "¿Cómo cambiaron sus rumbos y aspiraciones literarias y se definieron en la forma que hoy se han definido?", respondió: "*En el fondo, no estoy muy seguro de haber cambiado. ¿Era yo, en mi adolescencia literaria, el que los demás creían, el que yo mismo creía? Pienso que sus expresiones, sus gestos primeros no definen a un hombre en formación. Si en mi adolescencia mi actitud fue más literaria y estética que religiosa y política, no hay de qué sorprenderse. Esta es una cuestión de trayectoria y una cuestión de ética. He madurado más que cambiado*". (Enfasis nuestros.)

Esta antología, al intentar ofrecer una imagen secuencial y enteriza del pensamiento de José Carlos Mariátegui, destaca la noble ambición del pensador de "cumplir un destino" para el cual se sentía de alguna manera "predestinado". Leal a sí, "le habría aterrado" traicionarse a sí mismo. "Mi sinceridad —declaró en la encuesta de Angela Ramos— es la única cosa a la que no he renunciado nunca".

Es difícil producir una antología "de consenso". Prima el sesgo, el interés o la preocupación actual del antologador y de quienes con él colaboran. La organización del material por etapas me parece un acierto. Quizá habría variado algunos contenidos por otros más próximos a mi conocimiento y preferencia personales. En todo caso, también así habría sido una forma arbitraria de ordenar estas páginas. Es pertinente recordar lo que sobre este tema escribió Mariátegui: "Difícil oficio el de antologista. Es raro que la antología salga indemne de la crítica. La antología no puede aspirar, razonablemente, sino a ser un muestrario aproximado de la poesía o la prosa...

Pero se le exigen, habitualmente, cualidades absolutas: se quiere que sean completas, imparciales, exactas, perfectas". Ninguna antología resistirá "la dura prueba de una crítica aferrada al canon abstracto de la antología perfecta".

Lo importante no es la discrepancia en los contenidos sino el perfil del autor que la antología logra, sin distorsiones ni acomodos oportunistas. Y esta antología cumple con el postulado de la honestidad, de la "sinceridad" que, como acabamos de anotar, es la nota permanente e irrenunciable que debemos cautelar quienes, desde distintos ángulos pero siempre desde la misma orilla, nos reclamamos mariateguistas.

Miraflores, 15 de mayo de 1989.

Javier Mariátegui.

*A los amigos, la vida y  
la amistad: agradecido.*

*"Pero la historia no da la razón a esa gente negativa y escéptica, sino a la gente afirmativa, romántica, heroica, que pensó que son aptos para la libertad todos los pueblos que saben adquirirla".*

*"Lo nacional y lo exótico". Mundial, 9/XII/1924.*

*"Trabajo en otros dos libros; Ideología y política en el Perú (comprometido para las ediciones de Historia nueva) e Invitación a la vida heroica". Mariátegui a Glusberg. 7/XI/1928.*

*"Nuestro problema es moral y político: nuestra filosofía santifica los valores de la práctica. Todo se reduce a un criterio de responsabilidad humana; si la lucha terrenal es la única realidad, cada uno vale en cuanto obra y somos nosotros los que hacemos nuestra historia. Esta es un progreso porque se desenvuelve siempre más rica de nuevas experiencias. No se trata ya de alcanzar un fin o de negarse en un renunciamento ascético; se trata de ser siempre más intensa y conscientemente uno mismo, de superar las cadenas de nuestra debilidad en un esfuerzo más humano, perenne".*

*"El idealismo materialista". Variedades, 17/V/1929.*

Mariátegui publicó su primer artículo en enero de 1911 y el último en marzo de 1930. En el lapso de esos veinte años elaboró cerca de 3,000 textos (Cuadro 1). El volumen de su producción se tornó significativo a partir de 1914, llegando a producir tres años después, durante 1917, cerca de 300 textos. Empezó elaborando crónicas periodísticas. Luego incursionó en el cuento, la poesía y el teatro (Cuadro 2). Por entonces recurría a seudónimos, el más popular de los cuales fue Juan Croniqueur. Y, en efecto, era un cronista algo afrancesado. Pero después de 1917, con algunas excepciones como el relato *Siegfried y el profesor Canela*, sólo publicaría ensayos periodísticos. Su producción decrece durante su estadía en Europa. Se incrementa a su regreso, desde 1923 en adelante. Durante ese período, su año más fructífero fue 1929. La fotografía de Mariátegui sentado en su escritorio, rodeado de libros y frente a una máquina de escribir, recoge la imagen del "rincón" donde se elaboró el socialismo peruano.

Sin embargo, este hombre inmovilizado durante sus años maduros en una silla de ruedas, tenía horizontes más amplios. Lo sedujo siempre la figura del aventurero y el descubridor. Empezó escribiendo sobre Europa. Después, el tema peruano lo absorbe hasta que su viaje a Italia (y también a Francia y Alemania) le permite retomar su preocupación por los temas europeos. Entre 1920 y 1922 estamos en los años

de las *Cartas de Italia*. Pero el mundo de Mariátegui se amplía. El interés por la experiencia soviética lo llevará a escribir sobre Lenin y Trotsky, a interesarse por los países eslavos y a seguir el derrotero asiático que parece asumir la "revolución mundial": China, Japón y también la India pasarán a integrar el horizonte político de Mariátegui. La escena mundial seguirá siendo su preocupación dominante hasta 1925, cuando adquieren alguna importancia sus escritos sobre Latinoamérica y, sobre todo, su producción acerca de temas peruanos. En la etapa final de su vida, desde fines de 1928, las cuestiones internacionales vuelven a predominar. Estos cambios trasuntan la tensión entre el horizonte mundial y el anclaje nacional de Mariátegui.

En vida, Mariátegui publicó dos libros. Dejó proyectados algunos otros. Pero ninguno fue escrito premeditadamente como tal. Nuestro autor escribía con el ritmo de la máquina de escribir (su *Underwood*) y en función de la demanda periodística. La formación que no pudo adquirir en los recintos académicos resultó de la lectura de cables y de frecuentar imprentas y redacciones. El periodismo de entonces se hacía a otro ritmo que el de ahora. Dejaba tiempo para observar la vida cotidiana. En cualquier artículo quedaba espacio para el debate político. Mariátegui empezó escribiendo en *La Prensa*. Colaboraría también en algunas publicaciones un tanto frívolas, tributarias en todo caso del mundo pretendidamente aristocrático del novecientos limeño, como *El Turf* o *Lulú*, y en otras de filiación nítidamente intelectual como *Colónida*. A partir de 1917 su firma aparece en publicaciones que asumen un cariz militante como *Nuestra Época* y *La Razón*. A esos años de iniciación los calificó Mariátegui como su "edad de piedra".

En esta antología no hemos querido sujetarnos a esa distinción drástica. Nos interesa el conjunto de la obra. Entonces incluimos no sólo los artículos periodísticos. También poemas. Se advierten continuidades pero también rupturas, que se dan antes y después del viaje a Europa. A partir de 1923, luego de su regreso al Perú, *Variedades* y *Mundial* le solicitarán artículos. Pero sus textos aparecen también en publicaciones estu-

diantiles como *Bohemia Azul*, revistas destinadas al proletariado, como *El Obrero Textil*, y luego en las empresas publicitarias que organizaría el mismo Mariátegui: *Amauta* y *Labor*. Muy poco de esta obra prolífica fue publicado fuera de Lima. Sin esta ciudad, sus calles y sus multitudes; sus cafés, sus fábricas y sus periódicos sería incomprensible el pensamiento de Mariátegui.

Leer los textos en orden cronológico nos permite descubrir las secretas filiaciones que llevaron a Mariátegui a interesarse por Gorki y Chaplin, antes de elaborar los "principios programáticos" del Partido Socialista, luego a escribir sobre Freud, evocar al profesor Canela o discutir la situación de Israel. El ensayo es esa capacidad para establecer relaciones inéditas, casi impredecibles, entre las cosas. Una vocación para pensar en términos de totalidad: ir de un espacio a otro. Unir a la inteligencia con la imaginación.

Entonces se trata de mostrar, con sus propios textos, cómo se fue construyendo una obra. En contra de lo que de sí mismo decía Mariátegui, era un escritor bastante autobiográfico. Otro aspecto de su romanticismo. Autor y producción intelectual se confunden. Las experiencias y los recuerdos son materiales tan importantes como las lecturas. De ahí que hayamos incluido textos de la correspondencia. Algunas veces la relación es muy evidente, como cuando la cronología aproxima una carta dirigida a Ernesto Reyna con el prólogo que sobre el libro de este autor, *El Amauta Atusparia*, escribiera Mariátegui.

Las cartas no sólo son ocasión para la confidencia o resultan testimonios de la vida íntima de Mariátegui; también permiten seguir sus desavenencias, las discusiones políticas en las que se enfrascó. Una obra apasionada y comprometida que podría eslabonarse alrededor de ciertas polémicas como las que mantuvo con Sánchez sobre el indigenismo o con Haya a propósito de la revolución en el Perú. La correspondencia vinculó a Mariátegui con escritores del interior del país. Existe toda una vertiente provinciana de su obra. Un rasgo distintivo del Perú de los años 20 será la confrontación entre Europa y la provincia: el cosmopolitismo y los espacios interiores.

Lima crece. Aparecen nuevas calles y avenidas. Los provincianos ya no sólo llegan a los suburbios. Ingresan a la universidad, se vuelven periodistas, profesionales, escritores. José Carlos Mariátegui, nacido en junio de 1894 en Moquegua, trasladado luego a Lima y viviendo entre 1899 y 1902 en Huacho, formará parte de un movimiento generacional. La llegada de provincianos a la capital subvierte el discurso oligárquico, funda otro lenguaje y otro estilo de encarar los problemas peruanos. Desde la provincia es posible asumir los desafíos de la modernidad. Pocos, como Mariátegui, entendieron a cabalidad esta manera de encarar el mundo. Todo cambia y se renueva. Nada permanece. La humanidad está en una marcha ininterrumpida que nunca termina por llegar a la tierra prometida. Así hay que entender el socialismo. Desde una concepción como esta —que no se aferra a la tierra prometida y a la búsqueda de una estación final—, el socialismo no podía plantearse como el fin de la historia, sino, por el contrario, la reanudación de la lucha y los conflictos con otros términos y personajes, pero de manera tan o más apasionante que antes. Una sensibilidad así podía analizar de manera absolutamente profana lo que estaba ocurriendo entonces en la URSS. Pero esto sería inadmisibile para quienes entendían al marxismo como una verdad revelada.

No hay —ni en la historia ni en la biografía— un derrotero definido de antemano. Hay que ir descubriendo las rutas y los senderos. El ordenamiento temático de los textos de Mariátegui —una opción válida desde luego en términos editoriales— impide advertir tanto la heterogeneidad de la obra como su mismo proceso de elaboración. La unidad no fue el libro sino el artículo, el ensayo periodístico. Es lo que hemos pretendido recomponer en esta antología. Estos textos fueron elaborados por un autor que supo situarse en su sociedad y en su tiempo. Esto tal vez Mariátegui se lo debió a esa temprana dolencia que lo obligará en 1902 a estar postrado durante cuatro años. Las circunstancias lo obligaron a la lectura. Tomó distancia de su entorno. Pudo observar primero la vida cotidiana de su ciudad, después las calles y plazas de otros países y finalmente, gracias al periodismo y los cables, la política internacional.

Pero nada en Mariátegui se entiende sin el encuentro con Marx. La lectura de los textos aquí reunidos muestra cómo para él marxismo fue sinónimo de bolchevismo, es decir, de revolución. Su ruptura con la socialdemocracia y con cualquier marxismo domesticado es muy evidente para cualquiera que lea estos textos. Pero esto no condujo a que Mariátegui se adscribiera a alguna otra ortodoxia. Un pensamiento revolucionario pero igualmente crítico y libre. Sin miedo a la verdad o a la realidad. Es una de las claves de su creatividad.

Alberto Flores Galindo

CUADRO I  
Escritos por año  
(1911-1930)

1911	1	1921	26
1912	3	1922	5
1913	4	1923	39
1914	29	1924	53
1915	78	1925	106
1916	253	1926	94
1917	292	1927	104
1918	250	1928	90
1919	21	1929	114
1920	15	1930	27
TOTAL			2,200

CUADRO II  
Escritos por género  
(1914-1920)

Año	Cuento	Poesía	Teatro	Artículos
1911	—	—	—	3
1912	—	—	—	3
1913	—	—	—	1
1914	2	—	—	27
1915	6	5	1	66
1916	6	40	1	227
1917	1	5	—	286
1918	—	—	—	250
1919	—	—	—	21
1920	—	—	—	15

## CRONOLOGIA [1894-1910]

1894. Nace en Moquegua el 14 de junio. Sus padres: María Amalia La Chira Vallejos y Francisco Javier Mariátegui. Tuvo dos hermanos: Guillermina y Julio César. Su padre abandona el hogar siendo José Carlos muy niño; la madre, para mantener a sus hijos, se traslada a Lima.
1899. La familia Mariátegui-La Chira se traslada a Huacho, donde reside la familia materna.
1901. José Carlos ingresa a la escuela.
1902. Sufre un accidente en la escuela, por lo cual es trasladado a Lima e internado en la Maison de Santé. Sufre una larga convalecencia de cuatro años, no pudiendo continuar sus estudios.
1907. Muere su padre, Francisco Javier Mariátegui, el 9 de noviembre en el Callao.
1909. Entra a trabajar como ayudante en el Taller de Linotipia en el diario *La Prensa*.
1910. Asciende a ayudante del linotipista y corrector de pruebas.

I

## EL ALMA VACIA

Febrero 1911 - Marzo 1918

"El artista contemporáneo, en la mayoría de los casos, lleva vacía el alma. La literatura de la decadencia es una literatura sin absoluto".



## CRONOLOGIA [1911-1917]

- 1911. En febrero aparece su primer artículo en el diario *La Prensa*, firmado con el seudónimo Juan Croniqueur. Ingresa al servicio de la redacción y ayuda en la clasificación de los telegramas de provincias.
- 1912. Le es encomendada la redacción de las notas policiales y de lotería.
- 1913. Se incorpora a la redacción de *La Prensa*.
- 1914. Comienza a escribir regularmente artículos para *La Prensa* sobre tópicos literarios y artísticos. Colabora con la revista *Mundo Limeño*.
- 1915. Inicia su colaboración con la revista hípica *El Turf* y con la revista femenina *Lulú*. En ellas se encuentran notas sociales, cuento y poesía.
- 1916. En enero estrena *Las tapadas*, obra de teatro escrita en colaboración con Julio de la Paz. La crítica no le fue favorable.  
En febrero se retira al Convento de los Descalzos. Los poemas que escribió durante el retiro se publican en la revista *Colónida*.  
En junio renuncia a *La Prensa*. Al mes siguiente ingresa a *El Tiempo* como redactor principal y cronista parlamentario con su sección *Voces*, dedicada a comentarios satíricos sobre la política nacional.

Es nombrado co-director de la revista *El Turf*. Publica el poema dramático *La Mariscala*, escrita junto a Abraham Valdelomar. Anuncia su libro de poesías *Tristeza*, que no llega a publicarse.

1917. Publica por corto tiempo el diario *La Noche*, en contraposición al diario *El Día*, el cual estaba vinculado al gobierno de Pardo.  
Se matricula en un curso de Latín en la Universidad Católica.  
Gana el premio *Municipalidad de Lima* otorgado por el Círculo de Periodistas, con su crónica periodística *La procesión tradicional*.  
Es elegido vicepresidente del Círculo de Periodistas.  
En noviembre, mientras los bolcheviques toman el poder en Rusia, estalla el escándalo del cementerio.

## 1/. CRONICAS MADRILEÑAS

La popularidad de Lerroux. El mitin de Jai Alai. Un poeta festivo.

Madrid, enero de 1911.

Señores redactores:

De tanto hay que hablar, en esta alegre y bella capital de España, que mis crónicas, se limitarán a tratar de todo aquello más interesante y seductor.

En mis correspondencias no hallarán, pues, cabida, aquellos asuntos, dignos de ser tratados por un criterio imperturbable y maduro, ni encontrarán en ellas tampoco los lectores de *La Prensa*, disertaciones sesudas, serias investigaciones de carácter científico, ni intrincamientos psicológicos que no son para tratarlos por esta pluma pecadora.

En cambio, hablaré de las cosas del día con un criterio ligero, sin detenerme en reflexiones de sabihondo y sin pedanterías ni remilgos de estilo pedestre y aliñado contaré lo más importante que ocurre en España y en esta su metrópoli la coronada villa del oso y del madroño.

En Jai Alai Valencia se verificó el primero del presente, un mitin organizado por los radicales, en el que hubo mucha gente, mucha bulla y mucha ociosa palabrería. Asistieron a dicho mitin entre otros prominentes y conspicuos radicales, los señores Azzati, Iglesias (don Emiliano) y el estupendo señor Lerroux.

Hablando en verdad, y sin pizca de intención de ofender al talentoso Lerroux, este político español ha tenido y tiene, quizás más que ninguno de sus colegas, el poder mágico de atraer irresistiblemente las multitudes. Ni Sol y

Ortega, el famoso republicano, ni Melquíades Álvarez, el orador eminente y talentoso, han podido hacerse de la popularidad de Lerroux, a quien todos conocen y de quien todos hablan. Es que Lerroux es el prototipo del orador sensacional, el de las palabras sonoras y convincentes y el del gesto persuasivo: habla al pueblo ávido de aplaudir, lo comprende y enloquece vitoreándolo.

Un escritor famoso decía: el libro que todos leen huele a plebe, y si parodiamos este proverbio elocuente diremos: el hombre que todos conocen y aplauden huele a plebe. Porque así la idiosincracia de la muchedumbre, y los que estudian con detención su particular psicología y la explicitan con inteligencia en su provecho: esos son los endiosados, los fetiches predilectos de las masas, que no comprenderían quizás a talentos superiores irrefragables.

Peró veo que me aparto de mi tema y que nada aún he dicho del mitin de Jai Alai. Justo es decir que la concurrencia fue inmensa, y que no faltaron bastantes mujeres, lo que prueba el progreso del feminismo en España.

Los discursos que se pronunciaron, fueron encaminados en su mayoría a atacar a los grandes y eminentes republicanos, Azcárate y Pablo Iglesias y a los solidarios, de lo que se deduce que estos íntegros señores radicales, no quieren amalgamarse con el gran número de republicanos, que por ser estos moderados difieren de ellos en que no están tocando sin descanso el clarín de guerra. Los radicales quieren precipitar los acontecimientos mientras que sus colegas republicanos, trabajan activamente —y ya en gran parte lo han conseguido— por hacer evolucionar el espíritu nacional. Quien como Pablo Iglesias, ha dedicado y dedica hoy como ayer, su talento y aptitudes luchando por la causa republicana, no merece pues, el calificativo infame de traidor, con que se le obsequia. Y este odio tan gratuito de los radicales hacia los republicanos conscientes como Iglesias, proviene sin duda entre otras causas y pretextos nimios del espíritu absorbente de los satélites del radicalismo que ansiosos de gloria y popularidad quieren para ellos el orgullo de ser los fundadores de la república en España. Ellos quieren ser los que aprovechen los frutos de la planta

republicana, cuyas simientes echaron con tanto trabajo y tan incansable lucha aquellos valientes paladines que se llamaron Pi y Margall y Joaquín Costa y que son hoy Pablo Iglesias, Azcárate y el mismo Lerroux que hoy provoca la disidencia.

Entre otros discursos pronunciados mencionaré sólo aquellos que más merecen citarse.

El señor Azzati, tribuno fogoso, pronunció un discurso que terminó diciendo entre otras cosas "que Lerroux es como un gigante de la fábula griega al que cuanto más se trataba de hundir más se elevaba su estatura".

El joven y elocuente orador Emiliano Iglesias, dijo durante su peroración, que la Bastilla no la tomarían los libros, sino las picas de los ciudadanos.

Para terminar, Lerroux en medio de la expectación general, pronunció un discurso lleno de conceptos brillantes y de frases asombrosas. Y la multitud le escuchaba embebida, recogiendo de sus labios las frases sonoras y elocuentes. Recordó Lerroux el nacimiento del radicalismo en España, hizo historia de todas las vicisitudes sufridas por los que patrocinaban su causa, manifiestos en que los solidarios quedaban aislados de la opinión. "No quieren enterarse —dijo— que ya les llega la hora del relevo como a los generales cuando cumplen su edad y quieren permanecer en sus destinos" (¡Olé!) y terminó diciendo entre otras cosas: "El primer combate se trabará el día que Maura y La Cierva sean llamados al poder. Ese día me veo fusilado".

La ovación que siguió a este discurso, no es para ser descrita. Todos enronquecían, viviendo a Lerroux y al partido radical.

Por la noche del día que se verificó el mitin se dio un banquete en Miramar, en honor de Lerroux y —claro está— sobraron los brindis... y las libaciones de champagne.

Juan Pérez Zúñiga, es un poeta festivo español que todos los días nos prodiga las radiocidades de su número selecto. Escribe sus versos graciosos y sutiles, impregnados de un decir burlesco y de un salero netamente madrileño. Porque mientras los hermanos Álvarez Quintero, poetas andaluces hartos de gloria y de prestigio, nos hablan sólo del

castillo solariego, del cortijo rústico y amable, del baturro decidido y de la aldeana robusta y guapota, Pérez Zúñiga, se burla a más no poder del pollo futre y vanidoso, del señor de banca grueso y agitado y de las porteras madrileñas, nuevas madamas Pipelet, parleras y regañonas. A todos nos hace reír este sátiro burlesco que sólo vive para mofarse de cosas serias.

¿Quién no recuerda de sus "viajes morrocotudos", esa obra impregnada de su risa loca y estrepitosa? Nadie. Todos nos sabemos de memoria aquellos pasajes chistosísimos, en que Pérez Zúñiga y su amigo Xandaro, ruedan por este pícaro mundo en busca del "trifinus melancolicus", como en otros tiempos el hidalgo manchuco, amador de Dulcinea, vagaba, acompañado de su locuaz escudero, por cortijos y serranías en busca de aventuras con gigantes y encantadores quiméricos.

Y tiene Pérez Zúñiga otra particularidad: él no se ha pegado a ninguna escuela literaria, su literatura lleva el sello de su originalidad característica. Y es que Pérez Zúñiga, sólo sabe hablarnos en su lenguaje vulgarizado, suyo y muy suyo, despreciando los refinamientos del habla castellana y los acicalamientos del estilista, que él no usa en sus fáciles composiciones. Y no me pidáis nada serio, porque este sátiro de patas de chivo y cara peluda, sólo sabe reírse, reírse siempre con su risa alocada y sarcástica.

*La Prensa. Lima, 24 de febrero de 1911.  
En Escritos juveniles, libro de próxima aparición.*

## 2/. DEL MOMENTO CUENTA EL CABLE

La amenaza de la conflagración europea se cierne hoy pavorosa sobre el universo. Austria y Servia están ya en guerra y los intereses continentales de uno y otro lado se agitan en torno al conflicto.

Servia, que lucha brava y resueltamente por su independencia, concita hoy en su rededor la mayor suma de simpatías. Es para todos el país pintoresco, celoso de su libertad y orgulloso de su tradición que se defiende de las acechanzas

de una diplomacia codiciosa y de un afán dominador y expansionista.

Reside aquí el germen de la conflagración. Los intereses antagónicos a Austria se juntan para destruir sus planes de absorción, más por práctica conveniencia que por quijotesco afán de defensa del débil.

Apenas es posible imaginar las proporciones que alcanzaría una guerra general en Europa. Ni siquiera admitiría comparación con la más grande y legendaria de las contiendas púnicas en que el ejército de Jerjes semejava un mar humano impetuoso y arrollador. Y las cifras de los ejércitos que en lucha tan titánica tomarían parte, sobrepasan todo cálculo.

Reviste tan pavorosos caracteres de catástrofe, que basta su consideración momentánea para llevar al ánimo el convencimiento de que la guerra no llegará a producirse. Con su realización los proclamados triunfos de la civilización y las conquistas del pacifismo, quedaría una derrota y llevaría al espíritu de todos la evidencia dolorosa de que la humanidad sigue siendo salvaje, impetuosa y brutal, a despecho de todas las doctrinas y de todos los principios con que se ha pensado utópicamente encadenar sus pasiones.

No es posible prever los resultados de contienda tan terrible, en que habría que quedar en claro las pretendidas ventajas de la dirección colectiva sobre la dirección unipersonal. Alemania representa en este momento la unidad en espíritu, en aspiraciones y en propósitos. En el Kaiser se encarnan todos los anhelos de esa nacionalidad vigorosa. El marca los ideales de su pueblo y resuelve sus destinos. La organización de Francia constituye el antítesis. Es el predominio del esfuerzo y de los ideales colectivos sobre el esfuerzo y los ideales individuales. La organización de Alemania, aunque antigua y casi anacrónica dentro de las tendencias actuales, representa tal vez mayor fuerza. Fue el espíritu conquistador y vigoroso de Alejandro el Grande el que llevó al ejército macedonio de uno al otro confín del mundo conocido. Y fue el genio de Napoleón y no la preparación militar francesa, quien dominó un continente tras una gloriosa sucesión de triunfos.

Ante el problema tremendo del presente, el espíritu

se pierde en oscuras y laberínticas divagaciones. Todas son inútiles. El conflicto europeo nos coloca ante una sima insondable y misteriosa, ante una interrogación enigmática. Cabe sólo preguntarse si todas las conquistas pacientes y lentas de la civilización, si todas sus victorias por el predominio del derecho y la justicia, habrán de quedar deshechas ante el estallido de una pasión, ante la ambición de un pueblo, ante la locura de un monarca, ante el amor propio de un diplomático. Y cabe preguntarse también si, al través de miles de años de evolución y de progreso, seguirán siendo los hombres tan brutales y sanguinarios como en tiempos pasados.

El proceso de Madame Cailleaux, sensacional *affaire* que ha absorbido a la prensa parisiense en los últimos días, ha encontrado el final que ya se preveía, la solución que se dibujaba. Madame Cailleaux ha sido absuelta.

El criterio penalista moderno no se encierra ya dentro del estrecho y enovinado de los códigos y las pragmáticas. Ha escapado de esta prisión y soluciona los problemas del delito de acuerdo con principios más humanos y más racionales, aunque un tanto arbitrarios a veces. Y, según este concepto, no son ya los tribunales, simples aplicadores de la ley y sus mandatos, sino cuerpos de deliberación que examinan las circunstancias del delito y restringen la pena a sus verdaderos alcances.

En casos como los de Madame Cailleaux la voz de la opinión lleva su influencia decisiva al criterio de los jueces. Madame Cailleaux había alcanzado el perdón del mundo entero al día siguiente del crimen, y el unánime clamor de compasión y simpatía que en favor de ella surgió hubo de imponerse más fuertemente a la conciencia del jurado de todos los subterfugios legalistas urdidos por el abogado de la defensa. Madame Cailleaux era la mujer valerosa, heroica, celosa de su felicidad, que no había vacilado en destruir el obstáculo que se imponía traidoramente en el camino de su vida. Habría sido inhumana la condena de esta delincuente a quien ya había sabido absolver la opinión.

Y además, el castigo de este crimen, habría sido se-

guramente de escasa eficacia. Madame Cailleaux habría sabido poner término a su existencia, mancillada ya por el ultraje de una condena, lo mismo que supo descargar el arma homicida sobre el detractor de su marido, que así tronchaba sus aspiraciones de dicha y de triunfo.

Esto parte de que como ejemplo y sanción habría tenido también poco valor. Para que la delincuente de esta tremenda y conmovedora tragedia tuviese imitadoras, sería preciso que existieran muchas Madame Cailleaux, fuertes de espíritu, grandes de corazón, impetuosas de sentimientos y de pasiones, capaces de hacer a su amor y a su felicidad el más heroico de los sacrificios.

*La Prensa.* Lima, 1 agosto de 1914.

En *Escritos juveniles*, libro de próxima aparición.

### 3/. LA MUERTE DE JAURES

En pleno apostolado de paz y de justicia, ha muerto asesinado Jean Jaurés, el más grande de los pensadores de la Francia contemporánea.

La mano aleve de un demente, de un fanático, incapaz de comprender la magnitud de sus ideales, ha segado la vida de este hombre excepcional, de este predicador de humanas y valientes doctrinas que en la crisis actual tuvo el gallardo gesto de oponer al desborde de las pasiones y de los rencores patrióticos el atajo vigoroso de su palabra de apóstol.

La vida de Jaurés se resume tan sólo en una lucha febril y constante por el triunfo de generosos principios, utópicos quizá.

Era Jaurés muy joven cuando sorprendió a todos con la publicación de una notable obra de filosofía superior, *La realidad del mundo sensible*, en la cual marcaba una tendencia reformista. La atención de los pensadores de Europa se concentró en torno del futuro tribuno que así ganaba el primer triunfo en la senda de su gloria.

Ansioso desde entonces de llevar a las mentalidades jóvenes principios sanos y altruistas, Jaurés se dedicó a la

enseñanza universitaria, sin abandonar sus estudios filosóficos.

Fue en 1885 que Jaurés ingresó al parlamento. Perteneció a las filas de los republicanos moderados. Su actuación fue breve, pero en ella comenzó ya a dibujarse la figura de un gran tribuno.

Vuelto a la Cámara en 1893, Jaurés evolucionó hacia el socialismo, por avenirse mejor con esta nueva orientación sus ideales de igualdad y de justicia. El verbo del tribuno resonó vibrante entonces en favor de todas las causas nobles. Pero cuando mayor elocuencia y mayor calor revistió fue cuando se levantó para condenar una injusticia, para destruir una arbitrariedad, para execrar un atropello. Jaurés combatió en aquella época con el más ardoroso de los entusiasmos y el más firme de los convencimientos al gabinete Dupuy. Y el juicio unánime de sus contemporáneos le consagró como el más grande de los oradores franceses.

Años más tarde, Jaurés tuvo principal participación en una de las más honrosas y valientes campañas parlamentarias y periodísticas. Al lado de Zola, emprendió la defensa de Dreyfus, aquella víctima del error o del chauvinismo político. Tuvo entonces, como el extraordinario escritor del *Yo acuso*, que enfrentarse a la corriente más poderosa del país, al juicio casi unánime de la opinión.

Esta generosa defensa dañó el prestigio popular de Jaurés de manera inequívoca. El patriotismo no pudo perdonar a un representante osadía tan enorme. Y como consecuencia de este rencor público, Jaurés fue derrotado en las elecciones legislativas, perdiendo su regreso al parlamento.

Pero este golpe no podía causar apocamiento en ánimo tan vigoroso, ni restar fuerza a convicciones tan arraigadas. La figura de Jaurés se exaltó en aquel momento a gloriosas alturas en la prosecución de su noble campaña. En la prensa, en la tribuna callejera, en todas partes Jaurés dejaba oír su voz en defensa de Dreyfus.

En 1901, volvió Jaurés a la Cámara acrecentados ya notablemente sus prestigios y su fama de notable orador. Todos sus esfuerzos se encaminaron a conseguir la unificación de los partidos socialistas franceses, a fin de robustecer su acción

y elementos. Triunfantes sus anhelos, le tocó presidir a la representación parlamentaria del socialismo, cuya importancia y significación política eran evidentes.

Sus esfuerzos por la asociación socialista no se detuvieron aquí. Realizó entonces una propaganda eficaz en todas las naciones europeas en favor de la unidad de los socialistas del continente. Y consecuente con sus propósitos, fundó en París *L'Humanité*, diario desde el cual prosiguió en forma más esforzada la difusión de doctrinas de paz, de unión y de justicia.

Entre sus numerosas obras se cuenta *La acción socialista*, varias colecciones de discursos parlamentarios y de artículos de crítica filosófica y los tomos de la Historia de la Constituyente y de la Convención, correspondientes a la *Historia socialista*, publicada bajo su dirección y con la colaboración de eminentes escritores.

Su elocuencia e ilustración le habían elevado a prominente lugar entre los más famosos oradores de Francia. De imaginación ágil, de gesto sugestivo, de cálida voz, Jaurés desde su escaño en el parlamento o desde su improvisada tribuna callejera, movía a las masas, sugería en ellas el culto de elevados ideales, enardecía su instintivo amor a la libertad, las empujaba a la conquista del derecho y la justicia. Sus discursos se distinguían no sólo por la profundidad de ideas y erudición puesta al explicarlas, sino por la galanura de la forma. De aquí el éxito de la oratoria, que por elegante y profusa en imágenes, encadenaba la atención del lector al desarrollo del tema. Jaurés con muy buen sentido, se había apartado de todo lo que significase gravedad, estiramiento y aridez de estilo; gravedad, estiramiento y aridez que dan en los discursos la impresión de campos desolados y yermos, de fatigantes y pelados desiertos, en que no luce jamás la gaya flor de una metáfora.

Tal vez en este hombre todo fuego, todo pasión, todo idea, todo nervio, hubo un visionario, un utopista, un engañado que no supo vislumbrar siquiera la angustiosa realidad de la vida en su empeño de soñar una humanidad justa y buena. Pero, equivocado o no, visionario o no, fue Jaurés un apóstol, un convencido, digno de todas las admiraciones.

Su vida tempestuosa, febril, inquieta, ha tenido el final trágico, pero glorioso que nadie esperaba. Jaurés ha caído en plena lucha, en plena acción, cuando quizá si la desconsoladora miseria de las cosas humanas había llevado ya a su espíritu el doloroso convencimiento de la esterilidad de sus ideales.

*La Prensa.* Lima, 3 agosto de 1914.

*Buelna.* Año II, Nº 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa. Enero-marzo de 1980. pp. 26-27.

*Páginas literarias.* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 1985 (Tercera edición). Selección y prólogo de Edmundo Cornejo. pp. 128-131. Próximamente incluido en sus *Escritos juveniles*.

#### 4/. JUAN MANUEL

En aquel pueblo de San Luis, viejo, apacible y serenamente pintoresco, era Juan Manuel, desde hacía quince años, el médico.

Quince años antes, Juan Manuel terminaba sus estudios y, modesto y abúlico como era, acogió de muy buen grado el nombramiento de médico titular que algunos influyentes amigos le consiguieron.

Y habitó desde entonces en San Luis, sin que nada turbara su vida monótona e invariable, compartiendo su tiempo entre las visitas a sus enfermos, que degeneraban en familiar tertulia con los deudos del paciente, las charlas con el boticario que, gordo, bonachón y todo era sin duda la persona más culta del pueblo, y la lectura de periódicos y libros de tan extrañas y revolucionarias teorías filosóficas que escandalizaban al párroco e intrigaban al gobernador, incapaz de comprender teoría alguna como casi todos los gobernadores.

Juan Manuel gustaba de vivir solitario. Le acompañaban únicamente una vieja de aquellas que también estofan un pollo como preparan una cataplasma, vieja buena aunque habladora que hacía a la vez de ama de llaves, cocinera y zurcidora de medias, y un gato rojo considerado por todos como un modelo de longevidad en este género de felinos. El ama se llamaba Ramona y Relámpago el gato, y eran los

dos, seres tranquilos, ordenados e inofensivos que se distinguían entre ellos sólo por la misteriosa tranquilidad del uno, mal avenida con su nombre desde luego, y la bulliciosa charlatanería de la otra.

Juan Manuel tenía un carácter raro. No era precisamente un misántropo y ni siquiera llegaba a huraño. Frecuentaba las veladas en la casa del cura y de don Belisario Rodríguez, negociante en ganados, que gustaba del briscán, rocambor, y juego de prendas. Don Belisario vivía con su esposa y un hijo Andrés, que le representaba en sus negocios, y tenía educándose en Lima a una hija, llamada Rosalía, a quien conoció Juan Manuel antes de que abandonara el pueblo y cuando no tenía más de diez años.

El médico estaba encariñado resueltamente con su libertad y temía el matrimonio, entre otras causas, por miedo a que la esposa utilizara en menesteres domésticos sus revistas científicas, echara al fuego los libros que escandalizaban al cura y desordenara la mesa vasta y negra de su escritorio, que tenía cierto fúnebre carácter, sin duda porque en ella escribía la casi totalidad de sus recetas. Para Juan Manuel, una mujer estaría quizá demás en su casa, ya que no consideraba tal a doña Ramona, a quien íntimamente definía en un género de vertebrados, bastante extraño, pero más útil e inofensivo en su concepto. Seriamente nunca pensó en la posibilidad de adquirir matrimonio ni en que pudiese hacerle falta.

Pese a su afanoso anhelo de emborracharse en la lectura de libros tremendos y de perder toda credulidad, era Juan Manuel un hombre bueno y sencillo, que se santiguaba al bostezar y hablaba con religioso respeto de Santa Rosa de Lima y San Antonio de Padua, a quien Ramona prendía todos los días una lámpara de aceite.

Juan Manuel fue despertado un día a medianoche con urgencia inusitada. Un muchacho había ido a decirle que don Belisario se hallaba grave y lo esperaba sin tardanza. Se vistió de prisa y salió a la calle sin perder segundo. Echó a andar seguido por el muchacho, en demanda de la casa del ganadero. La luna derramaba su luz blanca sobre los tejados donde los

gatos maullaban dolorosamente y los grillos decían el monorritmo interminable de su canción.

Don Belisario se moría sin remedio. Su casa estaba toda llena de gente y Juan Manuel hubo de abrirse dificultosamente paso para llegar hasta el lecho del paciente.

El diagnóstico fue comunicado sólo a Andrés, el hijo de don Belisario. No había esperanza. El viejo industrial se moría, entre la consternada desolación de los suyos y las lamentaciones bulliciosas de las gentes del pueblo que llenaban la casa, más por veletería que por condolencia.

Don Belisario dijo a su mujer su último deseo. Quería ver a su hija antes de morir. Quería verla.

Y Rosalía fue llamada por telégrafo, enseguida.

Muy pocos días después Rosalía llegaba al pueblo. Era joven, buena y lozanamente hermosa. Y tenía el solo defecto de haberse habituado mucho a la vida de la ciudad y de encontrar desesperante la monotonía de San Luis.

Al verla, el médico se sintió por primera vez un poco conmovido, sin que atinara a explicarse por qué.

Aquel día olvidó la lectura de sus libros revolucionarios y se durmió pensando en la tristeza de su vida sin recompensa y sin cariño.

Juan Manuel se había despertado muy temprano, tan temprano que la vieja y el gato, con ser madrugadores por excelencia, dormían tranquilamente.

El médico salió al jardincillo que hacía entrada a la casa y por primera vez reparó en la mal cuidada almáciga de trinitarias que ponía en un trecho su nota de color y poesía. Antes nunca le habían preocupado las flores. Y esta vez, la primera, Juan Manuel sintió que eran bellas y se hizo el propósito de cuidarlas.

Una matita muy pequeña parecía entre el exuberante florecimiento de las demás. Juan Manuel sintió pena por ella y, con solicitud cariñosa, la transplantó a un tiesto. Y también por primera vez creyó haber hecho una obra buena en su vida.

Don Belisario se murió como estaba previsto. Toda la casa se llenó de gente y Rosalía, pálida y enlutada, recibió la condolencia de las personas del pueblo. Primero el cura, luego el boticario, después el médico. Juan Manuel tendió la mano a Rosalía y se estremeció al contacto de la suya, pequeña y carnosa.

Varios días después Juan Manuel volvía a casa de Rosalía. La viuda había ido con Andrés al cementerio. Rosalía estaba sola. Entre los dos medió un silencio embarazoso largo tiempo. Juan Manuel fue el primero en hablar y sus palabras temblaban acariciadoras y entrecortadas...

Gradualmente el diálogo se animaba y crecía. Juan Manuel y Rosalía se hicieron confidencias del pasado y dedicaron una cariñosa frase a cada recuerdo.

Por una ventana, entreabierta, penetraba un haz de luz que atenuaba la penumbra de la sala. La ventana enmarcaba un trozo florecido del valle, en medio del cual serpenteaba caprichoso el camino. Todo en el paisaje contrastaba con la fúnebre tristeza de la estancia. Se diría un himno mudo al amor y a la vida.

Era el crepúsculo cuando Juan Manuel volvió a su casa. Antes de entrar, el médico acarició con solicitud mimosa la plantita recién transplantada. Retoñaba lozana y entre las hojas tiernas y verdes se hinchaban los primeros botones.

*La Prensa.* Lima, 3 agosto de 1914.

*Páginas literarias.* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 1985 (Tercera edición). Selección y prólogo de Edmundo Cornejo. pp. 73-77.  
*Escritos juveniles. Tomo I: Poesía, cuento y teatro.* Estudio preliminar, compilación y notas de Alberto Tauro. pp. 135-138.



## 5/. DEL MOMENTO

Cosas vulgares (al margen de la crónica policial)

Fue anteayer en el Hipódromo. Un hecho doloroso. Un hecho cruel que percutió hondamente en nuestro espíritu y puso en nuestro semblante un vago gesto de amargura. Los diarios han dado cuenta de él ampliamente, con la novelesca profusión de detalles acostumbrada. Pero no han reparado en uno conmovedor y triste. Los cronistas de policía desprecian tal vez estas insignificancias o no entienden de sentimentalismos inútiles.

Nosotros que gustamos de detenernos en estas cosas, que tenemos, por desdicha, en estos tiempos febriles de positivismo, un alma sensible y hasta romántica, nos hemos recogido por un instante para dedicar un recuerdo al miserable suicida y notar un contraste doloroso, una ironía amarga de la vida.

Fue en el Hipódromo. Ambiente rumoroso de fiesta y de alegría. Los espectadores se agolpan ansiosos de presenciar la gran prueba clásica anunciada. Se refleja en los ojos de muchos una extraña sed de sutiles emociones.

Un pobre diablo, un cualquiera ha sido aprehendido en las propias tribunas, sin que nadie lo vea. Es un ratero, un bribón impertinente, a quien los policías llevan a una celda. El ladrón ha sentido toda la rudeza de su desgracia, ha tenido un raptó de desesperación y de locura y se ha pegado un tiro. Y a las puertas del Hipódromo hasta donde llega el rumor bullicioso de las gentes ebrias de emoción, ha caído el cadáver sobre el charco caliente que su propia sangre ha formado en un segundo.

Dentro, la carrera clásica ha dado ya comienzo. Todos callan. Ha pasado un minuto, medio minuto más y los caballos corren veloces, luchando bravamente. De pronto ha estallado un grito unánime, un grito angustioso. Por un fatal accidente, ha caído el *crack* invencible hasta entonces, el favorito del público aficionado y fanático.

La carrera termina. Las gentes se lanzan hacia el sitio en que el caballo predilecto yace herido. Todos corren ansiosos, dejando las tribunas desiertas. Jadeantes llegan junto al *crack*

y le rodean. Ha estallado un coro de lamentaciones sinceras, anhelosas, en que se reflejan la pena de quienes lo maldicen porque les ha robado la emoción del final a que tenían derecho, porque les priva de futuros y deseados espectáculos. El egoísmo feroz de los hombres rebosa en estos lamentos.

Inconscientes, autómatas, hemos seguido a la gente. Nos hemos dejado arrastrar. Y hemos asistido al desfile de cientos de personas en torno del caballo derrengado, que marcha penosa y pausadamente a su corral distante. La extraña procesión ha avanzado hasta las puertas del Hipódromo y se ha detenido un breve rato, el bastante para que el *crack* descansara ligeramente.

Y hemos llegado al lugar donde el cadáver del suicida yacía. Tirado de bruces, con el sombrero sobre el cráneo deshecho, conservaba la posición de su caída. Nos hemos detenido. Hemos mirado con dolor este cuerpo ensangrentado y miserable. Unos cuantos curiosos se han parado un instante para verlo y han exclamado con más repugnancia que compasión: ¡Pobre diablo! Algunos han preguntado al comisario. Y el comisario ha dicho con tono insolente y despectivo: Era un ratero.

El desfile en pos del caballo ha seguido lentamente su camino. Lo vemos perderse a lo lejos, como una procesión fantástica, que lloraba la muerte de un héroe. Y al volver la vista nos hemos hallado solos, junto al cadáver del suicida infeliz que la policía custodia y que debe esperar allí tendido la llegada del juez del crimen que ha de instaurar el sumario.

Hemos sentido la amarga ironía del contraste, melancólicamente. El pobre diablo que se quitó la vida, desesperado, no merece una sola palabra compasiva. Nadie ha arrojado sobre su cadáver caliente todavía, crispado por el último gesto de la muerte, la piadosa limosna de un recuerdo cualquiera. Todos han preferido seguir a su corral al caballo herido, al caballo heroico, de músculos de acero, de cabeza orgullosa, de ancas formidables. Lloran su apartamiento obligado de las pistas, sin pensar que más tarde curará los tendones lesionados, recobrará el vigor que la tiranía del entrenamiento le restara y encontrará en una buena cuadra el descanso regalado que

requiere, y la compañía asidua de las hembras antes inaccesibles dentro de sus boxes estrechos.

Para el público cruel, egoísta, salvaje, no vale la vida de un hombre lo que el remo inútil de un equino. No hay quien quiera pensar en la íntima, en la terrible aunque vulgar tragedia que puede encerrar la vida del infeliz que se ha volado los sesos antes que volver a la desesperante soledad de una celda. No hay quien le crea digno de una frase de compasión cualquiera. Es la eterna injusticia de las cosas humanas.

Nosotros, que tenemos la sensiblería incalificable de consternarnos ante estas escenas, hemos vuelto en sí tras algún rato para exclamar tristemente: ¡Quién fuera caballo!

*La Prensa. Lima, 13 octubre de 1914.*

*Escritos juveniles.*

## 6/. "RUDYARD RING", GANADOR...

—¡"Rudyard Ring"! ¡"Rudyard Ring" for ever!...

Los aplausos al vencedor de la gran prueba clásica vibraban estruendosos.

Y "Rudyard Ring" paseó nervioso su fina lámina de vuelta al pesaje. Jim, el jockey, sonreía satisfecho. Y Alberto Domal, el afortunado gentleman, conducía de las bridas al vencedor.

Desde la tribuna los vio pasar, orgullosa, la señora de Domal. Era hermosa, era elegante y era joven la señora de Domal. Morena, de tez pálida y ojos negros de expresión infinita, con todos los nobles atributos de su belleza de criolla, sus ademanes decían de la gran señora, de la dama aristocrática que en teatros, salones y calles paseaba la caprichosa arrogancia de su spleen. A su lado Julio Gil, sportman impenitente en el amor y en las carreras, comentaba verboso y amanerado el triunfo de "Rudyard Ring" y halagaba mimoso a su dueña gentil.

Julio Gil no parecía ni joven ni viejo. Acicalado y pulcro, su silueta atildada daba una impresión de juventud que

desmentía su rostro estucado. Afeites, traje, ademanes, palabras, lo sindicaban como un ocioso elegante y galanteador profesional.

—¡Y Ud. que dudaba del triunfo de "Rudyard Ring"! Ahora, qué dice... A ver...

—No, Elena. Yo solo no dudaba. La prueba no era para "Rudyard Ring" ... Cualquiera diría que Ud. ha embrujado al caballo... Como ha embrujado a tantos.

La voz de Julio Gil era nerviosa, incitante, enamorada. La voz de Elena era coquetona, dúctil, musical.

—¿Y piensa Ud. que no ganará el gran clásico próximo?... Voy a creer que de caballos no sabe Ud. ya nada...

—Pues bien, esta opinión mía sí es definitiva. "Rudyard Ring" no ganará el domingo. Esa prueba es muy distinta de la que hoy ha vencido. En ella corren "Belveder", "Tick", "Gold Pirker"...

—"Rudyard Ring" ganará otra vuelta, Julio. Le apuesto cuanto quiera...

Y Elena reía, gozosa de contradecir al sportman...

—Acepto Elena. Le apuesto a Ud. ...

Ella le cortó nerviosa, juguetona:

—Le apuesto a Ud. ...

—¿Qué?... Hable Elena...

—¡Oh! ¡Qué atrevida!

—¡Elena! ¿Quiere Ud. jugarse en la carrera de "Rudyard Ring" la cita que tantas veces le he pedido? Diga Elena...

Ansioso, trémulo, se aproximaba a la gentil coqueta que reía aún...

—¡Vaya! Estoy tan segura de que ganará "Rudyard Ring", que se lo apuesto... Sólo porque estoy segura... Pero Ud. ¿qué pierde? A ver.

—Mi poney mulato, mi finísimo poney mulato que tanto codicia Domal. Un poney hecho para una amazona como Ud. ...

Domal, sonriente y satisfecho interrumpió el coloquio. Julio Gil le extendió la mano enguantada para felicitarlo.

Era una mañana gris y húmeda cuando Julio Gil llegó

al hipódromo. Un pequeño esfuerzo exigido a su naturaleza de *nosseur*.

Minutos más tarde hablaba con Jim, el jockey de Domal, que se aprestaba para los trabajos del día. Galoparían todos los caballos del stud. También "Rudyard Ring".

Julio Gil, pidió al Jockey su opinión sobre la carrera clásica. Y Jim le dijo su seguridad en el triunfo de "Rudyard Ring". Nunca estuvo mejor el caballo. Milagros del entraineur que le hacían invencible por el momento.

El sportman descubrió sus propósitos. El no quería que ganase "Rudyard Ring". No podía ser. Siempre fue buen amigo de Jim; por influencias de él lo favoreció y halagó la crítica de los periodistas y hoy que lo necesitaba, debía servirlo. Sería bien remunerado. Cien libras, de las cuales adelantaría una tercera parte. Le juró que no se trataba de una trampa de juego. Era un capricho distinto, cosas de mujer...

Jim dudó. Iba a traicionar a su amo. Era una prueba segura... Pero no pudo resistir. Deudas, obligaciones de esa Lily, siempre pedigrüña, le urgían dinero. Y este Julio Gil había sido para él un buen chico. Este Julio que lo miraba entretanto, que lo mareaba con sus palabras mimosas, que lo sugestionaba. Cedió Jim. Y guardó en su cartera el anticipo que Julio Gil le ofreció.

El sportman le estrechó efusivo la mano para despedirse:

—Gracias, Jim. Eres un buen muchacho. No sabes lo que me representa este servicio. ¿No te he dicho que son cosas de mujer? Le he apostado a la señora Domal que "Rudyard Ring" perderá. Si acierto tendré la cita que le he pedido y con ella su amor... ¡Qué mujer más hermosa! Te lo confío Jim, porque lo mereces...

Jim se quedó pensativo, estático. Vio al sportman que se alejaba presuroso, alzado el cuello del gabán, hacia el automóvil, en cuyo pescante se desperezaba prevenido el *chauffer*. Y tuvo tentaciones de llamarlo, de decirle que renunciaba al compromiso. Pero no supo decidirse.

El automóvil partió raudo. Jim meditaba. Lamentaba

el compromiso. Con la derrota de "Rudyard Ring" traicionaba a su amo y entregaba a su ama. Jim se estremeció. No quiso pensar en la coquetería caprichosa que había insinuado la apuesta. Se dijo tan sólo que ponía a su ama a merced de Julio Gil, del galanteador profesional y descorazonado, del aventurero del amor. ¡A ella, a Elena! Sacó de su bolsillo un pedazo de papel. Ella estaba ahí retratada, en una revista elegante, como una de las más gentiles paseantes del paddock. Jim la besó frenético.

Jim amaba a Elena. La amaba desde que traviesa y risueña visitó el stud, para regalar con terroncitos a "Rudyard Ring", a "Zaza" a "Fru-Fru". Le había hablado mimosa. Y le había embriagado con su perfume de esencias y de hembra elegante. Después, había vuelto a verla muchas veces. Y un día que le dijo: —Quiero que gane "Zaza". Lo quiero Jim. Te regalaré mi latiguillo—, él puso toda su habilidad para que "Zaza" ganara. Y ella le regaló su frágil fuetecillo de amazona. El soñaba con ella todos los días y cuando ella le hablaba, le contestaba trémulo y turbado.

Ahora, esta mujer de sus ensueños, iba a ser para Julio Gil. Y Jim se la entregaba. Vencido, angustiado no sabía rebelarse.

Sonó la voz del entraineur:

—Al trabajo, Jim. ¡Que se hace tarde!

"Rudyard Ring", "Belveder", "Gold Pirker", "Tick", "Tarapacá", "Amor". Desfilaron los seis competidores del clásico ante las miradas de las gentes agolpadas ante la barandilla. Gran día en Santa Beatriz.

"Rudyard Ring" iba jineteado por Jim. Jim iba triste. Cuando todos los caballos fueron hacia el poste de partida, Jim miró con angustia a la tribuna desde donde lo seguían con los anteojos Domal, Elena y Julio Gil. "Rudyard Ring" galopó soberbio.

Los timbres sonaron. Se sucedieron las pizarrillas de apuestas. "Rudyard Ring" era el favorito. Se clausuraron las ventanas del sport, y todas las miradas convergieron hacia el punto de partida.

El starter dio la señal y todos salieron en pelotón. Pronto se marcaba a la punta "Tarapacá", seguido por "Tick". Tercero "Rudyard Ring" que galopaba sin esfuerzo. En la curva Jim requirió severamente a su caballo y pasó el disco en la primera vuelta, a la cabeza del lote. "Tick" le entabló lucha. "Rudyard Ring" siguió a la punta. "Amor", exigido con firmeza se la arrebató por un momento para perderla luego.

Se acercaban a la curva nuevamente. Jim, sudoroso, trémulo, abrió a "Rudyard Ring" hacia la baranda exterior, levemente. Era el compromiso fatal, la voluntad del señorito, contra la cual él, el pobre jockey no podía rebelarse. Las gentes comenzaron a vocear ¡"Amor"!, ¡"Gold Pirker"!, ¡"Tick"!

Los gritos tuvieron un eco doloroso en el corazón de Jim. Iban a ganar a ¡"Rudyard Ring"! Julio Gil tendría a Elena. Creyó verlo gozoso, mirándola con lujuria y sintiendo ya la fricción de que era suya. Los celos lo expoliaron y se rebeló furioso.

Jim, loco, excitado, apeló al látigo con energía. El caballo se creció al castigo. Y empezó el rush más sensacional, más vertiginoso. Ya había dominado a todos. Faltaba sólo "Tick". Estaba casi sobre la meta. El látigo de Jim castigaba frenético a "Rudyard Ring". Y el crack obedecía al estímulo y se alargaba en un supremo esfuerzo.

Atronó una ovación. "Rudyard Ring" había vencido por una cabeza.

—¡"Rudyard Ring"! ¡"Rudyard Ring"!

En la tribuna, Elena aplaudía con sus manitas enguantadas y decía riendo a Julio Gil, asombrado y estático:

—¡Le he ganado! ¿Quiere apostarme otro poney?...

*El Turf.* Año I, Nº 13. Lima, 3 julio de 1915.

*Páginas literarias.* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1985. (Tercera edición.) Selección y prólogo de Edmundo Cornejo. pp. 55-60.

*Escritos juveniles. Tomo I: Poesía, cuento y teatro.* Lima, Editorial Gráfica Labor, 1987. Estudio preliminar, compilación y notas de Alberto Tauro. pp. 143-147.

## 7/. GESTO DE SPLEEN

Un cansancio muy grande e impreciso. Una sed/ de imposibles caricias. Un romántico amor/ que me envuelve en las mallas sutiles de su red/ y que me ha anestesiado, sin curar mi dolor...

Un desdén por la vida. Una vaga inquietud/ ante la certidumbre de que habré de morir/ y aunque siento infecunda mi fatal juventud/ una pena muy honda, muy honda de partir...

Una abulia indolente que me veda luchar/ y me sume en la estéril lasitud de soñar./ Un afán de aturdirme en el diario trajín.

Me espanta verme a solas. Busco la confusión/ por no oír la imperiosa voz de mi corazón/ y me río jocundo por disfrazar mi spleen...

*Lulú.* Año I, Nº 3. Lima, 28 julio de 1915.

*Escritos juveniles. Tomo I: Poesía, cuento y teatro.* Lima, Editorial Gráfica Labor, 1987. Estudio preliminar, compilación y notas de Alberto Tauro. p. 95.

*Páginas literarias.* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1985. (Tercera edición.) Selección y prólogo de Edmundo Cornejo. pp. 93-94.

## 8/. LA RUTA DE ICARO: ASOMANDOSE AL INFINITO

*Impresiones de un vuelo; escritas para el día de hoy, aniversario de Chávez.*

Esta mañana blanca y tibia de primavera, me he despertado madrugador y alegre. Y ansioso y vehemente he puesto prisa en echarme a la calle, espoleado por el recuerdo de que la noche anterior he dado al aviador Figueroa —a este hombre-pájaro que tuvo el atrevido empeño de desafiar la hostilidad traidora de los Andes—, mi palabra de acompañarle en un vuelo.

En esta casa de *La Prensa* debían esperarme a las nueve, unos amigos de periodismo y de bohemia; pero perennes informales no han sabido hacer el milagro de vencer por una vez siquiera su pereza de impertinentes nocherniegos. Y he encontrado sólo a uno, sajón en sus promesas, cronométrico en sus citas. Con él he ido en demanda del tranvía a Bellavista.

Y en el paradero, puesto ya el pie en el estribo, otro amigo me ha interrumpido para oír de mis labios la refrendación de la noticia de que yo iba a volar, que ha llegado a sus oídos. Cuando le he dicho que era cierta, aún ha dudado y me ha dicho luego: "¡Vaya un gusto de matarse!". Me he despedido. El carro se ha puesto en marcha. Y yo me he escrutado a mí mismo, sereno y tranquilo, para inquirir si tengo miedo, si estoy un poco arrepentido de mi promesa al aviador amigo, si temo el vuelo, si ha hecho en mi espíritu impresión, ligera u honda el augurio que sucedió a la interrogación del amigo que se llegó a mí hace un instante. Pero me he hallado indiferente, quieto, sin más sentimientos que uno muy grande de vehemencia por llegar lo más pronto al aeródromo y mirar el peligro. He ansiado la emoción fervientemente. Mi compañero me ha hablado de cosas distintas y me he mirado muy hondo. Seguramente piensa lo mismo que yo: que debo sentir miedo. Yo le he contestado sonriente y he visto con placer cómo pasaban raudos los árboles, los postes y las tapias del paisaje pelado y escueto y he pensado que cada instante me acercaba un poco a Bellavista.

Cuando he llegado al aeródromo ya estaba allí Figueroa. Es aún temprano. El aviador debe efectuar la ritual revisión de su monoplano. Entramos al hangar. Hay dentro una penumbra tibia, un acre olor a bencina y a petróleo. Los mecánicos escudriñan en el motor y lo abastecen cuidadosos para el vuelo. Figueroa va y viene de un lado a otro y observa un punto cualquiera de su aparato con su ojeada minuciosa. Luego torna a nosotros y nos habla. Yo veo en sus ojos la sospecha de que estoy inquieto. He pensado que tenía razón y he vuelto a escrutarme a mí mismo. Esta vez me he asombrado mucho de descubrir nuevamente que no tengo miedo. Figueroa ha callado. En el hangar se oye sólo el ruido metálico de

herramientas que funcionan en manos presurosas. El ruido se interrumpe y hay un gran silencio. Yo he pensado en estos instantes angustiosos del hangar que deben preceder a las grandes hazañas. He pensado en Chávez, cuando aguardaba el alistamiento de su aeroplano, en el hangar, antes del vuelo trágico. He pensado en Pegoud cuando ante su máquina en revisión, soñaba con una estupenda acrobacia del "looping the loop".

De pronto, Figueroa ha ordenado que se abriesen las puertas del hangar. Y al interior de la barraca ha entrado de un golpe la luz y yo he imaginado que el monoplano tenía un flanco esperezo de alegría ante la visión de ese retazo del infinito. Luego, los ayudantes del piloto han conducido fuera el monoplano. Figueroa, mi amigo y yo, los hemos seguido, mientras lo llevaban hacia la pista.

Nos hemos parado en seco. Figueroa me ha colocado en la cabeza un gorro de lana que apenas me deja libre los ojos, la nariz y la boca. No he querido aceptarle los anteojos. Y he concentrado todos mis pensamientos y todas mis ansias en pos del solo objetivo del miedo. He querido sentirlo. He ansiado sentirlo. Pero por una extraña rebeldía de mi naturaleza, el miedo no se ha presentado.

Figueroa ha subido a su asiento en el monoplano. Mi asiento es el siguiente al del piloto. Se me recomienda que en el instante de la partida eche el cuerpo adelante, para facilitar el *decollage*. Y Figueroa me dice: —Si quiere usted hablarme, gríteme al oído. Un ayudante impele con fuerza la hélice y ésta se pone un segundo después en movimiento vertiginoso. El torbellino formidable de viento que forma la hélice me aturde un tanto. El polvo que levanta y la violencia del remolino me ciegan casi. Siento que me azafa los ojos una ráfaga terrible y turbia. Y sufro una sensación de malestar indefinible.

A una voz de Figueroa se suelta el avión. He sentido que corriamos velozmente y que nos despegábamos del suelo, perseguidos aún por la sensación de la ráfaga inexorable. Cuando he abierto los ojos, el monoplano volaba sobre el mar. La impresión del malestar ha desaparecido por completo. La

hélice es ya como un gran ventilador. El torbellino de aire pesado y ferroso, fue la última sensación del suelo hostil. Yo lo he mirado con odio y he sentido un bienestar inmenso cuando el aeroplano ascendía sobre el mar con la proa puesta al infinito.

La mañana es clara y tibia. El cielo se diría huafeado por nubes blancas, a través de las cuales se adivina la concavidad azul. Tras de las nubes blancas, que sus fulgores hacen transparentes, pugna por escaparse el Sol. Yo miro hacia abajo. El monoplano describe una ligera curva siguiendo la línea de la orilla. Y veo a un lado el mar. Al otro, el campo verde y cortado geométricamente por las líneas pardas de los tapiales y el campo me hace la impresión de un gran plano preciso y luminoso. Viajamos, con rumbo hacia la Magdalena, sobre la escarpa de la orilla. Se empinan las olas como una amenaza y revientan en una alba floración de espuma. Y las rocas y la arena de la orilla son todas ascendentes cuando las olas espiran.

He sentido de pronto que el monoplano se inclinaba de un lado. Un ala se ha erguido mientras la otra ha declinado. Pienso que viramos. Y quiero pensar que es un accidente, que vamos a caer, creo que he atrapado el miedo y que voy a tener el ansiado minuto de angustia. Pero enseguida advierto que viajamos con rumbo al Callao nuevamente. Miro cercana la blanca mancha del Cementerio de Bellavista. Y, entre el marco del panorama verde, la miro poética. Allá en la lejanía, Lima brumosa y gris se recoge medrosa al pie del cerro cuya cima envuelve la niebla como un cendal de tristeza.

He sacado el reloj. Son las once de la mañana. Luego he gritado una frase al oído de Figueroa. El me ha respondido, pero he advertido que su voz se ahogaba en el mugido formidable del motor y que el torbellino que nos envolvía me sustraía su respuesta. He vuelto a gritar y entonces sí le he oído contestarme. He pensado en la gran angustia de un coloquio de éstos, monosilábico, clamante, entre un piloto y un pasajero perdidos y entre la gran inquietud de una tragedia próxima.

Repentinamente el monoplano asciende y baja luego. La impresión de este descenso rápido es angustiosa y molesta. He sentido una depresión muy grande y el primer malestar del vuelo. Pero, ignorante de que este tumbo inesperado era efecto de una veleidad del viento, he seguido confiado. Y he sentido otro tumbo más recio. Figueroa, imperturbable, movía sus palancas.

El monoplano avanza por encima del Callao. Me asomo hacia abajo y miro la población que es a mis ojos como una de esas ciudades de cartón con que juegan los niños. Irregular, parda, la miro recortada por el mar azul que se pierde en la lejanía brumosa. Y atisbo las calles, donde las gentes diminutas como soldaditos de plomo están puestas a mitad de la calzada. Las adivino sorprendidas por el ruido del motor, con las caras al cielo y un gran rictus de admiración en los semblantes atónitos. Pienso en que estos hombres-pájaros que así dominan los espacios, deben tener cuando pasan sobre las ciudades un gran gesto de orgulloso desprecio por todos los que no saben levantarse un palmo de la tierra e ignoran la sensación augusta del infinito.

La Punta se alarga como una sombra sobre el mar. Y el mar está poblado de naves y de barcas. El Dársena pizarroso, oscuro, se extiende entre el abigarrado conjunto de las naves tímidamente agrupadas a sus flancos. A mis oídos, no llega un solo rumor de la ciudad. Ansío una voz cualquiera de la ciudad bullente y agitada, deseo un toque lento y armónico de campanario que turbe el monorritmo ronco de la hélice. Pero parece que la ciudad callara, que la ciudad durmiera y que no hubiese más sonido que la sinfonía ululante de los aires.

Hemos virado nuevamente. Volamos otra vez, proa a la Magdalena. A un lado, miro el mar. Al otro, la costa. Repentinamente, las nubes blancas que envuelven el cielo azul y luminoso, han sufrido un desgarro. Un haz de luz solar, rubia y caliente, ha caído sobre la barquilla y la ha hecho luminosa. Yo sueño que el sol ha hecho un gran esfuerzo para rasgar las nubes que lo apresan y para envolvernos en una blanca epifanía de luz, como una salutación. Y he entornado

los ojos al sentir que ese rayo me quemaba los párpados, amorosamente.

Hemos dejado atrás, nuevamente, el aeródromo. Avanzamos raudamente hacia la Magdalena. Miro el paisaje de Lima que se tiende a lo lejos. Siento que corremos hacia él. Pronto el aeroplano traza una curva. Volvemos a Bellavista. Rápidamente dejamos atrás La Legua. La blanca casa de campo de una hacienda, simula una paloma yaciente en la verdura. Una embestida del viento nos hace subir para descender luego. Yo ya me he habituado casi al vértigo de estas sacudidas.

Inesperadamente, Figueroa hace cesar el motor. El movimiento de la hélice aminora de pronto. Miro hacia abajo. El cementerio de Bellavista, surge otra vez entre el paisaje campesino. El cementerio abajo. La máquina que se detiene y se lanza raudamente hacia el aeródromo. ¿Voy a sentir el minuto de la angustia? ¿Vendrá el miedo? No tengo el tiempo para seguir pensando. Las sensaciones son rápidas, sucesivas, violentas. El monoplano está ya muy cerca de la tierra. Toca el suelo y se eleva luego un trecho como en un arrepentimiento. Se me antoja una golondrina que llega a ras de tierra y torna a remontarse. Vuelve a tocar el suelo y vuelve a elevarse, esta vez más débilmente. Al fin se detiene. Yo he sacado nuevamente mi reloj. Son las once y diez minutos. He estrechado la mano de Figueroa. Una multitud abigarrada y vocinglera, llega hasta nosotros corriendo.

Mi amigo viene a mí el primero inquisidor, curioso. Cambiamos sonrientes una impresión rápida. Me desencasqueto el gorro. Callo. Y pienso que es una gran lástima haber tenido tantas sensaciones raudas y no haber sentido el ansiado minuto de angustia y de miedo. Y me lamento del extraño placer que no he gozado...

*La Prensa. Lima, 27 setiembre de 1915. En sus Escritos juveniles.*

## 9/. CARTAS A X.

Glosario de las cosas cotidianas.

14 de febrero

Hace seis meses más o menos, Julio de la Paz me presentó en el *foyer* de un teatro a un señor rubicundo, gallardo, exótico y con ostensibles señales de evidentes civilización y originalidad. Era el pintor catalán Roura de Oxandaberro.

Cambiamos la convencional frase de nuestra satisfacción por el honor de conocernos. Y nos dimos la mano. Julio de la Paz dijo una frase para expresar mi calidad y otra para expresar la calidad del señor Roura de Oxandaberro. Intentamos la conversación, pero inútilmente. El señor Roura de Oxandaberro tiene un crudísimo acento catalán, y, como si no fuese bastante, desvirtúa y mistifica su voz una nasalidad mortificante. Preferimos un refresco. Yo bebí un "ice cream soda".

Después nos encontramos muy de raro en raro. Y cuando nos encontrábamos era trivial y frívolo y vulgar el insignificante diálogo. La nasalidad y el acento catalán del señor Roura de Oxandaberro resultaban una traba para la compresión de nuestros espíritus. Oyendo al señor Roura de Oxandaberro no es fácil convencerse de que sea un gran pintor.

No supe nada de Oxandaberro como artista. Vi tan sólo algunos dibujos desiguales, extravagantes y a veces churriguerescos que publicó en una revista limeña. Y aunque sé cómo las exigencias obligan al artista y al literato a las claudicaciones frecuentes de una producción mercenaria e insincera, me pregunté si Oxandaberro no sería uno de tantos mediocres arrojados a tierras americanas por el fracaso o la aventura y si bastarían para recomendar su personalidad los sacrificios de una voluntaria reclusión en desapacibles y traidoras selvas que me hicieron bien querer el espíritu noble y excepcional de este pintor bohemio y amigo Herminio Arias de Solís.



Y hace apenas unas horas que sé cómo Oxandaberro es realmente un gran artista, cuya exposición de cuadros lo consagra y honra. Nuestro común amigo el Conde de Lemos me ha hablado de esta exposición con todo el entusiasmo que saben despertar en él esas grandes cosas que son el arte y la belleza. Y me ha dicho:

—Vaya usted, Juan Croniqueur, a esa casa de Divorciadas donde tocan las gentes de la Filarmonía y verá cuadros maravillosos de Roura de Oxandaberro. Yo admiro ya a este hombre. Me orgullecería mucho pintar como él.

Y yo he visitado esta tarde, cuando la inclemencia ultrajante y fecunda del sol se ha aplacado un tanto, la exposición de Roura de Oxandaberro. He visto efectivamente cuadros que me han hecho sentir admiración.

Usted que es pintor amigo mío; usted que siente y comprende estas cosas que con religiosidad tan devota reverenciamos los dos; usted que en esa serranía lejana estudia el alma milagrosa de los paisajes lunados, de los crepúsculos luminosos y de los serenos panoramas geórgicos, habría sentido la misma admiración que yo ante algunos de los vigorosos, expresivos, vibrantes y robustos lienzos de Oxandaberro. Yo no sabría decirle bien mis impresiones.

Hay en la exposición de Oxandaberro una tela que él llama *Melancolías de los páramos*. Yo he sentido apresadas en ellas toda la tristeza sombría de las tardes misteriosas y de los paisajes desolados. Oxandaberro se revela un intérprete formidable de las cosas dolientes y trágicas de la naturaleza. Y en su tríptico *El poema de las cumbres*, canta, llora, rima, suspira el alma de la serranías gigantes que se yerguen como fantasmas en las noches torvas. Y en su *Himno al Sol*, el amanecer tiene matices pujantes, cálidos, maravillosos, que inundan el paisaje y vencen las brumas somnolientes que amadrinó la noche. Pero es en sus visiones de las selvas donde Oxandaberro ha puesto las más precisas, valientes y definidas rúbricas de su temperamento y de su originalidad. Viendo estos cuadros llegan hasta mi alma efluvios de poemas maeterlinianos y surgen evocaciones indecisas y vagas y sombrías del alma misteriosa de los bosques.

Los árboles son en ellos silentes personajes que dialogan con las sombras, que inquietan la tristeza de los cielos, que amparan conscientes la debilidad de las plantas pequeñas. No son los árboles que sugieren los estudios de botánica, ni tienen la arquitectura vulgar de los que de niños hallamos en las láminas e ilustraciones de la historia natural. Son los árboles que sentimos en la leyenda. Readquieren todos los prestigios de las cosas solemnes y hacen pasar como en una visión fantasmagórica la evocación de los cedros del Líbano, graves como profetas y sombríos e imploradores como archimandritas en penitencia, de los olivos que oyeron la oración de Jesús, de los árboles que poblaron los bosques donde soñara el pífano de Pan y triunfara la lubricidad de los faunos caprípedes y lloraron las carnes violadas de las ninfas, de los que en *Macbet* dan la visión trágica de una selva en marcha. Este Roura de Oxandaberro, amigo mío, ha penetrado en el alma de los árboles y en el secreto embrujado de los bosques. Cuando pinta el *Fantasma de la selva* sus árboles son como columnatas de un templo misterioso que aguardase un aquelarre. Y cuando pinta *El baño del fauno* parece que los árboles lloraran los insomnios de Dionisio y Afrodita.

Yo creo que este Roura de Oxandaberro es un pintor de grande y amargo sentimiento, que sabe apresar los matices sombríos de la naturaleza trágica. Y por que mi alma está de antiguo melancólica, porque no siento la alegría de la naturaleza optimista, porque desde niño tuve la gran virtud de ser triste, porque no deslumbran mis ojos las bellezas de los paisajes cromáticos y risueños, porque creo en la verdad unida del dolor, yo siento la poesía de sus cuadros y le admiro como a un espíritu hermano que hubiera hablado al mío muy hondamente.

15 de febrero

He escrito hoy un soneto desbordante de sinceridad y de unción. Todo un instante de hondo recogimiento de mi espíritu está en él. Búsquelo usted, amigo mío. Yo lo he releído tres veces con suma delectación.



16 de febrero

Ayer se ha suicidado un pobre diablo. Y este pobre diablo que ha tenido la bellaquería de esperar los ochenta años para matarse, ha tenido también la relativa distinción de intoxicarse con morfina. Esta manera de matarse expresa cierta serenidad en el suicidio y yo creo que hay pocas cosas tan interesantes como un hombre que se suicida serena y tranquilamente. Pienso que si Petronio hubiera tenido el acierto de abrirse las venas, sin mandato alguno, sería un hombre más admirable aún. Y que Nerón habría tenido un final brillante sin las irresoluciones y sin las cobardías que precedieron su muerte. El pistoletazo es vulgar.

Y he dicho, amigo mío, que es una bellaquería matarse a los ochenta años, porque creo que cada suicida es un predestinado siempre y debe tener el buen tino de matarse con oportunidad. Yo no tengo aún seguridad de no ser un predestinado para el suicidio. Lo inquiero vivamente. Y deseo que en el caso de descubrirme suicida irremediable, sepa matarme en buen momento. Quien ha de suicidarse al fin y al cabo no debe esperar nunca los ochenta años, la miseria, la senilidad, el ocaso, la derrota, el reuma, el hambre, la laxitud y la ataxia. Es una cosa inexplicable. Por eso yo admiro tanto a José Asunción Silva y estoy a punto de admirar a Manuel Acuña, olvidándome de que ese su *Nocturno* que cantan voces criollas comienzan diciendo "pues bien, yo necesito"...

Creo que el mal del siglo es una extraña fatiga de la vida, una inexplicable neurosis, un vago e indefinible cansancio que muchas veces culmina en el suicidio. En una de las crónicas que más me placen de esa época de entusiasmo periodístico que yo recordara en mi primera epístola, a propósito de una serie de suicidios, hablé con honda impresión del tema. Y decía, cómo el hastío incurable de la vida, el afán de encontrar en brazos de la que no siempre sin traicionar nuestra sinceridad llamamos la Intrusa son los mismos invariablemente. Los suicidios se suceden día a día, escribiendo en sus trágicas estadísticas una amarga impresión de desengaño, desesperanza y laceria.

El dolor de vivir invade los espíritus y despierta en ellos el deseo de buscar en la muerte la consolación ansiada. La miseria infinita que es la vida, aletarga todos los ideales, que son luz, alegría, optimismo y dibuja en los semblantes de los desengaños prematuros rictus de desolación y de tristeza. Y son la desolación y la tristeza que luego contemplan como fórmula de resolución las cápsulas de plomo de un revólver, la dosis de estricnina o bicloruro o el remanso traidor de un río. Es el mal del siglo. El cansancio de la vida, la neurosis que hace abominar de cuanto rodea y que sume las almas en una lacerante melancolía. La amargura de Werther y Leopardi, que en lírico italiano fue fuente de divina poesía y reflejó en poemas de infinito dolor la voluptuosidad de la tristeza.

Yo que en veces me he sentido tocado de esos anhelos e inquietudes que sumergen dolor, puedo decir al lector que creo y temo esta hipertensión de los corazones que los hace sangrar a cada amargura y a cada pena y arraiga lentamente en los cerebros la desesperación y el deseo vehemente y también voluptuoso de la muerte.

Los cantos de optimismo y de vida se apagan prematura y cruelmente y pasa por las alas una ola de desesperanza y desaliento. La voz de Shopenhauer adoctrina. Y en la filosofía de casi todos los escritores actuales frotan un acre sedimento de pesimismo, de desengaño y de tristeza.

¿Es la civilización que enferma las almas y las toca del letal anhelo de la muerte? El desencanto del progreso, la dura ley perenne de los poderosos, el clamor de miseria de los que sufren, cuanto deja en los espíritus la convicción de que la injusticia es una norma inexorable. Y la vorágine de esta vida febril que nos enferma, la electricidad que sensibiliza nuestros nervios gradualmente, el teléfono que genera muy lentos trastornos mentales, la mareante confusión de los automóviles que pasan raudos lastimándonos con el grito ululante de sus bocinas, toda va siendo germen fecundo de la neurastenia.

El lector que lleve dentro ese poco de neurosis común, que a veces nos esclaviza y nos hace aburrirnos, displicentes

y esplináticos, se preguntará acaso si al final de esta divagación, seguida a través de tanta incoherencia y tanto yermo, si también en su camino acecha el mal del siglo. Pero otro lector, el feliz, el práctico, el utilitario, el gordo, sonreirá, seguro de su bienestar inalterable, y se recetará a sí mismo como un antídoto eficaz contra turbaciones y locuras extrañas un beefsteack jugoso y en sazón...

17 de febrero

El juez doctor Mercado es sin duda un enamorado de la notoriedad. Cultiva la *pose* criolla. Una *pose* que sabe a anticuchos, mazamorra morada, choclo, turrones de doña Pepa y "causa". Gusta el doctor Mercado de las denuncias sensacionales. Y acaba de ocurrírsele una verdaderamente interesante, amigo mío. Hace algunos días se batieron a sable dos periodistas y se hirieron ambos. El doctor Mercado se ha escandalizado del hecho, ha estigmatizado a ese buen caballero chiflado que fue el Marqués de Cabriñana y ha iniciado un juicio contra duelistas y padrinos. El doctor Mercado ama la nota sensacional. Si hubiera nacido en el extranjero las revistas ilustradas publicarían interviews con su retrato y sus apuntes biográficos.

Sólo, amigo mío, que esta denuncia no pasará del período laborioso y soporífero de los sumarios. También aquella espeluznante tragedia de Ate anda en sumarios e instrucciones tenebrosas, en las cuales no hace luz la linterna de Diógenes del doctor Mercado, a quien preocupan más nuevas denuncias sensacionales. Todo esto es delicioso, amigo mío...

*La Prensa*, Lima, 18 febrero de 1916. En *Escritos juveniles*.

## 10/. PLEGARIA DEL CANSANCIO

A Ella...

Yo siento haber vivido de prisa. Mi sonrisa/ es una mueca triste de cansancio mortal./ Solloza en mis recuerdos la tem-

prana,/ indecisa, violación del secreto del Bien y del Mal.

Es sólo mi tristeza la tristeza enfermiza/ de un niño un poco místico y otro poco sensual,/ cuyo raro destino leyó una pitonisa,/ o el astrolabio intérprete de un oráculo astral.

Pasan por mí las cosas vertiginosamente/ y una arruga anacrónica se insinúa en mi frente/ como la huella amarga de mi última ilusión.

A veces me sonrío la visión de mi infancia/ y, en un dulce paréntesis de luz y de fragancia,/ digo tu nombre como si fuese una oración...

*Colónida*. Año I, Nº 3. Lima, 1 marzo de 1916.

*Buelna*. Año II, Nº 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa, Enero-marzo de 1980. p. 31

*Páginas literarias*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1985. (Tercera edición.) Selección y prólogo de Edmundo Cornejo. pp. 97-98.

*Escritos juveniles. Tomo I: Poesía, cuento y teatro*. Lima, Editorial Gráfica Labor, 1987. Estudio preliminar, compilación y notas de Alberto Tauro. p. 92.

## 11/. DE JOSÉ CARLOS MARIATEGUI A RUTH (BERTHA MOLINA)

Lima, 2 de abril de 1916

Dulce amiga:

Ayer he recibido su carta, como todas muy interesante, y ha sido grande mi satisfacción leyéndola. Todas las confidencias de Ruth incógnita y misteriosa tienen para mí un encanto singularísimo.

Tu regalo me produjo en el primer momento una impresión supersticiosa. Fue ayer a las 3 de la tarde más o menos cuando me fue entregada la carta y yo me encontraba en el peor estado de ánimo que es posible imaginar. Tan aburrido que, a pesar de mi obligación de hacerlo, no quise escribir nada para la edición de hoy. Y como tenía el ofrecimiento de tu retrato, antes de leer la carta que la acompañaba, la calavera aquella me hizo la impresión de una broma macabra.

Si sin intención tuya, tales formas toman tus líneas cuando dibujas, no vuelvas a dibujar a Ruth, a menos que te empeñes en asustar a tus amigos sensibles y en mal estado de ánimo. De todos modos, gracias por la delicadeza de la primacía artística. Eres muy gentil Ruth.

Lo serías mucho más indudablemente si hubieras cumplido tu promesa de enviarme tu retrato y renunciar siquiera en parte a su sigiloso incógnito. Seguramente lo merezco. A pesar de todas mis aparentes complicaciones, soy en el fondo un alma ingenua y sencilla que, a pesar de estar tan vivida, se acuerda a veces de que alienta una envoltura de diecinueve años.

¿Has sufrido Ruth? Eres entonces un espíritu que ha sentido la vida. El dolor es la única verdad. El dolor es purificador. En mí ha hiperestesiado todas mis aptitudes artísticas, todas mis sutilezas espirituales. Yo he sufrido y sufro probablemente más. Sufro un casi aislamiento, una absoluta soledad. Si fuera un pobre diablo no sufriría, porque podría vivir satisfecho con mi situación, con mis simpatías y mis afectos, con los veinticinco, cincuenta o cien bellacos que me dicen su amigo y que me acompañan a ver una función o a tomar un helado, con las expectativas de que algún día me den un puesto en Europa, con los halagos y atmósfera que esta calidad de escritor y literato crean siempre como una compensación para los pobres de espíritu. Pero como no soy un pobre diablo y tengo máximas sensibilidades desprecio todas estas cosas que a otros complacerían en sumo grado. Tengo la mala suerte de que mi corazón influya en mi vida definitivamente y que mi cerebro en cuanto a mi vida se refiere no influya en nada. Es una gran desgracia. ¿Si mis sentimientos obedeciesen a mis ideas, cuán infinitamente feliz sería, cuán ferozmente egoísta, cuán super-hombre! Pero es imposible Ruth y no hay más remedio que someterse a esa dura condición de haber nacido sentimental y delicado.

¡Oh, si yo tuviera por lo menos voluntad! ¡Si no fuera un abúlico! ¡Si no sufriera esta abrumadora pereza! Tendría por lo menos la satisfacción de hacer obra y de vivir fecun-

damente. Pero no sé qué orgullo artístico me hace repudiar el trabajo y no tengo voluntad para vencerlo. Si Ruth tuviera voluntad podría prestármela.

Recuerdas al principiar tu carta un verso mío. ¿Es sinceridad o es galantería? Si es sinceridad me enorgullece mucho porque fue con mi agrado. En este género, lo más feliz que he escrito es un soneto a Anita España. No sé si la conocerás. Se publicó en *Lulú*. Después, cada vez que recibo un álbum para firmarlo, me fastidio horriblemente y el álbum duerme en ocasiones uno o dos meses en mi escritorio. Al fin, escribo una tontería. Cualquiera de estos días me resuelvo a escribir en varios álbumes una misma poesía. Puede ser que así nadie vuelva a pedirme un autógrafo que tan poco vale pero que tan orgulloso es.

El joven del chambergo tiene viejos motivos de compañerismo e intimidad conmigo. Ha sido siempre muy cariñoso conmigo. Yo lo estimo también. Pero ni aún con él me liga una intimidad muy definida. No creas Ruth. Nos separan casi siempre ideas distintas en cuestiones literarias. Nuestros amigos no son los mismos. El, por ejemplo, está sumado al grupo de Palma y Gálvez, con el cual yo ando divorciado. Es ciertamente fastidioso tener enemigos, pero no vale la pena hacer un esfuerzo por evitarlos. También sería desesperante que todo el mundo hablase con cariño y elogio de uno. Si conmigo ocurriese esto, yo tendría mala idea de mí mismo. Una satisfacción unánime me indignaría. Yo nunca la buscaré.

Hoy te he visto en el Palais. Feliz instancia.

Durante la tarde evité el aburrimiento en las carreras.

Quisiera escribirte muy largo, pero me interrumpen para que vaya al teatro. ¡Qué fastidio! Mañana o pasado te escribiré.

Interrumpo esta carta contra mi voluntad. Perdón.

Hasta mañana, Ruth dulcísima.

Próximamente incluido en el *Anuario mariateguista*, Nº 1.

## 12/. CARTAS A X.

Glosario de las cosas cotidianas.

15 de julio

Yo no sé si después de las negociaciones, debates y componendas que han galvanizado el conflicto yanqui-mexicano, va a sobrevenir la guerra o va a restablecerse la paz entre ambos países. Cualquiera de estas soluciones, no evitará que quede en todos los espíritus reflexivos de la América Latina la certidumbre dolorosa del fracaso y de la mentira de ampulosas y bellas doctrinas y utopistas votos de latino-americanismo que un día recorrieron todos los pueblos indo-españoles del continente y tuvieran convencido, vehemente y verboso paladín en el atildado literato Manuel Ugarte.

Desde que Manuel Ugarte hizo romería de apostolado y prédica latino-americanista por la América del Centro y del Sur, ha sido ésta la primera vez que los yanquis invaden territorio latino-americano con desmán e injusticia que no exculpa el pretexto de la persecución del avieso y forajido zambo Pancho Villa y de sus aviesos y forajidos secuaces. Si en épocas normales para las relaciones entre la inescrupulosa y manufacturera República del Norte y de las indolentes Repúblicas del Sur, Manuel Ugarte, organizador de ligas, federaciones y logias latino-americanistas, aprovechó la iniciación del gobierno del catedrático Wilson para hacer la teatral postura de escribirle una epístola que le aconsejaba la adopción de una ruta de honestidad y de justicia; razonable y lógico habría sido esperar que, con ocasión de este conflicto, el circunstancial caudillo de tales logias, romerías, apostolados y posturas, hubiese tenido una actitud resonante, trascendental y sensible, condenando el avance de los yanquis y proclamando la solidaridad del sentimiento hispano-americano con la causa de México.

Habría que preguntarse si Manuel Ugarte, entregado hoy a las preocupaciones de política casera, se ha desencantado de sus propagandas, doctrinas y latino-americanismo y ha echado al olvido ideales, aspiraciones y utopías. Acaso Manuel

Ugarte después de sentirse Don Quijote hidalgo y noble de un gran ideal, ha sentido abrumado su espíritu por el desengaño y por el convencimiento de que apostolados y quijoterías son anacrónicos en un siglo de utilitarismo, especulación y sentido práctico. Acaso encontró razonable y conveniente conciliar sus arrestos de caballero andante con la prudencia dicharachera de Sancho símbolo.

O tal vez, Manuel Ugarte, cuentista atildado, poeta galante y político o diplomático en gestación, en la época en que, con la aureola de su juventud y de su bohemia pero sin antecedentes que anunciaran con anticipación al apóstol, lanzó al mundo un libro lleno de previsiones e idealismos generosos e inició su apostolado; tal vez, entonces, sintió sólo un fugaz entusiasmo, estimulado por el justo anhelo de popularidad y éxito.

Como fuese, no hay duda acerca de que a Manuel Ugarte le interesan hoy escasamente los problemas de la América Latina y las amenazas de la expansión yanqui o de que, si le siguen interesando, no quiere o no sabe hacerlo sensible, o sus actitudes y pensamientos no encuentran ya la resonancia, eco y difusión que encontrarán en instantes en que estaban revestidos de los atributos de la novedad y de la sorpresa. Ante el ultraje de una invasión que no puede estar suficientemente justificada por las turbulencias, convulsiones y desórdenes de la nación mexicana ni por las agresividades y pillajes de las hordas de aventureros, Manuel Ugarte y el organismo de la unión latino-americana que su palabra forjara, ha debido tener un gesto trascendental, resonante, fuerte, altivo, continental, que reuniese toda la gallardía de la protesta de una raza y toda la significación de la sinceridad de un ideal. Un gesto que fuese un gesto de la América Latina. No un mensaje telegráfico o postal, si lo ha habido, que dé impresión de telegrama o tarjeta de condolencias ceremoniosa, ritual y protocolaria. Con tal fórmula, el latino-americanismo habrá perdido todo el noble y romántico sentimentalismo que antes lo caracterizara bizarramente.

Yo recuerdo que hace más de tres años, cuando mi espíritu adolescente de entonces, a pesar de los raros excep-

ticismos que siempre lo enfermaron, era juvenilmente accesible a la sugestión de los grandes ideales, escuché con enorme interés y sobrado entusiasmo la conferencia que Manuel Ugarte ofreció en el Teatro Municipal con el objeto de soliviantar nuestros sentimientos latino-americanistas y nuestro orgullo de raza. Nunca tuve por los yanquis simpatía ni afecto ni supo crearlos mi admiración por Edgard Poe y Walt Whitman. La sajona austeridad del virtuoso Washington, del leñatero Lincoln, del esforzado Franklin y del libero Boocker, jamás fueron bastante para inculcarme amor a la raza anglo-americana. Pensaba desde entonces —yo pensaba ya a los dieciséis años— adversamente al hibridismo de las castas de América, exculpándolo en la hispano-española, en homenaje a las virtudes y gallardías que florecen siempre en los criollos hijos de indios y castellanos. Hallaron pues, eco propicio en mi alma las palabras de Manuel Ugarte señalando el peligro de la expansión yanqui que me recordaron las vibrantes estrofas de Rubén Darío apostrofando a Teodoro Roosevelt y a su raza; y con ingenuidad no común en quien tenía entonces tan escasos optimismos, pensé que el verbo del poeta argentino sería la simiente de una gran cruzada del pensamiento y de la acción latino-americanos, para defender su suelo, sus tradiciones y sus cosas, de la América sajona y enemiga. Mi distinguido amigo don Luis Ulloa, utopista incorregible y mucho más apóstol y más sincero americanista que Manuel Ugarte, contribuyó en parte a mi extraño optimismo.

Hoy —tres años hace que no pensaba en "el porvenir de América Latina", en la expansión yanqui, ni en el imperialismo amenazador de Mr. Teodoro Roosevelt—, en presencia de que los Estados Unidos han respondido con una invasión a los licenciosos desmanes del deshonesto y audaz revolucionario Pancho Villa, he sentido la resurrección de los sentimientos que tanta vibración tuvieron en mi lírica alma de adolescente. He leído con asombro que las cuerdas diplomacias hispano-americanas, acogiendo al estado de turbulencia en México, llegaban a aceptar la justicia de que las legiones de Mr. Wilson, el más temperante y cristiano presidente que, por otra parte, ha tenido los Estados Unidos en

los últimos tiempos, se dispusiesen a ultrajar la soberanía indefensa y débil de la nación azteca. Y me he preguntado entonces, amigo mío, cuáles iban a ser las grandes y sonoras actitudes que, románticas o no, audaces o no, iban a adoptar Manuel Ugarte y todos los devotos a su apostolado grandilocuente y sabio.

Creo ahora sinceramente que la América y mucho más la América española, no es tierra de apóstoles. Los criollos son hombres indolentes, cuyo temple de espíritu y condiciones de perseverancia, voluntad y carácter, son escasas casi siempre por muy grandes que sean su talento y su abnegación. De la América española no saldrá no sólo ningún Lutero, ningún Sakya Muni, ningún Mahoma, ningún Confucio, ningún Loyola, ningún Pedro el ermitaño, sino tampoco ningún John Barret, preconizador tenaz del pan-americanismo. El mismo señor Eugenio Noel, expurgador y excerrador de tantas cacerías de España, cuya constancia está aún muy puesta a prueba, sería aquí un poco exótico. La abulia es dolencia de la raza y como de ella casi todos carecemos de tenacidad, encontramos un poco ridículos a los que demuestran en empresa más o menos original e idealista.

Y hay un caso, presentado precisamente en nuestro suelo y en nuestra raza, cuya cita conviene. Túpac Amaru, que tuvo el vano ensueño del restablecimiento del imperio y de la dinastía incásicas, halló en su ensueño y en su cruzada escasos prosélitos y acabó derrotado y ajusticiado en el más absoluto y doloroso de los fracasos.

Y finalmente, el señor Lizares Quiñones, diputado por Azángaro, visionario preconizador también de la restauración del Tahuantinsuyo, no ha logrado hasta ahora conseguir un sólo adepto en su cámara que lo mira con risueña y amistosa tolerancia. Y el general Rumimaqui, ex-subprefecto y ex-presidente del Comité de Salud Pública, concluirá sentenciado vulgarmente por un tribunal de justicia militar.

Julio de la Paz, que nos señala el peligro de la muy amable raza amarilla, será nuestro último apóstol. No quiero hacer augurios.

## 13/. VOCES

## Huelga

Huelga en Trujillo. Huelga en Huacho. Huelga en Pativilca. Huelga en Paramonga. Huelga en San Nicolás. Huelga en el Parlamento. La cámara de diputados no celebró sesión ayer por falta de quórum. Se declaró en huelga una fracción de la mayoría. Y el señor Borda decía:

—¡La minoría como siempre está en su sitio! ¡La que ha faltado es la mayoría! ¡Que conste, excelentísimo señor!

Y es que los representantes de la mayoría recordaron el hábito de respetar el viernes de moda. Y convinieron en imitar los actuales gestos del proletariado. Y en proclamar también el derecho a la huelga. El señor Balbuena fue uno de los leaders de la huelga. En la plazuela de la Inquisición daba grandes voces:

—¡Este es honorables señores el derecho a la resistencia! ¡Y el derecho a la resistencia es sagrado! Un reglamento draconiano nos impone el quórum. ¡Y nuestra voluntad, honorables señores, se rebela contra este reglamento draconiano y recurre a la protesta de la huelga! ¡Seamos altivos! ¡Seamos rebeldes!

Parecía un apóstol ácrata. Parecía un orador libertario. Parecía un sindicalista. Y detenía a los representantes que se dirigían a la cámara y les notificaba la huelga. A las 4 y 30 p.m. el señor Manzanilla pasaba la última lista y declaraba que no había quórum y que en consecuencia no había sesión. Y añadía más tarde en los pasillos:

—¡El reglamento ante todo!

Y algunos representantes del festivo espíritu y regocijado humor se alborozaban, y eran así sus comentarios:

—¡Esto es ideal!

—Los viernes deben ser siempre viernes de moda.

—Vamos a tener así tres grandes día en la semana.

—Exacto. Los viernes de moda, los sábados del señor

Pardo y los miércoles del señor Manzanilla.

Y se atribuía a la falta de quórum una razón recóndita. La razón recóndita del miedo que inspira el debate de las responsabilidades políticas de los últimos tiempos. La evolución histórica pone nervioso al bloque. El bloque no tolera que se reviva el pasado. Las rememoraciones le hacen el mismo efecto que si se viniese abajo la farola. Y dice siempre:

—¡Dejemos el pasado! ¡Miremos al porvenir!

Y es entonces cuando el señor Torres Balcázar, más rojo y más solemne que nunca se pone en pie para hablar así:

—¡El pasado acusa!

*El Tiempo*. Lima, 9 setiembre de 1916. Próximamente incluido en sus *Escritos juveniles*.

## 14/. CARTA A UN POETA

A don Alberto Hidalgo

Aplaudo la arrogancia insolente y audaz con que les ha aventado Ud. a las gentes su libro de versos y se ha proclamado genio. Ha tenido Ud. la gallardía de exponerse a que las gentes soliviantadas le arrojasen el libro a la cabeza y le malhiriesen, tal la rabia del rechazo. Y contuso Ud. por la cólera de las gentes, los pocos poetas y artistas generosos y comprensivos que aquí somos, sólo habríamos podido correr para socorrerle y llevarle solícitamente a la asistencia pública.

Todavía no está acostumbrado este país a que los hombres talentosos se despojen de la modestia que tan embarazosa y mendaz es y arrastren los riesgos de llamarse grandes con mucha o con poca certidumbre de serlo. Y es que en nuestro país no han progresado aún bastante los métodos de "reclame" y aun no se ha puesto de uso que los escritores se anuncien como los industriales. Se justifica que un manufacturero se llame el mejor manufacturero, pero no se justifica que un prosador se llame el mejor prosador. Falta de equidad sensible y evidente, amigo Alberto Hidalgo.

Si usted no poseyera el señorío de un vigoroso talento y de un vibrante temperamento artístico, no sería yo quien le saludara con mi alabanza a su arribo a esta metrópoli, porque hay fundamentales ideas y afectos que están entre nosotros separándonos.

Usted es germanófilo y le canta al señor don Guillermo de Alemania, a quien Dios guarde pero niegue el triunfo. Yo soy francófilo y uno mi voz a las que cantan la loa a los héroes de Verdun.

Usted no niega a Dios pero no le ama y tiene usted ante él un gesto rebelde de ángel caído. Yo creo en Dios sobre todas las cosas y todo lo hago, devota y unciosamente en su nombre bendito. Cual el Emperador Constantino, yo acometo mis empresas por la señal de la Santa Cruz. Soy cristiano humilde y débil y no puedo sentirme Luzbel. Y pienso que Dios me asiste y consuela cuando lo invoco.

Creo en la sinceridad de su canto al Kaiser. Y no le haré por él impugnación. Si mi sentimiento es esclavo de Francia, mi pensamiento respeta y admira a Alemania. Me ha asombrado la fuerza y la grandeza de este país rubio y bárbaro, pero no he llegado a enamorarme de él, porque el nombre de Francia está en mi corazón y en mis labios, bien querido, magnífico y supremo.

Mas no creo en la sinceridad de su apóstrofe a Dios y le exhorto para que de él haga arrepentimiento y contricción que le devuelvan al dulce aprisco católico en el cual me siento tan a gusto y regalo.

La Arenga Lírica y los poemas acoplados a ella en su libro primerizo, me habrían bastado indudablemente para hacer buen conocimiento de su espíritu artístico, pues soy zahorí, perspicaz y avizor en estos análisis. Sin embargo, los versos que usted me ha leído o declamado luego, han perfeccionado tal conocimiento y me han ofrecido amplia y generosa visión de su aliento lírico.

En el nombre de este conocimiento y de este estudio, ya le digo, señor don Alberto Hidalgo, que es usted un poeta de este siglo. Tal título me parece la mejor alabanza que pueda dirigírsele en una tierra donde hay tanto poeta rezagado de

siglos que fueron. Los hay, Alberto Hidalgo, que no han salido de la época de las andanzas aventureras y de las caballerías andantes, como si aún las gentes de esta edad supiéramos sentirnos Don Quijote y supiéramos sentir empeño alguno de hacer pías abnegaciones y desfacer dolorosos yerros y feos entuertos. Y los hay de tales o cuales siglos herrumbrosos y olvidados, que se pasan la vida lamentándose de que este en que vivimos no les permite vestir cota y cimera o chambergo o casacón.

Los poetas de ahora no tenemos por qué sentirnos rezagados, no tenemos por qué darle a nuestra acerbo emocional el alimento de los romanticismos caducos y de las evocaciones plañideras, no tenemos por qué exhibirnos como unos renegados de nuestra edad y no tenemos por qué quejarnos de que Dios, gobernador absoluto del mundo, no nos haya consentido nacer en tiempos que yo no sé por qué fueron mejores.

Amemos nuestro siglo, Alberto Hidalgo. Es muy hermoso a pesar de sus crueldades, a pesar de sus injusticias, a pesar de sus mercantilismos. Y es especialmente muy amoroso con nosotros. No seamos ingratos. Si él nos da la estancia confortable y suntuosa, si él nos da el automóvil raudo y plácido, si él nos da el espectáculo elegante y exquisito, si él nos da el teléfono acucioso y oportuno, si él nos da la luz eléctrica maravillosa y pluscuamperfecta, si él nos da el aeroplano ligero e impávido, si él nos da la vianda máxima, el tóxico inverosímil y la fuerte emoción, ¿por qué, Alberto Hidalgo, vamos nosotros a responderle con la diatriba procax y el insulto menguado?

El atraso no es poesía, ni prosaismo el progreso. Dicen esto los trovadores pueriles de la guitarra y la serenata. Pero no debemos creérselo, porque tales trovadores son sandios y tontos de remate. El cielo les aguarda más no por cristianos sino por cándidos e inocentes.

Amemos nuestro siglo, Alberto Hidalgo. Yo lo encuentro bueno, grande y magnífico. Me siento feliz porque he nacido en él. Me gustan las carreras de caballos que son muy aristocráticas y muy gentiles. Me place el paseo en automóvil.



Me alegra la luz eléctrica. Me maravilla el trasatlántico. Me agrada el aeroplano. Me interesa el cinematógrafo. ¿Por qué, pues, voy a echarlas de medioeval y a decir que los hombres de hoy son muy malos, muy egoístas y muy especuladores?

Gracias al progreso —¡bendito y alabado sea!— yo he gozado de la emoción milagrosa del vuelo. El aeroplano me ha hecho viajar raudamente sobre el mar, sobre la ciudad, sobre el campo, sobre la vía y sobre el cementerio. La hélice ha sido mi ventilador. Mis pulmones han respirado el aire que respiran los ruiseñores y las águilas y que es muy puro, porque está muy lejos de la tierra.

Yo quiero a este siglo y lo venero. Si lo reprocho, mi reproche es cariñoso y mimoso. Si lo motejo, mi mote es suave y benigno. Si lo satirizo, mi sátira es risueña y amable. Me siento enamorado suyo. Y mis querellas con él serán querellas de amantes que no de enemigos.

Usted, Alberto Hidalgo, también quiere a este siglo. Y porque lo quiere, lo canta y explora los senderos de la nueva poesía, transeúnte de los cuales es mi automóvil, pues no tengo Pegaso ni Rocinante, no lo quiero para mi aventura.

Y porque es usted un poeta de este siglo, un poeta moderno, un poeta sincero, yo le estrecho la mano como un amigo y no pienso en que hace falta el espaldarazo.

Buenos días, poeta.

*El Tiempo*. Lima, 1. enero de 1917.

*Bucina*. Año II, Nº 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa.

Enero-marzo de 1980. pp. 34-35.

*Páginas literarias*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1985. (Tercera edición.) Selección y prólogo de Edmundo Cornejo. pp. 183-187.

Próximamente incluido en sus *Escritos juveniles*.

## 15/. VOCES

### Estremecimiento

Todo se está poniendo tenebroso y trágico. Todo. No son

únicamente los submarinos alemanes y sus acechanzas los que conmueven al mundo y no son únicamente los entredichos yanqui-germanos los que propagan grimas e inquietudes. También en el Perú se siente una onda fría y helada que parece el soplo de la intrusa en una obra de Maeterlink.

¡Prúuuuuuum!

¿Qué pasa?

La ciudad se agita y se estremece y se llena de angustia.

Y es que los indios de Huancané se han sublevado. Y es que han habido muchos muertos y muchos heridos. Y es que se ha conjurado un peligro tremendo. Y es que los indios están muy ensombrecidos. Y es que debe andar por allí el general Rumimaqui con una tea encendida en la mano derecha.

La ciudad, ensordecida por el bullicio de los acontecimientos universales y monopolizada totalmente por la lectura del cable y por su contenido, siente entonces que también el país está conflagrado y se llena de voces malas.

—¡Una partida de treinta y cinco hombres armados anda por las serranías de Bongará!

—¡Un período de pendencias, crímenes y desórdenes ha comenzado en Cutervo!

—¡Ha pasado un piquete de gendarmes por esa carretera!

—¡Rondan las autoridades de policía y visitan los cuarteles!

—¡Velan las gendarmerías!

El miedo cunde en un escalofrío y las voces se paralizan hasta que después de un rato suena una interrogación muy ingenua:

—¿Todo esto es porque vamos a declarar la guerra a Alemania?

La sonrisa torna entonces a los labios que vuelven a abstenerse en la lectura y el comentario del cable y en la lectura y en el comentario de lo que el Perú le dice a Alemania y de lo que el Perú le dice a los Estados Unidos.

Los ánimos se encienden.

—¡La guerra! ¡El bloqueo submarino! ¡El apocalipsis! ¡Alemania! ¡Von Tirpitz!



Y las viejas sencillas levantan las manos al cielo y claman:

— ¡Misericordia señor! ¡Este es el fin del mundo!

Y el gobierno que debía ser ecuaníme, que debía ser ponderado, que debía ser sereno, parece que les quiere dar la razón a las pobres viejas sencillas que levantan las manos al cielo y dicen que este es el fin del mundo.

La ciudad se acongoja, se consterna y se aflige de repente con la noticia de que los comandantes de los sumergibles "Ferré" y "Palacios" han sido puestos presos e incomunicados en el fuerte Santa Catalina.

Hay un pavor tremendo.

El fuerte de Santa Catalina tiene un nombre de resonancia dolorosa en el espíritu. Un nombre trágico. Un nombre que asusta. Un nombre que arredra. Un nombre que oprime el corazón como una pesadilla.

¡El fuerte de Santa Catalina!

Basta decirlo sonoro para que haya cierra puertas enseguida en toda la ciudad.

Y el gobierno, que seguramente lo sabe, lo ha gritado sorpresivamente para secuestrar en ese cuartel a los comandantes Valdivieso y Monge.

Todas las gentes se interrogan:

— ¿Por qué han tomado presos a los comandantes Valdivieso y Monge?

Y cuando se les responde:

— Por sus renunciaciones.

Las gentes parecen que no lo creyeran y se quedan mirando al Callao como si quisieran ver a la escuadra.

Y ocurre que la ciudad entera se dedica a atisbar a la escuadra. Se siente como que la ciudad pensara que la escuadra se fuese a mover de repente. Se siente como que la ciudad distinguiera a veces humo en sus chimeneas. Se siente como que la ciudad descubriera sorpresivamente lumbre en las calderas. Se siente que se sienten cosas raras, vagas y perturbadoras.

Hasta nosotros llegan rumores indescifrables que nos hielan la sangre.

Y a nosotros nadie nos quita de la cabeza que de todo tienen la culpa los malos nervios del señor Pardo que, seguramente, se pone a mirar el mar todas las noches, sin saber que el mar es en las noches muy inquietante, muy agorero y muy trágico.

*El Tiempo*. Lima, 13 febrero de 1917. En sus *Escritos juveniles*.

## 16/. VOCES

### Minuto solemne

Este minuto histórico que vivimos quiere no ser sólo grande en el mundo sino también aquí en el Perú. Y es por eso que unas veces estamos a punto de declararle la guerra a Alemania y otras veces nos sentimos amenazados por una sublevación de indígenas.

La vida nacional llega indudablemente a una etapa interesantísima. Se diría que asistimos a un renacimiento peruano. Tenemos arte incaico. Teatro incaico. Música incaica. Y para que nada nos falte nos ha sobrevenido una revolución incaica.

Si ponemos los ojos en una vidriera nos encontraremos con una momia. Si ponemos los ojos en un periódico nos encontraremos con un artículo del doctor Kimnich sobre las ruinas del Tiahuanaco. Si ponemos los ojos sobre un escenario nos encontraremos con Ollantay y Sumacctica. Y si ponemos los ojos sobre otro escenario nos encontraremos con el señor Daniel Alomía Robles y con el folklore aborigen.

Todas estas circunstancias se confabulan para dictar una sola conclusión: este es el renacimiento peruano. Se abren las huacas para que surjan las sombras de los emperadores del Tahuantinsuyo. Estamos en un minuto solemne.

Y si dirigimos la mirada al mapa nos encontraremos con que los indios, por virtud de la palabra del general Rumimaqui sueñan con la restauración de su mascaipacha simbólica, se han levantado en armas y les muestran los puños

agresivos a los osados mestizos que los sojuzgan y oprimen.

El calor de este minuto de nuestra historia es un rubio color de lana de vicuña. Su ritmo es un cadencioso ritmo de huaynito. Se diría que este renacimiento aparece conquistado y armonizado por un sumo sacerdote del Sol.

Apenas si no nos explicamos todavía cómo no surge en Lima, por ejemplo, una candidatura incaica. Sería una candidatura victoriosa desde su aparición. Haría un camino triunfal hacia las ánforas. Se pondría de moda. Los periódicos le harían réclame de epígrafes a dos columnas como a las compañías de los dramas legendarios.

Hay en la ciudad la sensación de este renacimiento. Se comprende que es muy grande el minuto presente. Se abre la boca de admiración. Pero no falta, por supuesto, el comentario risueño.

Apenas hace un minuto un hombre nos ha detenido para decirnos:

—¡El señor Pardo no sólo ha soliviantado a nuestro presente! ¡Ha soliviantado también a nuestro pasado! ¡Hasta los incas salen de sus huacas para combatirlo!

Y luego se ha muerto de risa.

Contrariando todas las gravedades solemnes del instante, el hábito nacional de la risa sigue triunfando. Poco a poco todo se va haciendo risa entre nosotros.

El general Rumimaqui quiere ser inca del Perú. No sabemos si el general Rumimaqui haría un buen gobierno. No sabemos siquiera si haría un gobierno constitucional. Acaso se le ocurriría imitar al señor Pardo y prorrogaría el Presupuesto. Tal vez pondría en la dirección de administración al señor Heráclides Pérez. Quien sabe le aventaría también al país un puñado de papeles procaces para contrarrestar la protesta de los hombres de bien.

Ignoramos todo eso.

Una sola cosa sabemos. Que el general Rumimaqui quiere ser inca. Pues quiere serlo, acude al sistema de la montonera. Levanta el estandarte de la revancha. Prende una tea revolucionaria en lo alto de una serranía en la cual triscan y escupen las llamas.

Es el renacimiento peruano.

Amanece

Escribimos en una madrugada alegre.

Hay en torno de nosotros gran bullicio de gentes. En fin nuestra máquina de escribir parece asfixiada entre el ruido de tantas voces discutidoras. Nos sentimos aturdidos, confundidos, ebrios.

Es, sin duda, que amanecemos con un acontecimiento sonoro que no puede ser sino la candidatura del señor Jorge Prado y Ugarteche a una de las diputaciones en propiedad por Lima.

Candidatura de nuestro barrio. Candidatura a nuestra calle. Candidatura a nuestra acera. Ya lo hemos dicho. Y lo repetimos porque es una verdad definitiva y vibrante.

Sentimos que entre nosotros y esta candidatura la razón de vecindad crea solidaridades y vinculaciones indeclinables. Para algo vivimos en Lima. En Lima una razón de vecindad es una razón altísima.

Nada le faltaba ya a la candidatura del señor Prado y Ugarteche para salir a la calle y entregarse al abrazo de todos los ciudadanos. Absolutamente nada.

Está ya vestido de pies a cabeza. Y, pues, vestido democráticamente de americana. De americana y con chaleco blanco.

Pensamos en este instante de la madrugada que la ciudad entera se ha congregado en la calle del general La Fuente llamando al señor Jorge Prado y Ugarteche. Y pensamos que el señor Prado y Ugarteche se presenta en el umbral de su casa con el nimbo de su nombre civilista, de su simpatía metropolitana y de su aliento juvenil.

La multitud que nos rodea a nosotros y a nuestra máquina de escribir entona un verdadero y unánime himno.

—¡Esta es la candidatura de la juventud! ¡Esta es la candidatura el optimismo! ¡Esta es la candidatura del ideal!

Todo nos parece muy acertado y muy inteligente.

Pero agregamos por nuestra cuenta:

—¡Esta es la candidatura del general La Fuente!

La multitud nos aplaude:

—¡Bravo!

Indiscutiblemente nosotros estamos en lo justo.

Siguen a nuestro alrededor los entusiasmos, las voces, las aclamaciones, los actos de devoción.

Mientras tanto amanece.

En el portal de la casa del señor Prado y Ugarteche se han quedado dormidos los ciudadanos aguardando la hora inminente de que la candidatura salga a la calle.

*El Tiempo.* Lima, 25 abril de 1917. En *Escritos juveniles*.

## 17/. VOCES

### La ciudad triste

Sentimos un cansancio tremendo. Y no es que estemos fatigados de buscar inútilmente al cura Chiriboga ni que estemos fatigados de hablar mal del señor Pardo. Es que no hay tranvías que nos lleven y nos traigan. Nos falta electricidad en las calles.

Sentados frente a nuestra noble y graciosa máquina de escribir pensamos que tal vez uno de estos días la ciudad se va a quedar también sin electricidad en las casas. Y cerramos los ojos para acostumbrarnos a las tinieblas.

Sin ruido, sin motín, sin asonada, hay alrededor de nosotros una huelga terrible. El tan-tan de los carros se ha callado definitivamente. Si vibraran las voces de la jornada cívica, la ciudad sentiría la evocación de los días tumultuosos de los paros generales.

Hoy no hay jornada cívica; hay paro únicamente.

Y este es un paro cordial, un paro ecuaníme, un paro sereno. Estos huelguistas no gritan ni alborotan. No hay sables ni bayonetas que los amenacen y los hostiguen. No hay gendarmes ni policías que los extorsionen.

Los gendarmes y la policía son ahora socialistas y fraternizan con los huelguistas.

Levantamos la cara y ponemos los ojos en los balcones de Palacio de Gobierno para buscar al señor Pardo. Vemos que tras los estores el señor Pardo se sonríe. Y comprendemos que no está ni preocupado ni inquieto.

Y entonces salimos de la imprenta para interrogar a los transeúntes:

—¿Le han visto ustedes la cara al régimen? ¿No se han fijado ustedes en que el régimen está muy tranquilo? ¿Es verdad que este paro no es como que pueda preocuparlo?

Los transeúntes no nos responden, pero se sonríen como el señor Pardo, y nosotros nos damos cuenta que esta huelga no es temible ni es alarmante. Sentimos que parece una huelga salida de un acuerdo tácito entre todos. Entre los huelguistas y la empresa. Entre los huelguistas y la ciudad. Entre los huelguistas y el señor Pardo.

No parece sino que todos nos hubiéramos puesto de acuerdo para que hubiese huelga de motoristas y conductores.

Nadie protesta. Nadie reclama. Nadie se queja.

Repentinamente nos soliviantamos. Así no queremos las huelgas. Las queremos distintas. Las queremos pujantes. Las queremos bravías y fuertes. Las queremos con trapo colorado y grito socialista. Así no nos parecen cosa de los obreros sino cosa de los patrones o de los vecinos de los patrones.

Y nos indignamos y nos ponemos a dar gritos en una plazuela que sufre acaso la nostalgia imprecisa de las barricadas:

—¡Cómo! ¡Esta es una huelga que no chilla! ¡Esta es una huelga que no hace bulla! ¡Esta es una huelga que no cierra los puños! No hay siquiera quien nos conteste.

La ciudad es tan perezosa que cuando no la animan los tranvías parece una ciudad muerta.

Pero además de perezosa la ciudad es también una ciudad burlona.

Basta hacerle cosquillas y sacarle una sonrisa para que se ponga de pie.

Y es por eso que repentinamente se suele hablar así para echarse a reír en seguida:

—Esta es una huelga de solidaridad con el cura Chiriboga que tampoco protesta, que tampoco hace bulla, que tampoco se chilla, pero que evidentemente está en huelga...

*El Tiempo.* Lima, 11 julio de 1917. En *Escritos juveniles*.

## 18/. VOCES

### Nos aburrimos

Amanecemos enfermos de monotonía y de fastidio. Sentimos enrarecida la atmósfera nacional. Encontramos tediosa nuestra estancia. Y palpamos la desolación inmensa de no tener un solo acontecimiento sonoro que ponga su nerviosidad en nuestro espíritu y en nuestra máquina de escribir. Persiste la languidez en todas las cosas y en todas las ánimas. Persisten los bostezos. Persisten los amortecimientos. Persisten las lasitudes. Estamos en un momento de murmuraciones clandestinas y de chismes furtivos. El comentario callejero ha perdido su énfasis y se ha vuelto cuitado y pusilánime en la entonación.

Y tendríamos que desesperarnos y desconsolarnos acerbadamente si el comentario callejero se hubiera ya quedado no únicamente sin vibración sino también sin malevolencia.

Pero alguna compensación debía darnos la vida.

Si bien el comentario callejero es silencioso y es sosegado, es al mismo tiempo más malicioso y más acérrimo que nunca. Desazonadas las gentes por la tranquilidad actual se zahieren, se hincan y se calumnian entre ellas mismas. Y la maledicencia se convierte en un deporte emocionante.

Esta es la fisonomía del momento histórico.

Parece que después de las agitaciones e inquietudes del mes de julio los espíritus se han sentido únicamente fatigados y agotados. Ha empezado un período de transición para la política casera. Un período que no representa, por supuesto, una solución sino a lo más una tregua.

El país ha hecho un mal negocio con el cambio de gabinete. Lo comprende ahora que es muy tarde para remediarlo. El gabinete del señor Riva Agüero le evitaba al país aburrimientos. En momentos en que el ambiente se serenaba y el enardecimiento se extinguía había siquiera un grito posible:

—¿Hasta cuándo no se va este ministerio?

En ese grito se condensaban múltiples y muy diversos sentimientos. Era un grito sintetizador de sensaciones dispersas. Era un grito de protesta contra los dos primeros años de la administración del señor Pardo. Era un grito que no valía tanto por lo que declaraba como por lo que escondía.

El nuevo gabinete ha ahogado esos gritos. Sin embargo subsisten los sentimientos que lo inspiraban. No han desaparecido las cosas que eran la esencia y la entraña de ese grito. Únicamente se han quedado sin expresión y sin intérpretes.

En cambio para el país no significa nada la mudanza del gabinete. El señor Tudela y Varela en la presidencia del consejo de ministros del señor Pardo es para las gentes igual al señor Riva Agüero. Las gentes piensan sin discrepancias que el ministerio es desabrido e incoloro. Más aún, piensan que es malo. Si no quieren decirlo todavía a gritos es porque les parece muy descortés hacerlo tan temprano.

Espera el país que el ministerio del señor Tudela y Varela comience a envejecerse. Anhela que este envejecimiento se inicie muy pronto. Sabe que puede declararse súbitamente acaso antes de que el gabinete cumpla con un mes de vida.

Y nosotros nos vemos obligados a someternos a estos conceptos nacionales y a aguantar que la política torne a soliviantarse y a excitarse.

Mientras tanto pensamos llenos de nostalgia que el señor don Enrique de la Riva Agüero que salió del Palacio de Gobierno para que entrara el señor don Francisco Tudela y Varela, pero siempre parece ser ministro del señor Pardo...

*El Tiempo.* Lima, 16 agosto de 1917.  
Próximamente incluido en sus *Escritos juveniles*.

## 19/. VOCES

## El óleo peruano

Para suerte de nuestra patria, hija de próceres mestizos, ahijada de caballeros andantes y nieta de semidioses quechuas, para regalo de nuestro tesoro, alcancía de unos y bolsillo de los demás; para felicidad de nuestra democracia bituminosa, tabernáculo de civismos y cuartel de sustos y aprensiones; y para holganza de nuestros gobiernos, vértice de la alabanza mercenaria y del denuesto famélico, nos hizo el cielo la merced pródiga de poner en nuestro subsuelo la maravillosa substancia que para el diccionario se llama petróleo y para el vulgo humilde y menesteroso se denomina kerosene.

Ni quiso el destino que esta república tuviera una edad de oro. Tampoco quiso que tuviera una edad de hierro. Quiso tan sólo que tuviera una edad de petróleo que es como quien dice una edad de lámparas, de motores y de cocinas. Una edad industrial y rutilante, edad ungida no por los óleos aromáticos y divinos de la tradición sino por los óleos cotizables y villanos del presente.

Pero para torcer al destino, está en el gobierno de la nación actualmente un noble concierto de varones que se oponen al advenimiento de la edad del petróleo. Es un concierto de gente hidalga, aristócrata y galana que se alarma ante la grosera perspectiva de que nuestro país se transforme en un país de máquinas y de manufacturas. Y es un concierto de gente que, movida por grandes ideales artísticos, comprende la utilidad de la gasolina que sustenta a los automóviles raudos y a los botes esbellos, pero que ve, llena de grima, la posibilidad de que inunde el territorio nacional el petróleo mal oliente, plebeyo y combustible.

Un sentimiento estético inspira la aversión del gobierno del señor Pardo al anhelo popular y tosco de que el Perú medre y crezca gracias a las vituperables y sucias riquezas del petróleo.

Antaño otro sentimiento estético hizo que otros gobiernos, igualmente pulcros de espíritu, evitaran que el Perú

se enriqueciera a costa de las riquezas, más sucias y vituperables todavía, del guano y del salitre.

El mundo árido, codicioso y central, podrá decir que el Perú no es un pueblo práctico. Pero no podrá decir que el Perú es un pueblo de mal gusto. Tendrá que reconocer que es un pueblo de elegantes aspiraciones. Y las miradas universales encontrarán en este rincón de la tierra un fragante arcón de ideas románticas y donosas.

Un hombre esclarecido y famoso, pero que pretende que el Perú sea un pueblo negociante, un pueblo mercantil, un pueblo cartaginés, ha escrito desde Londres que el petróleo es un bien inapreciable y valioso que nos ha dado la providencia para hacernos dichosos y opulentos.

Mas su palabra no ha tenido eco en los espíritus pulidos y acicalados de los varones que nos mandan, que nos dirigen y que nos legislan. Piensan sabiamente estos varones que el Perú, un pueblo que es dueño de un pasado de metales preciosos fabulosos y de monumentos deslumbradores, no debe amar al impuro y soterrado aceite que la industria transforma en luz, en flama y en energía. Un país como el Perú no puede aceptar un lucro innoble y repulsivo. Si le gusta la minería debe gustarle el oro que fue el divino presente del rey Melchor al infante Jesús. Jamás los óleos burdos y serviles. Propio del decoro nacional sería que nos enriqueciéramos criando garzas y comerciando en perlas, corales y ostras. O que nos alimentara la riqueza de las dulces y generosas pieles de nuestras vicuñas.

Existen muchedumbres zafias y rudas que no entienden ni avaloran estos altísimos y bellos pensamientos. Muchedumbres que gritan que el petróleo es nuestro bien más tangible. Muchedumbres que no quieren que se lo entreguemos a extranjeros prosaicos y especuladores.

Mal hacen seguramente.

Porque si somos dueños del yacimiento que nos da un óleo tan despreciable y ruin, debemos consolarnos sintiendo que somos dueños también de la mina que da el oro de los quintos de libra, del árbol que nos da el huairuro de los dijes nacionales y de la vicuña que nos da la lana del poncho y de la cubrecama...

*El Tiempo*. Lima, 24 noviembre de 1917.  
*Buelna*. Año II, Nº 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa.  
Enero-marzo de 1980. pp. 40-41.  
*Escritos juveniles*.

## POR LOS CAMINOS DE EUROPA

Abril 1918 - Febrero 1923

"Por los caminos de Europa, encontré el país  
de América que yo había dejado y en el  
que había vivido casi extraño y ausente".

## CRONOLOGIA [1918-1922]

1918. En junio, junto a César Falcón y Félix del Valle, funda *Nuestra época*, revista de moderada orientación socialista. Es agredido por un grupo de jóvenes militares por su artículo *Malas tendencias: El deber del ejército y el deber del Estado*, publicado en el primer número. Es uno de los fundadores del Comité de Propaganda y Organización Socialista, del cual se separa pronto por divergencias internas.
1919. A principios de año se separa de *El Tiempo*. Entre mayo y agosto publica el diario *La Razón*, desde donde apoya el paro general por el abaratamiento de las subsistencias y el movimiento de reforma universitaria. El diario es clausurado por presiones del gobierno de Leguía, debido a su línea periodística de oposición. En octubre, Mariátegui es enviado a Italia por el gobierno de Leguía como agente de propaganda del Perú en el extranjero, como forma de encubrir su deportación.
1920. Llega a Italia desde donde inicia sus colaboraciones periodísticas para el diario *El Tiempo*. Inicia su formación marxista, para lo cual ingresa a un círculo de estudios vinculado al Partido Socialista Italiano. Entre julio y octubre recorre el norte italiano, siguiendo con detenimiento el movimiento huelguístico de Turín y el fenómeno de los Consejos de Fábrica.

1921. Asiste al congreso del Partido Socialista Italiano en Livorno, donde el ala izquierda se escinde y funda el Partido Comunista Italiano. Se casa con Anna Chiappe.
1922. Junto con César Falcón, Carlos Roe y Palmiro Machiavello, funda la primera célula comunista peruana. En junio abandona Italia y recorre Europa a la espera de poder volver al Perú. Recorre Francia, Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia y Bélgica. En su recorrido estudia los recientes movimientos revolucionarios que convulsionaron el continente europeo después de la guerra.

## 20/. VOCES

Bolcheviques, aquí

Nosotros que, motejados de bolcheviques, no nos hemos defendido con grima de este mote sino que lo hemos abrazado con ardimiento y fervor, tenemos que holgarnos y refocilarnos de que el socialismo comience a aclimatarse entre nosotros como una planta extranjera que halla amor en este suelo donde tan bien, saben medrar y prosperar pródicamente la rica caña de azúcar y el generoso algodón mitafifi.

Antes de ayer no más, la gente criolla —la buena gente criolla— que cree con el señor don Manuel Bernardino Pérez que el anisado cura el dolor de barriga, que no se debe tomar agua con el "cuerpo caliente" y que las medias crudas son más frescas que las negras, la buena gente criolla cuyos sabrosos hábitos, palabras y costumbres han sido religiosamente recogidas por el doctor Baltazar Caravedo y por el doctor Sebastián Lorente y Patrón, grandes folkloristas, la buena gente criolla que no cree en los hombres de talento sino en los "hombres de peso", miraba al socialismo con más aprensión, hostilidad y enojo que a cuanto se hiciere y dijere contra las verdades de Nuestra Santa Madre Iglesia.

Para esta buena gente criolla un socialista era, más o menos, un facineroso; los propósitos de los socialistas eran propósitos de latrocinio, de hurto y de asesinato; un socialista no podía ser en fin sino un descamisado torvo, sucio, malcontento, greñoso, borracho, holgazán, hereje, cerril, sórdido, criminal, "masón" y poseído por el espíritu inmundo del demonio. Probablemente, más de un padre de familia, cavilando sobre el carácter de su menor hijo, desmandado,



trasnochador, perezoso, rebelde y pillastre, "metido" en castigo a un buque o a un batallón pensaría que le había "salido" socialista.

Tan saturada de estos ingenuos y sencillos convencimientos estaba la atmósfera nacional que las personas aseadas, inteligentes y cultas que simpatizaban con el socialismo y seguía sus progresos, se abstendían generalmente de confesarlo por temor de que sus honestas y sensatas ideas fuesen declaradas por lo menos "ideas extraviadas". Quienes, aventurados y heroicos, se alzaban contra esta prudencia, eran catalogados sin tardanza como locos del más peligroso linaje. Andaban tratados así, por ácratas convictos y confesos, nuestros muy excelentes y preclaros amigos el señor don Luis Ulloa y el señor don Alberto Secada.

Pero he aquí que los medrosos prejuicios criollos mencionados han comenzado a extinguirse de repente. Aunque son todavía muchos los que juzgan, por ejemplo, a los bolcheviques rusos como una menguada horda de malhechores de la peor laya y de la más innoble catadura, ya no sería dable que un caballero le mandase sus padrinos a otro por haberlo llamado bolchevique para denostarlo y confundirlo de la manera más dura y virulenta. Tenemos los escritores de esta casa la vanidosa creencia de haber contribuido a esta evolución por la complacencia y contento con que recibimos el tratamiento de "bolcheviques" que tuvieron a bien darnos los distinguidos periodistas del decano.

Ahora cualquier persona de bien, limpia y pulcra, puede proclamar tranquilamente su socialismo sin que nadie se alarme, sin que nadie se sorprenda y sin que nadie piense que tiene enferma la razón y de muy mala dolencia. Ahora se oye decir, sin asombro y sin repulsa, que los socialistas están gobernando el mundo. Ahora se sabe que se concilian muy bien las ideas socialistas con la camisa limpia y el traje elegante.

Ahora el señor don Víctor Maúrtua, el pensador sumo y altísimo de la cámara de diputados, se para en medio de cualquier debate y grita fuerte y serenamente:

—¡Yo soy socialista!

Y nadie se asusta. Antes bien, aplauden entusiasmadas las gentes de las galerías y aplauden comprensivas las gentes de los escaños. Y los periódicos lo consignan sin sorpresa en sus crónicas parlamentarias. Y ni siquiera los gendarmes de la ciudad ven un hombre peligroso y taimado en el señor Maúrtua que, por supuesto, sigue conservando la corrección británica de sus trajes, de sus modales y de sus actitudes.

Y, más tarde, el mismo señor Maúrtua afirma:

—¡Todo hombre moderno es socialista!

Y tampoco se desasosiega nadie. Y tampoco dejan de aplaudir las gentes de las galerías y de los escaños. Y tampoco se inquietan los gendarmes de la ciudad.

Y empiezan a abundar quienes creen que puede haber en la política nacional algo que valga más que la constitución del 60, más que la "huaripampeada" del general Cáceres, más que la entrada de Cocharcas, más que la famosa revolución del 29 de mayo, más que el federalismo del doctor Durand; y más que todas las cosas que hasta ahora nos han nutrido, envanecido y orientado, enseñoreadas en nuestro corazón tropical y en nuestro entendimiento mestizo.

*El Tiempo*. Lima, 9 abril de 1918.

Alberto Flores Galindo. *El pensamiento comunista*. Lima, Mosca Azul Editores, 1982. pp. 50-53.

En *Escritos juveniles*.

## 21/. VOCES

Cable hostil.

Estamos de malas.

Nuestros lejanos amigos los bolcheviques rusos andan de capa caída. Celedines y los cosacos los persiguen, arrollan y machucan. La Guardia Roja se pone lívida. El gran duque Nicolás, restaura el imperio. La república de Trotsky y Lenin está con el hipo de la muerte.

Tenemos ganas de buscar al señor Cornejo para que nos pronuncie un discurso en la Federación de Estudiantes sobre esta contrarrevolución de los cosacos.

Pero reparamos en que el señor Cornejo cree que la crisis del quórum no es sólo del Senado. Sino que es una crisis general. Tan general que no es posible en estos momentos que haya quórum para nada en el Perú.

—¡Sólo el ejército tiene quórum ahora! —dice el señor Cornejo por las calles— ¡Sólo el ejército!

Aunque no se anima a aprovechar de ese quórum para un discurso.

Con la mano sobre los cablegramas nos quejamos al cielo por las victorias de los cosacos, de la aventura de los celedines y la resurrección del imperio.

Y exclamamos:

—¡Esos cosacos! No decimos una palabra más de nada. Nos ponemos a pensar únicamente, con el alma partida en mil pedazos, en nuestros lejanos amigos los bolcheviques de Rusia. Y en Trotsky y en Lenin. Y en el Instituto Smolny. Y en los soviets. Y en la Guardia Roja.

Y nos preguntamos como es que Dios consiente que una república tan bonita, tan original, tan nueva y tan rusa, y, sobre todo, tan de nuestro gusto, se venga abajo de la noche a la mañana.

La hora es, probablemente, de prueba para todos los bolcheviques del mundo. Acaso el único bolchevique feliz en la actualidad es el señor Maúrtua. Y eso porque el señor Maúrtua es Ministro de Hacienda del Perú. Y porque todavía no está convencida la gente de que es un bolchevique convicto y confeso. Bolchevique antes que Ministro de Hacienda. Bolchevique antes que diputado por Ica. Y hasta bolchevique antes que el devoto tradicional, milagroso y bien amado señor de Luren.

Vemos en Rusia rendida y temblorosa nada menos que a la Basílica Pontifical de todos los bolcheviques y el corazón se nos sube a la garganta.

Y la gente nos reconoce la consternación en la cara:

—¡Lean ustedes el cable! Ustedes los correligionarios de Trotsky y de Lenin.

Y nosotros leemos el cable. Lo leemos para apartar los ojos de esta tierra. Lo leemos para ponernos lo más lejos que sea posible. Pero, como leyendo nos encontramos con la quiebra bolchevique, tenemos que cerrarlo. Y así, poco a poco, por lo menos nos vendrá el sueño.

*El Tiempo*. Lima, 30 de junio de 1918.  
En *Escritos juveniles*.

## 22/. TEMAS DEL DIA

### La reorganización de los grupos políticos

Uno de nuestros parlamentarios de más relieve, el doctor José Matías Manzanilla, tan llevado y traído por las misceláneas humorísticas de la política en gracia a su donaire y a su facundia, ha declarado, contestando a la encuesta de un diario regionalista del sur, que "no necesitamos nuevos partidos políticos sino organizar bien los existentes y revisar sus programas para que respondan a las necesidades y aspiraciones del país".

Es, pues, un político de encumbrada jerarquía quien nos recomienda la reorganización de los partidos políticos existentes y quien, por ende, cree hacedera y provechosa esa reorganización. Y quien, al mismo tiempo, no considera oportuna la constitución de un partido de bandera netamente regionalista.

Las palabras vehementes y rotundas de ese político —"¡no, partidos nuevos no!"— vienen a encender más aún el debate sobre la crisis de los grupos políticos nacionales. Aquellos que —por ingenuidad, por conveniencia o por conservadorismo—, no quieren que se hable siquiera de otros partidos sino que se componga, aliñe y entone los partidos actuales, se sienten reforzados por una opinión autorizada e influyente. Y aquellos que, como nosotros, estamos convencidos de que nuestros antiguos partidos no pueden so-

brevivir más tiempo, miramos ponerse de pie una tesis que, mal sostenida por gente desganada y vacilante, suponíamos tundida y derrotada irremisiblemente.

*¿Cuáles son esos partidos?*

César Ugarte, uno de los escritores más investigadores, capaces y cultos de la juventud peruana, estudiaba con mucha circunspección en el anterior número de *Nuestra época* el problema contemplado por el doctor Manzanilla. "No es precisamente —escribía Ugarte— la ruina de las viejas agrupaciones políticas lo que debemos lamentar, ni es en su artificial reorganización en lo que debemos cifrar nuestras esperanzas".

El juicio de Ugarte es, sin duda alguna, muy exacto. Y por eso hemos querido recordarlo antes de dar paso a algunas de las observaciones que nos sugiere la aseveración del doctor Manzanilla.

Sostenemos no sólo que no habría utilidad en reorganizar los partidos existentes. Sostenemos que habría peligro en reorganizarlos si, por fortuna, reorganizarlos no fuera imposible. Sostenemos que los que aún no han muerto están agónicos. Sostenemos que una necesidad higiénica nos ordena que nos apartemos de ellos. Sostenemos que no es nuestro deber averiguar si podemos resucitarlos sino, perdiendo toda esperanza romántica de un milagro, inhumarlos sin tardanza y sin pena.

Los partidos no son eternos. Responden a una necesidad o una aspiración transitoria como todas las necesidades y aspiraciones. Una vez que desaparece el motivo de su existencia desaparece su fuerza. Sabido es que la tradicional división de conservadores y liberales ha perdido ya su sentido. La palabra conservador dice ahora muy poco. La palabra liberal dice menos todavía.

Si esta ley rige para todos los partidos del mundo tiene que regir con mayor motivo para los partidos peruanos. Los partidos peruanos han tenido su origen en necesidades

o aspiraciones muy fugaces. Su nacimiento ha sido incidental. Un hombre popular ha bastado para construir un partido. Las agrupaciones políticas han nacido casi con la misma facilidad que las sociedades de auxilios mutuos. Más que traza de partidos han tenido generalmente traza de clubs electorales con bandera transitoria y versátil.

¿Qué acierto puede haber entonces en reconstituir partidos tan convencionales, pálidos y ramplones? Ninguno. Sólo un conservadorismo criollo, fruto de la indolencia, la haronía y la abulia, puede aconsejarnos esa reconstitución. Y acaso también un negligente anhelo de economizarnos el trabajo de tener que aprender de memoria los títulos y las direcciones de nuevos partidos.

Para el doctor Manzanilla únicamente hay que revisar los programas de los partidos. No hay que hacerlos de nuevo. Hay que modernizarlos nomás. Como se han gastado con el uso necesitan reparación y pintura. Enmendándoles y adornándoles la fachada tornarán a ser sugestivos y volverán a llamar la atención de la gente que pasa por la calle.

Olvida el doctor Manzanilla que todo está desacreditado en nuestros partidos, que todo es en ellos inservible, que todo en ellos se está viniendo abajo, que todo los presenta valetudinarios y decrepitos. La gente que puede declarar que no pertenece a ningún partido anda orgullosa y ufana y, como si pertenecer a un partido fuera vergonzoso y vituperable, cree tener en esto un título para llevar "la frente muy alta". Y en las clases populares el horror a los partidos es mayor aún. Los partidos son mirados con hostilidad sañuda. Un político puede adquirir proselitismo y despertar entusiasmo pero un partido no.

*¿Será posible, por ejemplo, reorganizar el Partido Civil?*

No somos de los que hablan con grima, como de una banda nefasta, del Partido Civil. No somos de los que culpan al civilismo de todos los desabrimientos, quebrantos y calamidades de la nación. No somos de los que, alucinados y

nerviosos, ven en el civilismo una secta tenebrosa de hombres desalmados, arteros y falaces.

Consideramos huachafo atacar al civilismo con los pueriles argumentos de quienes desde hace luengos años vienen pintándolo como una hidra pavorosa y concupiscente, como un azote de la patria, como un vampiro rapaz y ávido, como una fuente de toda enfermedad y de todo vicio. Estas pinturas nos hacen pensar en las ingenuas pinturas cristianas del demonio y de sus lóbregos dominios. Porque descrito con el verbo dramático y la entonación apocalíptica de nuestros retóricos baratos el civilismo se semeja, salvo algunas pequeñas diferencias exteriores, al ófrico y temerario demonio descrito por los catequizadores de nuestra Santa Madre Iglesia y retratado en las infantiles láminas del catecismo.

Son de otra estirpe y de mejor fisonomía las razones que pesan en nuestro ánimo para creer que el Partido Civil no debe ni puede sobrevivir por más tiempo. Para asegurar que serán baldíos los esfuerzos encaminados a darle la autoridad que ha perdido. Y que ningún interés colectivo pide que se le devuelva.

El Partido Civil surgió de una reacción contra el militarismo. Fue la obra de un hombre de sobrada voluntad y mucho talento que aprovechó un momento oportuno con sagacidad y perspicacia. Pero su mismo carácter original era el de un partido precario. Y lo era también su nombre. Partido Civil. Hoy el Partido Civil no es realmente un partido. Es una facción nominal destruida por los cismas. Cada uno de sus personajes conspicuos acaudilla un pequeño grupo. Estos grupos, más o menos enemistados entre sí, se turnan en la representación oficial del civilismo.

Anarquizado, acéfalo, envejecido, anémico, el Partido Civil carece de objeto y de influencia. Sin doctrina, sin orientación y sin prestigio, ¿qué matiz del sentimiento público puede personificar? El pueblo no lo quiere. La gente mercenaria que le sirve para sus escasos estruendos callejeros sólo sabe de él que es el que paga mejor. Y, para remate poco a poco han ido disminuyendo en el Partido Civil los hombres con textura o afición siquiera de estadistas que mantenían su brillo

y dirigían su acción. Enrarecidos sus políticos —los últimos de los cuales no deben a su filiación civilista sino a sus méritos intelectuales su derecho a la estimación pública— le quedan casi solamente sus capitalistas y sus negociantes de siempre. Y le quedan acosados y cohibidos por la malquerencia popular.

"Partido Civil". ¿Qué quiere decir en la hora actual este nombre? ¿Qué significa, qué vale, qué expresa? "Partido Civil". Hablando en verdad estas palabras no son sino la razón social de una empresa de negocios políticos en quiebra y liquidación. No habrá siquiera quien le traspase a esta empresa su giro comercial por un juanillo cualquiera.

*¿Y el Partido Constitucional? ¿Y el Partido Demócrata? ¿Y el Partido Liberal?*

Mucho menos puede subsistir el Partido Constitucional. Y es que es una agrupación que no renueva ni incrementa su proselitismo. Los constitucionales de hoy son los mismos constitucionales de ayer. Mejor dicho, son los constitucionales que quedan de ayer. Son una sociedad de sobrevivientes de la Breña. Una escolta de honor del venerado general Cáceres.

Para fundar el Partido Constitucional se juntaron muchos buenos y pundonorosos soldados y paisanos que miraron en el general Cáceres un caudillo. La gloria de la Breña fue para ellos, al mismo tiempo, plinto, dosel, escudo y aureola. Más que un partido organizaron, en buena cuenta, un sindicato de militares y empleados públicos. Una especie de instintivas y empíricas juntas de defensa con estatuto político. Y, por eso, su único ideal tuvo que consistir en el respeto de la Constitución del 60 y la custodia del orden público. Esa constitución del 60 y ese orden público que tan huecamente suenan en los fastos con cadenetos y quitasueños de la historia patria.

La estructura del Partido Constitucional no es, pues, la estructura de un partido político. Es la estructura de una asociación de legionarios trasladados de la guerra a la política

de vivac y dianas de cuartel y que, valientes y denodados pero candorosos y sencillos, se dejaron domeñar por las zalamerías redomadas de civilistas y cívicos.

Otro partido que tampoco podrá ser restaurado es el Partido Demócrata. El Partido Demócrata no constituyó jamás una verdadera agrupación principista, pese a los deseos de su gran jefe. No era la "declaración de principios" lo que unía a los ciudadanos. Era la figura de Piérola. Por consiguiente había solo pierolismo. No había partido demócrata.

Ahora mismo tenemos la prueba de este aserto. La débil eficacia de los trabajos de reorganización del Partido Demócrata se debe no al influjo del nombre de esta agrupación sino al influjo de la persona que la preside. Los demócratas siguen siendo pierolistas. El apellido Piérola es para ellos la única contraseña del Partido Demócrata. No se convencerían nunca de la autenticidad de un Partido Demócrata que no tuviera inscrito el apellido Piérola en su dirección.

El Partido Liberal, el menos viejo, de los viejos partidos, no necesita reorganización. Pero no tiene vitalidad alguna. No la ha tenido tal vez en ningún momento. Sus elementos básicos fueron disidentes del pierolismo y dispersos del fracasado Partido Radical. Y su vínculo doctrinario un sonoro y cursi jacobinismo. Las bizarrías del doctor Durand, conspirador temerario, dieron popularidad al partido. Y el espontáneo poder de captación del nombre liberal, nombre de romántica resonancia en las provincias, alimentó esa popularidad ocasional.

Nada permite esperar que este partido se vigore y desarrolle. Todo induce a creer que poco a poco, extinguidos sus arrestos juveniles y enfriados sus fervores principistas, irá perdiendo la fuerza provinciana que lo sustenta.

*No prolonguemos, pues, artificialmente la existencia de estos grupos*

Aunque la opinión del doctor Manzanilla, ilustre amigo nuestro, la ampare, no podemos avenirnos con la idea de reorganizar nuestros antiguos partidos políticos. El más breve

y benévolo análisis de esos partidos nos afirma en el convencimiento de su ineptitud y de su caducidad. Y de que su subsistencia es convencional y aparente.

No son partidos reales. Son simulaciones de partido. Suman unas cuantas mentiras trascendentales a las muchas mentiras de nuestra vida política. Usurpan los puestos correspondientes a los partidos políticos. Obstruyen el progreso democrático de la nación.

No necesitamos que se los restaure ficticiamente. Necesitamos que se les sepulte y sustituya. Nuevas agrupaciones capaces de adquirir efectiva fuerza popular deben reemplazar a estas agrupaciones figurativas y desacreditadas. Nuevas agrupaciones que aporten a la lucha política ideas y aspiraciones definidas. Nuevas agrupaciones que merezcan la adhesión de la gente joven, honorable y consciente que siente repulsa por los viejos grupos políticos y que no inscribiría su nombre, por ningún motivo, en sus malos padrones.

Todo empeño de inocular vida en organismos moribundos será desventurado y ocioso. Ahondará y extenderá el desconcierto y la incertidumbre de los pueblos. Mostrará una vez más nuestro insensato afán de atarnos al pasado. Y hará que en el Perú cada símbolo de acción política sea un mausoleo.

*José Carlos Mariátegui*

Nota.- Entre las agrupaciones mencionadas en este artículo no figura el Partido Nacional Democrático porque no es, sin duda alguna, un partido que perece sino un partido que nace. Es un partido sin pasado y sin presente; pero no es un partido sin porvenir. Más propiamente: es un intento de partido. Por ahora su calidad parece la de un club intelectual con correspondientes en provincias y con afición a la política.

*Nuestra época.* Año I, Nº 2. Lima, 6 julio de 1918.

*Nuestra época.* Lima, Empresa Editora Amauta. [1986]. Edición en facsímil. pp. 35-36.

En *Escritos juveniles*.

## 23/. VOCES

Un día grande

Ahora estamos seguros de que la guerra se ha acabado. Ahora sí estamos seguros. Ahora no nos cabe la menor duda. No tenemos sino que salir a la calle, mezclarnos con las gentes que recorren entusiasmadas la ciudad, adherirnos al grupo más bullicioso, cantar a todo pulmón la Marsellesa y aclamar como unos locos a Wilson, para convencernos de que esta vez no nos engañamos.

La paz reina en el mundo. Y no sólo de esto nos alegramos. Nos alegramos, sobre todo, que junto con la paz reinen la justicia y la democracia. Nos alegramos, en una palabra, de que esta paz que reina desde ayer en el mundo sea la paz de Wilson. Y la paz de Wilson y no la paz del Kaiser.

Y nos salimos de nuestras casillas cuando nos acordamos de que somos socialistas. Socialistas convencidos. Socialistas ardorosos. Socialistas máximos. El día, más que de la paz nos parece del socialismo.

Tanto que nos ponemos a punto de treparnos en un automóvil, agitar una bandera roja y lanzar el primer grito del socialismo peruano. Y nos negamos a ocuparnos de la política. Nos negamos a ocuparnos del señor Pardo. Nos negamos a ocuparnos del Partido Nacional-Democrático. Nos negamos a ocuparnos de la candidatura del señor Aspíllaga. Nos negamos a ocuparnos de la candidatura del señor Durand.

Y es que aquí, en esta instancia, se han reunido espontáneamente nuestros amigos y camaradas del socialismo. A todos los ha conmovido como a nosotros el anuncio de la paz. A todos les ha devuelto la fe perdida. Y aquí han improvisado sin preparativo alguno algo así como un soviet.

Aquí ha estado el ilustre médico y folclorista doctor Sebastián Lorente y Patrón. Aquí ha estado su hermano y correligionario don Ricardo. Aquí ha estado el líder de los universitarios señor don Luis Denegri. Aquí ha estado el líder de los obreros señor don Carlos del Barzo. Aquí ha estado el diputado teosofista señor don Jorge Corvacho. Aquí ha estado

Félix del Valle, escritor de *Nuestra época*. Aquí han estado muchos otros más.

Y aquí ha estado también, atraído por el fervor de la colectividad, el doctor Corletti. El doctor Corletti ha sido uno de los últimos en llegar. Pero ha llegado siempre. Y cuando nosotros, movidos por el cariño que le profesamos, le hemos preguntado por qué no ha llegado antes, nos ha respondido con una frase del evangelio:

—¡Los últimos serán los primeros!

Y nos ha agregado una frase suya:

—¡Y, además hijitos, yo soy una persona grande!

Todos se han identificado en el regocijo. El señor don Luis Ulloa, socialista orgánico, agitando un periódico en una mano, los ha interpelado en seguida:

—¡No creen uds. que después de haber vencido a los Junkers en Alemania tenemos que vencer a los neogodos en el Perú?

Y, a renglón seguido, ha entrado en la estancia, con los brazos abiertos, el semblante resplandeciente y el gesto jacundo otro de nuestros grandes bolcheviques, el diputado por Lima señor don Jorge Prado.

Ha entrado como siempre optimista y afirmativo.

Y nos ha dicho:

—¡Estamos en un instante de abdicaciones! ¡En Alemania ha abdicado el Kaiser! ¡En el Perú abdicará el señor Pardo!

Y se ha reído en seguida con toda el alma.

*El Tiempo*. Lima, 12 noviembre de 1918. Próximamente incluido en sus *Escritos juveniles*.

## 24/. VOCES

El ministro bolchevique

Nuestros buenos amigos bolcheviques nos piden que reparemos en la significación más trascendental de la presencia del señor don Víctor Maúrtua en el Ministerio de Hacienda.

La de que por primera vez tenemos en el gobierno del Perú a un socialista. Un socialista convicto y confeso. Un socialista de elegante traje, de nobles modales y de británica pulcritud. Pero siempre un gran socialista.

Para nuestros buenos amigos bolcheviques este es un acontecimiento que tendrá un extraordinario valor en la historia peruana. El señor don Víctor Maúrtua es el primer ministro socialista de esta tierra. Y está en el ministerio donde debe estar un socialista. En el Ministerio de Hacienda.

Algunas veces hay gente que le quiere poner un pero a la entrada del señor Maúrtua en el gobierno:

—El señor Maúrtua debía ser ministro de Relaciones Exteriores.

Y entonces, legítimamente soliviantados, protestan nuestros bolcheviques:

—¿Un socialista, ministro de Relaciones Exteriores? ¿Ministro de Relaciones Exteriores del Perú? ¡Para qué! ¿Para presidir nuestro pobre formulismo diplomático?

Y se exaltan.

Pero tienen razón.

Otrora, cuando una estrepitosa y pirotécnica literatura jacobina alimentaba todos los días una nueva revolución criolla, el Ministerio de Gobierno era el ministerio más importante. Era el ministerio que podía dar o quitar las libertades individuales. Y estas libertades eran la suma aspiración de los peruanos, eran el grito de las montoneras, el lema de los editoriales, la bandera de los caudillos, el acicate de las jornadas cívicas, el ideal de todos los Mateo Vera denodados y épicos de las quebradas donde eran dueños de pavorosa y novelesca fama de leones o de pumas.

Ahora que se han debilitado todos estos ardimientos de nuestra democracia mestiza. Ahora que el doctor don Augusto Durand ha dejado la cabalgadura trashumante por la limousine metropolitana, ahora que la Constitución del 60 no enciende tantos fervores religiosos y ahora que el Partido Constitucional ha comenzado a ser una falange de museo, el Ministerio de Gobierno ha perdido su antigua excelsitud peruana. El ministro de Gobierno no puede hacer la ventura

de los ciudadanos. Es únicamente un funcionario que manda a todos los gendarmes y policías encargados de librar a nuestra persona y nuestra hacienda de algunos de los muchos males que las acechan. Y el principal ministro es, sin duda alguna, el ministro de Hacienda que es el que tiene en sus manos los medios de distribuir equitativamente el bienestar, de mejorar la mesa pobre y de proveer la mesa vacía.

Muy lentamente se han abierto paso estos convencimientos en la mentalidad nacional. Pero se han abierto paso de toda suerte. Y, por eso, la aparición de un ministro de Hacienda socialista es un suceso resonante y extraordinario.

Sobre todo porque este ministro de Hacienda rompe con la rutina, se desembaraza de la etiqueta, ocupa todas las tardes su escaño habitual de diputado, abre sus puertas a los periodistas y quiere que haya baratura y hartazgo para los descamisados.

Incesantemente rueda este comentario:

—¿Acaso antes de ayer no había ministro de Hacienda? ¿Por qué sólo ahora se habla del ministro de Hacienda?

Y parece que hay en el ánimo público la sensación de que no es posible que el señor don Germán Arenas haya sido el antecesor del señor don Víctor M. Maúrtua. Se piensa que si el señor Arenas ha sido el antecesor del señor Maúrtua, el señor Maúrtua tendría que ser el sucesor del señor Arenas. Y esto nadie lo quiere creer.

Principalmente mientras nuestros bolcheviques continúan gritando que el joven socialista peruano ha llegado muy pronto a las alturas del poder y del mando. Aunque haya sido merced a la estatura del señor Maúrtua...

*El Tiempo.* Lima, 20 diciembre de 1918. En sus *Escritos juveniles*.

## 25/. VOCES

El maximalismo cunde

El instante es de ansiedad, de agitación y de desasosiego para los bolcheviques. Llegan de Buenos Aires los ecos de una



formidable y truculenta huelga revolucionaria. Nos avisan de Santiago que han aparecido allá los primeros síntomas del contagio. Y asistimos en Lima y en el Callao a una gran conflagración obrera. Se hallan en huelga los tejedores y los panaderos. Nos amenazan muchas huelgas más. Y se prepara, finalmente, un paro general. Un paro general que comenzará mañana mismo.

—¡El maximalismo prende en Sud-América! — exclaman soliviantados los bolcheviques.

Y hasta el señor Corletti, socialista moderado y prudentísimo, se sale de sus casillas, se colude con el comité bolchevique, se mezcla con los huelguistas y les habla de esta guisa:

—Hijitos míos, los capitalistas son aquí más desmandados y concupiscentes que en parte alguna. Esquilan, maltratan y oprimen a sus trabajadores. Los tratan con palabras descomedidas y gestos procaces. No cuidan de su salud, ni de su higiene ni de su recreo. No los miran como a hombres libres y dignos. ¡Que lisura, hijitos míos! Ustedes deben, por eso, organizarse. Y yo debo, por eso, aconsejarlos.

Los demás socialistas andan preocupados y frenéticos. El señor Luis Ernesto Denegri, uno de los conductores de la huelga, vive en permanente atrenzo de conferencia doctrinaria. El señor Sebastián Lorente y Patrón irrumpe constantemente en nuestra oficina para recordarnos con justicia que fue él uno de los iniciadores del comité de propaganda socialista. El señor Alberto Secada, ciudadano ilustre y ácrata orgánico, considera llegada la hora de la revolución social. Y el señor Luis Ulloa se aprecia para encabezar a las muchedumbres tumultuarias.

Suena constantemente el timbre de nuestro teléfono para que algún bolchevique nos pregunte:

—¿Qué se sabe de los maximalistas argentinos? ¿Ya se adueñaron totalmente de Buenos Aires? ¿Ya constituyeron el gobierno del pueblo? ¿Ya amarraron al general Dellepiane? ¿Ya dominaron? ¿Ya vencieron?

Y no conseguimos ninguna noticia sobre la política doméstica. Las gentes no se ocupan sino del maximalismo. Y de las huelgas argentinas. Y de las huelgas chilenas. Y del

paro inminente. Y del enseñoramiento del socialismo.

Atajamos, por ejemplo, al señor Balbuena para reportarlo sobre la ruptura de las negociaciones entre civilistas y liberales.

Y el señor Balbuena se defiende de nosotros con las manos:

—¿Qué es eso de los civilistas y los liberales? ¿Qué es eso de las negociaciones? ¿Qué es eso de la ruptura? ¿Qué es eso, periodistas y amigos amados? ¡Hoy no debe hablarse sino de las reivindicaciones sociales! ¡No se debe hablar sino de la huelga maximalista de Buenos Aires! ¡No se debe hablar sino del próximo congreso socialista americano!

Y en todas partes nos encontramos con las mismas frases, con los mismos sentimientos, con los mismos fervores.

El señor Maúrtua, leader por antonomasia del socialismo peruano, se dirige a nosotros consternado:

—¡Jóvenes amigos! ¡Yo no tengo más remedio que marcharme a Europa! ¡No puedo negarle a mi país los servicios que me pide! ¡Estoy obligado a defender su causa y a interpretar su sentimiento en el congreso de La Paz! ¡Pero yo, jóvenes amigos, no quisiera marcharme! ¡Yo siento la necesidad de tremolar una bandera roja!

*El Tiempo. Lima, 12 enero de 1919.  
En Escritos juveniles.*

## 26/. VOCES

Yo soy aquel...

Somos los mismos. Los mismos que en otro diario, de cuyo nombre no queremos acordarnos, nos reíamos de los políticos de la calle y de los políticos de la casa. Los mismos que le poníamos cómicas apostillas al diario de los debates. Los mismos que comentábamos con ingenua travesura los carpetazos de la mayoría automatizada y los gritos de la minoría acéfala. Los mismos que engrandecíamos solemnemente la noble fama



del ilustre parlamentario criollo don Manuel Bernardino Pérez. Los mismos que teníamos a mucha y muy grande honra llamarnos risueñamente bolcheviques. Somos los mismos.

Los que están ahora lejos de nosotros no quieren creer. Murmuran que no es cierto; que no somos los mismos. Pero es que jamás supieron cómo éramos nosotros. Creyeron siempre que éramos como ellos. Y a nosotros, por supuesto, hasta en nuestra instancia de más cristiana y evangélica humildad nos hizo muy poca gracia esta creencia.

A la casa y al periódico que hospedaron hasta hace tres meses nuestra palabra y nuestro pensamiento nos llevó esta sana inquietud que de nosotros vive señoreada. Eramos entonces más jóvenes que ahora. Y decir que éramos más jóvenes es decir que éramos más ilusos. Nos sedujo la idea de acometer una empresa denodada y atrevida. Nos poseyó el convencimiento de que habíamos nacido para la lucha. Nos pareció muy bien eso de escribir como nos viniese en gana.

Pero muy pronto sentimos, consternados y tristes, que en esa casa y en ese periódico no podíamos vivir a gusto. Comprendimos poco a poco, que nuestro hogar no era ese. Pensamos que allí nos faltaba oxígeno, nos faltaba luz y nos faltaba todo contentamiento. Procuramos como el poeta de las flores del mal, formarnos con nuestras ideas y nuestros ensueños una tibia y grata atmósfera propia. Mas fue en balde. Desde ese instante anduvimos en lucha con nosotros mismos. Nuestra abulia y nuestra pereza nos sujetaban y aprehendían. Adormecían nuestras ansias de independencia. Prolongaban nuestra solidaridad con gentes y con actitudes malavenidas con nuestro temperamento.

Hasta que llegó un día en que esta sana y buena inquietud consiguió libertarnos. Un día en que, convencidos de que esa casa no era nuestra casa y ese periódico no era nuestro periódico, cerramos la máquina de escribir, acuciosa, disciplinada y colaboradora que tan fidelísimamente nos sirviera, y cogimos nuestro sombrero. Un día que nosotros habríamos querido que fuese un día vulgar, pero que el Destino resolvió que fuera un día ruidoso.

Quienes no habíamos podido ser amigos de la persona,

del arte y de la gracia de Norka Rouskaya sin escándalo y sin estrépito, y quienes por un simple artículo de semanario nos habíamos echado encima terribles enojos, violentas ojerizas y desmesuradas responsabilidades, no podíamos abandonar una imprenta desapercibida y silenciosamente. Nuestra renuncia no podía ser sólo una renuncia. Y no podía ser únicamente una ruptura. Tenía que ser un cisma. Y tenía que ser un cisma sonoro.

Por eso escribimos ahora desde esta columna. La columna es otra. El diario es otro. La imprenta es otra. La oficina es otra. Y hasta la máquina de escribir, a pesar de ser muy *Underwood*, muy norteamericana y muy solícita, es también otra.

Pero nosotros somos los mismos. Los mismos siempre. Y aquellos que pretenden negarlo parecen, en cambio, qué mudados. ¡Qué distintos! Y son, sin embargo, los mismos igualmente...

*La Razón*, Lima, 4 mayo de 1919.

Juan Gargurevich. *La Razón del joven Mariátegui*. Lima, Editorial Horizonte, 1978. pp. 143-144.

*Buelna*. Año II, N° 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa, Enero-marzo de 1980. pp. 44-45.

Próximamente incluido en sus *Escritos juveniles*.

## 27/. VOCES

### Ni una palabra

Los políticos le tienen miedo al conflicto entre los trabajadores y el Estado. No acontece en este país lo que acontece en otros países. Los estadistas, en otros países, sirven para dirigir la conciencia pública. En este país no sirven para eso. Frecuentemente, los estadistas peruanos, en vez de contribuir a la orientación de la conciencia pública, contribuyen a su desorientación. Frente a un problema grave y complicado, no es su empeño estudiarlo. Su empeño es no opinar sobre él.

Aquí no son los políticos los que forman los estados de opinión ni los estados de ánimo de la república. Son los estados de opinión y los estados de ánimo de la república los que determinan los actos y los pensamientos de los políticos. Nuestros políticos nunca encuentran sensato, por esto, contrariar un error colectivo. Están siempre dispuestos a acomodar su criterio dentro del criterio de la mayoría.

Ahora, siguiendo su costumbre, los políticos callan. No hablan sino los políticos comisionados por los trabajadores para gestionar algunas medidas gubernamentales: el señor Bernal y el señor Miró Quesada. No habla nadie más. Explicable es que no hablen los políticos que no intervienen activamente en la lucha presente. Explicable es que no hablen los políticos que por tradición no hablan jamás. Aquellos tienen la excusa circunstancial de que no desean que se les atribuya el propósito de atraer sobre ellos la atención pública. Estos tienen la excusa permanente de la naturaleza decorativa de su rol. Pero es el caso que tampoco habla el señor Leguía que, según sus propagandistas, es el caudillo de un movimiento reformador. Y que, según su prensa, es el presidente electo de la república.

Se agitan las clases populares, se organiza el comité Pro-Abaratamiento, se efectúa un mitin en la Alameda de los Descalzos, se pide al gobierno que tome tales o cuales medidas contra la carestía, se amenaza con el paro general. La gente comienza a decir que se trata de los primeros síntomas de un gran conflicto. Dos periódicos recogen uno que otro eco de la hiperestesia de Cutarra.

Y el señor Leguía ni una palabra.

Las mujeres de los talleres, de las fábricas y de los campos se adhieren a las peticiones de los obreros. La policía sablea y hiere a algunas. El proletariado en masa protesta contra la sableadura. A los gritos contra el hambre se unen los gritos contra el abuso.

Y del señor Leguía ni una palabra.

La aprehensión de los agitadores causa, precipitadamente, un paro general. Sobrevienen los desmanes de una parte del pueblo. Sobrevienen los tiros. Sobrevienen las pe-

dradas. Sobreviene la represión. Sobreviene la ley marcial. El gobierno exagera las proporciones del conflicto. Un diario y un semanario leguístas son clausurados por la policía. Se organiza la guardia urbana para disolverla al día siguiente. Espíritus aprensivos descubren en la huelga un tétrico tinte maximalista. La alarma y la inquietud cunden en la ciudad.

Y del señor Leguía ni una palabra.

Y, luego, cesan las huelgas. Vuelven los obreros a sus fábricas. Suenan aplausos sinceros para el ejército. Pero, naturalmente, no hay quien no se preocupe del problema de la carestía. El señor Miró Quesada y el señor Bernal elaboran en comandita proyectos y más proyectos. El señor Pardo, que nos manda, se pasa una mañana estudiando los proyectos y las iniciativas del señor Miró Quesada y del señor Bernal. La prensa consagra sus columnas a la cuestión palpitante.

Y del señor Leguía ni una palabra.

Pero eso sí, el señor Leguía continúa aspirando a la presidencia de la república. Continúa espantándose de la incapacidad del señor Pardo. Continúa hablando de la necesidad de nuevos métodos, de nuevas ideas, de nuevos hombres.

Y sus amigos lo llaman presidente electo de la república.

*La Razón*. Lima, 6 junio de 1919.

Juan Gargurevich. *La Razón del joven Mariátegui*. Lima, Editorial Horizonte, 1978.

*Buena*. Año II, Nº 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa, Enero-marzo de 1980. p. 46.

Próximamente incluido en sus *Escritos juveniles*.

## 28/. VOCES

### Problema eterno

Este problema de la sucesión presidencial sigue hoy tan complicado, tan nebuloso y tan oscuro como ayer. No parece que hubieran pasado los escrutinios. No parece que hubieran pasado las huelgas. El problema es el mismo. Resulta a veces

tan insoluble como el problema de la carestía. Como el problema de la carestía, enciende debates, motiva conferencias, suscita iniciativas. Pero no encuentra remedio.

Las gentes se impacientan y tienen razón. Aguardando la solución al problema presidencial viven desde el lejano día en que el señor don José Carlos Bernales, sagaz y conciliador, invitó a todos los partidos y a todos los hombres de buena voluntad a reunirse en una gran asamblea para designar candidato a la presidencia de la República. Y la solución no llega todavía, a pesar de que no falta más que setenta días para que el señor Pardo baje de la presidencia.

Las facciones del gobierno, las facciones de la oposición y las facciones neutrales, han trabajado intensamente, sin embargo, para obtener una solución. No han trabajado con armonía y concierto, pero han trabajado sin descanso. Y no ha habido día en que no hayan tenido la ilusión de estar tocando la solución con sus manos.

Un día fue el señor Bernales quien, optimista y convencido, habló así a las gentes:

—¡Ya el problema está resuelto! ¡Resuelto patriótica, venturosa y cordialmente! ¡Los partidos aceptan la Convención! ¡Los periódicos la aprueban! ¡Pardo la apadrina! ¡Leguía no puede negarle su venia!

Otro día fue el Partido Futurista quien a renglón seguido de una pastoral sonora, pregonó su fe en sus altos destinos:

—¡El Partido Nacional Democrático asume la organización de la Convención! ¡La asume aceptando todas las responsabilidades y sin aceptar ninguna participación en sus ventajas! ¡El Partido Nacional Democrático es así, señores!

Otro día fue el señor Pardo, que nos manda, quien, rotundo y altisonante, se dirigió en estos términos a los jefes de los partidos:

—¡El gobierno desea que la Convención se realice para que el problema presidencial tenga una buena solución! ¡El gobierno pone al servicio de esta empresa sus influencias, sus elementos, sus recursos! ¡El gobierno se aviene con todas las condiciones de los partidos! ¡Absolutamente con todas! ¡Particularmente con las del Partido Constitucional!

Otro día fue el Partido Civil quien, desvanecida la esperanza de la Convención, se congregó en el Restaurant del Zoológico para notificar de esta suerte al país:

—¡El Partido Civil lanza candidato propio! ¡Y lanza como candidato propio a su actual jefe el señor Aspíllaga! ¡Y se propone emplear, para sacarlo triunfante, sus grandes fuerzas tradicionales!

Otro día fueron los políticos de la izquierda quienes, paseando en autocamión al señor Leguía, dieron por segura e incontrarrestable su victoria:

—¡Aquí está recién venido de Londres, el próximo presidente de la República! ¡Aquí está, aclamándolo, una muchedumbre delirante! ¡El problema de la sucesión presidencial ha quedado resuelto! ¡Viva Leguía!

Otro día fue el señor Osma quien, poco antes de las elecciones, conmovió a la república con una vibrante proclama:

—¡Aún es tiempo de unir a los elementos de orden contra los elementos de desorden! ¡Aún es tiempo! ¡Yo pido a los partidos que se coaliguen!

Y otro día fueron de un lado los aspillaguistas y de otro lado los leguístas quienes, echando a rebato la María Angola de sus campanarios, gritaron frenéticos:

—¡Ha vencido el Partido Civil! ¡Viva Aspíllaga! ¡Viva el presidente electo de la república!

—¡Ha vencido la voluntad popular! ¡Viva Leguía! ¡Viva el presidente electo de la república!

Y no obstante estos sucesivos optimismos, sustentados todos en las circunstancias de su respectiva hora, el problema presidencial continúa sin solución definitiva hasta ahora. Comienza a oírse la voz de los partidos de la transacción parlamentaria que consideran imperiosamente necesaria la resolución del problema conforme a su criterio y su interés. Pero eso no quiere decir nada. Se oye, al mismo tiempo, la voz del aspillaguismo y la voz del leguismo que se declaran igualmente dueños de la mayoría de las cámaras.

Las gentes se desesperan:

—¿Hasta cuándo no va a resolverse el problema presidencial? ¿Hasta cuando, Dios mío?

Entonces suena una exclamación escéptica y risueña:

—Pero, ¿cómo quieren ustedes que se resuelva el problema presidencial en el Perú? ¡Si es un problema sin solución desde hace mucho tiempo! ¡Si es un problema eterno! ¡Un problema que cambia, en su aspecto, pero no cambia en su esencia!

*La Razón.* Lima, 9 junio de 1919.

## 29/. VOCES

### Período de cinco años

Parece ser que las burlonas, traviesas y tropicales gentes de esta tierra aprueban todas las reformas constitucionales sometidas a plebiscito por el gobierno provisorio. Pero es imposible que aprueben una: la que da en cinco años de duración el período presidencial. Es posible que no la aprueben siquiera las gentes del leguismo. Sencillamente porque muy pocas gentes del leguismo tienen la seguridad de ser leguistas durante cinco años consecutivos.

Y es muy natural que así ocurra. Aquí nos aburrimos de todos los presidentes antes del cuarto año. No hay gobierno que en el segundo año no comience a cansarnos. No hay gobierno que en el tercer año no nos haga suspirar por el término de su período. Y respecto del cuarto año de cualquier gobierno, nadie pone en duda que, invariablemente, es un año insoporrible.

Muchas gentes creen, por eso, que los políticos deben tender a una rebaja progresiva del período constitucional. Y que debía ensayarse primero la rebaja a tres años. Después la rebaja a dos años. En seguida la rebaja a un año. Y por último, la rebaja a ningún año que es la rebaja patrocinada por don Teodosio Herrera. A cuya opinión seríamos capaces de adherirnos nosotros si en estos tiempos no fuera tan aventurado adherirse a opinión alguna.

Las gentes más moderadas opinan que, por lo menos,

debía suprimírsele un año. Juicio que comparten [...] \* versión callejera, ha expresado en una oportunidad una convicción categórica y contundente. La de que es preciso suprimir el último año del período presidencial.

Suenan en las calles comentarios, asaz expresivos.

—¡Pero eso de aumentar el período presidencial es temerario, monstruoso y hasta cruel! ¡Cuatro años eran ya demasiado! ¡Cuatro años eran algo superior a la resignación ciudadana! ¡Cuatro años eran un siglo!

Y un leguista ardoroso nos habla así:

—Yo pienso también que eso de aumentar el período no está bien. Pero pienso, sobre todo, que en el presente caso el aumento es merecido. Un presidente vulgar, rutinario y anodino no debe durar en el gobierno sino cuatro años a lo sumo. Pero un presidente renovador, revolucionario y singular como Leguía puede durar cinco años. Los cinco años de Leguía van a pasar en un segundo.

Y risueñamente nos agrega:

—¡Ya veremos, más tarde, en el curso del período de Leguía, la manera de reducir el período de su sucesor! ¡Y de todos los sucesores!

Pero la opinión dominante no es ésta. La opinión dominante es que con perdón del señor Leguía, del señor Cornejo y de la Patria Nueva, el aumento del período presidencial a cinco años es un ataque a la tranquilidad pública. Y un ataque al optimismo nacional respecto a la futura bienandanza de la nación.

Las gentes que murmuran contra el gobierno provisorio agregan otras críticas:

—¿El gobierno provisorio —preguntan—, cree o no cree en la validez de las últimas elecciones presidenciales? ¿Creen o no creen que expresan la voluntad popular?

—Cree.

—¿Cree seguramente?

—¡Claro que cree! ¡Cree a pie juntillas! Si no creyera en la validez de las últimas elecciones habría convocado a elecciones nuevas. No habría resuelto que el próximo congreso se limitase a calificarlas.

—Pues bien. Entonces el período del señor Leguía no puede durar sino cuatro años. El país no ha elegido al señor Leguía por un período de cinco años. Lo ha elegido por un período de cuatro años.\*\*

*La Razón.* Lima, 12 julio de 1919.

En *Escritos juveniles*.

\* Faltan dos líneas ilegibles.

\*\* Párrafo impreciso debido a que ha sido reconstruido por las condiciones del original.

### 30/. LA PATRIA NUEVA

#### Un personal senil y claudicante

Ya está plasmada la fisonomía del régimen de la "Patria Nueva". Ha habido una serie de indecisiones, de tropiezos y tanteos para formarla. Se ha formado como no podía dejar de formarse. Como era inevitable que fuera. Algunos ingenuos pensaron en un régimen de renovación efectiva. Creyeron posible la organización de un gobierno sano y fuerte, nuevo, idealista.

Olvidaron, por supuesto, que los gobiernos de esta índole son gobiernos de opinión. Se funden en el crisol del ardor popular. No de un ardor histórico y circunstancial. Sino en el convencimiento cálido y adoctrinado de la masa colectiva.

El señor Leguía no se preocupó ni mucho ni poco antes de llegar al poder, de formar ese volumen de opinión ciudadana. Creyó que le bastaba para constituirse en gobierno las alharacas y las desordenadas actividades de sus partidarios. Y efectivamente ha sido así. El señor Leguía ha llegado al poder. Pero no ha conseguido formar un gobierno de verdad. Para conseguir esto debió anticipadamente formar un núcleo potente y disciplinado, unido por el nexo de la doctrina y por la unanimidad de la aspiración ideal. En brazos de esa mesocracia ignorante y alucinada que lo ha seguido no podía sino llegar al poder. Y llegar al poder es muy poca cosa para

un hombre con vastas aspiraciones, con clara conciencia de su deber histórico, con profundo concepto de su misión en la vida pública, con aguda percepción de las corrientes sentimentales de su tiempo y con talla, en fin, de verdadero héroe popular. Muchos estadistas se han immortalizado y viven en la memoria de los pueblos sin haber escalado jamás los grados del poder.

#### *Cómo se ha formado la plana mayor del gobierno leguista*

No forma la plana mayor de la banda del señor Leguía ningún ejemplar de esa turbulenta y bulliciosa fauna partidista que en su nombre aturdió al país durante tres años. Toda esta banda de sus partidarios ha quedado en la zaga. La plana mayor se ha formado de tipos clásicos. De hombres catalogados. De figuras gastadas en la vida pública, que han experimentado los desengaños del funcionarismo y el desprecio del país.

No hay un sólo hombre nuevo en el alto grupo del gobierno. No hay ni una inteligencia joven ni una arrogancia primaveral. Tampoco hay ímpetus de renovación. Se amalgaman allí los nombres de fatales horas pretéritas. Hombres que no pudieron mantenerse a flote en los vaivenes de la política de acomodados, transacciones y vergüenzas que ha llenado las tres últimas décadas de nuestra historia republicana.

Todos los hombres que pensaron y se alimentaron para una lucha moderna y elevada. Para la gran controversia de las ideas y las doctrinas. Que creyeron que el tiempo nos traería un aliento de modernidad y de efluviio de idealismo. Nuestro propio pueblo que ha sentido las urgencias infinitas de la vida nueva del mundo. Todo éstos absolutamente todos, se sienten a esta hora defraudados y vencidos.

Otra vez vuelven a ser primeras figuras del gobierno nacional el general Canevaro, el señor Malpartida y el señor Villanueva, el señor Valcárcel y el señor Torre González. Estos son los prohombres del gobierno actual. Son los mismos hombres fracasados en la función pública. Son los mismos hombres que en hora iluminada, se borró del escalafón político. Son los negros autores del atraso del país. Son los incapaces,

los protervos, los que arrancaron al pueblo todos sus derechos y toda la libertad, los que han llegado al borde del sepulcro sin dejar más que una pantanosa huella de su paso por la vida gubernamental. Estos son los prohombres del señor Leguía.

*¿Puede hacerse con estos hombres un gobierno propulsor y moderno?*

El señor Leguía no es un genio. No es un talento. No es una cultura. Es apenas un hombre inteligente e intuitivo, avezado en asuntos comerciales y en las habilidades de la política criolla. ¿Puede con estos sencillos elementos mentales imponerse a su estado mayor? Seguramente no. Junto a él están los hombres expertos en todos los subterfugios y en todos los vicios. Los hombres responsables de muchos delitos y signados por todos los pecados. A estos hombres no puede vencerlos sino el ostracismo. El alejamiento permanente del poder. Rodeado por ellos, el señor Leguía tendrá que sucumbir inevitablemente. Y sucumbiría también sin ellos. Porque el señor Leguía no representa en el gobierno un volumen de opinión adoctrinada. Representa sólo un criterio personal y el apetito de mucha gente. Cuando el señor Leguía cambiase su estado mayor, lo formaría con los hombres de 1910. El país, entonces, no podría saber si la incapacidad por ignorancia y por inmoralidad es peor a la incapacidad por senectud y por perversión.

Ya se están viendo los primeros frutos del gobierno formado con tales hombres. Se ha hecho retrogradar al país al individualismo gubernamental. Se ha subordinado la autoridad del congreso al capricho del presidente de la república. Se ha constituido un pequeño organismo burocrático para la fabricación de representantes. Y se está realizando la más tranquila y segura imposición electoral que se ha efectuado en la república.

Así comienza la era de la Patria Nueva. Comienza con la resurrección de hombres que debían estar políticamente inhumados. Con el resurgimiento de políticos de los que el país no quería acordarse. De los que es piadoso no acordarse. De los que ahora provocan una execración; pero, más tarde,

cuando actúe directamente el siniestro cacique de Cajamarca o el torvo ministro de Santa Catalina provocarán la verdadera revolución del pueblo. Tal vez por esto, sería mejor que actuasen prontamente.

*La Razón.* Editorial del 3 de agosto, suprimido por la censura arzobispal. Hoja volante impresa.

*Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional.*

*En Escritos juveniles.*

Pileta de la Merced 150. Casa editora de *La Razón*.

### 31/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A RUTH (BERTHA MOLINA)

Roma, 6 de marzo de 1920

Ruth:

Tu carta me ha llegado con mucho retardo. Antes de ser depositada en la estafeta ha tenido que sufrir una larga tramitación burocrática. Sólo después de haber recorrido todas las oficinas postales ha arribado a una donde un sello me ha calificado así: *Scoussciuto dal portallettere*.

Yo la esperaba. Sabía que tú me escribirías. Que no podrías dejar de escribirme. Y, al recoger mi correspondencia, unas veces del consulado, otras veces del apartado de la legación, otras veces de la estafeta, buscaba siempre tu grato sobre de anónimo femenino. Perdóname el calificativo. Pero desde que recibí tu primera carta, guardo de tus sobres la impresión de unos sobres de anónimo. De anónimo amable y bienhechor; pero anónimo siempre. ¿Me lo perdonas?

Me dices: "Tu letra está cansada. No es la misma de años atrás". Es muy cierto. No sólo la letra está cansada en mí. También están cansadas la juventud, el alma, la voz, la sonrisa, la mirada, la frase, todo, todo. La adolescente y lírica fe de mis años pasados —de cuando yo era Juan Croniqueur, de cuando yo era un "niño talentoso y malcriado" como, más o menos, me dijo una vez Clemente Palma en su *Crónica*— me ha abandonado.

Tú sabes que no todos han sido conmigo, igual que tú, generosa y comprensiva. Me han agredido tanto que he tenido que vivir siempre en son de combate: Se han aprovechado los menores pretextos para soliviantar contra mí la ciudad. He salido de una acechanza para caer en otra. Escándalos tras escándalos. Escándalo de Norka Rouskaya, escándalo de los militares, etc., etc. Cierto que yo no he sido prudente jamás. Pero es que no he podido, no puedo, ni podré serlo. Un hombre todo sinceridad no puede ser prudente. No puede ocultar su abominación de la estupidez, ni su pasión por la belleza, la verdad y el talento.

La agresividad que yo he despertado generalmente me envanece a ratos. (Contigo no debo ser falsamente modesto.) Y es que si no valiese algo, si fuese un mediocre como los demás, no sería posible que suscitara sórdidas hostilidades. Más que yo las ha suscitado, contemporáneamente, Abraham Valdelomar, mi amado amigo, el más brillante talento literario del Perú de hoy y del Perú de ayer. En el Perú es necesario ser absolutamente mediocre para no ser detestado. El talento causa miedo y, por ende, reacción.

Pero no vale la pena hablar de estas cosas cuando se está tan lejos de Lima y, sobre todo, cuando, en los momentos sentimentales, se le extraña amorosamente. Porque, mi querida Ruth, yo soy lo bastante romántico, a pesar de mis excentricidades, para extrañar amorosamente mi ciudad. No te miento. En el fondo soy un alma sencilla, fiel a sus afectos y menesterosa de ternura.

¿Que quieres que te cuente de mi vida actual? ¿Que leo y estudio? Esto carece de importancia. ¿Que Roma es hospitalaria y buena conmigo? Esto carece de importancia también.

Hasta ahora mi sensación más plácida es esta: la sensación de la libertad. En New York, en París, en Roma, se siente uno libre, totalmente libre, ilimitadamente libre. No hay quien espíe, ni hay quien vigile, no hay quien controle, no hay quien envidie, no hay quien aceche. Y el desconocido es más libre que todos. La ciudad lo acoge sin prevención, sin prejuicios, sin reticencia. ¡Es muy interesante, Ruth, ser un desconocido!

Leo en tu carta: "Ya nada te falta". Y yo, en el mismo instante, siento que me falta todo. Sí Ruth, no me falta nada y me falta todo. He hecho una vida febril, intensa, vertiginosa, he recorrido la escala de todas las emociones, he conocido lo desconocido; y, sin embargo, me falta todo.

Tu lealtad, tu dulzura, tu solicitud conmigo me hacen mucho bien. Te los agradezco con todo el corazón. Nuestra amistad rara, secreta, y desinteresada es, como tú dices, una amistad única. Es y será una amistad única en nuestras vidas y en el mundo.

Otra carta mía te llevará algunas impresiones. Te hará conocer también algunos versos míos. A condición de que los conozcas tú sola. Me traicionarías si los hicieras conocer a otras personas. ¿No es verdad?

Ahora debo recibir a mi profesor de italiano. Son las 3 y 25 p.m. Dentro de cinco minutos llegará. Tal vez antes de cinco minutos. Hoy su visita, su lección y su italiano serán inoportunos para mí. Serán detestables, serán fastidiosos, serán mortales. La tarde es de primavera. Mi estancia está llena de sol. Llega hasta ella, no sé de donde, una música de piano, una música apasionada y sentimental como el alma de este pueblo. Yo quisiera escribirte esta tarde, largamente, interminablemente, como si en este rincón de Roma, tú y yo conversásemos solos y silenciosos. Otra vez será. Pero otra vez no habrá esta tarde de primavera, ni habrá este sol, ni habrá esta música. ¡Ni habrá la inminencia del profesor de italiano!

Tuyo

José Carlos

P.D. Mi dirección es: Legación del Perú. La demora de tu carta se debe a su falta de dirección. Para que una *lettera* sea depositada en la estafeta debe estar dirigida así: *Fermo posta* o *Poste restante*. Lo que equivale a nuestro español *Lista de correos*. Pero el español, la sonora lengua de Cervantes y Gastón Roger, es completamente ignorado en los correos de Italia.-



Escríbeme bastante.- No es una exigencia, es un ruego.- Cuéntame algo interesante de la vida limeña.- ¿Debo dirigirme siempre a Ruth? ¿O debo dirigirme a Bertha? - ¡Oh! He aquí al profesor. Lo precede el *camariere* con su ritual anuncio en francés: "Monsieur, le professeur est ici". El *camariere* no me cree capaz de entenderle dos palabras de italiano.- Adiós.

Próximamente editado en el *Anuario mariateguista* N° 1.

## 32/. LAS FUERZAS SOCIALISTAS ITALIANAS

En esta hora en que tanto se habla de la importancia de las fuerzas socialistas italianas y de su influencia en la política interna y externa de Italia, es oportuno informar, global y sumariamente, al público peruano sobre la historia, la organización y las orientaciones de esas fuerzas socialistas.

El Partido Socialista Oficial representa, como es sabido, la gran masa del socialismo italiano. La otra agrupación socialista, llamada la Unión Socialista Italiana, es una agrupación secundaria. Sus fundadores han sido socialistas reformistas que, por razón de su criterio colaboracionista, no han podido permanecer en el socialismo oficial. Y tanto durante la guerra como después de ella la Unión Socialista Italiana se ha diferenciado del Partido Socialista oficial en su posición en el socialismo internacional. Así, durante la guerra, la Unión Socialista Italiana fue favorable a la intervención. Algunos de sus hombres principales, como Leónidas Bissolati e Ivanoe Bonomi, participaron en el gobierno. Después de la guerra, la Unión Socialista Italiana mantuvo su adhesión a la Segunda Internacional, en tanto que el Partido Socialista oficial se afiliaba a la Internacional de Moscú. Ultimamente, sin embargo, la Unión Socialista no ha podido sustraerse a los efectos del fenómeno de polarización que se presenta en todos los campos políticos europeos. Y, gradualmente, ha vuelto a orientarse hacia la extrema izquierda. Lo que ha motivado que se aparten de ella los socialistas autónomos de la cámara, a excepción

de Arturo Labriola y algún otro. Dichos socialistas autónomos han colaborado y colaboran con el gobierno de Nitti contra los acuerdos de la Unión Socialista. El socialismo autónomo resulta, pues, dividido en una forma que refleja típicamente el carácter de la polarización. A un lado se han puesto los diputados, o sea los elementos profesionalmente políticos de la agrupación. Al otro lado, la organización obrera, o sea los elementos de clase.

Es, por consiguiente, el Partido Socialista oficial el que debe ser tomado en cuenta como expresión del socialismo italiano. Es el partido que ha ganado ciento cincuenta y seis diputaciones en las últimas elecciones generales. Y el que, por ende, pesa decisivamente en la política italiana.

El partido "popular" tiene puntos de contacto con el socialismo en el terreno de las realizaciones políticas. Perteneció al matiz socialista cristiano. Ha nacido recientemente agitando la bandera de audaces reformas económicas y sociales. Pero no puede ser considerado efectivamente como una fuerza socialista. Más que por su mentalidad espiritualista adversa a la mentalidad materialista del marxismo, por la autoridad que ejerce sobre su dirección el Vaticano. Además, el Partido Socialista extrema sus ataques contra esta agrupación más que con ninguna otra. Por ser la única que le disputa el ascendiente sobre las clases trabajadoras. Por ser la que opone, sobre todo en el campo, los sindicatos blancos a los sindicatos rojos.

A propósito. Es necesario puntualizar que el progreso del Partido Socialista, la autoridad que ha adquirido, se deben al respaldo de las organizaciones obreras. Los socialistas italianos han cuidado siempre de estar próximos al proletariado. Mientras otros partidos socialistas de Europa han vivido alejados y otras veces divorciados de los sindicatos obreros, el Partido Socialista Italiano ha hecho de estos sindicatos su base y su asiento. La Confederación General del Trabajo es el órgano económico de las clases trabajadoras; el Partido Socialista es un órgano político.

La existencia del partido data del año 1890: en ese año fue fundado con el nombre de Partido de los Trabajadores Italianos. Dos años más tarde se efectuó en Génova su primer



congreso. En el Congreso de Génova adoptó el nombre de Partido Socialista de los Trabajadores Italianos junto con el programa que ha conservado intacto hasta el Congreso de Bolonia, celebrado en octubre del año último, bajo la influencia ideológica de la revolución rusa. En el mismo congreso de Génova los discípulos de Bakunin, que hasta entonces habían contribuido a su organización, se apartaron del partido, por discrepar de su programa marxista, y tomaron a constituir autónomos grupos libertarios.

A partir del Congreso de Génova comenzó el partido a desarrollarse rápidamente. Muchos intelectuales se adhirieron a él entusiastamente. Entre ellos, Enrique Ferri, diputado radical y orador renombrado, que ocupó en seguida posición eminente en el socialismo italiano. El gobierno persiguió la propaganda socialista tanto o más que otros gobiernos de Europa. El tercer congreso, que debió reunirse en Imola en 1895, fue prohibido. Tuvo que realizarse secretamente en Parma. En él se adoptó, finalmente, el nombre de Partido Socialista Italiano.

En 1896, en el congreso de Florencia, resolvió el partido la fundación del *Avanti* que apareció en el mes de diciembre del mismo año y que hasta hoy es su órgano oficial. Dueño de un diario y de representación parlamentaria, el partido continuó creciendo y vigorizándose.

Durante los años siguientes se manifestaron en su seno las mismas diferencias de criterios que en las demás agrupaciones socialistas europeas. Unos elementos preconizaban la actuación preferencial del programa mínimo. Otros preconizaban la fidelidad absoluta a un programa único, el programa máximo. Los matices en que se dividía el partido eran cuatro. Uno reformista, representado por Turati; otro integralista, representado por Morgari; otro revolucionario, representado por Ferri; y otro sindicalista, representado por Labriola y Enrique Leone, escritor sindicalista universalmente conocido.

En el congreso de 1908, efectuado asimismo en Florencia, prevaleció también la corriente reformista. Los sindicalistas se separaron en esa ocasión del partido, siempre con Labriola y Leone a la cabeza. En el Congreso de Milán de

1910, los reformistas se impusieron otra vez. Pero la tendencia revolucionaria había adquirido mucho cuerpo. Y en el congreso posterior, reunido en Módena, volvieron a manifestarse cuatro corrientes y ninguna de ellas logró predominar. En 1912, en el Congreso de Regio Emilia, el partido se mostró francamente anticolaboracionista. Cuatro diputados fueron expulsados de su seno: Bissolati, Bonomi y Cabrini, culpables de haber visitado al rey después del atentado del 4 de mayo; y Podrecca, culpable de haber apoyado la expedición del Trípoli. A renglón seguido de su expulsión, estos cuatro diputados fundaron el "Partido Socialista Autónomo".

Cuando estalló la guerra, el partido acababa de obtener grandes éxitos. Cincuenta socialistas habían entrado a la cámara. Las secciones del partido habían llegado a 1800. Y en las elecciones municipales, las listas socialistas habían ganado en cuatrocientas comunas, las de Milán y Bolonia, entre ellas. En medio de estos éxitos la guerra ocasionó la escisión. Varios socialistas se pronunciaron a favor de la intervención italiana. Mussolini, director del *Avanti*, renunció a su cargo y fundó *Il Giornale del Popolo*, diario intervencionista. En la directiva del partido prevaleció la opinión neutralista *a'utrance*. Producida la intervención, el partido fijó así su actitud: no se adhería a la guerra; pero tampoco la *saboteaba*. (Los derivados de la palabra *sabotaje* no son muy españoles que digamos; pero acabarán por parecer tales. El léxico nos familiarizará con ellos.)

Más tarde, una fracción del partido inició una propaganda pacifista. La revolución rusa dio en esta propaganda muchos estímulos. Y el gobierno, como es notorio, la reprimió duramente. Constantino Lazzari, miembro de la directiva, Nicolás Bombassi, uno de los líderes de hoy, y Serrati, director del *Avanti*, fueron condenados a prisión por derrotismo.

Después del armisticio, el progreso del Partido Socialista, turbado por las divergencias suscitadas por la guerra, recuperó su intensidad. La corriente maximalista se extendió, simultáneamente, en sus filas. Reunida en marzo del año pasado, la directiva acordó romper con el Bureau Internacional, acusado de haber traicionado la causa proletaria, y adherirse

a la Tercera Internacional, o sea la fundada en Moscú a la sombra de la bandera bolchevique. Dentro de este ambiente se preparó el Congreso de Bolonia del mes de octubre, realizado en vísperas de las elecciones en que el partido debía triunfar tan ruidosa e inesperadamente.

En el Congreso de Bolonia hubo tres tendencias. Una maximalista abstencionista encabezada por Bordiga, contraria a la participación del partido en las elecciones. La segunda maximalista eleccionista, encabezada por Serrati. Y la tercera, evolucionista, encabezada por Treves y Turati.

Fue la segunda tendencia la que venció. En virtud de una orden del día de Serrati, el partido declaró su adhesión a la Internacional de Moscú y en consideración al programa de Génova superado por los acontecimientos y por las condiciones internacionales creadas por la guerra, introdujo en él varias reformas. Conforme a estas reformas, el partido concebía que los instrumentos de dominación del estado burgués no pueden en ninguna forma transformarse en órganos de liberación del proletariado. Que a ellos deben ser opuestos nuevos órganos proletarios —consejos de obreros, de campesinos, etc.—, que, funcionando por ahora bajo la dominación burguesa como instrumentos de lucha, serán mañana los órganos de transformación social y económica del orden de cosas comunista. Que el régimen transitorio de la dictadura del proletariado debe marcar el paso del poder de la burguesía a los trabajadores. Y que mediante este régimen el período histórico de transformación social podrá ser abreviado.

La moción que reformó así el programa de Génova fue aprobada por 48,411 votos, contra 14,880, alcanzados por la moción centrista de Lazzari a la cual se adhirieron Treves y Turati, y contra 3,417, alcanzados por la moción comunista que pretendía la conversión del partido en partido comunista.

Las direcciones sancionadas por el congreso de Bolonia han sido ratificadas por el Consejo Nacional del Partido que acaba de reunirse en Milán; pero han sido interpretadas con moderación y sagacidad. En obediencia al programa de Génova, se ha resuelto proceder a la constitución de soviets, destinados a servir al mismo tiempo como elementos de lucha

y de preparación del proletariado para el ejercicio del poder; pero esos soviets serán limitados a las grandes ciudades, a los grandes núcleos de trabajadores.

El grupo parlamentario socialista actúa compacto y disciplinado. Pero, se advierte en él, más definida aún que en Bolonia, las tres tendencias del congreso. La tendencia acaudillada por Turati y Treves —que son dos conspicuas figuras intelectuales del partido— ha sido llamada, repentinamente, tendencia colaboracionista. Mas, en verdad, el colaboracionismo no es tan colaboracionismo. Turati y Treves no desean que el partido vaya al gobierno bajo la monarquía. Saben que un gabinete socialista no contaría con la aprobación de las masas y que éstas, sin darle su apoyo, le exigirán "la luna en el pozo" como dice Turati. Ellos no son, por consiguiente, colaboracionistas. Pero disienten del criterio dominante en el partido acerca del rol del grupo parlamentario. Piensan que el grupo parlamentario socialista debe arrancar al régimen actual todas las reformas posibles. No convienen con la mayoría maximalista en que el rol de los socialistas en el parlamento debe ser un rol negativo y no un rol positivo.

En el fondo, los términos de la discrepancia son los siguientes: una parte del Partido Socialista no cree en la posibilidad de la revolución inmediata. Más aún. No cree en la capacidad actual del proletariado para asumir el poder. Y juzga que hay que ocuparse de crearle esta capacidad. Y que hay que utilizar la fuerza parlamentaria del socialismo. Los ciento cincuenta y seis votos socialistas pueden servir para muchas reformas urgentes. Para todas aquellas reformas a las cuales no negarían su voto otros grupos de la izquierda parlamentaria. En tanto, otra parte del Partido Socialista, la parte extremista, cree en la posibilidad de la revolución. Juzga necesario que la acción del partido se reduzca a organizarla, a precipitarla. Estima que el partido debe reservar su labor constructiva para cuando el poder esté íntegramente en manos del proletariado. Que no proceder así es retardar la revolución y colaborar con la burguesía.

Una y otra fracción son consecuentes con su respectiva apreciación del momento histórico. La diferencia de esta apre-

ciación es lo que las separa. Es lógico que quienes consideran que es el momento de la revolución, se opongan a que el socialismo se ocupe de otra cosa que de acelerarla. Y es lógico que quienes consideran lo contrario quieran que el socialismo se cruce, negativamente, de brazos, ante los problemas presentes, que no afectan a una clase sino a todas y, principalmente, a las clases trabajadoras.

*El Tiempo*. Lima, 28 junio de 1920.

*Cartas de Italia*. Lima, Editorial Minerva, 1986. pp. 48-54.

### 33/. LOS AMANTES DE VENECIA

Sobre el amor de Alfredo de Musset y Jorge Sand se ha escrito muchos libros. Los primeros fueron, naturalmente, uno de Alfredo de Musset y otro de Jorge Sand. Pero ni éstos, por razones obvias, ni los demás que los han seguido, por razones abstrusas, son una historia completa y verídica del famoso amor. El único libro que parece serlo es *Los amantes de Venecia* de Charles Maurras, que acaba de ser reeditado.

En una estancia de un hotel del Lido, con las ventanas abiertas al panorama de Venecia y a la música de góndolas de la Laguna, he leído esta novísima edición de la obra de Maurras. Ha sido esta una lectura casual. Pero yo he resuelto imaginármela intencionada. Porque es absolutamente necesario que, en estos días de setiembre en que Venecia está poblada de gentes que vienen a veranear en la playa del Lido, y que no se preocupan de la historia de la república de los dux, algún peregrino más o menos sentimental se acuerde de los pobres amantes que aquí vivieron los capítulos más intensos de su novela.

El autor de *Los amantes de Venecia* es el mismo Charles Maurras, que dirige *L'Action Française*.

Los otros biógrafos de *Los amantes de Venecia* no han sabido ser imparciales. Charles Maurras sabe serlo en todo su libro. No defiende ni detracta a ninguno de los amantes. Su justicia al hablar de uno y otro es tal, que los mussetistas

lo acusan de admirador de Jorge Sand y los sandistas de partidario de Musset.

La historia del amor de Musset y Jorge Sand apasiona todavía a mucha gente de Francia. Y en otros tiempos, como es sabido, apasionaba a más gente aún. Tiempos ha habido en que se polemizaba calurosamente sobre los más íntimos particulares del ilustre "menage". De un lado se sostenía, por ejemplo, cosas como ésta. Que Musset y Jorge Sand no debían ser llamados *Los amantes de Venecia*, porque en Venecia, si bien habían estado juntos, no habían sido efectivamente amantes. Y de otro lado, como es natural, se sostenía lo contrario. Y se citaba testimonios que acreditaban que en Venecia Musset y la Sand habían compartido el mismo lecho más de una noche. Charles Maurras, precisamente, habla de una carta de Jorge Sand, en que se alude a "que fue cerrada la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Musset", para demostrar que esa puerta había estado abierta en un principio.

El libro de Maurras relata, repito, con mucha imparcialidad los diversos episodios del célebre amor. Pero el autor no puede evitar que su obra pruebe que Musset hizo lamentablemente el ridículo. Y que, mientras Jorge Sand aparece en su obra como una mujer inteligente y simpática al par que pérfida y aviesa, Alfredo de Musset aparezca como un adolescente candelero y tonto.

La novela de Alfredo de Musset y Jorge Sand puede sintetizarse así:

Jorge Sand fue amante de Musset antes de separarse oficialmente de su marido, el barón de Dudevant. Había ya sido amante de Jules Sandeau y de Merimée. Esta pluralidad de amantes no quiere decir, por supuesto, que Jorge Sand fuera una hetaira. Quiere decir que Jorge Sand tenía el corazón demasiado grande, generoso y hospitalario, esto es, "casi incapaz del sentimiento que la generalidad de las gentes llaman amor". "Dos clases de personas —escribe Maurras— parecen ser inadaptadas al amor, las primeras por una falta de sensibilidad; las segundas por un exceso de este don de sentir y de seguir el sentimiento".

Desde el primer capítulo aparecieron en la novela de

amor de Musset y madame Dudevant las querellas y los pleitos. Cuando se dirigieron a Venecia —después de haber saboreado el amor metropolitanamente en París y geórgicamente en Fontainebleau— no fue en viaje de luna de miel ni mucho menos. Como que hay quienes aseguran que habían ya dejado de ser amantes y que no eran sino dos buenos amigos. Venecia, como se sabe, ejerció todo su encanto en el espíritu de Jorge Sand. Su inquieto corazón estaba, pues, muy propenso a palpar por el primer veneciano plácido que se le aproximase. Este veneciano fue el doctor Pagello, llamado a asistir a Alfredo de Musset, atacado por una impertinente enfermedad. El doctor Pagello era un vigoroso y joven ejemplar de la fauna veneciana. Jorge Sand, aunque sinceramente preocupada por la mala salud de su amante y fatigada por las vigiliadas pasadas al pie de su lecho, no podía dejar de apreciar estas cualidades. Y como tampoco podía limitarse a apreciarlas, se enamoró de ellas. Fue así como Jorge Sand, al mismo tiempo que moría de ansiedad por Musset, moría de amor por el doctor Pagello. El pobre Musset, delirante en su cama, no estaba en aptitud de advertirlo. Y ni aún el doctor Pagello, cuya temperatura y clarividencia eran normales, supo advertirle oportunamente. Jorge Sand tuvo que declarársele en la forma más explícita posible. Su declaración no fue verbal sino escrita. No por ser la declaración de una escritora, sino por ser la declaración de una mujer que apenas hablaba el idioma del hombre amado.

Hay que felicitarse de que esta carta de Jorge Sand haya sido dada a luz, porque constituye, sin duda alguna, su página más maravillosa. "Tú eres extranjero —dice en sustancia Jorge Sand a Pagello—, tú no entiendes mi lengua y yo sé demasiado mal la tuya para que podamos comprendernos. Y, siendo de patria, de razas, de costumbres diferentes, aunque pudiésemos comunicar nuestro pensamiento por el lenguaje, nuestros corazones continuarán siempre distantes el uno del otro". Luego ella interroga con vehemencia: "¿Quién eres tú? ¿Qué puedes ser para mí? ¿Se te ha educado tal vez en la convicción de que las mujeres no tienen corazón? ¿Sabes tú que también tienen uno? ¿Eres tú, cristiano, musulmán civilizado, bárbaro? ¿Eres tú un hombre? ¿Qué hay en ese

pecho masculino, en ese ojo de león, en esa frente soberbia?". El cuestionario se hace, después, más concreto. Jorge Sand pregunta a Pagello si es idealista o carnal en el amor, bruto o poeta; si, cuando su amante se duerme entre sus brazos, sabe quedar despierto para mirarla, rogar a Dios y llorar; si los placeres del amor lo dejan jadeante y embrutecido o si lo arrojan en un éxtasis divino. Enseguida ella le agrega: "Yo no sé si tu vida pasada, si tu carácter ni lo que los hombres que te conocen, piensan de tí. No importa. Yo te amo, yo te amo sin saber si yo podré estimarte, y yo te amo porque tú me gustas".

Pero donde están encerradas toda la belleza, toda la poesía, toda la emoción inmensas de la carta, es en las frases siguientes: "Si tú fueses un hombre de mi patria, yo te interrogaría y tú me responderías; pero yo seré tal vez más desventurada todavía, porque entonces, tú podrías engañarme. Tú, tú, como eres, no me mentirás, no me harás vanas promesas ni falsos juramentos. Tú me amarás como tú puedes amar. Lo que yo he buscado en vano en los otros, no lo encontraré quizá en tí, pero podré creer que tú lo posees. Las miradas y las caricias de amor, que me han mentido siempre, tú me las dejarás explicar como yo quiera, sin añadir a ellas palabras mentirosas. Yo podré interpretar tu ensueño y hacer hablar elocuentemente tu silencio. Yo atribuiré a tus acciones la intención que yo te desearé. Yo no quisiera saber tu nombre. ¡Escóndeme tu alma! ¡Que yo pueda creerla siempre bella!". Esta carta fue escrita por Jorge Sand en presencia de Pagello. Pagello la miraba escribir y apasionadamente sin comprender. Y cuando ella metió las hojas dentro de un sobre en blanco, y sin decirle una palabra, puso el sobre en sus manos, Pagello preguntó a quién debía entregarlo. Entonces Jorge Sand quitó el sobre de las manos para escribirle encima: "Al estúpido de Pagello".

Consecuencia natural de esta carta fue que Jorge Sand y el médico de Venecia se entendieran no sólo en el terreno sentimental sino en otros terrenos limítrofes. Musset, en tanto, mejoraba, lo que probablemente eliminaba de la conciencia de madame Dudevant y de Pagello todo remordimiento.

Después de todo —pensaba acaso— sea cierto que traicionaban a Musset; pero no era menos cierto que lo traicionaba después de haberle salvado la vida con su amor y sus desvelos. Pero, con la salud, Musset recuperó la facultad de darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Un día notó que al pasar tras un biombo Jorge Sand y Pagello se demoraban el tiempo necesario a dos amantes para abrazarse furtivamente. Otro día sorprendió a Jorge Sand escribiendo a escondidas una carta. Otro día se fijó en que el saloncito donde Jorge Sand y Pagello habían tomado té la noche anterior sólo había una taza, lo que indicaba inequívocamente, que habían bebido amarteladamente de una misma taza de té. Estas cosas pusieron terriblemente furioso al convaleciente poeta. Pero Jorge Sand se dio maña para convencerlo de que ella era una mujer adorable y de que él era un loco y un miserable al dudar de su lealtad. Y de que debía pedirle perdón de rodillas. Jorge Sand consiguió finalmente que Alfredo de Musset se marchase solo a Francia y la dejase gustar libremente la virilidad de Pagello. Más todavía. Parece que Alfredo de Musset, alma cándida y buena, en una escena preparada por Jorge Sand con refinada astucia, unió antes de partir las manos de su ex-amante y de su médico, diciéndoles: "Ustedes se aman. Sean felices". Lo cierto es que, después de su regreso a Francia, Musset mantuvo tierna correspondencia con Jorge Sand, quien le encargó que le mandase de París un frasco de patchouli, su perfume preferido. Muy tarde comprendió Musset el rol que Jorge Sand le había hecho jugar. Antes, los "amantes de Venecia" cambiaron muchas cartas de recíprocas y románticas acusaciones. En las suyas Jorge Sand negó siempre haberse entregado a Pagello antes que Musset partiese. Se empeñó, además, en presentar a Musset como el que había arrancado a Pagello la confesión de su amor por ella. Y sostuvo, especialmente, que fue muy dueña de hacer lo que hizo, porque había dejado de pertenecer a Musset cuando abrió los brazos a Pagello. En una de sus cartas se encuentra esta pregunta: "¿Era yo tuya entonces?"

Yo creo que las gentes ilustres tienen, sin duda alguna, el mismo derecho que las gentes anónimas para que se respete la puerta de su corazón y de su dormitorio. Yo creo que no

basta para descubrir así, las intimidades espirituales y físicas de dos amantes, la excusa de que se trata de dos escritores famosos. Pero carezco de la austeridad necesaria para abstenerme, por mi parte, de contribuir con un artículo de periódico a la notoriedad de esas intimidades.

*El Tiempo*. Lima, 11 enero de 1921.

*Cartas de Italia*. Lima, Editorial Minerva, 1986. pp. 201-206.

### 34/. REFLEXIONES SOBRE FLORENCIA

El tranvía sube al Piazzale Michelangelo. El Piazzale Michelangelo es una terraza que Florencia, vanidosa y coqueta como una mujer bonita, usa para contemplarse a sí misma desde cincuenta metros de altura, en medio de una alameda que asciende serpeando a las colinas de más allá del Arno, muy cerca de la solitaria Basílica de San Uriniato, de la vieja torre donde Galileo, probablemente en una noche como ésta, se apercibió de que la Tierra daba vueltas. Viajan en el tranvía dos parejas de enamorados, parecidas a todas las parejas de enamorados del mundo. Viaja, además, una inglesa que mira la luna con sus impertinentes por un ventanillo del tranvía. Yo había tenido la ambición insensata de ser el único en subir al Piazzale esta noche de luna. Había olvidado que la noche de luna en el Piazzale no podía ser atrayente sólo para mí. Que tenía que serlo también para otras gentes, para los enamorados y las inglesas, por ejemplo. Y un miedo ilógico se adueña de mí actualmente. ¿No subirán hoy al Piazzale todos los enamorados y todas las inglesas de Florencia?

Pienso, en seguida, que debe ser agradable estar enamorado esta noche. Lo mismo piensa, sin duda alguna, la inglesa que tan pertinazmente mira la luna. Yo debería enamorarme de la inglesa por algunos momentos. Pero no es posible, ni siquiera por algunos momentos enamorarse de una mujer que mira la luna con sus impertinentes. No es posible, ni razonable.

Me invade una tentación rara. La tentación de preguntarle a la inglesa. Señora, usted viene a "gozar del fresco", ¿no es cierto? Es que no sé por qué se me ocurre que esta inglesa no siente otro deseo que el de "gozar el fresco" y lamenta que en el Piazzale den "retreta". Lo que puede ser una suposición injusta y temeraria.

Nos acercamos al Piazzale. El tranvía entra chillando con todas sus fuerzas en la última curva de la ondulada alameda. La inglesa no mira más la luna. Mira tal vez el tranviero. Aparece la silueta del David de Miguel Angel dominando el Piazzale silenciosa y evangélicamente.

Yo he visto muchas veces Florencia desde este mismo sitio. ¿Por qué entonces, me parece, que por primera vez la veo ahora? Seguramente porque por primera vez la veo de noche. Y de noche, este panorama de la ciudad es más vivo, más intenso, más comprensible que de día. De día hay algo que no permite apreciarlo íntegramente: la luz del sol. La luz del sol impide ver bien las cosas. ¡Es siempre tan violenta, tan extremada, tan excesiva! De noche, en cambio, la ciudad enciende sus propias luces. Sus propias luces la dibujan, la dividen, la limitan, la coloran. Y, en las noches como ésta, la luz de la luna influye en el paisaje de la ciudad, pero influye sagaz, discreta y sabiamente. No lo cambia, no lo modifica. Lo hace plena y nítidamente visible, sobre un fondo luminoso y bajo un cielo plácido.

Las luces de una ciudad son admirablemente expresivas en las gradaciones de su distribución, de su intensidad, de su matiz. En los suburbios se dispersan, se apagan, se desvanecen. En el centro se afestivan. Por ejemplo, nadie puede indicar mejor la plaza Víctor Manuel en el panorama nocturno de Florencia que ese núcleo de luces próximo al Domo. Mirar ese núcleo de luces es sentir toda la vista de la plaza Víctor Manuel, es asomarse a las terrazas llenas de gente de sus cafés-concierto. Es escuchar la música de Madame Thebes. Es percibir el silencio de un episodio cinematográfico en que Alberto Capozzi mata a Francisca Bertini o Francisca Bertini mata a Alberto Capozzi.

Además, cada una de las luces de la ciudad parece

tener su personalidad y su fisonomía. No son iguales una a otras. Esa luz es blanca, resplandeciente y vaporosa como una dama en traje de soirée. Es una luz de teatro, de music-hall o de carrousel. Esa otra es amarilla, miserable, anémica. Es una luz de arrabal, una luz en torno de la cual giran y giran sucios coleópteros y vagabundas libélulas. Esa otra es roja. Es una luz de vía férrea, eternamente vigilante y vagamente dramática como su vecino y amigo el garitero. Esa otra es una luz que corre y grita ebria de gasolina. Es la luz de un automóvil. ¿Y esas otras luces que se reflejan en las aguas del Arno? ¿Son luces coquetas que se miran en el espejo? ¿O son luces suicidas que se arrojan en el río como se arroja a veces una virgen romántica que se mata por amor o un pobre diablo que se mata por hambre? Son las luces más misteriosas, más conmovedoras, más inquietantes. Yo estoy seguro que en las noches de invierno sufren frío. Yo las he visto entonces temblar con el fondo del agua torva.

¿Por qué estas luces metropolitanas despiertan en mi alma el recuerdo de otras luces y, por ende, de otra noche de verano y de otro paisaje sereno? Esas otras luces no eran luces de gas, de electricidad ni de petróleo. Eran las pequeñas, errantes, fugitivas y versátiles luces de las luciérnagas. Las únicas luces que alumbraban el bosque de abetos de Vallombrosa. Usted, Zi Uciceri, había perdido su collar. Usted no sabía dónde. Pero lo buscaba usted en el bosque porque suponía usted naturalmente, que si lo había perdido dentro del hotel no había peligro alguno. Nadie se lo robaría. En cambio, si lo había perdido en el bosque podrían robárselo, al amanecer, las cigarras. Tienen tan mala fama de ociosas las pobres cigarras. La noche estaba llena de luciérnagas. Y los ojos de usted, sus románticos ojos de alemana no encontraron el collar, pero soñaron acaso, que el bosque se transformaba en un bosque wagneriano donde erraba, sonámbula y angustiada, una princesa nibelunga. Usted semejaba, en verdad, la dulce protagonista de una leyenda nórdica. Las luciérnagas volaban con ese vuelo graciosamente incierto, íntimamente leve, que describe la *Mariposa* de Grieg. Y había en su actividad una prosa rara como si también ellas buscaran



algo. Buscaban el collar de usted probablemente. Porque las luciérnagas la amaban a usted esa noche. Yo lo dudé en un instante en que usted se inclinó a mirar el suelo. Yo había creído que en ese instante todas las luciérnagas del bosque, todas las luciérnagas del mundo, desde las más cercanas hasta las más distantes correrían a iluminar el trecho de ruta que los ojos de usted exploraban. Y me sorprendió que no fuera así. Que mientras usted escrutaba el suelo las luciérnagas continuasen vagando sin concierto. Pero después pensé que era que las luciérnagas sabían que su collar no estaba donde usted se había detenido y por donde ya ellas habían pasado. Si usted hubiera adivinado mi pensamiento me hubiera dicho que yo disculpaba a las luciérnagas. Y que las luciérnagas eran efectivamente descorteses y malas como yo había pensado al principio. Todo, por supuesto, para que yo le replicara que no, que usted se engañaba, que las luciérnagas la amaban con todo su corazón porque usted era bella, muy bella, más noble que la noche melodiosa en el bosque insomne.

Mi pensamiento abandona Vallombrosa, abandona sus luciérnagas, abandona a Zi Mimi y regresa a Florencia. Encuentra una insólita fuerza invocadora en la cúpula de la catedral, en el campanario de Giotto y en la torre alineada del Palacio de la Señoría. Y me atribuyo también a la noche. La noche borra un poco la Florencia moderna. Releva, en tanto, la Florencia antigua. De noche hay en Florencia algo de la Florencia de Lorenzo el Magnífico y de Gerónimo Savonarola. El alma de Florencia sale a la superficie. Y se muestra más y más a medida que cesa el ruido de los tranvías, de los automóviles y de todas esas abominables máquinas que ahuyentan y espantan las sombras del pasado. En algunas callejas resucita furtivamente la Florencia de antes. Los viejos palacios recobran su fisonomía feudal. Se respira la atmósfera de la Edad Media. Se susurra sin quererlo un verso de la *Divina comedia*. Y se siente el riesgo inminente de tropezarse con la sombra del Dante al voltear una esquina.

Yo amo al Piazzale por sus cipreses. Por sus altos cipreses que señalan la ruta de San Uriniato al Monte. Y que son como una teoría de monjes en marcha al convento. El

ciprés es un árbol augusto. Es más bello que el *Apolo de Belvedere* y más profundo que los *Diálogos de Platón*. Su línea es más elegante que la del pino. La línea del pino es un poco geométrica. La línea del ciprés es siempre estatuaría. Y su color tiene la austeridad de su espíritu y la majestad de su forma. Es un verde solemne. Es un verde oscuro como el que se encuentra en los mármoles preciosos de la Capilla de los Médicis. Gótico, místico, ascético, su flacura evoca a veces la flacura de San Gerónimo y de Santa María Egipsíaca. Y como es el árbol del misterio, es el árbol de la noche. De noche su sombra semeja una sombra humana. Es la sombra de un magno Don Quijote, embozado y pensativo, sin escudero, sin armas, sin arnés y sin cabalgadura.

Pero en este Piazzale no hay sólo una hilera de cipreses. No sólo hay un David de bronce copia del *David* de mármol de Miguel Angel. Hay también un "tea-room". Yo sé que no existe un lugar bello e ilustre sin "tea-rooms". Y que es universal la tendencia de asociar el placer estético y el té con pasteles. Pero, sin embargo, un "tea-room" en esta noche de luna me parece innecesario e impertinente. ¿Qué hace aquí un "tea-room", Dios mío? Suena en el "tea-room", como una carcajada, la música de un "One step". Y esta música extingue de un golpe el silencio del Piazzale. A su conjuro aparece ululando un automóvil. El Piazzale se puebla de ruidos y de gentes. Y arriba, en el cielo, la luna se muere de tristeza.

*El Tiempo*. Lima, 2 febrero de 1921.

*Cartas de Italia*. Lima, Editorial Minerva, 1986. pp. 211-215.

### 35/. EL CISMA DEL SOCIALISMO

La escisión de los socialistas tiene en Italia la misma índole que en los otros países, pero no la misma fisonomía. Las modalidades de la escisión italiana son singulares. No hay aquí un partido que siga a la Tercera Internacional y otro que siga a la Segunda. No hay tampoco un partido que se pronuncie por los organizadores de una nueva Internacional.

Esto es, por los "reconstructores" que acaban de celebrar su primer congreso en Viena. Aquí hay un partido que sigue a la Tercera Internacional y otros que, según sus declaraciones, quieren también seguirla. Los partidarios de la Segunda Internacional están desde hace mucho tiempo fuera del socialismo oficial italiano. Se titulan socialistas reformistas, socialistas nacionales. Se llaman Ivanoe Bonomi, Arturo Labriola, ministros del rey. Son colaboradores de Nitti o Giolitti.

Aparentemente, pues, la división producida en el Congreso de Livorno no es una división lógica. Es, más bien, una división inexplicable. Porque resulta una división de socialistas de igual fe programática y de igual orientación táctica.

Pero ésta no es sino la apariencia. En verdad no existe sino un partido efectivamente maximalista: el partido de Bombacci, de Bórdiga, de Graziadei. El partido que se ha separado del socialismo oficial en el Congreso de Livorno a causa de que la mayoría del socialismo oficial quería suscribir el programa de Moscú con varias reservas escritas y demasiadas reservas mentales.

El otro partido, el partido mayoritario, no sigue a la Internacional de Moscú, aunque tampoco sigue a la Internacional de Berna ni a la Internacional de Viena. Es un partido que, no obstante sus protestas de fidelidad a la Internacional de Moscú, está fuera de todas las internacionales. Su posición dentro del socialismo: la tendencia derechista, representada por Turati; la tendencia centrista, representada por Serrati; la tendencia izquierdista, representada por Bombacci. Sólo que la tendencia centrista hasta la víspera del Congreso de Livorno, casi no se había dejado sentir. Había preferido confundirse con la tendencia izquierdista en la lucha contra la tendencia de Turati. Únicamente a la víspera del Congreso de Livorno se apartó de la tendencia comunista, agitando la bandera de la unidad del partido. Bandera puramente formal, puesto que ha conducido a sus sostenedores a romper con sesenta mil comunistas por no romper con veinte mil social-democráticos.

La fracción derechista, diferenciándose de las demás

fracciones derechistas europeas, no estaba con la Segunda Internacional. Verbalmente, lo mismo que la fracción centrista, estaba con la Internacional de Moscú. Pero realmente la adhesión de ambas al maximalismo, no era sino retórica, tal vez, más que de que se sintiesen con la Tercera Internacional, de que no se sentían con la Segunda.

Zinoviev, en sus polémicas con los centristas, ha explicado estas particularidades de la crisis del socialismo italiano. Ha dicho que los socialistas derechistas y centristas italianos parecen más a la izquierda que los derechistas y los centristas de otros partidos socialistas europeos, porque Italia se halla en un período revolucionario más avanzado. Pero que la Tercera Internacional no puede reputarles menos derechistas ni menos centristas que los derechistas y los centristas franceses, ingleses o alemanes.

La división ha sido, por esto, inevitable y necesaria. La Tercera Internacional se ha mantenido intransigente con las fracciones de mayoría. Ha hecho suyos los puntos de vista de la fracción minoritaria de Bombacci. Y, en consecuencia, no habiendo aceptado la mayoría de los puntos de vista, la fracción minoritaria ha tenido que constituir un partido independiente.

La división se ha producido en condiciones ventajosas para la mayoría, por la sugestión sentimental de la bandera de la unidad, tremolada por la fracción de Serrati, que se denominaba comunista sanitaria, que protestaba su fidelidad al maximalismo y que arrastraba consigo, por estos motivos, a muchos elementos comunistas vinculados a Serrati y seducidos por el *Avanti*.

Estos elementos son los que ahora contrapesan en el partido socialista la influencia del ala derecha. Pero su acción no puede evitar que el partido, después del Congreso de Livorno, vire a la derecha cada día más. Ni que el pensamiento de Turati vaya readquiriendo en él su antigua influencia. Cosa natural, por otra parte, desde que Serrati, el líder unitario, carece de las condiciones necesarias para dar al partido una dirección y un programa. No es más que un buen ejemplar de propagandista, de agitador, de orador de comicio, a quien



la dirección de *Avanti* y una larga y honesta foja de servicios, han conferido en la última crisis una autoridad superior a su estatura intelectual.

El Partido Comunista, entre tanto, ha recogido el programa maximalista adoptado por la mayoría socialista hace dos años en el Congreso de Boloña y abandonado ayer en el Congreso de Livorno. Obediente a ese programa, el Partido Comunista trabaja exclusivamente por la revolución y para la revolución. Esta preparación para la revolución no es como se comprende, una preparación material. Es una preparación principalmente espiritual. Sus directores son, por esto, intelectuales. Son el abogado Terraccini de *L'Ordine Nuovo*, de Turín, el profesor Graziadei, el ingeniero Bórdiga. La figura del Bombacci —evangélica barba, iluminados ojos, romántico chambergo— pasa a ratos a segundo término. Como la figura del director de *Avanti*, en el sector mayoritario.

*El Tiempo*. Lima, 12 junio de 1921.

*Cartas de Italia*. Lima, Editorial Minerva, 1986. pp. 97-99.

### 36/. ESCENAS DE GUERRA CIVIL

Parece a ratos que reviven fugazmente los tiempos de Güelfos y Gibelinos. Como en esos tiempos, hay en la actualidad en Italia dos bandos que se combaten sañuda y truculentamente. Y que, aunque no se llamen Güelfos y Gibelinos, sino "fascista" y socialista, renuevan intermitentemente, en este sugestivo e interesante país, los días de la Edad Media. Se hallan empeñados en una lucha de acechanza, de emboscada, de represalia y de "vendetta".

Ante esta lucha, el Estado se declara imparcial. Pero ocurre que una de las partes beligerantes se titula defensora de la autoridad del Estado. Y, por ende, la otra parte beligerante refuta al Estado su aliado y parcial.

Las dos facciones no son igualmente conocidas fuera de Italia: una de ellas, el "fascismo", es demasiado nueva para

los públicos lejanos. Conviene, pues, ilustrar, sus antecedentes.

El "fascismo" fue fundado en 1919 por Benito Mussolini y otros elementos de entusiasta figuración intervencionista, para preconizar un programa expansionista y nacionalista, contra quienes, a su juicio, desvalorizaban desde el gobierno la victoria italiana. Y, también, contra quienes habían sido opuestos a la intervención. En una palabra, tanto contra el nittismo pacifista como contra el giolittismo neutralista. Constituyó el fascismo una secuela espiritual de la aventura de D'Annunzio.

La denominación de "fascismo" viene de la palabra "fascio", con la cual fue designado en Italia, durante la guerra, el bloque de fuerzas políticas nacionales que en Francia se llamó "union sacrée". En el Parlamento italiano no hubo "union sacrée" de partidos, sino "fascio" de partidos. Esto es, expresado en español, "haz" de partidos. La palabra "fascismo" tiene, pues, por este origen, un contenido nacionalista y guerrero.

Benito Mussolini, el animador del "fascismo", proviene de las filas del partido socialista. Ha sido director del *Avanti*. Es un disidente del socialismo desde la guerra, a causa de sus ideas intervencionistas que lo llevaron a asociarse a la campaña por la participación de Italia en el conflicto. Para contribuir a esta campaña, creó en Milán el diario *Il Popolo d'Italia*, que es hoy el órgano oficial del "fascismo". Mussolini es un escritor de brillante talento polémico y un partidario elocuente de D'Annunzio "condottiere" y de D'Annunzio político.

En un principio, el "fascismo" operó principalmente sobre una plataforma de política externa. Agitó la bandera de las máximas aspiraciones territoriales. Preconizó la anexión de Fiume y la Dalmacia. Glorificó el gesto de D'Annunzio. Procuró despertar vigorosamente en Italia ese mismo sentimiento de la victoria que en Francia produjo el Parlamento actual.

Más tarde, cuando este programa nacionalista aglutinó alrededor de los "fascios" una multitud batalladora y fervida, el "fascismo" inició su ataque armado al socialismo. Situó siempre su acción en un terreno netamente nacionalista. Calificó

de agresiva su actividad, como una afirmación del patriotismo italiano contra la doctrina internacionalista del socialismo y del anarquismo.

El fenómeno "fascista" ha adquirido, a partir de entonces, una importancia mucho mayor. Hoy el "fascismo" es una milicia civil anti-revolucionaria. Ya no representa solamente el sentimiento de la victoria. Ya no es exclusivamente una prolongación del ardor bélico de la guerra. Ahora significa una ofensiva de las clases burguesas contra la ascensión de las clases proletarias. Las clases burguesas aprovechan del fenómeno "fascista" para salir al encuentro de la revolución. Cansadas de la nerviosa espera de la ofensiva revolucionaria, abandonan su actitud defensiva. Anticipan la reacción al hecho revolucionario. Las fuerzas conservadoras están seguras de frustrar definitivamente la revolución, atacándola antes de que se ponga en marcha a la conquista del poder político.

Las fuerzas socialistas no participan íntegramente en la contienda. Los socialistas en armas contra el "fascismo" no son todos los militantes en las organizaciones proletarias sino, únicamente, su parte más exaltada y marcial. O sea la vanguardia del socialismo.

La mayoría de los elementos socialistas es contraria a este género de escaramuzas que, en su concepto, desangran inútilmente al proletariado. Considera esa mayoría que la violencia armada no debe servir sino para el asalto decisivo al poder.

El Estado, por supuesto, no puede ser rigurosamente imparcial. No puede aprobar ni excusar los procedimientos terroristas del "fascismo": incendio de las cámaras de trabajo, empastelamiento de las imprentas socialistas, agresión a los organizadores y propagandistas adversarios, etc. Pero tiene que ver en el movimiento "fascista" un movimiento de las clases que quieren conservarlo contra las clases que quieren destruirlo y reemplazarlo. El "fascismo" es la acción ilegal de las clases conservadoras, temerosas de la insuficiencia de la acción legal del Estado, en defensa de la subsistencia de éste. Es la acción ilegal burguesa contra la posible acción ilegal socialista: la revolución.

Esta identidad de intereses primarios hace que aparezcan reunidos en un mismo campo los "fascistas", esto es, los factores de la intervención, con los "giolittistas", esto es, los partidarios de la neutralidad a ultranza, los que antes de la guerra fueron acusados por aquéllos de traición a la patria y durante la guerra fueron tachados de derrotismo.

La actividad "fascista" en las próximas elecciones tendrá en buena cuenta, una fisonomía ministerialista, porque se dirigirá en el sector monárquico, contra Nitti —que es, en ese sector, el adversario de Giolitti—, el político que prepara desde ahora el asalto al ministerio, pero cuyo programa, así en el orden interno como en el orden externo, no se diferencia distancialmente del programa de Giolitti. Ambos estadistas tienen, más o menos, la misma apreciación del instante y poseen idéntica habilidad para afrontarlo.

Mas los "fascistas" no transigen con Nitti. No pueden olvidar que Nitti ha sido para ellos el desvalorizador de la victoria. Prefieren olvidar que Giolitti fue el enemigo de la intervención.

*El Tiempo.* Lima, 29 junio de 1921.

*Cartas de Italia.* Lima, Editorial Minerva, 1986. pp. 115-118.

### 37/. ¿LA GUERRA HA SIDO REVOLUCIONARIA O REACCIONARIA?

Durante la guerra, principalmente a partir del día en que Wilson le dio un programa, se dijo de ella que era una guerra revolucionaria. Una guerra que transformaría al mundo. Una guerra que pondría fin a las guerras. Sobre sus escombros se alzaría, como un eterno monumento de paz, el blanco edificio de la sociedad de las naciones.

Y aún después de la paz de Versalles, después de las otras paces conexas, se continuó hablando de la gran guerra revolucionaria. Hoy mismo no falta, de vez en cuando, un discurso o un artículo donde este concepto de cliché reaparezca adornado de sus habituales lugares comunes.

Pero la conciencia del mundo sobre la guerra comienza

a cambiar totalmente. Cada vez más clara, cada vez más neta, emerge la verdad. Y la verdad es que la guerra no ha sido revolucionaria. Si en los días de la guerra la humanidad ha creído que era una guerra revolucionaria ha sido porque necesitaba de esta idea para consolarse de sus males. Porque sólo esperando de ella frutos taumatúrgicos podía tener fuerza para sufrirla. Se ha tratado de una guerra tan horrible que para explicársela ha habido que suponerle virtudes mesiánicas.

La humanidad ha estado en una ilusión. Una ilusión que le ha servido de anestésico como todas sus ilusiones. Y que si no se ha desvanecido ya completamente es porque todavía ha menester la humanidad de continuar un poco anestesiada.

Los hechos que prueban la naturaleza reaccionaria de la guerra y sus defectos son de una fisonomía precisa, uniforme y definida. En Francia, en el país de la revolución, las últimas elecciones han producido un parlamento conservador, cuyo matiz colectivo no discrepa mucho, sustancialmente, del matiz particular de León Daudet, representante de una extrema derecha anacrónica de chauvinista y *camelots* del rey. En Inglaterra, en el país de la libertad, Mr. Lloyd George, por una parte apoya su gobierno en las derechas conservadoras, por otra parte reprime marcialmente las aspiraciones autonomistas de Irlanda. En todas las potencias vencedoras prevalece la tendencia al dominio y a la conquista. Italia es una excepción. Primero porque Italia, a consecuencia de la manera como la han tratado sus aliados, no ha salido de la guerra con la sensación de haber vencido verdaderamente. Segundo porque la Italia contemporánea es un pueblo de arraigado espíritu democrático. Y, sin embargo, en Italia misma, aunque aisladas e impotentes, se presentan manifestaciones de reaccionarismo y de expansionismo. La aventura de D'Annunzio, por ejemplo, desnudada de sus atributos líricos, es una aventura de mentalidad íntimamente reaccionaria y militarista. Constituye una rebelión del poder militar contra el poder civil.

Además, los Estados europeos, para reconstituir la riqueza destruida, para resanar la hacienda arruinada, plantean al pueblo una exigencia que define nítidamente la significación

de la guerra. Esa exigencia es esta: el aplazamiento de toda aspiración renovadora del orden social y económico. Mejor dicho, la renuncia temporal a todo ideal revolucionario. Para que los Estados se repongan es indispensable que las clases obreras trabajen intensa y disciplinadamente. Antes de la guerra el Estado se declaraba neutral frente a la lucha entre el capital y el trabajo. Ahora reclama virtualmente la cesación de esa lucha. Lo que equivale a ponerse de parte del capital. Y lo que indica, evidentemente, que el régimen capitalista ha sido fortalecido por la guerra. Por la guerra llamada revolucionaria.

Y la reacción no es sólo política y económica. Es también espiritual. Asistimos a un renacimiento del espíritu guerrero, del espíritu heroico. La guerra ha desequilibrado las almas. De un lado ha dejado el desprecio por la vida humana; del otro lado el amor a la aventura, la ambición a la gloria militar. Hay gentes que piensan y sueñan hoy como los cruzados y los *condottieri* de la Edad Media. Más de uno de los mariscales de la victoria fojea nostálgicamente las páginas de las epopeyas napoleónicas. Sentimientos que parecían eliminados de la conciencia humana por la acción de las ideas democráticas resucitan furtiva y espontáneamente. Su resurrección carece de vigor para ser amenazadora e inquietante. Pero es un síntoma.

La guerra no ha sido, pues, revolucionaria. No lo ha sido ni ha podido serlo. Porque, ¿qué ha representado en sí? Todos están acordes en que ha representado una regresión a edades bárbaras. Una interrupción del progreso de la humanidad. Una quiebra de la ética elaborada en tantos siglos. Por consiguiente, ¿no es contradictorio, no es ilógico creer que la guerra ha representado, al mismo tiempo, una revolución? Sin duda alguna. En todas sus características la guerra ha sido reacción, receso, salto atrás. Y bien, las consecuencias de un hecho de naturaleza reaccionaria, las consecuencias directas al menos, no pueden ser de naturaleza revolucionaria. Está de por medio la dependencia de la naturaleza del efecto a la naturaleza de la causa.

Cuando se habla de la guerra revolucionaria se señala la revolución rusa como una de sus máximas expresiones.

Y generalmente sin congruencia entre la apreciación de la revolución rusa y el objeto de la cita. Pero la revolución rusa demuestra precisamente lo contrario de lo que se quiere que demuestre. La revolución rusa ha sido una protesta contra la guerra. Un esfuerzo por sabotearla, por boycotearla. Y contra la revolución rusa, ¿no hemos visto y no vemos hasta ahora confabuladas a las potencias vencedoras? ¿No sabemos que para estas potencias el Estado ruso no tiene derecho a la vida? Y no tiene derecho a la vida no por ser el Estado ruso sino por ser un estado revolucionario, por personificar un régimen nuevo, por contrariar la organización actual de la sociedad. En la cruzada contra la revolución rusa hay mucha más pasión, mucho más encono que en la cruzada contra la revolución francesa. Los propios gobiernos que transigen con la reanudación de relaciones con Rusia declaran explícitamente que los mueve a esta transacción el convencimiento de que negociando y tratando con la revolución rusa les será más fácil domesticarla y vencerla.

Cancelemos la frase de la guerra revolucionaria que tan buenos servicios nos prestara en los días en que tenía eficacia de anestésico. Cancelémosla definitivamente. La guerra no ha sido revolucionaria, sino reaccionaria, esencialmente reaccionaria.

Es probable que esta guerra reaccionaria, que sus efectos reaccionarios apresuren la revolución. Pero la guerra no habrá sido la revolución por eso. Habrá sido siempre la reacción. La revolución no será obra de la guerra sino de ideas anteriores a la guerra y atajadas en su marcha y en su desarrollo por la guerra. Todo lo que tenga aliento revolucionario, espíritu revolucionario, finalidad revolucionaria, vendrá como una condenación de la guerra. Como una afirmación de los principios atacados y desconocidos por la guerra. Y en oposición a los sentimientos, a las corrientes y a las ideas generadas por la guerra.

Fechado en Florencia, 25 julio de 1921, se publicó en *El Tiempo*, de Lima, en los meses siguientes.

Próximamente este artículo aparecerá en una nueva edición de *Cartas de Italia*.

### 38/. EL CREPUSCULO DE LA CIVILIZACION

Máximo Gorki, en un emocionante artículo, nos hablaba hace poco del "fin de Europa". Y esta no es una frase de literato. Es una realidad histórica. Estamos asistiendo, verdaderamente, al fin de esta civilización. Y, como esta civilización es esencialmente europea, su fin es, en cierto modo, el fin de Europa.

Nuestra generación, impregnada todavía de la idea de un progreso siempre ascensional, sin soluciones de continuidad, no puede percibir ni comprender fácilmente esta realidad histórica. No puede alcanzársele que esta civilización, tan potente y tan maravillosa, no sea también infinita e imperecedera. Para ella, esta civilización no es "una civilización". Es "la Civilización" con letra mayúscula.

Pero la filosofía contemporánea roe activamente ese espejismo. Oswald Spengler, uno de los pensadores más originales y sólidos de la Alemania actual, en un libro notable, desarrolla la tesis de que "el fenómeno más importante de la historia humana es el nacer, florecer, declinar y morir de las culturas" (Spengler no dice civilizaciones sino culturas). Toda cultura ha tenido sus características económicas, políticas, estéticas y morales absolutamente propias. Toda cultura se ha alimentado de su propio pensamiento y de su propia fantasía. Toda cultura, después de un período de apogeo, llenada su misión, ha decaído y perecido. Y toda cultura, sin embargo, ha tenido como la nuestra, la ilusión de su eternidad. Esta ilusión, por otra parte, ha constituido siempre un elemento moral indispensable de su desarrollo y de su vitalidad. Y, si empieza a flaquear en nuestra civilización, socavada por el pensamiento relativista, es porque nuestra civilización se aproxima a su ocaso.

Ese es, precisamente, uno de los síntomas de decadencia de esta cultura. Un síntoma sutil, pero trascendental. Un síntoma expresivo nada menos que de la crisis de las concepciones filosóficas sobre las cuales reposa esta civilización. Otros síntomas, más perceptibles y más inmediatos, son la crisis económica y la crisis política.

Política y económicamente, la sociedad europea ofrece

el espectáculo de una sociedad en decadencia. Cada uno de los cuatro años posteriores al armisticio, en vez de aportar la solución de los problemas de la paz, se respiraba en Europa una atmósfera más optimista que ahora. No hay Estado europeo, vencedor o vencido, para el cual la situación no sea hoy peor que hace cuatro años.

Los países vencidos han caído en la ruina, en la prostración, en el desorden que todo el mundo contempla. Austria, a consecuencia de la vivisección del antiguo imperio austríaco, mutilada, empobrecida, desangrada, carece de medios de vida. Su anexión a un Estado limítrofe es su única esperanza, su único camino. En Viena reina una miseria apocalíptica. Las gentes perecen de hambre en las calles. Yo he visto caer de inanición a una mujer consumida, espectral. Hungría y Bulgaria disponen de más recursos que Austria para alimentar a su población, pero tienen arruinada su economía y depreciada su moneda. En Budapest mismo, donde no se siente la miseria que en Viena, me han contado que hay gente que no come sino dos veces a la semana. Y Alemania, finalmente, parece amenazada de una miseria análoga. La población alemana ve empobrecerse más cada día su tenor de vida. El presupuesto de las familias de la clase media y de la clase proletaria es un presupuesto de hambre. Las industrias alemanas trabajan, producen y exportan abundantemente a costa de la miseria de sus empleados y obreros. Y la situación de los países vencedores, si no es igualmente desesperada, tampoco tiende a normalizarse. Inglaterra tiene paralizada una parte de su actividad industrial. El número de desocupados asciende casi a dos millones. La cuestión irlandesa sigue prácticamente sin solución. La victoria de los turcos sobre los griegos ha infligido un golpe a la dominación británica en Oriente. Y ha aumentado la amenaza de una insurrección islámica. Francia está agobiada por el déficit de su presupuesto que pasa de quince millones de francos. Como este déficit es cubierto con bonos del tesoro, o sea con créditos internos, la deuda pública francesa crece fantásticamente. El servicio de esta deuda reclamará sumas cada vez mayores que mantendrán el desequilibrio del presupuesto. Y, dentro de este caos hacendario, Francia es soli-

citada por Inglaterra para iniciar el pago de los intereses de sus deudas de guerra. Francia pretende extraer de Alemania los millares de millones necesarios para la reconstrucción de las provincias devastadas y el convalecimiento de su hacienda. Pero Alemania es insolvente. Su insolvencia aumentará a medida que se aumente la desvalorización del marco. Italia también está económicamente desequilibrada. Su déficit, no obstante las economías inauguradas, es de cinco mil millones de liras y no hay perspectivas de que disminuya. Al contrario, hay perspectivas de una nueva carga fiscal: el servicio de las acreencias de las guerras británicas y americanas. Además, Italia está devorada por la guerra civil. Fascistas y socialistas reviven en las ciudades italianas las luchas medioevales de gúelfos y gibelinos. El fascismo se ha sustituido al Estado, en la acción contrarrevolucionaria, y ha acelerado así el desprestigio y la decadencia de éste. Los viejos partidos democráticos hablan de reorganizarse y restaurar la maltrecha autoridad del Estado. Pero el fascismo reclama para sí el gobierno. Y la vieja democracia no puede prescindir de sus servicios. La desmovilización, el desarme del fascismo, traería una inmediata contraofensiva revolucionaria.

De otro lado, la situación de los países vencedores está vinculada a la situación de los países vencidos. La experiencia de los cuatro últimos años prueba que no es posible la coexistencia de una Europa occidental normalizada y restablecida y de una Europa central oprimida y famélica. La unidad económica de Europa se opone a la existencia sincrónica de la normalidad y del caos. El peligro de bancarrota alemana es, por esto, un peligro de bancarrota europea.

Algunos estadistas de la Europa vencedora comprenden esta verdad. Esos estadistas, Nitti, Caillaux, Keynes —en quienes el político prevalece sobre el hombre de estudio—, creen, naturalmente, que aún hay remedio para esta crisis. Pero, mientras sus páginas que describen la crisis son de una clarividencia y de una robustez máximas, sus páginas que señalan las soluciones son las menos seguras y persuasivas. Sus libros dejan la impresión de que tocan la realidad en su parte crítica, pero no en su parte constructiva.

Existe un programa de reconstrucción europea. Es un programa de colaboración y de compromiso, de una parte entre los Estados vencedores y los Estados vencidos y, de otra parte, entre las clases sociales antagónicas. Tiende, en suma, a establecer una transacción entre el viejo orden de cosas y el orden de cosas naciente. Y, en la intención de algunos de sus patrocinadores, tiende a evitar que una transición brusca de un régimen a otro destruya la riqueza material, el progreso técnico, creados por la sociedad capitalista. A tal programa se adhieren no sólo los elementos más iluminados de la burguesía sino también los elementos más templados del socialismo, cuya colaboración gubernamental sería necesaria para actuarlo.

Pero sólo en Inglaterra, que es por excelencia el país de las transformaciones graduales y pacíficas, este programa tiene probabilidades de ser actuado. Francia está todavía muy lejos de él. Lo demuestra claramente el hecho de que el político que lo preconiza, Caillaux, sea aún un político exilado de la política y hasta del territorio francés. Italia está más cercana a esa política. Nitti conserva alguna influencia en el Parlamento italiano. Alrededor de un gobierno suyo podrían conjunciarse los populares y los socialistas de derecha. Pero un gobierno de esta naturaleza tendría que ser un gobierno antifascista. Un gobierno que provocaría la insurrección del fascismo. Y que, por tanto, no es un gobierno probable. Más *chance* de influencia en el gobierno tienen por ahora los fascistas, cuyo predominio en la política italiana multiplicaría, evidentemente, los gérmenes de guerra y de desorden en Europa. El fascismo, que aspira a apoderarse del gobierno de Italia, es un movimiento ultranacionalista. Su doctrina política no se diferencia de la vieja doctrina liberal sino por su delirante literatura nacionalista.

Y acontece, sobre todo, algo más grave. Que Francia, puesta a elegir entre una hipotética ruina europea y una segura reconstrucción alemana, opta por la primera. Y es que, como he escrito en un artículo reciente, los estadistas franceses tienen una mentalidad demasiado reaccionaria para aceptar que, por culpa de su política, la civilización capitalista corre peligro de muerte.

Y, en el fondo, tienen razón. No es el imperialismo francés lo que hace vacilar a Europa. El imperialismo francés es generado por la decadencia europea. Es un síntoma de la crisis. Y lo es también la imposibilidad en que se hallan las potencias vencedoras de concertarse alrededor de un programa común. Considerando aislada y superficialmente esas dificultades, se piensa que eliminándolas la crisis se solucionaría con facilidad. Pero experimentalmente se constata que no es posible eliminarla porque son las expresiones, los efectos de la crisis mundial y no las causas de ésta.

El "fin de Europa" aparece, pues, ineluctable. Esta civilización contiene el embrión de una civilización nueva. Y, como todas las civilizaciones, está destinada a extinguirse. El programa de los reformistas —reformistas de la burguesía y reformistas del socialismo— es detener su ruina mediante un compromiso entre la sociedad vieja y la sociedad nueva. (Esta es otra manifestación de la decadencia y de la decrepitud de la sociedad vieja. Un régimen que pacta con la revolución es un régimen que se siente vencido por ella.)

Pero antes de que la sociedad nueva se organice, la quiebra de la sociedad actual precipitará a la humanidad en una era oscura y caótica. Así como se ha apagado Viena, festiva luz de la Europa de *avant-guerre*, se apagará más tarde Berlín. Se apagarán Milán, París y Londres. Y, último y grande foco de esta civilización, se apagará Nueva York. La antorcha de la estatua de la Libertad será la última luz de la civilización capitalista, de la civilización de los rascacielos, de las usinas, de los *trusts*, de los bancos, de los cabarets y del jazz band.

*Variedades.* Año XVIII, Nº 772. Lima, 16 diciembre de 1922.  
*Signos y obras.* Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 78-83.

III

TRADICION Y MODERNIDAD

Marzo 1923 - Agosto 1926

"El descubrimiento de América es el principio de la modernidad..."

## CRONOLOGIA [1923-1925]

1923. En marzo regresa al Perú. Se aboca a la tarea de editar un diario o una revista.  
Establece contacto con Haya de la Torre y la Universidad Popular, por intermedio de Fausto Posadas.  
En junio inicia un ciclo de conferencias en la Universidad Popular titulado *Historia de la crisis mundial*. En octubre, Haya de la Torre es deportado por el gobierno de Leguía. Oscar Herrera asume la rectoría de la Universidad Popular y Mariátegui la dirección de la revista *Claridad*.  
En setiembre inicia su colaboración con la revista *Variedades*.  
En noviembre aparecen anuncios de la revista *Vanguardia* dirigida por Mariátegui y Félix del Valle, proyecto que no llega a concretarse.
1924. En enero termina el ciclo de conferencias en la Universidad Popular. En marzo el número 5 de la revista *Claridad* está dedicado a Lenin. Impulsa la fundación de la Editorial Obrera Claridad.  
En mayo le amputan la pierna izquierda para salvarle la vida.  
En setiembre comienza a colaborar con la revista *Mundial*, con la serie *Peruanicemos al Perú*.
1925. Es propuesto por los estudiantes para una cátedra universitaria, lo cual no es aceptado por el rector.  
En octubre funda la casa editora Minerva y publica su primer libro, *La escena contemporánea*.



## 39/. INSTANTANEAS

— ¿Cuál es su concepto del Arte?

— Un concepto del Arte es una definición del Arte. Yo no amo estas definiciones que son ampulosamente retóricas o pedantescamente didácticas. Y que no definen nada. ¿Para qué aumentar su número?

— ¿Cuál es su concepto de la vida?

— Esta es una pregunta metafísica. Y la metafísica no está de moda. El físico Einstein interesa al mundo mucho más que el metafísico Bergson.

— ¿Cuál es su ideal en la vida?

— Mi ideal en la vida es tener siempre un alto ideal.

— ¿Cuál es su idea del periodismo?

— El periodismo es la historia cotidiana, episódica, de la humanidad. Antes, la historia humana se escribía de lapso en lapso. Ahora se escribe día a día. El periodismo es, en nuestra época, una industria. Un gran diario es una gran manufactura. La civilización capitalista ha creado un gran instrumento material; pero no ha podido crear un gran instrumento moral. No importa. El gran instrumento material es ya bastante.

— ¿Su poeta favorito?

— Con los poetas pasa igual que con las mujeres. El poeta favorito no es siempre el mismo. Hace seis o siete años, mi poeta favorito era Rubén Darío. Después fueron Mallarmé y Apollinaire. En otros tiempos, Pascoli, Heine y Alejandro Block. Ahora es Walt Whitman.

— ¿Su prosador predilecto?

— También en esto mi predilección es versátil. Actualmente la divido entre Andreiev y Gorki.

—¿Qué concepto tiene Ud. acerca del teatro?

—El gusto contemporáneo reclama un teatro sintético, un teatro impresionista. Y el teatro está todavía en el ciclo realista. Es demasiado analítico. Existen, sin embargo, síntomas de evolución. El genio ruso ha creado el "grotesco" y una suerte de cuadro musical. En Berlín, en *Der Blaue Vogel*, he visto escenas musicales de diez minutos con más contenido y más emoción que muchos dramas de tres horas.

—¿El actor o actriz teatral que prefiere?

—He visto a Eleonora Duse, crepuscular, fatigada y vieja; pero es la que más me ha emocionado.

—¿El músico y el pintor de su predilección?

—El músico, Beethoven. ¿El pintor? Soy enamorado de tres pintores del Renacimiento: Leonardo de Vinci, Sandro Boticelli y Piero della Francesca. Y de tres pintores del impresionismo y neo-impresionismo francés: Degas, Cezanne y Matisse. Y de un pintor del expresionismo alemán, Franz Marc.

—¿Su concepto sobre las nuevas orientaciones del arte en Europa?

—La crisis mundial no es sólo política, económica y filosófica. Es también una crisis artística. No hay sino *recherches*. La época es revolucionaria. Más que una época de creación es una época de destrucción.

—¿Los hombres representativos del momento actual en el mundo?

—Lenin, Einstein, Hugo Stinnes.

—¿Cuál es el personaje histórico que más admira?

—Cristóbal Colón.

—¿Y el héroe de la vida real que gana sus simpatías?

—El héroe anónimo de la fábrica, de la mina, del campo; el soldado ignoto de la revolución social.

—¿Cuál es su afición predilecta?

—Viajar. Soy un hombre orgánicamente nómada, curioso e inquieto.

—¿Cuáles son las páginas tuyas que más quiere y de las que está más satisfecho?

—No las he escrito todavía.

—¿Qué impresión general ha traído Ud. de Europa?

¿Cree Ud. en la decadencia del Viejo Continente?

—Sí. Pero la decadencia de Europa es la decadencia de esta civilización. En Europa, junto con la suerte de Londres, Berlín y París, se está jugando la suerte de Nueva York y Buenos Aires. En Europa se elabora la nueva civilización. América tiene un rol secundario en esta etapa de la historia humana.

*Variedades*. Año XIX, N° 287. Lima, 31 marzo de 1923.

*La novela y la vida*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 138-142.

#### 40/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A PEDRO RUIZ BRAVO

Lima, 9 de junio de 1923

Señor don Pedro Ruiz Bravo  
Antofagasta

Mi querido don Pedro:

Con fecha 23 del mes último le he escrito la siguiente carta expedida varios días después:

"Desde hace dos meses, más o menos, me tiene Ud. de nuevo en Lima. Como Ud. seguramente bien se le alcanza, durante los tres años y medio de mi ausencia no he hecho otra cosa que prepararme para el regreso acrecentando mi cultura y mi experiencia periodísticas y políticas. Y he venido, por consiguiente, para reanudar, con mayor capacidad y más segura orientación que antes, mi actividad periodística.

"Piensan todos que la situación política es complicada y difícil. Y yo no lo pongo en duda. Pero a mí, precisamente, me atraen las situaciones difíciles y complicadas.

"Tengo el proyecto de publicar un diario y tengo, sobre todo, los capitalistas necesarios para esta empresa. Pero encuentro preferible por varias razones —ahorro de tiempo, de esfuerzo, etc.— adquirir un diario existente. Y pienso que a Ud. tal vez le convenga enajenar sus derechos en *El Tiempo*

y que, en este caso, Ud. y la empresa que represento podrían entenderse y hacer un buen negocio.

"Naturalmente, Ud. no podría ceder la propiedad de *El Tiempo* sin la seguridad de que la política del periódico no perdería ni comprometería su independencia. Pero a este respecto podría Ud. estar tranquilo porque yo puedo darle la seguridad de que la independencia de *El Tiempo* no sólo sería mantenida sino señaladamente acentuada. Esta sería, justamente, para nosotros la base esencial del negocio.

"Lo invito, pues, a considerar mi proposición y a decirme luego si estaría Ud. dispuesto a transferir sus derechos en *El Tiempo* y cuáles serían sus condiciones.

"Yo, por mi parte, puedo informar a Ud. con toda amplitud acerca de nuestra empresa.

"Lamento que nos separen tantas millas de distancia y que no podamos charlar largo y tendido, inmediatamente, de ésta y otras cosas.

"Y, en tanto, con mis mejores votos por su bienestar y el de los suyos, me complazco en enviarle mi más cordial y amistoso apretón de manos".

Su antiguo compañero y amigo.

*Correspondencia.* Tomó I. Lima. Empresa Editora Amauta, 1984. pp.

37-38.

#### 41/. LA CRISIS MUNDIAL Y EL PROLETARIADO PERUANO

En esta conferencia —llamémosla conversación más bien que conferencia— voy a limitarme a exponer el programa del curso, al mismo tiempo que algunas consideraciones sobre la necesidad de difundir en el proletariado el conocimiento de la crisis mundial. En el Perú falta, por desgracia, una prensa docente que siga con atención, con inteligencia y con filiación ideológica el desarrollo de esta gran crisis; faltan, asimismo, maestros universitarios, del tipo de José Ingenieros, capaces

de apasionarse por las ideas de renovación que actualmente transforman el mundo y de liberarse de la influencia y de los prejuicios de una cultura y de una educación conservadoras y burguesas; faltan grupos socialistas y sindicalistas, dueños de instrumentos propios de cultura popular, y en aptitud, por tanto, de interesar al pueblo por el estudio de la crisis. La única cátedra de educación popular, con espíritu revolucionario, es esta cátedra en formación de la Universidad Popular. A ella le toca, por consiguiente, superando el modesto plano de su labor inicial, presentar al pueblo la realidad contemporánea, explicar al pueblo que está viviendo una de las horas más trascendentales y grandes de la historia, contagiar al pueblo de la fecunda inquietud que agita actualmente a los demás pueblos civilizados del mundo.

En esta gran crisis contemporánea el proletariado no es un espectador; es un actor. Se va a resolver en ella la suerte del proletariado mundial. De ella va a surgir, según todas las probabilidades y según todas las previsiones, la civilización proletaria, la civilización socialista, destinada a suceder a la declinante, a la decadente, a la moribunda civilización capitalista, individualista y burguesa. El proletariado necesita, ahora como nunca, saber lo que pasa en el mundo. Y no puede saberlo a través de las informaciones fragmentarias, episódicas, homeopáticas del cable cotidiano, mal traducidas y peor redactadas en la mayoría de los casos, y provenientes siempre de agencias reaccionarias, encargadas de desacreditar a los partidos, a las organizaciones y a los hombres de la revolución y desalentar y desorientar al proletariado mundial.

En esta crisis europea se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo. El desarrollo de la crisis debe interesar, pues, por igual, a los trabajadores del Perú que a los trabajadores del Extremo Oriente. La crisis tiene como teatro principal Europa; pero la crisis de las instituciones europeas es la crisis de las instituciones de la civilización occidental. Y el Perú, como los demás pueblos de América, gira dentro de la órbita de esta civilización, no sólo porque se trata de países políticamente independientes pero económicamente coloniales, ligados al carro del capitalismo bri-

tánico, del capitalismo americano o del capitalismo francés, sino porque europea es nuestra cultura, europeo es el tipo de nuestras instituciones. Y son, precisamente, estas instituciones democráticas, que nosotros copiamos de Europa, esta cultura, que nosotros copiamos de Europa también, las que en Europa están ahora en un período de crisis definitiva, de crisis total. Sobre todo, la civilización capitalista ha internacionalizado la vida de la humanidad, ha creado entre todos los pueblos lazos materiales que establecen entre ellos una solidaridad inevitable. El internacionalismo no es sólo un ideal; es una realidad histórica. El progreso hace que los intereses, las ideas, las costumbres, los regímenes de los pueblos se unifiquen y se confundan. El Perú, como los demás pueblos americanos, no está, por tanto, fuera de la crisis; está dentro de ella. La crisis mundial ha repercutido ya en estos pueblos. Y, por supuesto, seguirá repercutiendo. Un período de reacción en Europa será también un período de reacción en América. Un período de revolución en Europa será también un período de revolución en América. Hace más de un siglo, cuando la vida de la humanidad no era tan solidaria como hoy, cuando no existían los medios de comunicación que hoy existen, cuando las naciones no tenían el contacto inmediato y constante que hoy tienen, cuando no había prensa, cuando éramos aún espectadores lejanos de los acontecimientos europeos, la Revolución Francesa dio origen a la guerra de la independencia y al surgimiento de todas estas repúblicas. Este recuerdo basta para que nos demos cuenta de la rapidez con que la transformación de la sociedad se reflejará en las sociedades americanas. Aquellos que dicen que el Perú, y América en general, viven muy distantes de la revolución europea, no tienen noción de la vida contemporánea, ni tienen una comprensión, aproximada siquiera, de la historia. Esa gente se sorprende de que lleguen al Perú los ideales más avanzados de Europa; pero no se sorprende en cambio de que lleguen el aeroplano, el transatlántico, el telégrafo sin hilos, el radio; todas las expresiones más avanzadas, en fin, del progreso material de Europa. La misma razón para ignorar el movimiento socialista habría para ignorar, por ejemplo, la teoría de la relatividad

de Einstein. Y estoy seguro de que al más reaccionario de nuestros intelectuales —casi todos son impermeables reaccionarios— no se le ocurrirá que debe ser proscrita del estudio y de la vulgarización la nueva física, de la cual Einstein es el más eminente y máximo representante.

Y si el proletariado, en general, tiene necesidad de enterarse de los grandes aspectos de la crisis mundial, esta necesidad es aún mayor en aquella parte del proletariado, socialista, laborista, sindicalista o libertaria que constituye la vanguardia; en aquella parte del proletariado más combativa y consciente, más luchadora y preparada; en aquella parte del proletariado encargada de la dirección de las grandes acciones proletarias; en aquella parte del proletariado a la que toca el rol histórico de representar al proletariado peruano en el presente instante social; en aquella parte del proletariado, en una palabra, que cualquiera que sea su credo particular, tiene conciencia de clase, tiene conciencia revolucionaria. Yo dedico, sobre todo, mis disertaciones, a esta vanguardia del proletariado peruano. Nadie más que los grupos proletarios de vanguardia necesitan estudiar la crisis mundial. Yo no tengo la pretensión de venir a esta tribuna libre de una universidad libre a enseñarles la historia de la crisis mundial, sino a estudiarla yo mismo con ellos. Yo no os enseño, compañeros, desde esta tribuna, la historia de la crisis mundial; yo la estudio con vosotros. Yo no tengo en este estudio sino el mérito modestísimo de aportar a él las observaciones personales de tres y medio años de vida europea, o sea de los tres y medio años culminantes de la crisis, y los ecos del pensamiento europeo contemporáneo.

Yo invito muy especialmente a la vanguardia del proletariado a estudiar conmigo el proceso de la crisis mundial por varias razones trascendentales. Voy a enumerarlas sumariamente. La primera razón es que la preparación revolucionaria, la cultura revolucionaria, la orientación revolucionaria de esa vanguardia proletaria, se ha formado a base de la literatura socialista, sindicalista y anarquista anterior a la guerra europea. O anterior por lo menos al período culminante de la crisis. Libros socialistas, sindicalistas, libertarios, de vieja

data, son los que, generalmente, circulan entre nosotros. Aquí se conoce un poco la literatura clásica del socialismo y del sindicalismo; no se conoce la nueva literatura revolucionaria. La cultura revolucionaria es aquí una cultura clásica, además de ser, como vosotros, compañeros, lo sabéis muy bien, una cultura muy incipiente, muy inorgánica, muy desordenada, muy incompleta. Ahora bien, toda esa literatura socialista y sindicalista anterior a la guerra, está en revisión. Y esta revisión no es una revisión impuesta por el capricho de los teóricos, sino por la fuerza de los hechos. Esa literatura, por consiguiente, no puede ser usada hoy sin beneficio de inventario. No se trata, naturalmente, de que no siga siendo exacta en sus principios, en sus bases, en todo lo que hay en ella de ideal y de eterno; sino que ha dejado de ser exacta, muchas veces, en sus inspiraciones tácticas, en sus consideraciones históricas, en todo lo que significa acción, procedimiento, medio de lucha. La meta de los trabajadores sigue siendo la misma; lo que ha cambiado, necesariamente, a causa de los últimos acontecimientos históricos, son los caminos elegidos para arribar, o para aproximarse siquiera, a esa meta ideal. De aquí que el estudio de estos acontecimientos históricos, y de su trascendencia, resulte indispensable para los trabajadores militantes en las organizaciones clasistas.

Vosotros sabéis, compañeros, que las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional Obrera reformista, colaboracionista, evolucionista y otra Internacional Obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria. Entre una y otra ha tratado de surgir una Internacional intermedia. Pero que ha concluido por hacer causa común con la primera contra la segunda. En uno y otro bando hay diversos matices; pero los bandos son neta e inconfundiblemente sólo dos. El bando de los que quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía; y el bando de los que quieren realizar el socialismo conquistando íntegramente para el proletariado el poder político. Y bien, la existencia de estos dos bandos proviene de la existencia de dos concepciones diferentes, de dos concepciones opuestas, de dos concepciones

antitéticas del actual momento histórico. Una parte del proletariado cree que el momento no es revolucionario; que la burguesía no ha agotado aún su función histórica; que, por el contrario, la burguesía es todavía bastante fuerte para conservar el poder político; que no ha llegado, en suma, la hora de la revolución social. La otra parte del proletariado cree que el actual momento histórico es revolucionario; que la burguesía es incapaz de reconstruir la riqueza social destruida por la guerra e incapaz, por tanto, de solucionar los problemas de la paz; que la guerra ha originado una crisis cuya solución no puede ser sino una solución proletaria, una solución socialista; y que con la Revolución Rusa ha comenzado la revolución social.

Hay, pues, dos ejércitos proletarios porque hay en el proletariado dos concepciones opuestas del momento histórico, dos interpretaciones distintas de la crisis mundial. La fuerza numérica de uno y otro ejércitos proletarios depende de que los acontecimientos parezcan o no confirmar su respectiva concepción histórica. Es por esto que los pensadores, los teóricos, los hombres de estudio de uno y otro ejércitos proletarios, se esfuerzan, sobre todo, en ahondar el sentido de la crisis, en comprender su carácter, en descubrir su significación.

Antes de la guerra, dos tendencias se dividían el predominio en el proletariado: la tendencia socialista y la tendencia sindicalista. La tendencia socialista era, predominantemente, reformista, social-democrática, colaboracionista. Los socialistas pensaban que la hora de la revolución social estaba lejana y luchaban por la conquista gradual a través de la acción legalitaria y de la colaboración gubernamental o, por lo menos, legislativa. Esta acción política debilitó en algunos países excesivamente la voluntad y el espíritu revolucionarios del socialismo. El socialismo se aburguesó considerablemente. Como reacción contra este aburguesamiento del socialismo, tuvimos al sindicalismo. El sindicalismo opuso a la acción política de los partidos socialistas la acción directa de los sindicatos. En el sindicalismo se refugiaron los espíritus más revolucionarios y más intransigentes del proletariado. Pero

también el sindicalismo resultó, en el fondo, un tanto colaboracionista y reformístico. También el sindicalismo estaba dominado por una burocracia sindical sin verdadera psicología revolucionaria. Y sindicalismo y socialismo se mostraban más o menos solidarios y mancomunados en algunos países, como Italia, donde el Partido Socialista no participaba en el gobierno y se mantenía fiel a otros principios formales de independencia. Como sea, las tendencias, más o menos beligerantes o más o menos próximas, según las naciones, eran dos: sindicalistas y socialistas. A este período de la lucha social corresponde casi íntegramente la literatura revolucionaria de que se ha nutrido la mentalidad de nuestros proletarios dirigentes.

Pero, después de la guerra, la situación ha cambiado. El campo proletario, como acabamos de recordar, no está ya dividido en socialistas y sindicalistas; sino en reformistas y revolucionarios. Hemos asistido primero a una escisión, a una división en el campo socialista. Una parte del socialismo se ha afirmado en su orientación social-democrática, colaboracionista; la otra parte ha seguido una orientación anticolaboracionista, revolucionaria. Y esta parte del socialismo es la que, para diferenciarse netamente de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo. La división se ha producido, también, en la misma forma en el campo sindicalista. Una parte de los sindicatos apoya a los social-democráticos; la otra parte apoya a los comunistas. El aspecto de la lucha social europea ha mudado, por tanto, radicalmente. Hemos visto a muchos sindicalistas intransigentes de antes de la guerra tomar rumbo hacia el reformismo. Hemos visto, en cambio, a otros seguir al comunismo. Y entre éstos, se ha contado, nada menos, como en una conversación lo recordaba no hace mucho al compañero Fonkén, el más grande y más ilustre teórico del sindicalismo: el francés Georges Sorel. Sorel, cuya muerte ha sido un luto amargo para el proletariado y para la intelectualidad de Francia, dio toda su adhesión a la Revolución Rusa y a los hombres de la Revolución Rusa.

Aquí, como en Europa, los proletarios tienen, pues, que dividirse no en sindicalistas y socialistas —clasificación anacrónica— sino en colaboracionistas y anticolaboracionistas,

en reformistas y maximalistas. Pero para que esta clasificación se produzca con nitidez, con coherencia, es indispensable que el proletariado conozca y comprenda en sus grandes lineamientos, la gran crisis contemporánea. De otra manera, el confusionismo es inevitable.

Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un período revolucionario. Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis social-democráticas, de todas las tesis reformistas, de todas las tesis evolucionistas.

Antes de la guerra, estas tesis eran explicables, porque correspondían a condiciones históricas diferentes. El capitalismo estaba en su apogeo. La producción era superabundante. El capitalismo podía permitirse el lujo de hacer sucesivas concesiones económicas al proletariado. Y sus márgenes de utilidad eran tales que fue posible la formación de una numerosa clase media, de una numerosa pequeña-burguesía que gozaba de un tenor de vida cómodo y confortable. El obrero europeo ganaba lo bastante para comer discretamente y en algunas naciones, como Inglaterra y Alemania, le era dado satisfacer algunas necesidades del espíritu. No había, pues, ambiente para revolución. Después de la guerra, todo ha cambiado. La riqueza social europea ha sido, en gran parte, destruida. El capitalismo, responsable de la guerra, necesita reconstruir esa riqueza a costa del proletariado. Y quiere, por tanto, que los socialistas colaboren en el gobierno, para fortalecer las instituciones democráticas; pero no para progresar en el camino de las realizaciones socialistas. Antes, los socialistas colaboraban para mejorar, paulatinamente, las condiciones de vida de los trabajadores. Ahora colaborarían para renunciar a toda conquista proletaria. La burguesía para reconstruir a Europa necesita que el proletariado se avenga a producir más y consumir menos. Y el proletariado se resiste a una y otra cosa y se dice a sí mismo que no vale la pena consolidar en el poder a una clase social culpable de la guerra y destinada, fatalmente, a conducir a la humanidad a una guerra más cruenta todavía. Las condiciones de una colaboración de la burguesía con el proletariado son, por su naturaleza, tales que el colaboracionismo tiene, necesariamente, que

perder, poco a poco, su actual numeroso proselitismo.

El capitalismo no puede hacer concesiones al socialismo. A los Estados europeos para reconstruirse les precisa un régimen de rigurosa economía fiscal, el aumento de las horas de trabajo, la disminución de los salarios, en una palabra, el restablecimiento de conceptos y de métodos económicos abolidos en homenaje a la voluntad proletaria. El proletariado no puede, lógicamente, consentir este retroceso. No puede ni quiere consentirlo. Toda posibilidad de reconstrucción de la economía capitalista está, pues, eliminada. Esta es la tragedia de la Europa actual. La reacción va cancelando en los países de Europa las concesiones económicas hechas al socialismo; pero, mientras de un lado, esta política reaccionaria no puede ser lo suficientemente enérgica ni eficaz para restablecer la desangrada riqueza pública, de otro lado, contra esta política reaccionaria, se prepara, lentamente, el frente único del proletariado. Temerosa a la revolución, la reacción cancela, por esto, no sólo las conquistas económicas de las masas, sino que atenta también contra las conquistas políticas. Asistimos, así, en Italia a la dictadura fascista. Pero la burguesía socava y mina y hiere así de muerte a las instituciones democráticas. Y pierde toda su fuerza moral y todo su prestigio ideológico.

Por otra parte, en el orden de las relaciones internacionales, la reacción pone la política externa en manos de las minorías nacionalistas y antidemocráticas. Y estas minorías nacionalistas saturan de chauvinismo esa política externa. E impiden, con sus orientaciones imperialistas, con su lucha por la hegemonía europea, el restablecimiento de una atmósfera de solidaridad europea, que consienta a los Estados entenderse acerca de un programa de cooperación y de trabajo. La obra de ese nacionalismo, de ese reaccionarismo, la tenemos a la vista en la ocupación del Ruhr.

La crisis mundial es, pues, crisis económica y crisis política. Y es, además, sobre todo, crisis ideológica. Las filosofías afirmativas, positivistas, de la sociedad burguesa, están, desde hace mucho tiempo, minadas por una corriente de escepticismo, de relativismo. El racionalismo, el historicismo, el positivismo, declinan irremediabilmente. Este es, indudablemente, el as-

pecto más hondo, el síntoma más grave de la crisis. Este es el indicio más definido y profundo de que no está en crisis únicamente la economía de la sociedad burguesa, sino de que está en crisis integralmente la civilización capitalista, la civilización occidental, la civilización europea.

Ahora bien. Los ideólogos de la revolución social, Marx y Bakunin, Engels y Kropotkin, vivieron en la época de apogeo de la civilización capitalista y de la filosofía historicista y positivista. Por consiguiente, no pudieron prever que la ascensión del proletariado tendría que producirse en virtud de la decadencia de la civilización occidental. Al proletariado le estaba destinado crear un tipo nuevo de civilización y cultura. La ruina económica de la burguesía iba a ser al mismo tiempo la ruina de la civilización burguesa. Y que el socialismo iba a encontrarse en la necesidad de gobernar no en una época de plenitud, de riqueza y de plétora, sino en una época de pobreza, de miseria y de escasez. Los socialistas reformistas, acostumbrados a la idea de que el régimen socialista más que un régimen de producción lo es de distribución, creen ver en esto el síntoma de que la misión histórica de la burguesía no está agotada y de que el instante no está aún maduro para la realización socialista. En un reportaje a *La Crónica* yo recordaba aquellas frases de que la tragedia de Europa es ésta: el capitalismo no puede más y el socialismo no puede todavía. Esa frase que da la sensación, efectivamente, de la tragedia europea, es la frase de un reformista, es una frase saturada de mentalidad evolucionista, e impregnada de la concepción de un paso lento, gradual y beatífico, sin convulsiones y sin sacudidas, de la sociedad individualista a la sociedad colectivista. Y la historia nos enseña que todo nuevo estado social se ha formado sobre las ruinas del estado social precedente. Y que entre el surgimiento del uno y el derrumbamiento del otro ha habido, lógicamente, un período intermedio de crisis.

Presenciamos la disgregación, la agonía de una sociedad caduca, senil, decrepita; y, al mismo tiempo, presenciamos la gestación, la formación, la elaboración lenta e inquieta de la sociedad nueva. Todos los hombres, a los cuales una sincera



filiación ideológica nos vincula a la sociedad nueva y nos separa de la sociedad vieja, debemos fijar hondamente la mirada en este período trascendental, agitado e intenso de la historia humana.

Conferencia en la Universidad Popular.

Lima, 15 de junio de 1923.

*Historia de la crisis mundial.* Lima, Editorial Minerva, 1980. pp.

15-25.

## 42/. LA REVOLUCION HUNGARA

Reanudamos esta noche nuestras conversaciones sobre la historia de la crisis mundial, interrumpidas por tres semanas de vacaciones. Llegamos hoy a un capítulo intensamente dramático de la historia de la crisis mundial. El programa de este curso de conferencias nos señala así el tema. La Revolución Húngara. El conde Karolyi. Bela Kun. Horthy. Estos tres nombres, Karolyi, Bela Kun, Horthy, sintetizan las fases de la Revolución Húngara: la fase insurreccional y democrática, la fase comunista y proletaria, la fase reaccionaria y terrorística. Karolyi fue el hombre de la insurrección húngara; Bela Kun fue el hombre de la revolución proletaria; Horthy es el hombre de la reacción burguesa, del terror blanco y de la represión brutal y truculenta del proletariado.

Aquí, donde se conoce mal la Revolución Rusa, se conoce menos todavía la Revolución Húngara, y esto se explica. La historia de la Revolución Rusa es la historia de una revolución victoriosa, mientras la historia de la Revolución Húngara es, hasta ahora, la historia de la revolución vencida. El cable no ha cesado de contarnos cosas espeluznantes de la Revolución Rusa y de sus hombres, pero casi nada nos ha contado de la reacción húngara ni de sus hombres. Y los buenos burgueses, tan consternados con el terror rojo, con el terror ruso, no se consternan absolutamente con el terror blanco, con el terror de la dictadura de Horthy en Hungría; sin embargo, nada más sangriento, nada más trágico que este período sombrío

y medioeval de la vida húngara. Ninguno de los crímenes imputados a la revolución rusa es comparable a los crímenes cometidos por la reacción burguesa en Hungría.

Veamos, ordenadamente, las tres fases de la Revolución Húngara. He explicado ya el proceso de la Revolución Alemana y de la Revolución Austríaca. Bien. El proceso de la Revolución Húngara es, en sus grandes lineamientos, el mismo. Pero tiene siempre algo de fisonómico, algo de particularmente propio. Además del cansancio, de la fatiga, del descontento de la guerra, prepararon la Revolución Húngara los anhelos de independencia nacional súbitamente despertados, excitados y estimulados por la propaganda wilsoniana.

Wilson soliviantaba a los pueblos contra la autocracia y contra el absolutismo y los soliviantaba, al mismo tiempo, contra el yugo extranjero. Hungría, como sabéis, sufría la dominación de la dinastía austríaca de los Habsburgo.

Los húngaros, diferentes como raza, como idioma y como historia, de los austríacos, no convivían voluntariamente con los austríacos dentro del imperio austro-húngaro. La derrota, por eso, no causó en Austria-Hungría únicamente la revolución: causó también la disolución. Las nacionalidades que componían el imperio austro-húngaro se independizaron y separaron. Y naturalmente, las potencias vencedoras estimularon este fraccionamiento de Austria-Hungría en varios pequeños estados.

Como ya he dicho en otra ocasión, el frente austríaco fue debilitado antes que el frente alemán, precisamente a causa de los ideales separatistas de las nacionalidades que formaban parte de Austria-Hungría, y, consecuentemente, el frente militar austríaco cedió antes que el frente militar alemán. Ante la ofensiva victoriosa de los italianos en el Piave, los soldados checoslavos y los soldados húngaros, fatigados de la guerra, improvisadamente tiraron las armas y se negaron a seguir combatiendo. Acontecía esto a fines de octubre de 1918. La rebelión de las tropas del frente contra la guerra, se propagó velozmente en todo el ejército húngaro. Y se inició así la Revolución Húngara que, al igual que la Revolución Alemana, fue, en un principio, la huelga general de un ejército vencido,



conforme a la frase de Walther Rathenau. Como la Revolución Alemana, la Revolución Húngara empezó con la insurrección militar, pero en Hungría esta insurrección militar no fue seguida, inmediatamente, con una insurrección proletaria. El movimiento proletario era todavía demasiado inmaduro, demasiado incipiente. El proletariado húngaro carecía aún de una sólida conciencia revolucionaria clasista. El conde Miguel Karolyi presidió el primer gobierno revolucionario. Este gobierno, emergido de la insurrección del 31 de octubre, fue un gobierno de la burguesía radical coaligada con la socialdemocracia.

El conde Karolyi fue, en cierta forma, el Kerensky de la Revolución Húngara. Pero fue un Kerensky menos sectario, más revolucionario, más interesante, más sugestivo. El conde Karolyi era un viejo agitador del nacionalismo húngaro. Un agitador de tipo radical, y proveniente de la aristocracia húngara, pero contagiado de la mentalidad socialdemocrática de su época. Un agitador de temperamento romántico, fácilmente inflamable, capaz de cualquier bizarra locura, exento de las supersticiones democráticas y burguesas del mediocre Kerensky.

La distancia mental y espiritual que separa a ambas figuras resulta más clara y ostensible después de su gobierno que durante éste. Mientras Kerensky no ha cesado de orientarse hacia la derecha y de aproximarse a los capitalistas y hasta a los monárquicos rusos, Karolyi ha evolucionado cada día más hacia la izquierda. Tanto que hace dos años, aproximadamente, fue expulsado de Italia, acusado de agente bolchevique. Yo tuve oportunidad de conocerlo en Florencia en enero de 1921. O sea hace dos años y medio. Era en vísperas del famoso Congreso Socialista de Livorno, donde el Partido Socialista italiano se escisionaría.

César Falcón y yo aguardábamos en Florencia, que no está sino a cuatro horas de Livorno, la fecha de la reunión del congreso. Ocupábamos nuestro tiempo visitando los museos, los palacios y las iglesias de Florencia. Yo conocía ya Florencia perfectamente. Hacía, pues, de cicerone de Falcón que, por primera vez, la visitaba.

Un día un periodista amigo nos enteró de que el conde Karolyi residía de incógnito en una pensión de Florencia. Naturalmente, resolvimos en seguida buscarlo; el instante no era propicio para entrar en relación con el ex-presidente húngaro. Los periodistas acababan de descubrir su presencia de incógnito en Florencia y lo asediaban para reportarlo. El conde Karolyi, por consiguiente, evitaba las entrevistas de los desconocidos. Sin embargo, Falcón y yo conseguimos conversar con él. Charlamos extensamente sobre la situación europea en general y sobre la situación húngara, en particular. En aquellos días, cinco comunistas húngaros, Agosto, Nyisz, Sgabado, Bolsamgi y Kalmar, comisarios del pueblo del gobierno de Bela Kun, habían sido condenados a muerte por el gobierno de Horthy. Karolyi estaba profundamente consternado por esta noticia, y puesto que su incógnito había sido violado por varios periodistas, decidió renunciar definitivamente a él para suscitar una campaña de opinión internacional en favor de los ex-comisarios del pueblo húngaro condenados a muerte.

Aprovechó de todos los reportajes que se le hicieron para solicitar la intervención de los espíritus honrados de Europa en defensa de esas vidas nobles y próceres. A Falcón y a mí nos pidió que actuáramos en este sentido sobre los periodistas españoles.

En esa época, en suma, Karolyi hacía causa común con los comunistas húngaros, de igual suerte que Kerensky hacía causa común con los capitalistas y aun con los monarquistas rusos.

Esta nota anecdótica contribuye a delinear, a fijar la personalidad de Karolyi, y por esto la he intercalado en mi disertación. Pero volvamos ahora a la historia ordenada de la revolución. Examinemos el gobierno precario de Karolyi.

Al gobierno de Karolyi en Hungría, no obstante la disimilitud, la diferencia moral entre uno y otro líder, le acontecía aproximadamente lo mismo que al gobierno de Kerensky en Rusia. No representaba los ideales y los intereses del capitalismo, y tampoco representaba los ideales y los intereses del proletariado.

Los soldados, de vuelta del frente y de la guerra, querían un pedazo de tierra, la viudas y los huérfanos de los caídos y los inválidos reclamaban el auxilio pecuniario del Estado. Y el gobierno de Karolyi no podía satisfacer ni una ni otra demanda porque únicamente a expensas de la burguesía, a expensas del capitalismo, era posible satisfacerlas. Pero estas demandas insatisfechas, crecían día a día cada vez más exasperadas.

El proletariado húngaro adquiría una conciencia revolucionaria. Surgían aquí y allá consejos de fábrica. El ala izquierda del proletariado rompió con los social-democráticos colaboracionistas y constituyó un Partido Comunista acaudillado por Bela Kun. Este Partido Comunista, al igual que los espartaquistas alemanes, preconizaba la ejecución del programa maximalista. Algunas fábricas fueron ocupadas por los obreros. Esta creciente ola revolucionaria alarmaba, por supuesto en grado extremo, a los elementos reaccionarios.

El capitalismo sentía amenazada la propiedad privada de las tierras y de las fábricas y organizaba rápida y activamente la reacción. Los nobles, los latifundistas, los jefes militares, la extrema derecha en una palabra, se aprestaban para derrocar al débil gobierno de Karolyi, que no contentaba a las masas proletarias, pero tampoco garantizaba debidamente la seguridad del capitalismo.

Simultáneamente, la situación internacional conspiraba también contra el gobierno de Karolyi. Eran los días del armisticio y de la gestación de la paz. Las potencias aliadas eran adversas a la constitución de una Hungría fuerte, o, más bien, estaban interesadas en que Yugoslavia, por una parte, y Checoslovaquia, por otra, se engrandecieran a costa del territorio húngaro.

Los elementos nacionalistas exigían de Karolyi una política enérgicamente reivindicacionista. Cada pérdida de terreno de Karolyi en el terreno internacional, era una pérdida de terreno en el terreno de la política interna.

Y llegó un día fatal para el gobierno de Karolyi. Los gobiernos aliados le notificaron, por medio de su representante en Budapest, el teniente coronel Vyx, que las fronteras de

entonces de Hungría debían ser consideradas como definitivas. Estas fronteras significaban para Hungría la pérdida de enormes territorios. Karolyi no podía someterse a estas condiciones. Si lo hubiera hecho, una revuelta chauvinista lo habría traído abajo en pocos días. No le quedó, pues, más camino que la dimisión, el abandono del poder, del cual se apoderó inmediatamente el proletariado. Frecuentemente se ha acusado a Karolyi de traición del orden burgués. Se le ha acusado de haber entregado el gobierno a la clase trabajadora. Pero, en realidad, los acontecimientos fueron superiores a la voluntad de Karolyi y a toda voluntad individual. De un lado la ola reaccionaria, y de otro lado la ola revolucionaria amenazaban el gobierno de Karolyi, condenado, por consiguiente, a desaparecer tragado por la una o por la otra. A un mismo tiempo, se preparaban para el asalto al poder la reacción y la revolución. Y bien, la hora era de la revolución. Abierto por el gobierno de Karolyi, el período revolucionario tenía que tocar a su máximo, tenía que llegar a su plenitud, antes de declinar. Y, cuando Karolyi dimitió, el proletariado se apresuró a recoger en sus manos el poder, para evitar que se enseñorease en él la reacción de la nobleza y de la burguesía más retrógrada.

Surgió así el gobierno de Bela Kun. El 21 de marzo de 1919, o sea a menos de cinco meses de la constitución del gobierno de Karolyi, se constituyó el Consejo Gubernativo Revolucionario que declaró a Hungría República Sovietista.

A la creación de este gobierno revolucionario concurren comunistas y social-democráticos. Y este es el signo que distingue la revolución comunista húngara de la revolución comunista rusa. La dictadura del proletariado fue asumida en Rusia exclusivamente por el Partido Maximalista, con la neutralidad benévola de los social-revolucionarios de izquierda, pero con la aversión de los social-revolucionarios de derecha y centro y de los mencheviques. En Hungría, en cambio, la dictadura del proletariado fue ejercida por los comunistas y social-democráticos juntos. Aparentemente, esto daba fuerza al gobierno obrero de Hungría porque, en virtud del entendimiento entre comunistas y social-democráticos, ese gobierno

obrero representaba a la unanimidad del proletariado, a la unanimidad más uno. Todas las grandes tendencias proletarias en el poder; pero esto era, también, la debilidad de la República Sovietista Húngara.

El Partido Social Democrático no tenía suficiente conciencia revolucionaria. Su masa dirigente estaba compuesta de elementos reformistas, mental y espiritualmente adversos al maximalismo. Estos elementos provenían de la burocracia de los sindicatos. Eran viejos organizadores sindicales, envejecidos en la acción minimalista y contingente de la vida sindical, supersticiosamente respetuosos de la fuerza de la burguesía, desprovistos de capacidad y de voluntad para colaborar solidariamente con los maximalistas, a quienes tachaban de jóvenes, inexpertos, de extremistas. ¿Por qué entonces los social-democráticos húngaros cooperaron y participaron decisivamente en la revolución? La explicación está en la situación política de Hungría, bajo el gobierno de Karolyi, que he descrito anteriormente.

El gobierno de Karolyi, en el cual participaron los social-democráticos, estaba irremisiblemente condenado a caer arrollado por la revolución o por la reacción. Los social-democráticos se vieron, pues, en la necesidad de elegir entre la revolución comunista y la reacción feudalista y aristocrática, y, naturalmente, tuvieron que optar por la revolución comunista. Algo más, tuvieron que apresurarla para eliminar el peligro de que la reacción ganase tiempo.

Cuando dimitió Karolyi, el directorio del Partido Comunista estaba en la cárcel. Los social-democráticos y los líderes comunistas trataron y pactaron entre ellos, pero los primeros desde el poder, los segundos desde la prisión. Alrededor de los líderes comunistas estaba la mayoría de las masas, decidida a la revolución. Los social-democráticos no capitularon, luego, ante los líderes comunistas; capitulaban ante la mayoría del proletariado. Se rendían a la voluntad de las masas. Su capitulación fue, en apariencia, completa. Los social-democráticos aceptaron íntegramente la ejecución del programa comunista. Pero la aceptaron sin convencimiento, sin fe, sin verdadera adhesión mental y moral. La aceptaron, constreñidos, em-

pujados, presionados por las circunstancias. En cambio de su adhesión al programa de los comunistas, no demandaron sino el derecho de participar en su realización.

Les dijeron a los comunistas: "Nosotros aceptamos vuestro programa; pero queremos colaborar en el gobierno destinado a ejecutarlo". Era una demanda lógica, era una demanda natural y era una demanda lícita. Los comunistas accedieron a ella. Y este fue su primer error. Porque, en virtud del carácter de la coalición social-democrático-comunista, el gobierno soviético de Hungría resultó un gobierno híbrido, un gobierno mixto, un gobierno compuesto. El programa de este gobierno obrero era de un color uniforme; pero los hombres encargados de cumplirlo eran de dos colores diferentes. Una parte del gobierno quería de veras la realización del programa, sentía su necesidad histórica; otra parte del gobierno no creía íntimamente en la posibilidad de la realización de ese programa, lo había admitido a regañadientes, sin optimismo, sin confianza. Los social-democráticos, en su mayoría, veían en la revolución general europea la única esperanza de salvación de la revolución proletaria húngara. Carecían de preparación intelectual y espiritual para defender a la revolución proletaria húngara, aun en el caso de que el proletariado de las grandes potencias europeas no respondiese al llamamiento, a la incitación de la Revolución Rusa. Esta es la causa espiritual, esta es la causa moral del fin de la dictadura del proletariado en Hungría.

Durante sus breves meses de existencia, a pesar del sabotaje sordo de los social-democráticos, el gobierno de Bela Kun desarrolló, en gran parte, el programa económico y social del proletariado. Procedió a la expropiación de los latifundios y haciendas, de los medios de producción y de los establecimientos industriales. Los latifundios, las haciendas, antigua propiedad de la aristocracia húngara, fueron entregados a los campesinos, organizados en cooperativas de producción. En cada latifundio, en cada hacienda, en reemplazo del propietario feudal, surgió una cooperativa. Al mismo tiempo, se atendió solícitamente a las víctimas de la guerra, cuyas demandas no habían podido ser satisfechas por el gobierno de Karolyi,

entrapado por sus miramientos y sus respetos al régimen capitalista. Los inválidos, los mutilados, las viudas, los huérfanos y los desocupados fueron socorridos. Los sanatorios de lujo fueron transformados en hospitales populares. Los palacios, los castillos y los chalets de los aristócratas fueron destinados al alojamiento de los inválidos, de los viejos o de los niños proletarios enfermos. Simultáneamente, se reorganizaba clásicamente, revolucionariamente, la instrucción pública, la cultura general, para convertirlas en instrumentos de educación socialista. Y para que la cultura, la capacidad técnica, antes patrimonio exclusivo de la burguesía, se socializasen a beneficio del proletariado.

Pero contra el gobierno de Bela Kun conspiraban, de una parte el escepticismo y la resistencia de los social-democráticos, de otra parte las acechanzas de las potencias vencedoras. Las potencias capitalistas miraban en Hungría soviética un peligroso foco de propagación de la idea comunista. Y se esforzaban en eliminarlo, empujando contra la República Húngara a las naciones vecinas, colocadas bajo la tutela de la Entente vencedora.

En tanto los social-democráticos limitaban y entraban las medidas del gobierno obrero contra los preparativos y complotos reaccionarios, encastillados en sus prejuicios democráticos y liberales, en su superstición de la libertad, los social-democráticos no consentían que el gobierno suspendiese las garantías individuales para los aristócratas, burgueses y militares conspiradores. El ministro de Justicia del gobierno de Bela Kun era un social-democrático. Un social-democrático que parecía más preocupado de amparar la libertad de los elementos contrarrevolucionarios que de defender la existencia de la revolución.

La Revolución Húngara es atacada, por ende, en dos frentes, en el frente externo y en el frente interno. Externamente, la amenazaba la intervención contrarrevolucionaria de las potencias aliadas, que bloqueaban económicamente a Hungría para sitiarse por hambre. Internamente, la amenazaba la imprevención revolucionaria de la social-democracia, la inconsistencia revolucionaria de una de las bases, de los soportes

fundamentales de la Revolución, de uno de los dos partidos del gobierno.

En estas condiciones llegó el gobierno de Bela Kun, inaugurado el 21 de marzo, a la mitad de abril. Hacia la mitad de abril Rumanía, uno de los peones de la Entente en esta gran partida política, invadió Hungría. Las tropas rumanas se apoderaron de la mejor zona agrícola de Hungría. Y avanzaron hasta el río Tibisco amenazando Budapest. Casi simultáneamente, los checos se movieron también contra la República Húngara. El ejército checo penetró en territorio húngaro, llegando a setenta u ochenta kilómetros tan sólo de Budapest. El instante era crítico. El 2 de mayo, en una sesión dramática del Consejo Obrero de Budapest, Bela Kun expuso la situación. Y planteó la siguiente cuestión: ¿Convenía organizar la resistencia o convenía rendirse a las potencias aliadas? Muchos social-democráticos se pronunciaron por la segunda tesis, pero el Consejo Obrero se adhirió a la tesis de Bela Kun. Había que resistir hasta el fin. No había sino una victoria completa o una derrota completa de la Revolución. No era posible un término medio. Capitular ante las potencias capitalistas, era renunciar totalmente a la Revolución y a sus conquistas. El Consejo Obrero votó por la resistencia a todo trance. Y el gobierno puso manos a la obra, los obreros de las fábricas de Budapest, la vanguardia del proletariado húngaro, constituyeron un gran ejército rojo que detuvo a la ofensiva de los rumanos e infligió una derrota total a los checoslovacos. Los revolucionarios húngaros penetraron en Checoslovaquia ocupando una gran porción del territorio checoslovaco. El instante se tornaba crítico para la ofensiva aliada contra Hungría soviética. Cundían en el ejército checoslovaco gérmenes revolucionarios.

La astuta diplomacia capitalista cambió entonces de táctica. Las potencias aliadas invitaron a Hungría a retirar el ejército rojo del territorio checoslovaco, ofreciéndole en compensación el retiro del ejército rumano del territorio ocupado más allá del río Tibisco. Los social-democráticos se pronunciaron por la aceptación de esta propuesta, y explotaron la impopularidad de la prosecución de la guerra en el ánimo

del proletariado, agotado por los cinco años de fatigas bélicas. Los comunistas no pudieron contrarrestar enérgicamente esta propaganda. Faltaban de Budapest, los elementos más numerosos y combativos del Partido Comunista, enrolados voluntariamente en el ejército rojo. La vanguardia del proletariado de Budapest estaba en el frente combatiendo contra los enemigos externos de la Revolución. El gobierno y el Congreso de los Soviets, bajo la influencia de la atmósfera social-democrática de Budapest, acabaron, por esto, inclinándose ante la propuesta aliada. El ejército rojo se retiró de Checoslovaquia, descontento y deprimido en su voluntad combativa. Y su sacrificio fue inútil, las potencias aliadas no cumplieron, por su parte, su compromiso. Los rumanos no se retiraron del territorio húngaro.

Esta decepción, este fracaso descorazonaron inmensamente al proletariado húngaro, cuya fe revolucionaria era minada, de otro lado, por la propaganda derrotista de los social-democráticos, quienes empezaron a negociar secretamente con los representantes diplomáticos de las potencias aliadas una solución transaccional.

La reacción, entre tanto, se aprestaba para el asalto al poder. El 24 de junio los elementos reaccionarios, unidos a trescientos alumnos de la ex-escuela militar, se adueñaron de los monitores del Danubio. Esta sedición fue dominada, pero los tribunales revolucionarios trataron con excesiva generosidad a los sediciosos. Los trescientos oficiales alumnos rebeldes fueron perdonados. Trece instigadores y organizadores de la insurrección fueron condenados a muerte; pero, cediendo a la presión de las misiones diplomáticas aliadas, se acabó también por indultarlos.

El régimen comunista, en tanto, continuaba luchando con enormes dificultades. A causa del bloqueo, por una parte, y a causa de la ocupación rumana de la fértil región agrícola del Tibisco, por otra, escaseaban las provisiones. Los víveres disponibles no bastaban para el abastecimiento total de la población. Esta escasez contribuía a crear un ambiente de descontento y de desconfianza en el régimen comunista. El gobierno de Bela Kun decidió entonces intentar una ofensiva

contra los rumanos para desalojarlos de los territorios de más allá del Tibisco. Pero esta ofensiva, iniciada el 20 de julio, no tuvo suerte. El ejército rojo, descorazonado por tantas decepciones, fue rechazado y derrotado por el ejército rumano. Este revés militar condenó a muerte al régimen comunista.

Los líderes social-democráticos y sindicales entraron en negociaciones formales de paz con las misiones diplomáticas aliadas. Estas misiones prometieron el reconocimiento de un gobierno social-democrático. Pusieron en suma, como precio de la paz, la eliminación de los comunistas y la destrucción de su obra.

El Partido Social-Democrático y los sindicatos, con la ilusión de que un gobierno social-democrático, protegido por las misiones diplomáticas aliadas, podría conservar el poder, aceptaron las condiciones de la Entente. Y cayó así el gobierno de Bela Kun.

El 2 de agosto, el Consejo de Comisarios del Pueblo abdicó el mando. Lo reemplazó un gobierno social-democrático. Este gobierno social-democrático, para contentar y satisfacer a las potencias aliadas, derogó las leyes del gobierno comunista. Restableció la propiedad privada de las fábricas, de los latifundios y las haciendas; restableció la libertad de comercio; restableció en sus cargos gubernativos a los funcionarios y empleados de la administración burguesa; restableció, en suma, el régimen capitalista, individualista y burgués. Pero, con todo, este gobierno social-democrático no duró sino tres días. Vencida la Revolución, el poder tenía que caer inevitablemente en manos de la reacción, y así fue. El gobierno social-democrático no duró sino el tiempo indispensable para abolir la legislación comunista y para que la aristocracia, el militarismo y el capitalismo organizaran el asalto al poder.

Los social-democráticos no podían resistir la ola reaccionaria, no contaban ni aún con las masas desengañadas del gobierno democrático desde su primera hora de vida, desde que emprendió la destrucción de la obra de la revolución. Tuvieron que caer al primer embate de los reaccionarios.

Así concluyó el régimen comunista en Hungría. Así nació el gobierno reaccionario del almirante Horthy. Así

empezó el martirio del proletariado húngaro. Nunca una revolución proletaria fue tan cruelmente castigada, tan brutalmente reprimida. El gobierno de Horthy se dio, en cuerpo y alma, a la persecución de todos los ciudadanos que habían participado en la administración comunista. El terror blanco asoló Hungría como un horrible flagelo. Se ensañó primero contra los comunistas, luego contra los social-democráticos, más tarde contra los hebreos, masones, protestantes, finalmente contra los propios burgueses sospechosos de excesiva devoción liberal y democrática. Pero se encarnizó, sobre todo, contra el proletariado. Las ciudades y los pueblos culpables de entusiasmo revolucionario bajo el gobierno comunista fueron espantosamente castigados.

En las regiones transdanubianas algunas localidades, caracterizadas por su sentimiento comunista, fueron verdaderamente diezmadas. Innumerables trabajadores eran fusilados o masacrados; otros eran encarcelados; otros eran obligados a emigrar para escapar de análogos castigos o de constantes maltratos. A Austria, a Italia llegaban todos los días numerosos contingentes de prófugos, ejércitos de trabajadores que abandonaban Hungría huyendo del terror blanco. Viena estaba llena de refugiados húngaros. Y en casi todas las principales ciudades italianas recorridas por mí, entonces, los refugiados húngaros eran también legión.

Toda descripción del terror blanco en Hungría resultará siempre pálida en relación con la realidad.

A partir de agosto de 1919 en Hungría se han sucedido los fusilamientos, los descuartizamientos, los apresamientos, los incendios, las mutilaciones, los estupro, los saqueos, como medios de represión y de castigo al proletariado. Ha sido necesario que la sed de sangre de los reaccionarios se calme y que un grito de horror de hombres civilizados de Europa la cohiba, para que los crímenes y las persecuciones disminuyan y enrarezcan.

Tengo a la mano un libro que contiene algunos relatos sobre el terror blanco en Hungría.

Pero estos relatos podrían parecer exagerados a los corazones de los burgueses. Se dirá que esta es una versión

italiana y que los italianos son siempre, como buenos latinos, excesivos y apasionados en sus impresiones.

Mas ocurre que las mismas cosas, aproximadamente, han sido contadas por una comisión de las Trade Unions y del Partido Laborista inglés, que visitó Hungría en mayo de 1920, para informarse directamente de lo que allí pasaba. El dictamen de la comisión británica es de una circunspección ejecutoriada; y, mucho más, el dictamen de una comisión de personas muy moderadas, muy graves y muy concienzudas de las Trade Unions y del Labour Party.

Formaban la delegación inglesa el coronel Wedgwood, miembro de la Cámara de los Comunes, y cuatro miembros distinguidos de la burocracia de las Trade Unions y del Labour Party. La delegación no pudo, naturalmente, recorrer toda Hungría. No visitó sino Budapest y uno que otro centro poblado importante.

Durante su visita, además, hubo una tregua prudente del terror blanco. El gobierno reaccionario de Horthy trató de encubrir las cosas en lo posible. Los medios de información de la delegación fueron, en una palabra, limitados, insuficientes para el conocimiento de la verdadera magnitud, de la verdadera realidad del terrorismo de las bandas de Horthy.

El dictamen de la comisión inglesa, por consiguiente, es una pálida, una benévola narración de los acontecimientos húngaros. Peca de moderación, peca de optimismo, sin embargo corrobora las afirmaciones del libro del cual acabo de leer una página. Según los cálculos de la comisión, en la época en que ella estuvo en Hungría, el número de presos y detenidos políticos era al menos de doce mil. Según las informaciones oficiales eran de seis mil. El gobierno de Horthy confesaba que tenía encarceladas a seis mil personas por motivos políticos. En su informe, la comisión refiere que le había sido asegurado que el número complejo de personas arrestadas o detenidas era superior a 25,000.

El informe de la comisión británica contiene varias anécdotas atroces del terror blanco en Hungría. Voy a dar lectura a una de ellas para que os forméis una idea de la ferocidad con que se perseguía a los miembros y funcionarios



del gobierno comunista y hasta a sus parientes.

Es el caso de la señora Hamburguer. El informe de la comisión dice así: (\*)

¿Para qué seguir? Ya sabéis cómo actuaba el "terror" rojo en Hungría. Ya sabéis muchas cosas que nos han contado los cablegramas de los diarios, tan pródigos en detalles espeluznantes cuando se trata de narrar un fusilamiento en la Rusia de los Soviets.

El gobierno de Horthy semeja una misión pavorosa de la Edad Media. No en balde sus características son, precisamente, las de intentar restablecer en Hungría el medioevalismo y el feudalismo. La reacción en Hungría no es sólo enemiga del socialismo y del proletariado revolucionario. Es, además, enemiga del capitalismo industrial. Como el capitalismo industrial, como las fábricas, como la gran industria crean el proletariado industrial, el proletariado organizado de la ciudad, o sea el instrumento de la revolución social, la reacción húngara detesta instintivamente el capitalismo industrial, las grandes fábricas, la gran industria. El gobierno de Horthy es el imperio despótico y sanguinario del feudalismo agrícola, de los terratenientes y de los latifundistas. Horthy gobierna Hungría con el título de regente, porque para la reacción Hungría sigue siendo un reino. Un reino sin rey, pero un reino siempre.

Hace año y medio, como recordaréis, Carlos de Austria, ex-emperador de Austria-Hungría, hijo de Francisco José, fue llamado por los monarquistas húngaros para restaurar la monarquía en Hungría. El plan abortó porque a la restauración de la dinastía de los Habsburgos, de la antigua casa reinante de Austria-Hungría, son adversas todas las naciones independizadas a consecuencia de la disolución del imperio austro-húngaro, temerosas de que, instalada en Hungría, la monarquía acabe por constituir el antiguo imperio.

Abortó, además, porque a la restauración de la monarquía en Hungría es adversa, por las mismas razones, Italia, alarmada de la posibilidad de que renazca el imperio austro-húngaro.

Todas estas naciones opusieron su veto a la reposición

de Carlos en el trono de Hungría. Finalmente, contra esta reposición están los campesinos no aristócratas, hostiles al socialismo, pero hostiles igualmente al viejo régimen.

Por esto, no tenemos actualmente a Hungría transformada en una monarquía, absoluta, medioeval y feudal, con un rey a la cabeza. Pero, de hecho, el régimen del regente Horthy es un régimen absoluto, medioeval y feudal. Es el dominio del latifundio sobre la industria; es el dominio del campo sobre la ciudad. Hungría, a consecuencia de este régimen, está empobrecida. Su moneda depreciada carece de expectativas de convalecencia y de estabilización. La miseria del proletariado intelectual y manual es apocalíptica. Un periodista me dijo en Budapest, en junio del año pasado, que en esta ciudad existía gente que no podía comer sino interdiariamente, un día sí y un día no. Ese pobre periodista, que era sin duda un ser privilegiado al lado de otros trabajadores intelectuales, parecía afligido por el hambre y la miseria.

Conocí luego a un intelectual, autor de varios estudios sobre estética musical, que actuaba de portero en una casa de vecindad. La miseria lo había obligado a aceptar la función de portero. He ahí, en el orden económico, las consecuencias de la reacción y del terror blanco.

Pero un período de reacción, un período de absolutismo, no puede ser sino un período transitorio, un período pasajero.

Una nación contemporánea, y mucho más una nación europea, no puede retrogradar a un sistema de vida primitivo y bárbaro. Una resurrección del feudalismo y del medioevalismo no puede ser duradera. Las necesidades de la vida moderna, la tendencia de las fuerzas productivas, la relación con las demás naciones no consienten la regresión de un pueblo a un régimen antiindustrial ni antiproletario.

Gradualmente, se reanima ya en Hungría el movimiento proletario. El Partido Social-Democrático, los sindicatos, conquistan de nuevo su derecho a una existencia legal.

Al parlamento húngaro han ingresado algunos diputados socialistas, tímidamente socialistas al fin y al cabo.

El Partido Comunista, condenado a una vida ilegal

y clandestina, prepara sigilosamente la hora de su reaparición. Algunos elementos democráticos o liberales de la burguesía empiezan también a moverse y a polarizarse. Temeroso de este renacimiento de las fuerzas proletarias y de las fuerzas democráticas, se ha organizado, por eso, en Hungría, una banda fascista. Su caudillo es el famoso reaccionario Friedrich. Todo es sintomático.

Como ya dije a propósito de la Revolución Alemana, una revolución no es un golpe de Estado, no es una insurrección, no es una de aquellas cosas que aquí llamamos revolución por uso arbitrario de esta palabra. Una revolución no se cumple sino en muchos años. Y con frecuencia tiene períodos alternados de predominio de las fuerzas revolucionarias y de predominio de las fuerzas contra-revolucionarias.

Así como el proceso de una guerra es un proceso de ofensivas y contraofensivas, de victorias y derrotas, mientras uno de los bandos combatientes no capitule definitivamente, mientras no renuncie a la lucha, no está vencido. Su derrota es transitoria; pero no total. Y, conforme a esta interpretación de la historia, la reacción, el terror blanco, el gobierno de Horthy no son sino episodios de la lucha de clases en Hungría, un capítulo ingrato de la Revolución Húngara.

Este capítulo llegará algún día a su última página. Y empezará entonces un capítulo más, un capítulo que tal vez sea el capítulo de la victoria del proletariado húngaro.

El gobierno de Horthy es para el proletariado húngaro una noche sombría, una pesadilla dolorosa. Pero esta noche sombría, esta pesadilla dolorosa pasarán. Y vendrá entonces la aurora.

(\*) Aquí JCM dio lectura a un fragmento del informe aludido.

Conferencia en la Universidad Popular. Lima, 18 agosto de 1923. *Historia de la crisis mundial*. Lima. Editorial Minerva, 1980. pp.

### 43/. LENIN

La figura de Lenin está nimbada de leyenda, de mito y de fábula. Se mueve sobre un escenario lejano que, como todos los escenarios rusos, es un poco fantástico y un poco aladinesco. Posee las sugerencias y atributos misteriosos de los hombres y de las cosas eslavas. Los otros personajes contemporáneos viven en roce cotidiano, en contacto inmediato con el público occidental. Lloyd George, Poincaré, Mussolini, nos son familiares. Su cara nos sonríe consuetudinariamente desde las carátulas de las revistas. Estamos abundantemente informados de su pensamiento, su horario, su menú, su palabra, su intimidad. Y se nos muestra siempre dentro de un marco europeo: un hotel, una villa, un automóvil, un pullman, un boulevard. Lenin, en cambio, está lejos del mundo occidental, en una ciudad mitad asiática y mitad europea. Su figura tiene como retablo el Kremlin, y como telón de fondo el Oriente. Nicolás Lenin no es siquiera un nombre sino un pseudónimo. El *leader* bolchevique se llama Vladimir Ilich Ulianov, como podría llamarse un protagonista de Gorki, de Andreiev o de Koroilenko. Hasta físicamente es un hombre un poco exótico: un tipo mongólico de siberiano o de tártaro. Y como la música de Balakirev o de Rimsky-Kórsakof, Lenin nos parece más oriental que occidental, más asiático que europeo. (Rusia irradia simultáneamente en el mundo su bolchevismo, su arte, su teatro y su literatura. Sincrónicamente se derraman, se difunden y se aclimatan en las ciudades europeas los dramas de Chejov, las estatuas de Archipouko y las teorías de la Tercera Internacional. Agentes viajeros del alma rusa, Stravinsky seduce París, Chaliapine conquista Berlín, Tchicherin agita a Lausana.)

Lenin ejerce una fascinación rara en los pueblos más lejanos y abstrusos. Moscú atrae peregrinos de Persia, de la China, de la India. Moscú es actualmente una feria de abigarrados trajes indígenas y de lenguas esotéricas. La celebridad de Oswald Spengler, de Charles Maurras o del general Primo de Rivera no es sino una celebridad occidental. La celebridad de Lenin, en tanto, es una celebridad unánimemente



mundial. El nombre de Lenin ha penetrado en tierra afgana, siria, árabe. Y ha adquirido timbres mitológicos.

Quienes han asistido a asambleas, mítines, comisiones, en los cuales ha hablado Lenin, cuentan la religiosidad, el fervor, la pasión que suscita el *leader* ruso. Cuando Lenin se alza para hablar, se suceden ovaciones febriles, espasmódicas, frenéticas. Las gentes vitorean, gritan, sollozan.

Pero Lenin no es tipo místico, un tipo sacerdotal, ni un tipo hierático. Es un hombre terso, sencillo, cristalino, actual, moderno. W.T. Goode, en el *Manchester Guardian*, lo ha retratado así: "Lenin es un hombre de estatura media, de cincuenta años en apariencia, bien proporcionado. A la primera mirada, los lineamientos recuerdan un poco el tipo chino; y los cabellos y la barba en punta tienen un tinte rojizo oscuro. La cabeza bien poblada de cabellos y la frente espaciosa y bien modelada. Los ojos y la expresión son netamente simpáticos. Habla con claridad y con la voz bien modulada: en todo nuestro coloquio no ha tenido nunca un momento de agitación. La única neta impresión que me ha dejado es la de una inteligencia clara y fría. La de un hombre plenamente dueño de sí mismo y de su argumentación que se expresa con una lucidez extraordinaria, sugestiva". Arthur Ramsome, también en el *Manchester Guardian*, ha dado estos datos físicos y psicológicos del caudillo bolchevique: "Lenin me pareció un hombre feliz. Volviendo del Kremlin a mi alojamiento, me preguntaba yo qué hombre de su calibre tiene un temperamento alegre como el suyo. No encontré ninguno. Aquel hombre calvo, arrugado, que voltea su silla de aquí para allá, riendo ora de una cosa, ora de otra, pronto en todo momento a dar un consejo serio a quien lo interrumpa para pedírselo —consejo bien razonado que resulta más imperioso que cualquier orden—, respira alegría: cada arruga suya ha sido trazada por la risa, no por la preocupación".

Este retrato de un periodista británico, circunspecto y anastigmático como un objetivo Zeiss, nos ofrece un Lenin sana y contagiosamente jocundo y plácido, muy disímil del Lenin hosco, feroz y ceñudo de tantas fotografías. Ni taciturno, ni alucinado, ni místico, Lenin es, pues, un individuo normal,

equilibrado, expansivo. Es, además, un hombre bien abastecido de experiencia y saturado de modernidad. Su cultura es occidental, su inteligencia es europea. Lenin ha residido en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania, en Suiza. Su orientación no es empírica ni utopista sino materialista y científica. Lenin cree que la ciencia resolverá los problemas técnicos de la organización socialista. Proyecta la electrificación de Rusia. Bertrand Russell, que califica de ideológico este plan, juzga a Lenin un hombre genial.

La vida de Lenin ha sido la de un agitador. Lenin nació socialista. Nació revolucionario. Proveniente de una familia burguesa, Lenin se entregó, sin embargo, desde su juventud, al socialismo y a la revolución. Lenin es un antiguo *leader*, no sólo del socialismo ruso, sino del socialismo internacional. La Segunda Internacional, en el Congreso de Stuttgart de 1907, votó esta moción suya y de Rosa Luxemburgo: "En el caso de que estalle una guerra europea, los socialistas están obligados a trabajar por su rápido fin y a utilizar la crisis económica y política que la guerra provoque para sacudir al pueblo y acelerar la caída del régimen capitalista". Esta declaración contenía el germen de la Revolución Rusa y de la Tercera Internacional. Fiel a ella, Lenin explotó las consecuencias de la guerra para conducir a Rusia a la revolución. Timoneada por Lenin, la Revolución Rusa arribará en noviembre a su sexto aniversario. La táctica diestra y cauta de Lenin ha evitado los arrecifes, las minas y los temporales de la travesía. Lenin es un revolucionario sin desconfianzas, sin vacilaciones, sin grimas. Pero no es un político rígido ni inmóvil. Es, antes bien, un político ágil, flexible, dinámico, que revisa, corrige y rectifica sagaz y continuamente su obra. Que la adapta y la condiciona a la marcha de la historia. La necesidad de defender la revolución lo ha obligado a algunas transacciones, a algunos compromisos. Sobre él pesa la responsabilidad de un generalísimo de millones de soldados que, mediante retiradas, fintas y maniobras oportunas debe preservar a su ejército de una acción imprudente. La historia rusa de estos seis años es un testimonio de su capacidad de estrategia y de conductor de muchedumbres y de pueblos. Lenin no es un ideólogo sino un realizador.

El ideólogo, el creador de una doctrina carece generalmente de sagacidad, de perspicacia y de elasticidad para realizarla. Toda doctrina tiene, por eso, sus teóricos y sus políticos. Lenin es un político; no es un teórico. Su obra de pensador es una obra polémica. Lenin ha escrito muchos libros y, con frecuencia, interrumpe fugazmente su actividad de presidente del Soviet de Comisarios del Pueblo, para reaparecer en su tribuna de periodista de *Pravda* o *Izvestia*. Pero el libro, el discurso, el artículo no son para él sino instrumentos de propaganda, de ofensiva, de lucha. Su temperamento polémico es característica y típicamente ruso. Lenin es agresivo, áspero, rudo, tundente, desprovisto de cortesía y de eufemismo. Su dialéctica es una dialéctica de combate, sin elegancia, sin retórica, sin ornamento. No es la dialéctica universitaria de un catedrático sino la dialéctica desnuda de un político revolucionario. Lenin ha sostenido un duelo resonante con los teóricos de la Segunda Internacional: Kaustsky, Bauer, Turati. La argumentación de éstos ha sido más erudita, más literaria, más elocuente. Pero la disertación de Lenin ha sido más original, más guerrera, más penetrante.

Lenin es el caudillo de la Tercera Internacional. El socialismo, como se sabe, está dividido en dos grupos: Tercera Internacional y Segunda Internacional. Internacional bolchevique y revolucionaria e Internacional menchevique y reformista. La doctrina de una y otra rama es el marxismo. Su divergencia, su disentiimiento, no son, pues, de orden programático sino de orden táctico. Algunos atribuyen al bolchevismo una idea mesiánica, milagrista, taumatúrgica de la revolución. Creen que el bolchevismo aspira a una transformación instantánea, violenta, súbita del orden social. Pero bolchevismo y menchevismo son gradualistas. Sólo que el bolchevismo es gradualista revolucionariamente y el menchevismo es gradualista reformísticamente. El bolchevismo sostiene que no es posible utilizar la máquina actual del Estado pasable [...] que el Estado proletario, distinto del Estado burgués en sus funciones, tiene que ser también distinto en su arquitectura. El tipo de Estado proletario creado por los bolcheviques es el Estado sovieta. La República

de los Soviets es la federación de todos los soviets locales. El soviet local es la asociación de los obreros, empleados y campesinos de una comuna. En el régimen de los soviets no hay una dualidad de poderes. Los soviets son, al mismo tiempo, un cuerpo administrativo y legislativo. Y son el órgano de la dictadura del proletariado. Lenin, dice, defendiendo este régimen, que el soviet es el órgano de la democracia proletaria, tal como el parlamento es el órgano de la democracia burguesa. Así como la sociedad contemporánea y la sociedad medioeval han tenido sus formas peculiares, sus instrumentos típicos, sus instituciones características, la sociedad proletaria tiene que crear también las suyas.

Y esta resistencia al parlamento no es originalmente bolchevique. Desde hace varios años se constata la crisis de la democracia y la crisis del parlamento. Y se sugiere la creación de un tipo de parlamento profesional o sindical basado en la representación de los intereses más que en la representación de los electores. Joseph Callaux sostiene que es necesario "mantener asambleas parlamentarias pero no dejándoles sino derechos políticos, confiar a nuevos organismos la dirección completa del Estado económico y hacer en una palabra la síntesis de la democracia occidental y del sovietsmo ruso". La aparición del Estado bolchevique coincide, pues, con una intensa predicación anti-parlamentaria y una creciente tendencia a dar al Estado una estructura más económica que política. El parlamento, en fin, es atacado, de una parte, por la revolución, y de otra parte por la reacción. El fascismo es esencialmente antidemocrático y antiparlamentario. Mussolini conquistó el poder extra-parlamentariamente. Primo de Rivera acaba de seguir la misma vía. Los organismos de la democracia son declarados inoperantes para la revolución y para la reacción.

Lenin y Mussolini, el caudillo de la revolución y el caudillo de la reacción, oponen una dictadura de clase a otra dictadura de clase. El choque, el conflicto entre ambas dictaduras inquieta a muchos pensadores contemporáneos. Se presiente que este choque, que este conflicto de clases reducirá a escombros la civilización y sumirá al mundo occidental en una oscura Edad Media.

El Occidente se distrae de su drama con sus boxeadores, y se anestesia con sus alcaloides y su música negra. Y, en tanto, como escribía Luis Araquistain a don Ramón del Valle Inclán en julio de 1920, "por Oriente otra vez el evangelio asoma como hace veinte siglos asomó el cristianismo".

\* En el original hay una línea repetida, faltando la correspondiente.

*Variedades.* Año XIX, N° 812. Lima, 22 setiembre de 1923.  
*La escena contemporánea.*

#### 44/. LA TRANSFORMACION DEL MUNDO ORIENTAL

La marea revolucionaria no conmueve sólo al Occidente. También el Oriente está agitado, inquieto, tempestuoso. Uno de los hechos más actuales y trascendentes de la historia contemporánea es la transformación política y social del Oriente. Este período de agitación y de gravedad orientales coincide con un período de insólito y recíproco afán del Oriente y del Occidente por conocerse, por estudiarse, por comprenderse.

En su vanidosa juventud la civilización occidental trató desdeñosa y altaneramente a los pueblos orientales. El hombre blanco consideró necesario, natural y lícito su dominio sobre el hombre de color. Usó la palabra oriental y bárbaro como dos palabras equivalentes. Pensó que únicamente lo que era occidental era civilizado. La explotación y la colonización del Oriente no fue nunca oficio de intelectuales, sino de comerciantes y de guerreros. Los occidentales desembarcaban en el Oriente sus mercaderías y sus ametralladoras, pero no sus órganos ni sus aptitudes de investigación, de interpretación y de capacitación espiritual. El Occidente se preocupó de consumir la conquista material del mundo oriental; pero no de intentar su conquista moral. Y así el mundo oriental conservó intactas su mentalidad y su psicología. Hasta hoy siguen frescas y vitales las raíces milenarias del islamismo y del budismo. El hindú viste todavía el viejo khaddar. El japonés, el más

saturado de occidentalismo de los orientales, guarda algo de su esencia samurai y budista.

Pero hoy que el Occidente, relativista y escéptico, descubre su propia decadencia y prevé su próximo tramonto, siente la necesidad de explorar y entender mejor al Oriente. Movidos por una curiosidad febril y nueva, los occidentales se internan apasionadamente en las costumbres, la historia y las religiones asiáticas. Miles de artistas y pensadores extraen del Oriente la trama y el color de su pensamiento y de su arte. Europa adopta ávidamente pinturas japonesas y esculturas chinas, colores persas y ritmos indostanes. Se embriaga del orientalismo que destilan el arte, la fantasía y la vida rusas. Y confiesa así un mórbido deseo de orientalizarse.

El Oriente, a su vez, resulta ahora impregnado de pensamiento occidental. La ideología europea se ha filtrado abundantemente en el alma oriental. Una vieja planta oriental, el despotismo, agoniza socavada por estas filtraciones. La China, republicanzada, renuncia a su muralla tradicional. La idea de la democracia, envejecida en Europa, retoña en Asia y en Africa. La Diosa Libertad es la diosa más prestigiosa del mundo colonial en estos tiempos en que Mussolini la declara renegada y abandonada por Europa. ("A la Diosa Libertad la mataron los demagogos", ha dicho el *condottiere* de las camisas negras.) Los egipcios, los persas, los hindúes, los filipinos, los marroquíes, quieren ser libres.

Acontece, entre otras cosas, que Europa cosecha los frutos de su predicación del período bélico. Los aliados usaron durante la guerra, para soliviantar al mundo contra los austro-alemanes, un lenguaje demagógico y revolucionario. Proclamaron enfática y estruendosamente el derecho de todos los pueblos a la independencia. Presentaron la guerra contra Alemania como una cruzada por la democracia. Propugnaron un nuevo derecho internacional. Esta propaganda emocionó profundamente a los pueblos coloniales. Y terminada la guerra, estos pueblos coloniales anunciaron, en el nombre de la doctrina europea, su voluntad de emanciparse.

Uno de los sectores más vastos y más interesantes de esta agitación es la India. El ideal de la libertad se propaga,

se difunde rápidamente en este pueblo de trescientos millones de hombres. La revolución indostana tiene varios *leaders*: Gandhi, Laipat, Rait y otros. Gandhi es el de más estatura histórica. Gandhi no es propiamente una figura de *leader* ni de caudillo sino, más bien, una figura de santo y de profeta. Pero, abastecido de cultura occidental, Gandhi debe a su trato con Europa la convicción de que la India tiene derecho a ser libre. Gandhi ha sido un funcionario, un fautor de la dominación inglesa en Africa y en Asia. Ha colaborado con los ingleses en el Africa del Sur y la India. Ha sido un agente, un prosélito de la guerra aliada. Su conversión es un efecto de la postguerra. La resistencia de Inglaterra a satisfacer las demandas de su pueblo lo empujó gradualmente, a una posición de rebeldía. Gandhi explica así su actitud ante Inglaterra: "La no colaboración con el mal es un deber tan grande como la colaboración con el bien". Su política revolucionaria se condensa en una mística: la no colaboración. Y, por esto, Gandhi no ha aconsejado al pueblo indio la insurrección, la guerra contra Inglaterra sino, únicamente, la no colaboración con la administración inglesa, la desobediencia pasiva. A su alma tolstoiana le repugna la violencia. Gandhi, como Ruskin y Tolstoi, no ama el maquinismo ni otras cosas de nuestra civilización. Patriarcal y campesino, quiere que los hindúes tejan con sus manos en sus cabañas rurales la tela de su traje khaddar. La propaganda de la desobediencia pasiva ha detenido hasta ahora en la India todo propósito insurreccional. Pero ha sacudido y agitado tanto al pueblo y ha minado tan gravemente la autoridad de Inglaterra, que los funcionarios ingleses han apelado a medios marciales para reprimirla. Millares de corifeos de Gandhi han sido encarcelados. Gandhi mismo, después de un proceso original, ha sido condenado a seis años de prisión. Mas, probablemente, la revolución india no será obra de este santo, de este apóstol, sino de hombres de menos grandeza moral, pero de más capacidad política. Malgrado el ascendiente de Gandhi, prospera, poco a poco, en la India, la tendencia a organizar contra Inglaterra una insurrección armada. En diciembre del año pasado los fautores de esta tendencia se reunieron en Zurich para redactar un programa

ma de liberación y reconstrucción nacional. Yo conocí en Berlín a uno de los *leaders* de este movimiento. Tuve así oportunamente una copia de su programa. Los puntos centrales de este programa son los siguientes: La transformación de la India en una república federal socialista, la congruente abolición de la propiedad de la tierra, la supresión de todo impuesto indirecto, la nacionalización de las minas y los servicios públicos. Al mismo tiempo que las ideas colectivas se adueñan del programa de una élite revolucionaria, prospera en la India una organización sindical del proletariado. Los sindicatos hindúes encuadran actualmente en sus filas doscientos mil trabajadores. En diciembre de 1920 celebraron estos sindicatos su primer congreso en Bombay. Meses después celebraron un segundo congreso en Jnadia.

Penetra en el Asia, importada por el capital extranjero, la doctrina de Marx. El socialismo que, en un principio, no fue sino un fenómeno de la civilización occidental, extiende actualmente su radio histórico y geográfico. Las primeras internacionales obreras fueron únicamente instituciones occidentales. En la Primera y en la Segunda Internacional no estuvieron sino representados los proletarios de Europa y de América. Al congreso de fundación de la Tercera Internacional en 1920 asistieron, en cambio, delegados del Partido Obrero Chino y de la Unión Obrera Coreana. En los siguientes congresos han tomado parte diputaciones persas, turkestanas, armenias. En agosto de 1920 se efectuó en Bakú, apadrinada y provocada por la Tercera Internacional, una conferencia revolucionaria de los pueblos orientales. Veinticuatro pueblos orientales concurrieron a esa conferencia. Algunos socialistas europeos, Hilferding entre ellos, reprocharon a los bolcheviques sus intenciones con movimientos de estructura nacionalista. Zinoviev, polemizando con Hilferding, respondió: "Una revolución mundial no es posible sin Asia. Vive allí una cantidad de hombres cuatro veces mayor que en Europa. Europa es una pequeña parte del mundo". La revolución social necesita históricamente la insurrección de los pueblos coloniales. La sociedad capitalista tiende a restaurarse mediante una explotación más metódica y más intensa de sus colonias políticas y económicas. Y la

revolución social tiene que soliviantar a los pueblos coloniales contra Europa y Estados Unidos, para reducir el número de vasallos y tributarios de la sociedad capitalista.

Contra la dominación europea sobre Asia y Africa conspira también la nueva conciencia moral de Europa. Existe actualmente en Europa muchos millones de hombres de filiación pacifista que se oponen a todo acto bélico, a todo acto cruento, contra los pueblos coloniales. Consiguientemente, Europa se ve obligada a pactar, a negociar, a ceder ante esos pueblos. El caso turco es, en ese aspecto, muy ilustrativo. Vencidos los austro-alemanes, Turquía fue tratada con un tono inexorable. Wilson declaró a Turquía extraña a la civilización europea. Inglaterra propuso la expulsión de los turcos de Europa. Los aliados dictaron en Sevres al gobierno de Constantinopla una paz dura y cruel. Constantinopla resultaba internacionalizada. Mas el pueblo turco, vigorosamente sacudido por la energía de Mustafá Kemal, insurgió contra ese tratado. Inglaterra movilizó entonces a Grecia contra los turcos. Pero los turcos derrotaron a los griegos y asumieron ante Inglaterra una actitud arrogante de reto. Una parte de la opinión inglesa reclamó el castigo implacable de Turquía. Inglaterra, sin embargo, no pudo mover un soldado, ni disparar un tiro contra Mustafá Kemal. El Partido Laborista, próximo hoy al poder, se declaró violentamente adverso a toda medida militar. Los dominios, el Transvaal, Australia, la vetaron también. Y todos constriñeron a la Gran Bretaña a una transacción, casi a una capitulación. La Entente, impotente para imponer a Turquía el Tratado de Sevres, tuvo que concederle en Lausana una paz decorosa.

En el Oriente aparece, pues, una vigorosa voluntad de independencia al mismo tiempo que en Europa se debilita la capacidad de coactarla y sofocarla. Se constata, en suma, la existencia de las condiciones históricas necesarias para la liberación oriental. Hace más de un siglo, vino de Europa a estos pueblos de América una ideología revolucionaria. Y, conflagrada por su revolución burguesa, Europa no pudo evitar la independización americana engendrada por esa ideología. Igualmente ahora, Europa, minada por la revolución social,

no puede reprimir marcialmente la insurrección de sus colonias.

Y en esta hora grave y fecunda de la historia humana parece que algo del alma oriental transmigrara al Occidente y que algo del alma occidental transmigrara al Oriente.

*Variedades.* Año XIX, N° 825. Lima, 22 diciembre de 1923.

*La escena contemporánea.* Lima, Editorial Minerva, 1982. pp. 205-208. (Versión corregida por el autor con el título "Oriente y Occidente".)

#### 45/. LA REVOLUCION Y LA REACCION EN BULGARIA

Bulgaria es el país más conflagrado de los Balcanes. La derrota ha sido en Europa un poderoso agente revolucionario. En toda Europa existe actualmente un estado revolucionario; pero es en los países vencidos donde ese estado revolucionario tiene un grado más intenso de desarrollo y fermentación. Los Balcanes son una prueba de tal fenómeno político. Mientras en Rumanía y Serbia, engrandecidas territorialmente, el viejo régimen cuenta con numerosos sostenes, en Bulgaria reposa sobre bases cada día más minadas, exiguas e inciertas.

El zar Fernando de Bulgaria fue, más acentuadamente que el rey Constantino de Grecia, un cliente de los Hohenzollern y de los Habsburgo. El rey Constantino se limitó a la defensa de la neutralidad de Grecia. El zar Fernando condujo a su pueblo a la intervención en favor de los imperios centrales. Se adhirió y se asoció plenamente a la causa alemana. Esta política, en Bulgaria, como en Grecia, originó la destitución del monarca germanófilo y aceleró la decadencia de su dinastía. Fernando de Bulgaria es hoy un monarca desocupado, un zar *chômeur*. El trono de su sucesor Boris, desprovisto de toda autoridad, ha estado a punto, en setiembre último, de ser barrido por el oleaje revolucionario.

En Bulgaria, más agudamente aún que en Grecia, la crisis no es de gobierno sino de régimen. No es una crisis de la dinastía sino del Estado. Stamboulinski, derrocado y asesinado por la insurrección de junio, que instaló en el poder

a Zankov y su coalición, presidía un gobierno de extensas raíces sociales. Era el *leader* de la Unión Agraria, partido en el cual se confundían terratenientes y campesinos pobres. Representaba en Bulgaria ese movimiento campesino que tan trascendente y vigorosa fisonomía tiene en toda la Europa Central. En un país agrícola como Bulgaria, la Unión Agraria constituía, naturalmente, el más sólido y numeroso sector político y social. Los socialistas de izquierda, a causa de su política pacifista, se habían atraído un vasto proselitismo popular. Habían formado un fuerte Partido Comunista, adherente ortodoxo de la Tercera Internacional, seguido por la mayoría del proletariado urbano y algunos núcleos rurales. Pero las masas campesinas se agrupaban, en su mayor parte, en los rangos del partido agrario. Stamboulinsky ejercitaba sobre ellas una gran sugestión. Su gobierno era, por tanto, inmensamente popular en el campo. En las elecciones de noviembre de 1922, Stamboulinsky obtuvo una estruendosa victoria. La burguesía y la pequeña burguesía urbanas, representadas por las facciones coaligadas actualmente alrededor de Zankov, fueron batidas sensacionalmente. A favor de los agrarios y de los comunistas votó el setenta y cinco por ciento de los electores.

Mas, empezó entonces a incubarse el golpe de mano de Zankov, estimulado por la lección del fascismo que enseñó a todos los partidos reaccionarios a conquistar el poder insurreccionalmente. Stamboulinsky había perseguido y hostilizado a los comunistas. Había enemistado con su gobierno a los trabajadores urbanos. Y no había, en tanto, desarmado a la burguesía urbana que acechaba la ocasión de atacarlo y derribarlo. Estas circunstancias prepararon el triunfo de la coalición que gobierna presentemente Bulgaria. Derrocado y muerto Stamboulinsky, las masas rurales se encontraron sin caudillo y sin programa. Su fe en el estado mayor de la Unión Agraria estaba quebrantada y debilitada. Su aproximación al comunismo se iniciaba apenas. Además, los comunistas, paralizados por su enojo contra Stamboulinsky, no supieron reaccionar inmediatamente contra el golpe de Estado. Zankov consiguió así dispersar a las bandas campesinas de Stamboulinsky y afirmarse en el poder.

Pronto, sin embargo, comenzaron a entenderse y concertarse los comunistas y los agrarios y a amenazar la estabilidad del nuevo gobierno. Los comunistas se entregaron a un activo trabajo de organización revolucionaria que halló entusiasta apoyo en las masas aldeanas. La elección de una nueva cámara se acercaba. Esta elección significaba para los comunistas una gran ocasión de agitación y propaganda. El gobierno de Zankov se sintió gravemente amenazado por la ofensiva revolucionaria y se resolvió a echar mano de recursos marciales y extremos contra los comunistas. Varios *leaders* del comunismo, Kolarov entre ellos, fueron apresados. Las autoridades anunciaron el descubrimiento de una conspiración comunista y el propósito gubernamental de reprimirla severamente. Se inauguró un período de persecución del comunismo. A estas medidas respondieron espontáneamente las masas trabajadoras y campesinas con violentas protestas. Las masas manifestaron una resuelta voluntad de combate. El Partido Comunista y la Unión Agraria pensaron que era indispensable empeñar una batalla decisiva. Y se colocaron a la cabeza de la insurrección campesina. La lucha armada entre el gobierno y los comunistas duró varios días. Hubo un instante en que los revolucionarios dominaron una gran parte del territorio búlgaro. La república fue proclamada en innumerables localidades rurales. Pero, finalmente, la revolución resultó vencida. El gobierno, dueño del control de las ciudades, reclutó en la burguesía y en la clase media urbanas legiones de voluntarios bien armados y abastecidos. Movilizó contra los revolucionarios al ejército del general ruso Wrangel, asilado en Bulgaria desde que fue derrotado y expulsado de Rusia por los bolcheviques. Y usó también contra la revolución a varias tropas macedonias. Favoreció su victoria, sobre todo, la circunstancia de que la insurrección, propagada principalmente en el campo, tuvo escaso éxito urbano. Los revolucionarios no pudieron, por esto, proveerse de armas y municiones. No dispusieron sino del escaso parque colectado en el campo y en las aldeas.

Ahogada la insurrección, el gobierno reaccionario de Zankov ha encarcelado a innumerables militantes del comunismo y de la Unión Agraria. Millares de comunistas se han



visto obligados a refugiarse en los países limítrofes para escapar a la represión. Kolarov y Dimitrov se han asilado en territorio yugoeslavo.

Dentro de esta situación, se han efectuado en noviembre último, las elecciones. Sus resultados han sido, por supuesto, favorables a la coalición acaudillada por Zankov. Los agrarios y los comunistas, procesados y perseguidos, no han podido acudir organizada y numerosamente a la votación. Sin embargo, veintiocho agrarios y nueve comunistas han sido elegidos diputados. Y en Sofía, malgrado la intensidad de la persecución, los comunistas han alcanzado varios millares de sufragios.

Los resultados de las elecciones no resuelven, por supuesto, ni aún parcialmente la crisis política búlgara. Las facciones revolucionarias han sufrido una cruenta y dolorosa derrota, pero no han capitulado. Los comunistas invitan a las masas rurales y urbanas a concentrarse en torno de un programa común. Propugnan ardorosamente la constitución de un gobierno obrero y campesino. La Unión Agraria y el Partido Comunista tienden a soldarse cada vez más. Saben que no conquistarán el poder parlamentariamente. Y se preparan metódicamente para la acción violenta. (En estos tiempos, el parlamento no conserva alguna vitalidad sino en los países, como Inglaterra y Alemania, de arraigada y profunda democracia. En las naciones de democracia superficial y tenue es una institución atrofiada.)

Y en Bulgaria, como en el resto de Europa, la reacción no elimina ni debilita el mayor factor revolucionario: el malestar económico y social. El gobierno de Zankov, del cual acaba de separarse un grupo de la derecha, los liberales nacionales, subordina su política a los intereses de la burguesía urbana. Y bien. Esta política no cura ni mejora las heridas abiertas por la guerra en la economía búlgara. Deja intactas las causas de descontento y de mal humor.

Se constata en Bulgaria, como en las demás naciones de Europa, la impotencia técnica de la reacción para resolver los problemas de la paz. La reacción consigue exterminar a muchos fautores de la revolución, establecer regímenes de fuerza, abolir la autoridad del parlamento. Pero no consigue

normalizar el cambio, equilibrar los presupuestos, disminuir los tributos ni aumentar las exportaciones. Antes bien produce, fatalmente, un agravamiento de los problemas económicos que estimulan y excitan la revolución.

*Variedades.* Año XX, Nº 828. Lima, 12 enero de 1924.

*Figuras y aspectos de la vida mundial.* Tomo I. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 58-62.

#### 46/. LOS INTELECTUALES Y LA REVOLUCION

Hace mucho tiempo que la sociedad burguesa está condenada por las obras más ilustres y puras de la inteligencia y del espíritu. Los pensadores y los artistas más esclarecidos de esta civilización capitalista han pronunciado contra ella agrias y tudentes requisitorias. Pero hoy que esta civilización capitalista cruje, minada por el pensamiento revolucionario, muchos pensadores y muchos artistas ocupan una posición conservadora y reaccionaria. Leopoldo Lugones reniega sus bizarros días de socialista y, mancomunándose con la más grotesca fauna de la política argentina, se incorpora en el cortejo de Mussolini y el fascismo. Mauricio Maeterlink, poseído también de un miedo senil a la revolución social, hace una profesión de fe filofascista. Otros intelectuales, otros artistas, cerrando los ojos y el entendimiento al dilema fatal, se aferran a una fórmula transaccional y centrista: ni reacción ni revolución. Entre ellos recluta sus adherentes y sus fautores la ideología cuáquera de la Sociedad de las Naciones y de Mr. Woodrow Wilson. Al lado de la revolución están las más altas y célebres inteligencias contemporáneas: Bernard Shaw, Anatole France, Romain Rolland, Knut Hamsun, Máximo Gorki, Bertrand Russell, Henri Barbusse, Miguel de Unamuno, etc. Pero la mayoría de los intelectuales y artistas oficialmente gloriosos no se atreven a enrolarse en los rangos multitudinarios de la revolución. A veces, el intelectual, el artista, llegan al dintel ideológico de la revolución. Y ahí vacila, titubea y finalmente, retrocede. La civilización burguesa resulta así defen-

dida por una generación de intelectuales y de artistas que se ha divertido otras veces en vituperarla y satirizarla.

Henri Barbusse dice: "Los intelectuales, los escritores, han cometido bastantes faltas, han aceptado bastantes capitulaciones. Hay bastantes faltas sobre su obra multiforme. Hay bastantes pactos y lazos ventajosos entre la producción literaria y los hombres y el dinero. Hay bastantes institutos y sociedades domesticados por el poder y la reacción, bastantes cofradías que pesan sobre el pensamiento en el nombre del sangriento chiste del orden consagrado".

Estas líneas de Barbusse (*Le couteau entre les dents*, 1921) indican una de las raíces del conservadurismo político de muchos representantes del arte, de la literatura y de las ciencias actuales. Sucede, realmente, que la burguesía es aún demasiado fuerte y rica para contar con una numerosa clientela intelectual. Pero ocurre, además, que la psicología y la mentalidad del intelectual y del artista se encuentran habituadas a una posición conservadora y saturadas de prejuicios y sentimientos burgueses. Han sido plasmadas, modeladas, por las sugerencias de un ambiente ideológica y físicamente conservador. Carecen, por ende, de la agilidad y de la sensibilidad precisa para una actitud mental y espiritual radicalmente nuevas. Oswald Spengler escribe en el prólogo de su famoso libro *La decadencia de Occidente* que para comprender su filosofía de la historia "hace falta una nueva generación que nazca con las disposiciones necesarias". La misma frase es aplicable a la revolución. Para comprenderla, para sentirla, para amarla integralmente, hace falta también una generación que nazca con las disposiciones necesarias.

La inteligencia de los jóvenes está, por eso, más cerca de la revolución que la inteligencia de los viejos. La juventud tiene mayor aptitud que la vejez para afiliarse a la revolución. Es espiritual y mentalmente más ágil, más sensible, más permeable. A la vejez se arriba casi siempre espiritual y físicamente arterioescleroso.

Este fenómeno tiene una de sus más nítidas expresiones en la élite del socialismo y el proletariado. Casi todos los viejos hierofantes, casi todos los viejos profetas de la revolución Social se muestran hoy mentalmente incapaces de organizarla y

desencadenarla. Tienen miedo de lanzar al proletariado al asalto decisivo y final. Kautsky, Martov, Berstein, Turati, Ferri, Iglesias, Adler, son los *leaders* y conductores de la Segunda Internacional, o sea del socialismo reformista, evolucionista, minimalista y homeopático. Los rangos de la Tercera Internacional, de la internacional comunista están, en cambio, poblados de jóvenes.

Sincrónica, contemporáneamente, están en gestación el orden nuevo y la generación dotada de la capacidad y del espíritu necesarios para organizarlo, dirigirlo y defenderlo. La nueva generación nace exenta de las supersticiones, de los prejuicios y de los opacamientos que mantienen a las viejas generaciones —con excepción de sus espíritus más superiores y clarividentes—, ligadas y uncidas al orden decadente, anquilosado, decrepito.

La hora es, pues, de la juventud. A la juventud le toca edificar la sociedad nueva. En el Perú aparecen los primeros trascendentes brotes de la generación renovada. Esta generación se mostrará cada vez más limpia e inmune de prejuicios estúpidos y de gustos serviles. No sentirá ninguna nostalgia del pasado. No tendrá ningún apego enfermizo a la tradición. No suspirará por el virreinato, por sus balcones, sus celosías, ni sus escalas de seda. Y hundirá la mirada audaz y compasiva en la entrada cálida y sangrienta del presente.

*Bohemia azul*. Año II, Nº 8. Lima, 24 enero de 1924.

*Fascismo sudamericano, los intelectuales y la revolución y otros artículos inéditos* (1923-1924). Lima, Centro de Trabajo Intelectual Mariátegui, 1975. pp. 31-35.

*La Universidad Popular, los intelectuales y la revolución*. Lima, Editorial Amauta, 1988. pp. 9-11.

*Márgenes*. Año II, Nº 4. Lima, diciembre de 1988. pp. 183-185. Próximamente incluido en *Historia de la crisis mundial*.

## 47/. EL 1º DE MAYO Y EL FRENTE UNICO

El 1º de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un inmenso frente único internacional a todos los trabajadores organizados.



En esta fecha resuenan, unánimemente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: "Proletarios de todos los países uníos". En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria.

El 1º de Mayo no pertenece a una internacional: es la fecha de todas las internacionales. Socialistas, comunistas y libertarios de todos los matices se confunden y se mezclan hoy en un solo ejército que marcha hacia la lucha final.

Esta fecha, en suma, es una afirmación y una constatación de que el frente único proletario es posible y es practicable y de que a su realización no se opone ningún interés, ninguna exigencia del presente.

A muchas meditaciones invita esta fecha internacional. Pero para los trabajadores peruanos la más actual, la más oportuna, es la que concierne a la necesidad y a la posibilidad del frente único. Últimamente se han producido algunos intentos seccionistas. Y urge entenderse, urge concretarse para impedir que estos intentos prosperen, evitando que socaven y que minen la naciente vanguardia proletaria del Perú.

Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de un fautor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único. Recuerdo haberlo declarado en una de las conferencias iniciales de mi curso de historia de la crisis mundial. Respondiendo a los primeros gestos de resistencia y de aprensión de algunos antiguos y hieráticos libertarios, más preocupados de la rigidez del dogma que de la eficacia y la fecundidad de la acción, dije entonces desde la tribuna de la Universidad Popular: "Somos todavía pocos para dividirnos. No hagamos cuestión de etiquetas ni de títulos".

Posteriormente he repetido estas o análogas palabras. Y no me cansaré de reiterarlas. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarlo y escindirle. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por

ejemplo, suscitar en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas. Todos tenemos el deber de alejar al proletariado de las asambleas amarillas y de las falsas "instituciones representativas". Todos tenemos el deber de luchar contra los ataques y las represiones reaccionarias. Todos tenemos el deber de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria. Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena. En el cumplimiento de estos deberes históricos, de estos deberes elementales, se encontrarán y juntarán nuestros caminos, cualquiera que sea nuestra meta última.

El frente único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El programa del frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía. Preconizar el frente único no es, pues, preconizar el confu-sionismo ideológico. Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo. Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria, y la misma pasión renovadora. Formar un frente único es tener una actitud solidaria ante un problema concreto, ante una necesidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia. La variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esa inmensa legión humana que se llama el proletariado. La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es, por el contrario, la señal de un período avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. Que no se esterilicen bizantinamente en exconfesiones y excomuniones

recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.

Tratemos de sentir cordialmente el lazo histórico que nos une a todos los hombres de la vanguardia, a todos los fautores de la renovación. Los ejemplos que a diario nos vienen de fuera son innumerables y magníficos. El más reciente y emocionante de estos ejemplos es el de Germaine Berthon. Germaine Berthon, anarquista, disparó certeramente su revólver contra un organizador y conductor del terror blanco por vengar el asesinato del socialista Jean Jaurés. Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan, así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenecen a los espíritus mezquinos, sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incompreensión y del egotismo sectarios.

El frente único proletario, por fortuna, es entre nosotros una decisión y un anhelo evidente del proletariado. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen.

*El obrero textil.* Año V, Nº 59. Lima, 1 mayo de 1924.  
*Ideología y política.* Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 107-110.

48/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A  
CLARIDAD

(Lima, setiembre de 1924)

Queridos compañeros:

No quiero estar ausente de este número de *Claridad*. Si nuestra revista reapareciese sin mi firma, yo sentiría más, mucho más mi quebranto físico. Mi mayor anhelo actual es que esta enfermedad que ha interrumpido mi vida no sea bastante fuerte para desviarla ni debilitarla. Que no deje en mí ninguna huella moral. Que no deposite en mi pensamiento ni en mi corazón ningún germen de amargura ni de desesperanza. Es indispensable para mí que mi palabra conserve el mismo acento optimista de antes. Quiero defenderme de toda influencia triste, de toda sugestión melancólica. Y siento más que nunca necesidad de nuestra fe común.

Estas líneas escritas en la estancia donde paso mis largos días de convaleciente aspiran, pues, a ser al mismo tiempo que un saludo cordial a mis compañeros de *Claridad* una reafirmación de mi fervor y de sus esperanzas.

Os felicito por el noble ardimiento con que os dais a la empresa de reorganizar *Claridad*.

Nuestra causa es la gran causa humana. A despecho de los espíritus escépticos y negativos, aliados inconscientes e impotentes de los intereses y de los privilegios burgueses, un nuevo orden social está en formación. La perspectiva mundial es hoy más confortante que ayer. La reacción retrocede vencida en los mayores países del mundo, a cuya erradicación están sujetos los pueblos menores. Francia, cada día más purgada de la intoxicación de la victoria, rectifica literalmente su orientación política. En Alemania declina la corriente nacionalista y reaccionaria y sus marciales caudillos han perdido definitivamente en un complot de cervecería, la esperanza de conquistar y acaparar el poder. El fascismo italiano, malgrado todas las jactancias de su *condottiere*, se encuentra en un período de descomposición. El tartarinesco directorio —cuya historia dará tal vez asunto a alguna opereta del futuro— ofrece un grotesco espectáculo de incapacidad y de impotencia. El método reaccionario ha fracasado en todas partes. El régimen capitalista se ha visto constreñido a aceptar la convivencia pacífica con el régimen comunista. Los soviets han sido reconocidos como una forma de gobierno legítima. Se constata que el mundo marcha hacia el socialismo. Signos inequívocos

anuncian que el porvenir pertenece a la revolución.

Nuestra burguesía no comprende ni advierte nada de esto. Tanto peor para ella. Según todas las probabilidades, el destino de la generación que la representa actualmente es ahogarse en su estupidez y en su obscenidad. Dejemos que ese destino se cumpla. Obedezcamos la voz de nuestro tiempo. Y preparémonos a ocupar nuestro puesto en la historia.

*Claridad.* Año II, Nº 6. Lima, setiembre de 1924.

*Correspondencia.* Tomo I. Lima, Empresa Editora Amauta, 1984. pp. 55-56.

## 49/. LA URBE Y EL CAMPO

Todos los episodios de la crisis contemporánea denuncian la propagación, dentro de la sociedad occidental, de un humor contrario a la convivencia y a la colaboración. A través de esos episodios constatamos que el organismo de la civilización se fractura y se desintegra. Los diversos intereses y pasiones que dan vida a una forma social cesan de tolerarse recíprocamente. Se mueven, con propio impulso, hacia una propia meta.

La lucha de clases llena el primer plano de la crisis mundial; pero ésta contiene, además, otros contrastes y otros conflictos. Crece, por ejemplo, la desavenencia entre la urbe y la provincia, entre la ciudad y el campo. Existen numerosas señales de una agria discrepancia entre el espíritu urbano y el espíritu campesino. Los hombres del campo tienden actualmente a aislarse, a diferenciarse. Se juntan en partidos y facciones que oponen a la política industrial una política agraria. En algunos países —Hungria, Rumanía— brotan gobiernos de raíces y conciencia casi exclusivamente rurales. El fascismo italiano se complace de reconocerse y sentirse provinciano. Mussolini ha saludado a los delegados del último Consejo Nacional Fascista como a hombres de la provincia, "de la buena, la sólida, la cuadrada provincia". Los ha invitado a llevar a las ciudades "demasiado populosas y con frecuencia

faltas de médula", su rudeza, su rusticidad, su efluvio y su energía agrarias. "Hay que hacer del fascismo —ha dicho— un fenómeno prevalentemente rural. En el fondo de las ciudades se anidan los residuos de los viejos partidos, de las viejas sectas, de los viejos institutos". Los capitanes de la reacción tratan así de utilizar en su favor la ojeriza de la provincia contra la urbe.

La marea campesina parece, en verdad, movida por una voluntad reaccionaria hacia fines reaccionarios. El campo ama demasiado la tradición. Es conservador y supersticioso. Conquistar fácilmente su ánimo la antipatía y la resistencia al espíritu herético e iconoclasta del progreso. El nacionalismo alemán, como el fascismo italiano, se abastece de hombres en la provincia, en las campiñas. La revolución comunista, en tanto, no ha penetrado hondamente todavía en los estratos agrarios de Rusia. Los campesinos la sostienen porque le deben la posesión de las tierras; pero la doctrina comunista es ininteligible aún para su mentalidad e inconciliable con su codicia. Los soviets tienen que dosificar su radicalismo a la atrasada conciencia campesina. Gorki mira en el campesino el enemigo de la revolución rusa y de sus creaciones. Caillaux, por su parte, se alarma de la tendencia de los campesinos de la Europa Central a boicotear la industria urbana y a reconstruir una economía medioeval. Hombre de la metrópoli, sin nostalgias poéticas, teme el renacimiento de los tiempos del huso y de la rueca.

Cierto que éste no es todo el panorama político agrario. En otros países, en Bulgaria verbigracia, agrarios y comunistas se confunden en una misma multitud revolucionaria. Radich, el líder de los campesinos yugoeslavos, acaba de visitar Rusia, atraído por sus hombres y sus métodos. Progresar la organización novísima de una Internacional Campesina o Internacional Verde.

Pero el espíritu revolucionario reside siempre en la ciudad. Y este hecho tiene claros motivos históricos. Es en la ciudad donde el capitalismo ha llegado a su plenitud y donde se libra la batalla actual entre el orden individualista y la idea socialista. Berlín, en las últimas elecciones, ha dado

medio millón de votos a los comunistas; París trescientos mil. Milán sigue siendo la plaza fuerte del proletariado de Italia. La teoría y la práctica del socialismo son un producto urbano. La aspiración de la sociedad colectiva nace espontáneamente en la fábrica, en la usina; no en la alquería. El campesino y el artesano ambicionan la adquisición de una pequeña propiedad individual. Mientras la ciudad educa al hombre para el colectivismo, el campo excita su individualismo. En el campo se vive demasiado dispersa e individualmente; no es fácil, por tanto, sentir una grande, intensa y generosa emoción social. La ciudad, en cambio, ha alojado perennemente un fuerte afán de creación. A su calor se han incubado las actuales corrientes políticas. El propio fascismo nació en Milán, en una urbe industrial y opulenta. Sus raíces encontraron luego un suelo más propicio en la provincia; pero su germen fue genuinamente ciudadano.

Hablar de ciudad revolucionaria y provincia reaccionaria sería, sin embargo, aceptar una clasificación demasiado simplista para ser exacta. En la urbe y en el campo, la sociedad se divide en dos clases. La beligerancia entre ambas clases suele ser menor en la provincia; pero su oposición recíproca es idéntica que en la urbe. Si no existe mucha solidaridad entre las reivindicaciones de los trabajadores agrarios y los obreros urbanos, es a causa, en parte, de que el socialismo ha descuidado la conquista del campo. Finalmente, en algunos países, el capitalismo no ha puesto una resistencia intransigente a las reivindicaciones de los campesinos. Les ha abandonado la propiedad de las tierras. Al capitalismo le basta la posesión de la ciudad, de los bancos, de las fábricas y de los mercados para dominar toda la economía de un país. Bien puede, pues, dejarles a los campesinos la ilusión de ser dueños del campo.

Lo que distingue y separa a la ciudad del campo no es, por ende, la revolución ni la reacción. Es, sobre todo, una diferencia de mentalidad y de espíritu que emana de una diferencia de función. En el panorama de una sociedad, la ciudad es la cima y el campo es la llanura. La ciudad es la sede de la civilización. A medida que la civilización se perfecciona, se acentúan las distancias espirituales y psicológicas

entre el hombre de la urbe y el hombre del agro. El hombre de la urbe vive aprisa. (La velocidad es una invención urbana, una cosa moderna.) El campesino vive monótona y lentamente. Su trabajo y su producción están gobernados por las estaciones. Arada por el buey o la máquina, la tierra da en el mismo tiempo y en la misma estación sus espigas. La urbe y la campiña producen dos distintas psicologías, dos ánimas diversas.

Según Spengler —a quien no se puede hoy olvidar en ningún intento de interpretación de la historia—, la última etapa de una cultura es urbana y cosmopolita. "La urbe mundial —dice Spengler— significa el cosmopolitismo ocupando el puesto del "terruño", el sentido frío de los hechos sustituyendo a la veneración de lo tradicional; significa la irreligión científica como petrificación de la anterior religión del alma, la "sociedad" en lugar del Estado, los derechos naturales en lugar de los adquiridos".

La ciudad ha sido injustamente tratada y escasamente comprendida por los literatos románticos o neo-románticos. Todos los que hemos respirado intensa y ávidamente la atmósfera de la urbe hemos leído acaso *La ciudad y las sierras* de Eca de Queiroz; pero es difícil que alguien se solidarice, en este tiempo, con su ingenua tendencia. Eca de Queiroz, en esa novela, no sintió ni entendió la ciudad. Su personaje, su Jacinto, es un hidalgo de provincia incapaz de asimilarse al verdadero espíritu urbano. Su vida y la de las demás *dramatis personae* no es sino una vida ociosa, aburrida, elegante, superflua. Y ésa no es la vida de la urbe. De la urbe el pobre Jacinto no vio sino la *non chalance*, el placer, el fastidio, el confort y el esplín. Era natural, por consiguiente, que encontrase, luego, mucho más poéticos y mejores el queso fresco y el cándido pan de la aldea. Ni a Hugo Stinnes, ni a Pierpont Morgan les habría acontecido lo mismo.

¿Hasta qué punto se puede predecir el porvenir de la ciudad? Hay algunos presagios de su decadencia. Anatole France prevé un desplazamiento de los hombres hacia el campo. La urbe gigantesca es, a su juicio, una consecuencia del orden capitalista. El advenimiento del colectivismo, que distribuirá las funciones y las cosas con más equidad sobre la superficie

de la tierra, detendrá el crecimiento mastodóntico de las ciudades. Otros agüeros son más pesimistas. Anuncian implícitamente que la ciudad será reabsorbida por el campo innumerable y anónimo.

Pero estos presagios son sin duda exagerados. La ciudad que adapta a los hombres a la convivencia y a la solidaridad, no puede morir. Seguirá alimentándose de la rica savia rural. El campo, a su vez, seguirá encontrando en ella su foro, su meta y su mercado.

Y lo ideal para los hombres será, por mucho tiempo, un tipo de vida un poco urbano y otro poco campesino.

*Mundial*. Año V, Nº 229. Lima, 3 octubre de 1924.  
*El alma matinal*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 54-58.

## 50/. LA REVOLUCION CHINA

Ensayemos una interpretación sumaria de la actualidad china. Del destino de una nación que ocupa un puesto tan principal en el tiempo y en el espacio no es posible desinteresarse. La China pesa demasiado en la historia humana para que no nos atraigan sus hechos y sus hombres.

El tema es extenso y laberíntico. Los acontecimientos se agolpan, en esa vasta escena, tumultuosa y confusamente. Los elementos de estudio y de juicio de que aquí disponemos son escasos, parciales y, a veces, ininteligibles. Este displicente país, tan poco estudioso y atento, no conoce casi de la China sino el *coolie*, algunas hierbas, algunas manufacturas y algunas supersticiones. (Nuestro único caso de chinofilia es, tal vez, don Alberto Carranza.) Sin embargo, espiritual y físicamente, la China está mucho más cerca de nosotros que Europa. La psicología de nuestro pueblo es de tinte más asiático que occidental.

En la China se cumple otra de las grandes revoluciones contemporáneas. Desde hace trece años sacude a ese viejo y escéptico imperio una poderosa voluntad de renovación. La revolución no tiene en la China la misma meta ni el mismo

programa que en el Occidente. Es una revolución burguesa y liberal. A través de ella, la China se mueve, con ágil paso, hacia la democracia. Trece años son muy poca cosa. Más de un siglo han necesitado en Europa las instituciones capitalistas y democráticas para llegar a su plenitud.

Hasta sus primeros contactos con la civilización occidental, la China conservó sus antiguas formas políticas y sociales. La civilización china, una de las mayores civilizaciones de la historia, había arribado ya al punto final de su trayectoria. Era una civilización agotada, momificada, paralítica. El espíritu chino, más práctico que religioso, destilaba escepticismo. El contacto con el Occidente fue, más bien que un contacto, un choque. Los europeos entraron en la China con un ánimo brutal y rapaz de depredación y de conquista. Para los chinos era ésta una invasión de bárbaros. Las expoliaciones suscitaron en el alma china una reacción agria y feroz contra la civilización occidental y sus ávidos agentes. Provocaron un sentimiento xenófobo en el cual se incubó el movimiento *boxer* que atrajo sobre la China una expedición marcial punitiva de los europeos. Esta beligerancia mantenía y estimulaba la incompreensión recíproca. La China era visitada por muy pocos occidentales de la categoría de Bertrand Russell y muchos de la categoría del general Waldersee.

Pero la invasión occidental no llevó sólo a la China sus ametralladoras y sus mercaderes sino también sus máquinas, su técnica y otros instrumentos de su civilización. Penetró en la China el industrialismo. A su influjo, la economía y la mentalidad china empezaron a modificarse. Un telar, una locomotora, un banco, contienen implícitamente todos los gérmenes de la democracia y de sus consecuencias. Al mismo tiempo, miles de chinos salían de su país, antes clausurado y huraño, a estudiar en las universidades europeas y americanas. Adquirían ahí ideas, inquietudes y emociones que se apoderaban perdurablemente de su inteligencia y su psicología.

La revolución aparece, así, como un trabajo de adaptación de la política china a una economía y una conciencia nuevas. Las viejas instituciones no correspondían, desde hacía

tiempo, a los nuevos métodos de producción y a las nuevas formas de convivencia. La China está ya bastante poblada de fábricas, de bancos, de máquinas, de cosas y de ideas que no se avienen con un régimen patriarcalmente primitivo. La industria y la finanza necesitan para desarrollarse una atmósfera liberal y hasta demagógica. Sus intereses no pueden depender del despotismo asiático ni de la ética budista, taoísta o confucionista de un mandarín. La economía y la política de un pueblo tienen que funcionar solidariamente.

Actualmente, luchan en la China las corrientes democráticas contra los sedimentos absolutistas. Combaten los intereses de la grande y pequeña burguesía contra los intereses de la clase feudal. Actores de este duelo son caudillos militares, *tuchuns*, como Chang So Lin o como el mismo Wu Pei Fu; pero se trata, en verdad, de simples instrumentos de fuerzas históricas superiores. El escritor chino F. H. Djen remarca a este respecto: "Se puede decir que la manifestación del espíritu popular no ha tenido hasta el presente sino un valor relativo, pues sus tenientes, sus campeones han sido constantemente jefes militares en los cuales se puede sospechar siempre ambición y sueños de gloria personal. Pero no se debe olvidar que no está lejano el tiempo en que acontecía lo mismo en los grandes Estados occidentales. La personalidad de los actores políticos, las intrigas tejidas por tal o cual potencia extranjera no deben impedir ver la fuerza política decisiva que es la voluntad popular".

Usemos, para ilustrar estos conceptos, un poco de cronología.

La revolución china principió formalmente en octubre de 1911, en la provincia de Hu Pei. La dinastía manchú se encontraba socavada por los ideales liberales de la nueva generación y descalificada —por su conducta ante la represión europea de la revuelta *boxer*— para seguir representando el sentimiento nacional. No podía, por consiguiente, oponer una resistencia seria a la ola insurreccional. En 1912 fue proclamada la república. Pero la tendencia republicana no era vigorosa sino en la población del sur, donde las condiciones de la propiedad y de la industria favorecían la difusión de las ideas

liberales sembradas por el doctor Sun Yat Sen y el partido *Kuo-Ming-Tang*. En el norte prevalecían las fuerzas del feudalismo y el mandarinismo. Brotó de esta situación el gobierno de Yuan Shi Kay, republicano en su forma, monárquico y *tuchun* en su esencia. Yuan Shi Kay y sus secuaces procedían de la vieja clientela dinástica. Su política tendía hacia fines reaccionarios. Vino un período de tensión extrema entre ambos bandos. Yuan Shi Kay, finalmente, se proclamó emperador. Mas su imperio resultó muy fugaz. El pueblo insurgió contra su ambición y lo obligó a abdicar.

La historia de la república china fue, después de este episodio, una sucesión de tentativas reaccionarias, prontamente combatidas por la revolución. Los conatos de restauración eran invariablemente frustrados por la persistencia del espíritu revolucionario. Pasaron por el gobierno de Pekín diversos *tuchuns*: Chang Huin, Tuan Ki Chui, etc.

Creció, durante este período, la oposición entre el norte y el sur. Se llegó, en fin, a una completa secesión. El sur se separó del resto del imperio en 1920; y en Cantón, su principal metrópoli, antiguo foco de ideas revolucionarias, constituyóse un gobierno republicano presidido por Sun Yat Sen. Cantón, antítesis de Pekín, y donde la vida económica había adquirido un estilo análogo al de Occidente, alojaba las más avanzadas ideas y los más avanzados hombres. Algunos de sus sindicatos obreros permanecían bajo la influencia del partido *Kuo-Ming-Tang*; pero otros adoptaban la ideología socialista.

En el norte subsistió la guerra de facciones. El liberalismo continuó en armas contra todo intento de restauración del pasado. El general Wu Pei Fu, caudillo culto, se convirtió en el intérprete y el depositario del vigilante sentimiento republicano y nacionalista del pueblo. Chang So Lin, gobernador militar de la Manchuria, cacique y *tuchun* del viejo estilo, se lanzó a la conquista de Pekín, en cuyo gobierno quería colocar a Liang Shi Y. Pero Wu Pei Fu lo detuvo y le infligió, en los alrededores de Pekín, en mayo de 1922, una tremenda derrota. Este suceso, seguido de la proclamación de la independencia de la Manchuria, le aseguró el dominio de la mayor

parte de la China. Propugnador de la unidad de la China, Wu Pei Fu trabajó entonces por realizar esta idea, anudando relaciones con uno de los *leaders* del sur, Chen Chiung Ming. Mientras tanto Sun Yat Sen, acusado de ambiciosos planes, y cuyo liberalismo, en todo caso, parece bastante disminuido, coqueteaba con Chang So Lin.

Hoy luchan, nuevamente, Chang So Lin y Wu Pei Fu. El Japón, que aspira a la hegemonía de un gobierno dócil a sus sugerencias, favorece a Chang. En la penumbra de los acontecimientos chinos los japoneses juegan un papel primario. El Japón se ha apoyado siempre en el partido Anfú y los intereses feudales. La corriente popular y revolucionaria le ha sido adversa. Por consiguiente, la victoria de Chang So Lin no sería sino un nuevo episodio reaccionario que otro episodio no tardaría en cancelar. El impulso revolucionario no puede declinar sino con la realización de sus fines. Los jefes militares se mueven en la superficie del proceso de la revolución. Son el síntoma externo de una situación que pugna por producir una forma propia. Empujándolos o contrariándolos, actúan las fuerzas de la historia. Miles de intelectuales y de estudiantes propagan en la China un ideario nuevo. Los estudiantes, agitadores por excelencia, son la levadura de la China naciente.

El proceso de la revolución china, finalmente, está vinculado a la dirección fluctuante de la política occidental. La China necesita para organizarse y desarrollarse un *minimum* de libertad internacional. Necesita ser dueña de sus puertos, de sus aduanas, de sus riquezas, de su administración. Hasta hoy depende demasiado de las potencias extranjeras. El Occidente la sojuzga y la oprime. El pacto de Washington, por ejemplo, no ha sido sino un esfuerzo por establecer las fronteras de la influencia y del dominio de cada potencia en la China.

Bertrand Russell, en su *Problem of Chine*, dice que la situación china tiene dos soluciones: la transformación de la China en una potencia militar eficiente para imponerse al respeto del extranjero o la inauguración en el mundo de una era socialista. La primera solución, no sólo es detestable, sino

absurda. El poder militar no se improvisa en estos tiempos. Es una consecuencia del poder económico. La segunda solución, en cambio, parece hoy mucho menos lejana que en los días del acre reaccionarismo en que Bertrand Russell escribió su libro. La *chance* del socialismo ha mejorado de entonces a hoy. Basta recordar que los amigos y correligionarios de Bertrand Russell están en el gobierno de Inglaterra. Aunque, realmente, no la gobiernen todavía.

*Variedades.* Año XX, Nº 866. Lima, 4 octubre de 1924.

*Figuras y aspectos de la vida mundial.* Tomo I. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 100-105.

## 51/. GANDHI

Gandhi, el Mahatma (la "grande alma"), ha ayunado veintiún días por los pecados de su pueblo. Conviven en la India el hinduismo y el islamismo, dos iglesias beligerantes y enemigas, que Gandhi se esfuerza por pacificar; pero que, malgrado su prédica y su ejemplo, continúan chocando rudamente. Una reciente riña entre hinduistas y mahometanos ha desolado al Mahatma y lo ha movido a la penitencia. Este episodio es la mejor coyuntura para conocer y comprender a Gandhi. Nos presenta al asceta, al santo, al apóstol, al Mahatma. La figura de Gandhi encuentra ahí su más legítimo, su más personal contorno.

Este hombre dulce y piadoso es uno de los mayores personajes de la historia contemporánea. Su pensamiento no influye sólo sobre trescientos veinte millones de hindúes. Conmueve toda el Asia y repercute en Europa. Romain Rolland, que descontento del Occidente se vuelve hacia el Oriente, le ha consagrado un libro. La prensa europea explora con curiosidad la biografía y el escenario del apóstol.

El principal capítulo de la vida de Gandhi empieza en 1919. La post-guerra colocó a Gandhi a la cabeza del movimiento de emancipación de su pueblo. Hasta entonces Gandhi



servió fielmente a la Gran Bretaña. Durante la guerra colaboró con los ingleses. La India dio a la causa aliada una importante contribución. Inglaterra se había comprometido a concederle los derechos de los demás *dominions*. Terminada la contienda, Inglaterra olvidó su palabra y el principio wilsoniano de la libre determinación de los pueblos. Reformó superficialmente la administración de la India, en la cual acordó al pueblo hindú una participación secundaria e inocua. Respondió a las quejas hindúes con una represión marcial y cruenta. Ante este tratamiento pérfido, Gandhi rectificó su actitud y abandonó sus ilusiones. La India insurgía contra la Gran Bretaña y reclamaba su autonomía. La muerte de Tilak había puesto la dirección del movimiento nacionalista en las manos de Gandhi, que ejercía sobre su pueblo un gran ascendiente religioso. Gandhi aceptó la obligación de acaudillar a sus compatriotas y los condujo a la no-cooperación. La insurrección armada le repugnaba. Los medios debían ser, a su juicio, buenos y morales como los fines. Había que oponer a las armas británicas la resistencia del espíritu y del amor. La evangélica palabra de Gandhi inflamó de misticismo y de fervor el alma indostana. El Mahatma acentuó, gradualmente, su método. Los hindúes fueron invitados a desertar las escuelas y las universidades, la administración y los tribunales, a tejer con sus manos su traje khaddar, a rechazar las manufacturas británicas. La India gandhiana tornó, poéticamente, a la "música de la rueda". Los tejidos ingleses fueron quemados en Bombay como cosa maldita y satánica. La táctica de la no-cooperación se encaminaba a sus últimas consecuencias: la desobediencia civil, el rehusamiento del pago de impuestos. La India parecía próxima a la rebelión definitiva. Se produjeron algunas violencias. Gandhi, indignado por esta falta, suspendió la orden de la desobediencia civil y, como ahora, se entregó a la penitencia. Su pueblo no estaba aún educado para el uso de la *satyagraha*, la fuerza-amor, la fuerza-alma. Los hindúes obedecieron a su jefe. Pero esta retirada, ordenada en el instante de mayor tensión y mayor ardimiento, debilitó la ola revolucionaria. El movimiento se consumía y se gastaba sin combatir. Hubo algunas defecciones y algunas disensiones. La prisión y el procesa-

miento de Gandhi vinieron a tiempo. El Mahatma dejó la dirección del movimiento antes de que éste declinase.

El congreso nacional indio de diciembre de 1922 marcó un descenso del gandhismo. Prevalció en esa asamblea la tendencia revolucionaria de la no-cooperación; pero se le enfrentó una tendencia derechista o revisionista que, contrariamente a la táctica gandhista, propugnaba la participación en los consejos de reforma creados por Inglaterra para domesticar a la burguesía hindú. Al mismo tiempo apareció en la asamblea, emancipada del gandhismo, una nueva corriente revolucionaria de inspiración socialista. El programa de esta corriente, dirigida desde Europa por los núcleos de estudiantes y emigrados hindúes, proponía la separación completa de la India del Imperio Británico, la abolición de la propiedad feudal de la tierra, la supresión de los impuestos indirectos, la nacionalización de las minas, ferrocarriles, telégrafos y demás servicios públicos, la intervención del Estado en la gestión de la gran industria, una moderna legislación del trabajo, etc., etc. Posteriormente, la escisión continuó ahondándose. Las dos grandes facciones mostraban un contenido y una fisonomía clasista. La tendencia revolucionaria era seguida por el proletariado que, duramente explotado, sin el amparo de leyes protectoras, sufría más la dominación inglesa. Los pobres, los humildes eran fieles a Gandhi y a la revolución. El proletariado industrial se organizaba en sindicatos en Bombay y otras ciudades indostanas. La tendencia de derecha, en cambio, alojaba a las castas ricas, a los *parsis*, comerciantes, latifundistas.

El método de la no-cooperación, saboteado por la aristocracia y la burguesía hindúes, contrariado por la realidad económica, decayó así, poco a poco. El boycott de los tejidos ingleses y el retorno a la lírica rueda no pudieron prosperar. La industria manual era incapaz de concurrir con la industria mecánica. El pueblo hindú, además, tenía interés en no resentir al proletariado inglés aumentando las causas de su desocupación con la pérdida de un gran mercado. No podía olvidar que la causa de la India necesita del apoyo del partido obrero de Inglaterra. De otro lado, los funcionarios dimisionarios volvieron, en gran parte, a sus puestos. Se relajaron, en suma,



todas las formas de la no-cooperación.

Cuando hace algunos meses el gobierno laborista de Mac Donald lo amnistió y libertó, Gandhi encontró fraccionado y disminuido el movimiento nacionalista hindú. Poco tiempo antes, la mayoría del congreso nacional, reunido extraordinariamente en Delhi en setiembre de 1923, se había declarado favorable al partido Swaraj, dirigido por C. R. Das, cuyo programa se conforma por reclamar para la India los derechos de los *dominions* británicos y se preocupa por obtener para el capitalismo hindú sólidas y seguras garantías.

Actualmente Gandhi no dirige ni controla ya las orientaciones políticas de la mayor parte del nacionalismo hindú. Ni la derecha, que desea la colaboración con los ingleses, ni la extrema izquierda, que aconseja la insurrección, lo obedecen. El número de sus fautores ha descendido. Pero, si su autoridad de *leader* político ha decaído, su prestigio de asceta y de santo no ha cesado de extenderse. Cuenta un periodista, que lo ha visitado últimamente, cómo al retiro del Mahatma afluyen peregrinos de diversas razas y comarcas asiáticas. Gandhi recibe, sin ceremonia y sin protocolo, a todo el que llama a su puerta. Alrededor de su morada viven centenares de hindúes felices de sentirse cerca de él.

Esta es la gravitación natural de la vida del Mahatma. Su obra es más religiosa y moral que política. En su diálogo con Rabindranath Tagore, el Mahatma ha declarado su intención de introducir la religión en la política. La teoría de la no-cooperación está saturada de preocupaciones éticas. Gandhi no es, verdaderamente, el caudillo de la libertad de la India, sino el apóstol de un movimiento religioso. La autonomía de la India no le interesa, no le apasiona sino secundariamente. No siente ninguna prisa por llegar a ella. Quiere, ante todo, purificar y elevar el alma hindú. Aunque su mentalidad está nutrida, en parte, de cultura europea, el Mahatma repudia la civilización de Occidente. Le repugnan su materialismo, su impureza, su sensualidad. Como Ruskin y como Tolstoi, a quienes ha leído y a quienes ama, detesta la máquina. La máquina es para él el símbolo de la "satánica" civilización occidental. No quiere, por ende, que el maquinismo

y su influencia se aclimaten en la India. Comprende que la máquina es el agente y el motor de las ideas occidentales. Cree que la psicología indostana no es adecuada a una educación europea; pero osa esperar que la India, recogida en sí misma, elabore una moral buena para el uso de todos los demás pueblos. Hindú hasta la médula, piensa que la India puede dictar al mundo su propia disciplina. Sus fines y su actividad, cuando persiguen la fraternización de hindúes y mahometanos o la redención de los "intocables", de los parias, tienen una vasta trascendencia política y social. Pero su inspiración es esencialmente religiosa.

Gandhi se clasifica como un "idealista práctico". Henri Barbusse lo reconoce, además, como un verdadero revolucionario. Dice, enseguida, que "este término designa en nuestro espíritu a quien, habiendo concebido, en oposición al orden político y social establecido, un orden diferente, se consagra a la realización de este plan ideal por medios prácticos" y agrega que "el utopista no es un verdadero revolucionario por subversivas que sean sus sinrazones". La definición es excelente. Pero Barbusse cree, además, que "si Lenin se hubiese encontrado en el lugar de Gandhi hubiera hablado y obrado como él". Y esta hipótesis es arbitraria. Lenin era un realizador y un realista. Era, indiscutiblemente, un idealista práctico. No está probado que la vía de la no-cooperación y la no violencia sea la única vía de emancipación indostana. Tilak, el anterior *leader* del nacionalismo hindú, no habría desdenado el método insurreccional. Romain Rolland opina que Tilak, cuyo genio enaltece, habría podido entenderse con los revolucionarios rusos. Tilak, sin embargo, no era menos asiático ni menos hindú que Gandhi. Más fundada que la hipótesis de Barbusse es la hipótesis opuesta, la de que Lenin habría trabajado por aprovechar la guerra y sus consecuencias para liberar a la India y no habría detenido, en ningún caso, a los hindúes en el camino de la insurrección. Gandhi, dominado por su temperamento moralista, no ha sentido a veces la misma necesidad de libertad que sentía su pueblo. Su fuerza, en tanto, ha dependido, más que de su predicación religiosa, de que ésta ha ofrecido a los hindúes una solución para su esclavitud y para su hambre.

La teoría de la no-cooperación contenía muchas ilusiones. Una de ellas era la ilusión medioeval de revivir en la India una economía superada. La rueca es impotente para resolver la cuestión económica y la cuestión social de ningún pueblo. El argumento de Gandhi —"¿no ha vivido así antes la India?"— es un argumento demasiado antihistórico e ingenuo. Por escéptica y desconfiada que sea su actitud ante el progreso, un hombre moderno rechaza instintivamente la idea de que se pueda volver atrás. Una vez adquirida la máquina, es difícil que la humanidad renuncie a emplearla. Nada puede contener la filtración de la civilización occidental en la India. Tagore tiene plena razón en este incidente de su polémica con Gandhi. "El problema de hoy es mundial. Ningún pueblo puede buscar su salud separándose de los otros. O salvarse juntos o desaparecer juntos".

Las requisitorias contra el materialismo occidental son exageradas. El hombre del Occidente no es tan prosaico y cerril como algunos espíritus contemplativos y estáticos suponen. El socialismo y el sindicalismo, a pesar de su concepción materialista de la historia, son menos materialistas de lo que parecen. Se apoyan sobre el interés de la mayoría, pero tienden a ennoblecer y dignificar la vida. Los occidentales son místicos y religiosos a su modo. ¿Acaso la emoción revolucionaria no es una emoción religiosa? Acontece en el Occidente que la religiosidad se ha desplazado del cielo a la tierra. Sus motivos son humanos, son sociales; no son divinos. Pertenecen a la vida terrena y no a la vida celeste.

La ex-confesión de la violencia es más romántica que la violencia misma. Con armas solamente morales jamás constreñirá la India a la burguesía inglesa a devolverle su libertad. Los honestos jueces británicos reconocerán, cuantas veces sea necesario, la honradez de los apóstoles de la no-cooperación y del *satyagraha*, pero seguirán condenándolos a seis años de cárcel. La revolución no se hace, desgraciadamente, con ayunos. Los revolucionarios de todas las latitudes tienen que elegir entre sufrir la violencia o usarla. Si no se quiere que el espíritu y la inteligencia estén a órdenes de la fuerza hay que resolverse a poner la fuerza a órdenes de la inteligencia y del espíritu.

*Variedades*. Año XX, Nº 867. Lima, 11 octubre de 1924.

*La escena contemporánea*. Lima, Editorial Minerva, 1982. pp. 208-214. (Versión corregida por el autor.)

## 52/. LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

Los propios fautores de la democracia —el término democracia es empleado como equivalente del término Estado demoliberal-burgués— reconocen la decadencia de este sistema político. Conviene en que se encuentra envejecido y gastado y aceptan su reparación y su compostura. Mas, a su parecer, lo que está deteriorado no es la democracia como idea, como espíritu, sino la democracia como forma.

Este juicio sobre el sentido y el valor de la crisis de la democracia se inspira en la incorregible inclinación a distinguir en todas las cosas cuerpo y espíritu. Del antiguo dualismo de la esencia y la forma, que conserva en la mayoría de las inteligencias sus viejos rasgos clásicos, se desprenden diversas supersticiones.

Pero una idea realizada no es ya válida como idea sino como realización. La forma no puede ser separada, no puede ser aislada de su esencia. La forma es la idea realizada, la idea actuada, la idea materializada. Diferenciar, independizar la idea de la forma es un artificio y una convención teóricos y dialécticos. No es posible renegar la expresión y la corporeidad de una idea sin renegar la idea misma. La forma representa todo lo que la idea animadora vale práctica y concretamente. Si se pudiese desandar la historia, se constataría que la repetición de un mismo experimento político tendría siempre las mismas consecuencias. Vuelta una idea a su pureza, a su virginidad originales, y a las condiciones primitivas de tiempo y lugar, no daría una segunda vez más de lo que dio la primera. Una forma política constituye, en suma, todo el rendimiento posible de la idea que la engendró. Tan cierto es esto que el hombre, prácticamente, en religión y en política, acaba por ignorar lo que en su iglesia o su partido es esencial para sentir únicamente lo que es formal y corpóreo.

Esto mismo les pasa a los fautores de la democracia que no quieren crearla vieja y gastada como idea sino como organismo. Lo que estos políticos defienden, realmente, es la forma perecedera y no el principio inmortal. La palabra democracia no sirve ya para designar la idea abstracta de la democracia pura, sino para designar el Estado demo-liberal-burgués. La democracia de los demócratas contemporáneos es la democracia capitalista. Es la democracia-forma y no la democracia-idea.

Y esta democracia se encuentra en decadencia y disolución. El parlamento es el órgano, es el corazón de la democracia. Y el parlamento ha cesado de corresponder a sus fines y ha perdido su autoridad y su función en el organismo democrático. La democracia se muere de mal cardíaco.

La reacción confiesa, explícitamente, sus propósitos anti-parlamentarios. El fascismo anuncia que no se dejará expulsar del poder por un voto del parlamento. El consenso de la mayoría parlamentaria es para el fascismo una cosa secundaria; no es una cosa primaria. La mayoría parlamentaria, un artículo de lujo; no un artículo de primera necesidad. El parlamento es bueno si obedece; malo si protesta o regaña. Los fascistas se proponen reformar la carta política de Italia, adaptándola a sus nuevos usos. El fascismo se reconoce anti-democrático, anti-liberal y anti-parlamentario. A la fórmula jacobina de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad oponen la fórmula fascista de la Jerarquía. Algunos fascistas que se entretienen en especulaciones teóricas, definen el fascismo como un renacimiento del espíritu de la contrarreforma... Asignan al fascismo un ánima medioeval y católica. Aunque Mussolini suele decir que *indietro non si torna*, los propios fascistas se complacen en encontrar sus orígenes espirituales en la Edad Media.

El fenómeno fascista no es sino un síntoma de la situación. Desgraciadamente para el parlamento, el fascismo no es su único ni siquiera su principal enemigo. El parlamento sufre, de un lado, los asaltos de la reacción, y de otro lado, los de la revolución. Los reaccionarios y los revolucionarios de todos los climas coinciden en la descalificación de la vieja

democracia. Los unos y los otros propugnan métodos dictatoriales.

La teoría y la praxis de ambos bandos ofende el pudor de la democracia, por mucho que la democracia no se haya comportado nunca con excesiva castidad. Pero la democracia cede, alternativa o simultáneamente, a la atracción de la derecha y de la izquierda. No escapa a un campo de gravitación sino para caer en el otro. La desgarran dos fuerzas antitéticas, dos amores antagónicos. Los hombres más inteligentes de la democracia se empeñan en renovarla y enmendarla. El régimen democrático resulta sometido a un ejercicio de crítica y de revisión internas, superior a sus años y a sus achaques.

Nitti no cree que sea el caso de hablar de una democracia a secas sino, más bien, de una democracia social. El autor de *La tragedia de Europa* es un demócrata dinámico y heterodoxo. Caillaux preconiza una "síntesis de la democracia de tipo occidental y del sovietismo ruso". No consigue Caillaux indicar el camino que conduciría a ese resultado. Pero admite, explícitamente, que se reduzca las funciones del parlamento. El parlamento, según Caillaux, no debe tener sino derechos políticos y no desempeñar una misión de control superior. La dirección completa del Estado económico debe ser transferida a nuevos organismos.

Estas concesiones a la teoría del Estado sindical expresan hasta qué punto ha envejecido la antigua concepción del parlamento. Abdicando una parte de su autoridad, el parlamento entra en una vía que lo llevará a la pérdida de sus poderes. Ese Estado económico, que Caillaux quiere subordinar al Estado político, es una realidad superior a la voluntad y a la coerción de los estadistas que aspiran a aprehenderlo dentro de sus impotentes principios. El poder político es una consecuencia del poder económico. La plutocracia europea y norteamericana no tienen ningún miedo a los ejercicios dialécticos de los políticos demócratas. Cualquiera de los *trusts* o de los "carteles" industriales de Alemania y Estados Unidos influye en la política de su nación respectiva más que toda la ideología democrática. El plan Dawes y el acuerdo de Londres han sido dictados a sus ilustres signatarios por los intereses

de Morgan, Loucheur, etc.

La crisis de la democracia es el resultado del crecimiento y el concentramiento simultáneos del capitalismo y del proletariado. Los resortes de la producción están en manos de estas dos fuerzas. La clase proletaria lucha por reemplazar en el poder a la clase burguesa. Le arranca, en tanto, sucesivas concesiones. Ambas clases pactan sus treguas, sus armisticios y sus compromisos, directamente, sin intermediarios. El parlamento, en estos debates y en estas transacciones no es aceptado como árbitro. Poco a poco, la autoridad parlamentaria ha ido, por consiguiente, disminuyendo. Todos los sectores políticos tienden, actualmente, a reconocer la realidad del Estado económico. El sufragio universal y las asambleas parlamentarias se avienen a ceder muchas de sus funciones a las agrupaciones sindicales. La derecha, el centro y la izquierda, son más o menos filo-sindicalistas. El fascismo, por ejemplo, trabaja por la restauración de las corporaciones medievales y constriñe a obreros y patrones a convivir y cooperar dentro de un mismo sindicato. Los teóricos de la "camisa negra", en sus bocetos del futuro Estado fascista, lo califican como un Estado sindical. Los social-democráticos pugnan por injertar en el mecanismo de la democracia los sindicatos y asociaciones profesionales. Walter Rathenau, uno de los más conspicuos y originales teóricos y realizadores de la burguesía, soñaba con un desdoblamiento del Estado en Estado industrial, Estado administrativo, Estado educador, etc. En la organización concebida por Rathenau, las diversas funciones del Estado serían transferidas a las asociaciones profesionales.

¿Cómo ha llegado la democracia a la crisis que acusan todas estas inquietudes y conflictos? El estudio de las raíces de la decadencia del régimen democrático, hay que suplirlo con una definición incompleta y sumaria: la forma democrática ha cesado, gradualmente, de corresponder a la nueva estructura económica de la sociedad. El Estado demo-liberal-burgués fue un efecto de la ascensión de la burguesía a la posición de la clase dominante. Constituyó una consecuencia de la acción de fuerzas económicas y productoras que no podían desa-

rollarse dentro de los diques rígidos de una sociedad gobernada por la aristocracia y la iglesia. Ahora, como entonces, el nuevo juego de las fuerzas económicas y productoras reclama una nueva organización política. Las formas políticas, sociales y culturales son siempre provisorias, son siempre interinas. En su entraña contienen, invariablemente, el germen de una forma futura. Anquilosada, petrificada, la forma democrática, como las que la han precedido en la historia, no puede contener ya la nueva realidad humana.

*Mundial*. Año V, Nº 235. Lima, 14 noviembre de 1924.

*El alma matinal*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 38-43.

### 53/. LO NACIONAL Y LO EXOTICO

Frecuentemente se oyen voces de alerta contra la asimilación de ideas extranjeras. Estas voces denuncian el peligro de que se difunda en el país una ideología inadecuada a la realidad nacional. Y no son una protesta de las supersticiones y de los prejuicios del difamado vulgo. En muchos casos, estas voces parten del estrato intelectual.

Podrían acusar una mera tendencia proteccionista, dirigida a defender los productos de la inteligencia nacional de la concurrencia extranjera. Pero los adversarios de la ideología exótica sólo rechazan las importaciones contrarias al interés conservador. Las importaciones útiles a ese interés no les parecen nunca malas, cualquiera que sea su procedencia. Se trata, pues, de una simple actitud reaccionaria, disfrazada de nacionalismo.

La tesis en cuestión se apoya en algunos frágiles lugares comunes. Más que una tesis es un dogma. Sus sostenedores demuestran, en verdad, muy poca imaginación. Demuestran, además, muy exiguo conocimiento de la realidad nacional. Quieren que se legisle para el Perú, que se piense y se escriba para los peruanos y que se resuelva nacionalmente los problemas de la peruanidad, anhelos que suponen amenazados por las filtraciones del pensamiento europeo. Pero todas estas

afirmaciones son demasiado vagas y genéricas. No demarcan el límite de lo nacional y lo exótico. Invocan abstractamente una peruanidad que no intentan, antes, definir.

Esa peruanidad, profusamente insinuada, es un mito, es una ficción. La realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa de lo que suponen nuestros nacionalistas. El Perú contemporáneo se mueve dentro de la órbita de la civilización occidental. La mistificada realidad nacional no es sino un segmento, una parcela de la vasta realidad mundial. Todo lo que el Perú contemporáneo estima lo ha recibido de esa civilización que no sé si los nacionalistas a ultranza calificarán también de exótica. ¿Existe hoy una ciencia, una filosofía, una democracia, un arte, existen máquinas, instituciones, leyes, genuina y característicamente peruanos? ¿El idioma que hablamos y que escribimos, el idioma siquiera, es acaso un producto de la gente peruana?

El Perú es todavía una nacionalidad en formación. Lo están construyendo sobre los inertes estratos indígenas, los aluviones de la civilización occidental. La conquista española aniquiló la cultura incaica. Destruyó el Perú autóctono. Frustró la única peruanidad que ha existido. Los españoles extirparon del suelo y de la raza todos los elementos vivos de la cultura indígena. Reemplazaron la religión incásica con la religión católica romana. De la cultura incásica no dejaron sino vestigios muertos. Los descendientes de los conquistadores y los colonizadores constituyeron el cimiento del Perú actual. La independencia fue realizada por esta población criolla. La idea de la libertad no brotó espontáneamente de nuestro suelo; su germen nos vino de fuera. Un acontecimiento europeo, la revolución francesa, engendró la independencia americana. Las raíces de la gesta libertadora se alimentaron de la ideología de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. (Un artificio histórico clasifica a Túpac Amaru como un precursor de la independencia peruana. La revolución de Túpac Amaru la hicieron los indígenas; la revolución de la independencia la hicieron los criollos. Entre ambos acontecimientos no hubo consanguinidad espiritual ni ideológica.) A Europa, de otro lado, no le debimos sólo la doctrina de nuestra

revolución, sino también la posibilidad de actuarla. Conflagrada y sacudida, España no pudo, primero, oponerse válidamente a la libertad de sus colonias. No pudo, más tarde, intentar su reconquista. Los Estados Unidos declararon su solidaridad con la libertad de la América española. Acontecimientos extranjeros en suma, siguieron influyendo en los destinos hispano-americanos. Antes y después de la revolución emancipadora, no faltó gente que creía que el Perú no estaba preparado para la independencia. Sin duda, encontraban exóticas la libertad y democracia. Pero la historia no le da razón a esa gente negativa y escéptica, sino a la gente afirmativa, romántica, heroica, que pensó que son aptos para la libertad todos los pueblos que saben adquirirla.

La independencia aceleró la asimilación de la cultura europea. El desarrollo del país ha dependido directamente de este proceso de asimilación. El industrialismo, el maquinismo, todos los resortes materiales del progreso nos han llegado de fuera. Hemos tomado de Europa y Estados Unidos todo lo que hemos podido. Cuando se ha debilitado nuestro contacto con el extranjero, la vida nacional se ha deprimido. El Perú ha quedado así insertado dentro del organismo de la civilización occidental.

Una rápida excursión por la historia peruana nos enteraría de todos los elementos extranjeros que se mezclan y combinan en nuestra formación nacional. Contrastándolos, identificándolos, no es posible insistir en aserciones arbitrarias sobre la peruanidad. No es dable hablar de ideas políticas nacionales.

Tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial. El Perú es un fragmento de un mundo que sigue una trayectoria solidaria. Los pueblos con más aptitud para el progreso son siempre aquellos con más aptitud para aceptar las consecuencias de su civilización y de su época. ¿Qué se pensaría de un hombre que rechazase, en el nombre de la peruanidad, el aeroplano, el radium, el linotipo, considerándolos exóticos? Lo mismo se debe pensar del hombre que asume esa actitud ante las nuevas ideas y los nuevos hechos humanos.

Los viejos pueblos orientales, a pesar de las raíces milenarias de sus instituciones, no se clausuran, no se aíslan. No se sienten independientes de la historia europea. Turquía, por ejemplo, no ha buscado su renovación en sus tradiciones islámicas, sino en las corrientes de la ideología occidental. Mustafá Kemal ha agredido las tradiciones. Ha despedido de Turquía al califa y a sus mujeres. Ha creado una república de tipo europeo. Este orientamiento revolucionario e iconoclasta no marca, naturalmente, un período de decadencia, sino un período de renacimiento nacional. La nueva Turquía, la herética Turquía de Kemal ha sabido imponerse, con las armas y el espíritu, el respeto de Europa. La ortodoxa Turquía, la tradicionalista Turquía de los sultanes sufría, en cambio, casi sin protesta todos los vejámenes y todas las expoliaciones de los occidentales. Presentemente, Turquía no repudia la teoría ni la técnica de Europa; pero repele los ataques de los europeos a su libertad. Su tendencia a occidentalizarse no es una capitulación de su nacionalismo.

Así se comportan antiguas naciones poseedoras de formas políticas, sociales y religiosas propias y fisonómicas. ¿Cómo podrá, por consiguiente el Perú, que no ha cumplido aún su proceso de formación nacional, aislarse de las ideas y las emociones europeas?

Un pueblo con voluntad de renovación y de crecimiento no puede clausurarse. Las relaciones internacionales de la inteligencia tienen que ser, por fuerza, librecambistas. Ninguna idea que fructifica, ninguna idea que se aclimata, es una idea exótica. La propagación de una idea no es culpa ni es mérito de sus asertores; es culpa o es mérito de la historia. No es romántico pretender adaptar al Perú a una realidad nueva. Más romántico es querer negar esa realidad acusándola de concomitancias con la realidad extranjera. Un sociólogo ilustre dijo una vez que en estos pueblos sudamericanos falta "atmósfera de ideas". Sería insensato enrarecer más esa atmósfera con la persecución de las ideas que, actualmentee, están fecundando la historia humana. Y si místicamente, gandhiánamente, deseamos separarnos y desvincularnos de la "satánica civilización europea", como Gandhi la llama, debemos clau-

surar nuestros confines no sólo a sus teorías sino también a sus máquinas para volver a las costumbres y a los ritos incásicos. Ningún nacionalista criollo aceptaría, seguramente, esta extrema consecuencia de su jingoísmo. Porque aquí el nacionalismo no brota de la tierra, no brota de la raza. El nacionalismo a ultranza es la única idea efectivamente exótica y forastera que aquí se propugna. Y que, por forastera y exótica, tiene muy poca *chance* de difundirse en el conglomerado nacional.

*Mundial*. Año V, Nº 237. Lima, 28 noviembre de 1924.  
*Peruanicemos al Perú*. Lima, Editorial Minerva, 1986, pp. 35-40.

#### 54/. LAS REIVINDICACIONES FEMINISTAS

Laten en el Perú las primeras inquietudes feministas. Existen algunas células, algunos núcleos de feminismo. Los propagadores del nacionalismo a ultranza pensarán probablemente: he ahí otra idea exótica, otra idea forastera que se injerta en la mentalidad peruana.

Tranquilemos un poco a esta gente aprensiva. No hay que ver en el feminismo una idea exótica, una idea extranjera. Hay que ver, simplemente, una idea humana. Una idea característica de una civilización, peculiar a una época. Y, por ende, una idea con derecho de ciudadanía en el Perú, como en cualquier otro segmento del mundo civilizado.

El feminismo no ha aparecido en el Perú artificial ni arbitrariamente. Ha aparecido como una consecuencia de las nuevas formas del trabajo intelectual y manual de la mujer. Las mujeres de real filiación feminista son las mujeres que trabajan, las mujeres que estudian. La idea feminista prospera entre las mujeres de oficio intelectual o de oficio manual: profesoras universitarias, obreras. Encuentra un ambiente propicio a su desarrollo en las aulas universitarias, que atraen cada vez más a las mujeres peruanas, y en los sindicatos obreros, en los cuales las mujeres de las fábricas se enrolan y organizan con los mismos derechos y los mismos deberes que los hombres.



Aparte de este feminismo espontáneo y orgánico, que recluta sus adherentes entre las diversas categorías del trabajo femenino, existe aquí, como en otras partes, un feminismo de diletantes un poco pedante y otro poco mundano. Las feministas de este rango convierten el feminismo en un simple ejercicio literario, en un mero deporte de moda.

Nadie debe sorprenderse de que todas las mujeres no se reúnan en un movimiento feminista único. El feminismo tiene, necesariamente, varios colores, diversas tendencias. Se puede distinguir en el feminismo tres tendencias fundamentales, tres colores sustantivos: feminismo burgués, feminismo pequeño-burgués y feminismo proletario. Cada uno de estos feminismos formula sus reivindicaciones de una manera distinta. La mujer burguesa solidariza el feminismo con el interés de la clase conservadora. La mujer proletaria consustancia su feminismo con la fe de las multitudes revolucionarias en la sociedad futura. La lucha de clases —hecho histórico y no aserción teórica— se refleja en el plano feminista. Las mujeres, como los hombres, son reaccionarias, centristas o revolucionarias. No pueden, por consiguiente, combatir juntas la misma batalla. En el actual panorama humano, la clase diferencia a los individuos más que el sexo.

Pero esta pluralidad del feminismo no depende de la teoría en sí misma. Depende, más bien, de sus deformaciones prácticas. El feminismo, como idea pura, es esencialmente revolucionario. El pensamiento y la actitud de las mujeres que se sienten al mismo tiempo feministas y conservadoras carecen, por tanto, de íntima coherencia. El conservacionismo trabaja por mantener la organización tradicional de la sociedad. Esa organización niega a la mujer los derechos que la mujer quiere adquirir. Las feministas de la burguesía aceptan todas las consecuencias del orden vigente, menos las que se oponen a las reivindicaciones de la mujer. Sostienen tácitamente la tesis absurda de que la sola reforma que la sociedad necesita es la reforma feminista. La protesta de estas feministas contra el orden viejo es demasiado exclusiva para ser válida.

Cierto que las raíces históricas del feminismo están en el espíritu liberal. La revolución francesa contuvo los pri-

meros gérmenes del movimiento feminista. Por primera vez se planteó entonces, en términos precisos, la cuestión de la emancipación de la mujer. Babeuf, el *leader* de la conjuración de los iguales, fue un asertor de las reivindicaciones feministas. Babeuf arengaba así a sus amigos: "no impongáis silencio a este sexo que no merece que se le desdeñe. Realzad más bien la más bella porción de vosotros mismos. Si no contáis para nada a las mujeres en vuestra república, haréis de ellas pequeñas amantes de la monarquía. Su influencia será tal que ellas la restaurarán. Sí, por el contrario, las contáis para algo, haréis de ellas Cornelias y Lucrecias. Ellas os darán Brutos, Gracos y Scevolas". Polemizando con los anti-feministas, Babeuf hablaba de "este sexo que la tiranía de los hombres ha querido siempre anonadar, de este sexo que no ha sido inútil jamás en las revoluciones". Mas la revolución francesa no quiso acordar a las mujeres la igualdad y la libertad propugnadas por estas voces jacobinas o igualitarias. Los Derechos del Hombre, como una vez he escrito, podían haberse llamado, más bien Derechos del Varón. La democracia burguesa ha sido una democracia exclusivamente masculina.

Nacido de la matriz liberal, el feminismo no ha podido ser actuado durante el proceso capitalista. Es ahora, cuando la trayectoria histórica de la democracia llega a su fin, que la mujer adquiere los derechos políticos y jurídicos del varón. Y es la revolución rusa la que ha concedido explícita y categóricamente a la mujer la igualdad y la libertad que hace más de un siglo reclamaban en vano de la revolución francesa Babeuf y los igualitarios.

Mas si la democracia burguesa no ha realizado el feminismo, ha creado involuntariamente las condiciones y las premisas morales y materiales de su realización. La ha valorizado como elemento productor, como factor económico, al hacer de su trabajo un uso cada día más extenso y más intenso. El trabajo muda radicalmente la mentalidad y el espíritu femeninos. La mujer adquiere, en virtud del trabajo, una nueva noción de sí misma. Antiguamente, la sociedad destinaba a la mujer al matrimonio o a la barraganía. Presentemente, la destina, ante todo, al trabajo. Este hecho ha cambiado y ha

elevado la posición de la mujer en la vida. Los que impugnan el feminismo y sus progresos con argumentos sentimentales o tradicionalistas pretenden que la mujer debe ser educada sólo para el hogar. Pero, prácticamente, esto quiere decir que la mujer debe ser educada para funciones de hembra y de madre. La defensa de la poesía del hogar es, en realidad, una defensa de la servidumbre de la mujer. En vez de ennoblecer y dignificar el rol de la mujer, lo disminuye y lo rebaja. La mujer es algo más que una madre y que una hembra, así como el hombre es algo más que un macho.

El tipo de mujer que produzca una civilización nueva tiene que ser sustancialmente distinto del que ha formado la civilización que actualmente declina. En un artículo sobre la mujer y la política, he examinado así algunos aspectos de este tema: "a los trovadores y a los enamorados de la frivolidad femenina no les falta razón para inquietarse. El tipo de mujer creado por un siglo de refinamiento capitalista está condenado a la decadencia y al tramonto. Un literato italiano, Pitigrilli, clasifica a este tipo de mujer contemporánea como un tipo de mamífero de lujo.

"Y bien, este mamífero de lujo se irá agotando poco a poco. A medida que el sistema colectivista reemplace al sistema individualista, decaerán el lujo y la elegancia feministas. La humanidad perderá algunos mamíferos de lujo; pero ganará muchas mujeres. Los trajes de la mujer del futuro serán menos caros y suntuosos; pero la condición de esa mujer será más digno. Y el eje de la vida femenina se desplazará de lo individual a lo social. La moda no consistirá ya en la imitación de una moderna Mme. Pompadour ataviada por Paquín. Consistirá, acaso, en la imitación de una Mme. Kolontai. Una mujer, en suma, costará menos, pero valdrá más".

El tema es muy vasto. Este breve artículo intenta únicamente constatar el carácter de las primeras manifestaciones del feminismo en el Perú y ensayar una interpretación muy sumaria y rápida de la fisonomía y del espíritu del movimiento feminista mundial. A este movimiento no deben ni pueden sentirse extraños ni indiferentes los hombres sensibles a las grandes emociones de la época. La cuestión femenina

es una parte de la cuestión humana. El feminismo me parece, además, un tema más interesante e histórico que la peluca. Mientras el feminismo es la categoría, la peluca es la anécdota.

*Mundial*. Año V, Nº 239. Lima, 19 diciembre de 1924.

*Temas de educación*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 129-133.

## 55/. DOS CONCEPCIONES DE LA VIDA

### I

La guerra mundial no ha modificado ni fracturado únicamente la economía y la política de Occidente. Ha modificado o fracturado, también, su mentalidad y su espíritu. Las consecuencias económicas, definidas y precisadas por John Maynard Keynes, no son más evidentes ni sensibles que las consecuencias espirituales y psicológicas. Los políticos, los estadistas, hallarán, tal vez, a través de una serie de experimentos, una fórmula y un método para resolver las primeras; pero no hallarán, seguramente, una teoría y una práctica adecuadas para anular las segundas. Más probable me parece que deban acomodar sus programas a la presión de la atmósfera espiritual, a cuya influencia su trabajo no puede sustraerse. Lo que diferencia a los hombres de esta época no es tan sólo la doctrina, sino, sobre todo, el sentimiento. Dos opuestas concepciones de la vida, una pre-bélica, otra post-bélica, impiden la inteligencia de los hombres que, aparentemente, sirven el mismo interés histórico. He aquí el conflicto central de la crisis contemporánea.

La filosofía evolucionista, historicista, racionalista, unía en los tiempos pre-bélicos, por encima de las fronteras políticas y sociales, a las dos clases antagónicas. El bienestar material, la potencia física de las urbes habían engendrado un respeto supersticioso por la idea del progreso. La humanidad parecía haber hallado una vía definitiva. Conservadores y revolucionarios aceptaban prácticamente las consecuencias de la tesis evolucionista. Unos y otros coincidían en la misma adhesión a la idea del progreso y en la misma aversión a la violencia.



No faltaban hombres a quienes esta chata y cómoda filosofía no lograba seducir ni captar. Jorge Sorel, uno de los escritores más agudos de la Francia pre-bélica, denunciaba por ejemplo, las ilusiones del progreso. Don Miguel de Unamuno predicaba quijotismo. Pero la mayoría de los europeos había perdido el gusto de las aventuras y de los mitos heroicos. La democracia conseguía el favor de las masas socialistas y sindicales, complacidas de sus fáciles conquistas graduales, orgullosas de sus cooperativas, de su organización, de sus "casas del pueblo" y de su burocracia. Los capitanes y los oradores de la lucha de clases gozaban de una popularidad, sin riesgos, que adormecía en sus almas toda veleidad revolucionaria. La burguesía se dejaba conducir por líderes inteligentes y progresistas que, persuadidos de la estolidez y la imprudencia de una política de persecución de las ideas y los hombres del proletariado, preferían una política dirigida a domesticarlos y ablandarlos con sagaces transacciones.

Un humor decadente y estetista se difundía, sutilmente, en los estratos superiores de la sociedad. El crítico italiano Adriano Tilgher, en uno de sus remarcables ensayos, define así la última generación de la burguesía parisiense: "Producto de una civilización muchas veces secular, saturada de experiencia y de reflexión, analítica e introspectiva, artificial y libre, a esta generación crecida antes de la guerra le tocó vivir en un mundo que parecía consolidado para siempre y asegurado contra toda posibilidad de cambios. Y a este mundo se adaptó sin esfuerzo. Generación toda nervios y cerebro gastados y cansados por las grandes fatigas de sus genitores: no soportaba los esfuerzos tenaces, las tensiones prolongadas, las sacudidas bruscas, los rumores fuertes, las luces vivas, el aire libre y agitado; amaba la penumbra y los crepúsculos, las luces dulces y discretas, los sonidos apagados y lejanos, los movimientos mesurados y regulares". El ideal de esta generación era vivir dulcemente.

## II

Cuando la atmósfera de Europa, próxima la guerra, se cargó demasiado de electricidad, los nervios de esta generación

sensual, elegante e hiperestésica, sufrieron un raro malestar y una extraña nostalgia. Un poco aburridos de *vivre avec douceur*, se estremecieron con una apetencia morbosa, con un deseo enfermizo. Reclamaron, casi con ansiedad, casi con impaciencia, la guerra. La guerra no aparecía como una tragedia, como un cataclismo, sino más bien como un deporte, como un alcaíde o como un espectáculo. ¡Oh!, la guerra —como en una novela de Jean Bernier, esta gente la presentía y la auguraba—, *elle serait très chic la guerre*.

Pero la guerra no correspondió a esta previsión frívola y estúpida. La guerra no quiso ser tan mediocre. París sintió, en su entraña, la garra del drama bélico. Europa, conflagrada, lacerada, mudó de mentalidad y de psicología.

Todas las energías románticas del hombre occidental, anestesiadas por largos lustros de paz confortable y pingüe, renacieron tempestuosas y prepotentes. Resucitó el culto de la violencia. La Revolución Rusa insufló en la doctrina socialista un ánima guerrera y mística. Y al fenómeno bolchevique siguió el fenómeno fascista. Bolcheviques y fascistas no se parecían a los revolucionarios y conservadores pre-bélicos. Carecían de la antigua superstición del progreso. Eran testigos, conscientes o inconscientes, de que la guerra había demostrado a la humanidad que aún podían sobrevenir hechos superiores a la previsión de la ciencia y también hechos contrarios al interés de la civilización.

La burguesía, asustada por la violencia bolchevique, apeló a la violencia fascista. Confiaba muy poco en que sus puertas legales bastasen para defenderla de los asaltos de la revolución. Mas, poco a poco, ha aparecido, luego, en su ánimo, la nostalgia de la crasa tranquilidad pre-bélica. Esta vida de alta tensión la disgusta y la fatiga. La vieja burocracia socialista y sindical comparte esta nostalgia. ¿Por qué no volver —se pregunta— al buen tiempo pre-bélico? Un mismo sentimiento de la vida vincula y acuerda espiritualmente a estos sectores de la burguesía y del proletariado, que trabajan, en comandita, por descalificar, al mismo tiempo, el método bolchevique y el método fascista. En Italia, este episodio de la crisis contemporánea tiene los más nítidos y precisos

contornos. Ahí, la vieja guardia burguesa ha abandonado al fascismo y se ha concertado en el terreno de la democracia, con la vieja guardia socialista. El programa de toda esta gente se condensa en una sola palabra: normalización. La normalización sería la vuelta a la vida tranquila, el desahucio o el sepelio de todo romanticismo, de todo heroísmo, de todo quijotismo de derecha y de izquierda. Nada de regresar, con los fascistas, al medioevo. Nada de avanzar, con los bolcheviques, hacia la utopía.

El fascismo habla un lenguaje beligerante y violento que alarma a quienes no ambicionan sino la normalización. Mussolini, en un discurso, dijo: "No vale la pena de vivir como hombres y como partido y sobre todo no valdría la pena llamarse fascistas, si no se supiese que se está en medio de la tormenta. Cualquiera es capaz de navegar en mar de bonanza, cuando los vientos inflan las velas, cuando no hay olas ni ciclones. Lo bello, lo grande, y quisiera decir lo heroico, es navegar cuando la tempestad arrecia. Un filósofo alemán decía: vive peligrosamente. Yo quisiera que ésta fuese la palabra de orden del joven fascismo italiano: vivir peligrosamente. Esto significa estar pronto a todo, a cualquier sacrificio, a cualquier peligro, a cualquier acción, cuando se trata de defender la patria y el fascismo". *El fascismo no concibe la contrarrevolución como una empresa vulgar y policial sino como una empresa épica y heroica.* Tesis excesiva, tesis incandescente, tesis exorbitante para la vieja burguesía, que no quiere absolutamente ir tan lejos. Que se detenga y se frustre la revolución, claro, pero, si es posible con buenas maneras. La cachiporra no debe ser empleada sino en caso extremo. Y no hay que tocar, en ningún caso, la Constitución ni el parlamento. Hay que dejar las cosas como estaban. La vieja burguesía anhela vivir dulce y parlamentariamente. "Libre y tranquilamente", escribía polemizando con Mussolini *Il Corriere della Sera* de Milán. Pero uno y otro términos designan el mismo anhelo.

Los revolucionarios, como los fascistas, se proponen, por su parte, vivir peligrosamente. En los revolucionarios, como en los fascistas, se advierte análogo impulso romántico, análogo humor quijotesco.

La nueva humanidad, en sus dos expresiones anti-téticas, acusa una nueva intuición de la vida. Esta intuición de la vida no asoma, exclusivamente, en la prosa beligerante de los políticos. En unas divagaciones de Luis Bello encuentro esta frase: "Conviene corregir a Descartes: combato, luego existo". La corrección resulta, en verdad, oportuna. La fórmula filosófica de una edad racionalista tenía que ser: "Pienso, luego existo". Pero a esta edad romántica, revolucionaria y quijotesca, no le sirve ya la misma fórmula. *La vida, más que pensamiento, quiere ser hoy acción; esto es, combate. El hombre contemporáneo tiene necesidad de fe. Y la única fe, que puede ocupar su yo profundo, es una fe combativa.* No volverán, quién sabe hasta cuándo, los tiempos de vivir con dulzura. La dulce vida pre-bélica no generó sino escepticismo y nihilismo. Y de la crisis de este escepticismo y de este nihilismo, nace la ruda, la fuerte, la perentoria necesidad de una fe y de un mito que mueva a los hombres a vivir peligrosamente.

*Mundial.* Año V, Nº 240. Lima, 9 enero de 1925.

*El alma matinal.* Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 17-22.

## 56/. LA LUCHA FINAL

### I

Madeleine Marx, una de las mujeres de letras más inquietas y más modernas de la Francia contemporánea, ha reunido sus impresiones de Rusia en un libro que lleva este título *C'est la lutte finale...* La frase del canto de Eugenio Pottier adquiere un relieve histórico. "¡Es la lucha final!".

El proletario ruso saluda la revolución con este grito que es el grito ecuménico del proletario mundial. Grito multitudinario de combate y de esperanza que Madeleine Marx ha oído en las calles de Moscú y que yo he oído en las calles de Roma, de Milán, de Berlín, de París, de Viena y de Lima. Toda la emoción de una época está en él. *Las muchedumbres revolucionarias creen librar la lucha final.*

¿La libran verdaderamente? Para las escépticas criaturas del orden viejo esta lucha final es sólo una ilusión. Para los fervorosos combatientes del orden nuevo es una realidad. *Au dessus de la Mêlée*, una nueva y sagaz filosofía de la historia nos propone otro concepto: ilusión y realidad. La lucha final de la estrofa de Eugenio Pottier es, al mismo tiempo, una realidad y una ilusión.

Se trata, efectivamente, de la lucha final de una época y de una clase. El progreso —o el proceso humano— se cumple por etapas. Por consiguiente, la humanidad tiene perennemente la necesidad de sentirse próxima a una meta. La meta de hoy no será seguramente la meta de mañana; però, para la teoría humana en marcha, es la meta final. El mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo. No puede, sin embargo, prescindir de la creencia de que la nueva jornada es la jornada definitiva. Ninguna revolución prevé la revolución que vendrá después, aunque en la entraña porte su germen. Para el hombre, como sujeto de la historia, no existe sino su propia y personal realidad. No le interesa la lucha abstractamente sino su lucha concretamente. El proletariado revolucionario, por ende, vive la realidad de una lucha final. La humanidad, en tanto, desde un punto de vista abstracto, vive la ilusión de una lucha final.

## II

La revolución francesa tuvo la misma idea de su magnitud. Sus hombres creyeron también inaugurar una era nueva. La Convención quiso grabar para siempre en el tiempo, el comienzo del milenio republicano. Pensó que la era cristiana y el calendario gregoriano no podían contener a la república. El himno de la revolución saludó el alba de un nuevo día: *le jour de gloire est arrivé*. La república individualista y jacobina aparecía como el supremo desiderátum de la humanidad. La revolución se sentía definitiva e insuperable. Era la lucha final. La lucha final por la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Menos de un siglo y medio ha bastado para que este

mito envejezca. La *Marsellesa* ha dejado de ser un canto revolucionario. El "día de gloria" ha perdido su prestigio sobrenatural. Los propios fautores de la democracia se muestran desencantados de la prestancia del parlamento y del sufragio universal. Fermenta en el mundo otra revolución. Un régimen colectivista pugna por reemplazar al régimen individualista. Los revolucionarios del siglo veinte se aprestan a juzgar sumariamente la obra de los revolucionarios del siglo dieciocho.

La revolución proletaria es, sin embargo, una consecuencia de la revolución burguesa. La burguesía ha creado, en más de una centuria de vertiginosa acumulación capitalista, las condiciones espirituales y materiales de un orden nuevo. Dentro de la revolución francesa se anidaron las primeras ideas socialistas. Luego, el industrialismo organizó gradualmente en sus usinas los ejércitos de la revolución. El proletariado, confundido antes con la burguesía en el estado llano, formuló entonces sus reivindicaciones de clase. El seno pingüe del bienestar capitalista alimentó el socialismo. El destino de la burguesía quiso que ésta abasteciese de ideas y de hombres a la revolución dirigida contra su poder.

## III

La ilusión de la lucha final resulta, pues, una ilusión muy antigua y muy moderna. Cada dos, tres o más siglos, esta ilusión reaparece con distinto nombre. Y, como ahora, es siempre la realidad de una innumerable falange humana. Posee a los hombres para renovarlos. Es el motor de todos los progresos. Es la estrella de todos los renacimientos. Cuando la gran ilusión tramonta es porque se ha creado ya una nueva realidad humana. Los hombres reposan entonces de su eterna inquietud. Se cierra un ciclo romántico y se abre el ciclo clásico. En el ciclo clásico se desarrolla, estiliza y degenera una forma que, realizada plenamente, no podrá contener en sí las nuevas fuerzas de la vida. Sólo en los casos en que su potencia creadora se enerva, la vida dormita, estancada, dentro de una forma

rígida, decrepita, caduca. Pero estos éxtasis de los pueblos o de las sociedades no son ilimitados. La somnolienta laguna, la quieta palude, acaba por agitarse y desbordarse. La vida recupera entonces su energía y su impulso. La India, la China, la Turquía contemporáneas son un ejemplo vivo y actual de estos renacimientos. El mito revolucionario ha sacudido y ha reanimado, potentemente, a esos pueblos en colapso.

El Oriente se despierta para la acción. La ilusión ha renacido en su alma milenaria.

## IV

El escepticismo se contentaba con contrastar la irrealidad de las grandes ilusiones humanas. El relativismo no se conforma con el mismo negativo e infecundo resultado. Empieza por enseñar que la realidad es una ilusión; pero concluye por reconocer que la ilusión es, a su vez, una realidad. Niega que existan verdades absolutas; pero se da cuenta de que los hombres tienen que creer en sus verdades relativas como si fueran absolutas. Los hombres han menester de certidumbre. ¿Qué importa que la certidumbre de los hombres de hoy no sea la certidumbre de los hombres de mañana? Sin un mito los hombres no pueden vivir fecundamente. La filosofía relativista nos propone, por consiguiente, obedecer a la ley del mito.

Pirandello, relativista, ofrece el ejemplo adhiriéndose al fascismo. El fascismo seduce a Pirandello porque mientras la democracia se ha vuelto escéptica y nihilista, el fascismo representa una fe religiosa, fanática, en la jerarquía y la nación. (Pirandello, que es un pequeño-burgués siciliano, carece de aptitud psicológica para comprender y seguir el mito revolucionario.) El literato de exasperado escepticismo no ama en política la duda. Prefiere la afirmación violenta, categórica, apasionada, brutal. La muchedumbre, más aún que el filósofo escéptico, más aún que el filósofo relativista, no puede prescindir de un mito, no puede prescindir de una fe. No le es posible distinguir sutilmente su verdad de la verdad pretérita o futura. Para ella no existe sino la verdad. Verdad absoluta,

única, eterna. Y, conforme a esta verdad, su lucha es, realmente, una lucha final.

El impulso vital del hombre responde a todas las interrogaciones de la vida antes que la investigación filosófica. El hombre iletrado no se preocupa de la relatividad de su mito. No le sería dable siquiera comprenderla. Pero generalmente encuentra, mejor que el literato y que el filósofo, su propio camino. Puesto que debe actuar, actúa. Puesto que debe creer, cree. Puesto que debe combatir, combate. Nada sabe de la relativa insignificancia de su esfuerzo en el tiempo y en el espacio. Su instinto lo desvía de la duda estéril. No ambiciona más que lo que puede y debe ambicionar todo hombre: cumplir bien su jornada.

*Mundial*. Año V, Nº 250. Lima, 20 marzo de 1925.

*El alma matinal*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 29-33.

## 57/. LOS MAESTROS Y LAS NUEVAS CORRIENTES

## I

Ninguna categoría de trabajadores intelectuales aparece tan naturalmente destinada a dar su adhesión a las nuevas ideas como la de los maestros de primera enseñanza. En mis artículos precedentes, me he referido, más de una vez, al espíritu de clase que distingue y separa la enseñanza primaria de la enseñanza secundaria y superior. La escuela, a causa de ese espíritu, no sólo diferencia a la clase burguesa de las clases pobres en la cultura y en la vida. Diferencia, igualmente, a los maestros de una clase de los maestros de la otra. El maestro primario se siente próximo al pueblo. El maestro del liceo o de la universidad se siente dentro de la burguesía. Es, además, en la enseñanza primaria, donde se produce, generalmente, el tipo puro, el tipo profesional de educador. El maestro primario es sólo maestro, es sólo enseñante, en tanto que el

profesor del liceo o de la universidad es, al mismo tiempo, literato o político. La docencia secundaria y universitaria, tanto por su función como por su estructura, tiende a crear una burocracia conservadora.

En los países hispanoamericanos, especialmente en los menos evolucionados, esta diferencia se acentúa y se ahonda. En la docencia secundaria y universitaria domina el diletantismo. El profesor universitario, sobre todo, es simultáneamente abogado, parlamentario, latifundista. La cátedra constituye una mera estación de su vida cotidiana. La enseñanza es un suplemento o un complemento intelectual de su actividad práctica, política, forense o mercantil. El maestro primario, en tanto, aunque no sea sino modesta e imperfectamente, tiene siempre una vida de profesional. Su formación y su ambiente lo desconectan, por otra parte, de los intereses egoístas de la clase conservadora.

El maestro primario hispanoamericano procede del pueblo, más específicamente, de la pequeña burguesía. La escuela normal lo prepara y lo educa para una función abnegada, sin ambiciones de bienestar económico. Lo destina a dar a los niños pobres la instrucción elemental —gratuita y obligatoria— del Estado. El normalista sabe, por adelantado, que el Estado remunerará mal su fatiga. La enseñanza primaria —enseñanza para el proletariado— proletariza a sus funcionarios. El Estado condena a sus maestros a una perenne estrechez pecuniaria. Les niega casi completamente todo medio de elevación económica o cultural y les cierra toda perspectiva de acceso a una categoría superior. De un lado, carecen los maestros de posibilidades de bienestar económico; de otro lado, carecen de posibilidades de progreso científico. Sus estudios de la escuela normal no les franquean las puertas de la universidad. Su sino puede confinarlos en un pueblecito primitivo donde vegetarán oscuramente, a merced de un cacique o de un diputado, sin libros ni revistas, segregados del movimiento cultural, desprovistos de elementos de estudio.

En el espíritu de estos trabajadores intelectuales, extraño a toda concupiscencia comercial, todo arribismo económico,

prenden fácilmente los ideales de los forjadores de un nuevo estado social. Nada los mancomuna a los intereses del régimen capitalista. Su vida, su pobreza, su trabajo, los confunde con la masa proletaria.

A estos trabajadores, sensibles a la emoción revolucionaria, permeables a las ideas renovadoras, deben dirigirse, por consiguiente, los intelectuales y los estudiantes de vanguardia. En sus filas reclutará la vanguardia más y mejores elementos que entre los pedantescos profesores y los egotistas literatos que detentan la representación oficial de la inteligencia y de la cultura.

## II

De la sensibilidad de los educadores a los anhelos de renovación social tenemos muchas y muy fehacientes pruebas. Las escuelas normales han abastecido al socialismo de un conspicuo número de organizadores y conductores de ambos sexos. Ramsay MacDonald, por ejemplo, ha sido un preceptor. En Italia he encontrado en los primeros rangos del proletariado a innumerables maestros y maestras. En Francia he constatado el mismo fenómeno. Colaboran en *Clarté* varios educadores de filiación revolucionaria. La misma filiación tiene la revista *L'Ecole émancipée*, órgano de la Federación de la Enseñanza, dirigida por un grupo de maestros jóvenes. Los estudiantes de la Escuela Normal Superior de París han sido, recientemente, los primeros en responder a los histéricos alardes fascistas de los estudiantes de la reaccionaria facultad de Derecho de la Sorbona, discípulos de los escritores monarquistas de *L'Action Française*.

El propio movimiento de los Compañeros de la Universidad Nueva acusa en el cuerpo de educadores franceses un estado de ánimo pleno de inquietud. Ese movimiento ha sido indeciso en sus medios, difuso en sus proposiciones, pero categórico en su voluntad de renovación. No ha sabido romper con la tradición y, en particular, con los intereses conservadores.

No ha logrado liberarse de las supersticiones burguesas ancladas en la psicología y la mentalidad de sus animadores. Pero ha declarado claramente su adhesión a la idea de una democracia social, de una democracia verdadera, aunque no haya acertado a definir el modo de realizarla.

La doctrina y el método pedagógico de Pestalozzi y Froebel — nutridos de los sentimientos e inspirados en las necesidades de una civilización de productores — han tenido, como se remarca a la luz de la experiencia contemporánea, una profunda significación revolucionaria.

Y los reformadores de la educación en Alemania han salido también de las filas de los educadores.

### III

La idea sostenida por los *Compagnons de l'Université Nouvelle* de que una nueva organización de la enseñanza debe ser, técnicamente al menos, la obra de un sindicato, en el cual se agrupen todas las categorías de maestros, no es en sí una idea errónea. Lo es cuando supone que una revolución en la enseñanza puede operarse dentro del marco del viejo orden social. Lo es cuando coloca el sindicato de maestros, o la corporación de la enseñanza, en un plano superior y distinto de los demás sindicatos de trabajadores. Para que los educadores puedan reorganizar la enseñanza sobre bases nuevas es necesario que sepan antes ser un sindicato, moverse como un sindicato, funcionar como un sindicato. Y es necesario que sepan entender la solidaridad histórica de su corporación con las otras corporaciones que trabajan por reorganizar, sobre bases nuevas también, todo el orden social.

Esta cuestión debe ser el tema del diálogo de los intelectuales de vanguardia con los educadores de vanguardia. (En la corporación de maestros la existencia de una vanguardia es evidente, es indudable.) El programa de una reforma universitaria integral sería incompleto si no comprendiese las reivindicaciones de esta corporación. Hay que abrir los estudios univer-

sitarios a los diplomados de la escuela normal. Hay que abatir las vallas que incomunican al profesorado primario con la universidad, bloqueándolo dentro de los rígidos confines de la primera enseñanza. Que los normalistas entren a la universidad. Pero no para aburguesarse en sus aulas sino para revolucionarlas. He ahí un hermoso programa para la juventud de Hispanoamérica, para la Unión Latinoamericana. Diferenciar el problema de la universidad del problema de la escuela es caer en un viejo prejuicio de clase. No existe un problema de la universidad independiente de un problema de la escuela primaria y secundaria. Existe un problema de la educación pública que abarca todos sus compartimientos y comprende todos sus grados.

### IV

El modesto preceptor, el oscuro maestro del hijo del obrero y del campesino necesita comprender y sentir su responsabilidad en la creación de un orden nuevo. Su labor, según su rumbo, puede apresurarla y facilitarla o puede retardarla. Ese orden nuevo ennoblecerá y dignificará al maestro de mañana. Tiene, por ende, derecho a la adhesión del maestro de hoy. De todas las victorias humanas les toca a los maestros, en gran parte, el mérito. De todas las derrotas humanas les toca, en cambio, en gran parte, la responsabilidad. La servidumbre de la escuela a un cacique de provincia no pesa únicamente sobre la dignidad de los que aprenden. Pesa, ante todo, sobre la dignidad de los que enseñan. Ningún maestro honrado, ningún maestro joven, que medite en esta verdad, puede ser indiferente a sus sugerencias. No puede ser indiferente tampoco a la suerte de los ideales y de los hombres que quieran dar a la sociedad una forma más justa y a la civilización un sentido más humano.

*Mundial*. Año VI, N° 261. Lima, 12 junio de 1925.

*Temas de educación*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 47-51.

## 58/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A ANITA CHIAPPE DE MARIATEGUI

Chosica, Quinta Pesce, 19 de junio de 1925.

Carissima,

Come forse ti avrà già detto Antonio il viaggio fu buono. La prima impresione della casa é anché buona. Ci sono anche bambini. Una bimba un pó piú grande del nostro gordito s'è fatta subito mia amica. Il clima é straordinario. Inmediatamente si sente il cambio. Oggi cominceró i bagni di sole. Non trascurare la tua salute, te prego. Prende molto late e mangia bene.

Domani, cuando riscuoterai a *Mundial* e *Variedades*, vuota la casella postale. Cuando verrai mi porterai i gionali e riviste. Se arrivano i libri farai come t'ho detto.

Compra una spugna di gomma che mi ci vuole. Credo che ci sono da Colville. Compra anche le pile per il campanello.

Bacci a Sandrino e Sigfredo. E per te tutti i pensieri del tuo

José Carlos

Saluti di mama chi ricorda molto tutto il giorno ai bambini.\*

*Correspondencia*, Tomo I. Lima, Editorial Amauta, 1984. p. 88.

\* "Muy querida. Como tal vez ya te dijo Antonio el viaje fue muy bueno. La primera impresión de la casa también es buena. Hay también niños. Una niña un poquito mayor que nuestro gordito se hizo pronto amiga mía. El clima es extraordinario. Inmediatamente se advierte el cambio. Hoy empezaré los baños de sol. No descuides tu salud, te lo ruego. Toma mucha leche y come bien. Mañana, cuando cobrarás de *Mundial* y *Variedades*, vacía la casilla postal. Cuando vendrás me traerás los periódicos y revistas. Si llegan los libros harás como te dije. Compra una esponja de caucho puesto que la necesito. Creo que las hay donde Colville. Compra también las pilas para el timbre. Besos a Sandrito y Sigfredo. Y para ti todos los pensamientos de tu José Carlos.

Saludos de mamá que recuerda mucho todo el día a los niños\*.

## 59/. EL TERROR EN BULGARIA

Bulgaria es en los Balcanes el principal foco de la revolución. Esto quiere decir, dentro de la lógica de la historia contemporánea, que, en los Balcanes, Bulgaria es también el principal centro de la reacción. La lucha es ahí extrema entre estas dos ideas, entre estos dos movimientos. En Bulgaria la política no tiene sectores ni matices intermedios. Las palabras "compromiso", "transacción", "reforma", que conservan todavía en el Occidente una parte de su viejo prestigio, en Bulgaria carecen de sentido actual. Los partidos liberales y democráticos forman la base del régimen reaccionario de Zankov, que representa, prácticamente, la antítesis del liberalismo y la democracia. La dictadura de Zankov puede dar lecciones de ferocidad reaccionaria al más truculento y ultraísta fascismo.

La historia de los dos últimos años de política búlgara es la historia de dos años de violencia y de terror. Zankov y su coalición se apoderaron del poder en 1923 mediante un golpe de fuerza. El jefe del gobierno derrocado, Stambulinsky, y muchos de sus partidarios, después de una encarnizada persecución, acabaron asesinados. Zankov y sus aliados inauguraron un régimen marcial. El gobierno de Stambulinsky, *leader* de los campesinos, reposaba sobre una extensa base popular. La Unión Agraria, o sea el partido de Stambulinsky, era la primera de las fuerzas políticas de Bulgaria. (La segunda, por su número y su potencia, era el Partido Comunista, contra el cual estaba también dirigido el golpe de Zankov.) Los partidos que desalojaron del gobierno a la Unión Agraria constituían una minoría. Se apoyaban exclusivamente en la burguesía y en la pequeña burguesía urbanas, que en un país agrícola como Bulgaria, no podían dentro de un régimen constitucional y democrático prevalecer sobre la población campesina. Por consiguiente, para mantenerse en el poder tenían que recurrir a un método desembozadamente dictatorial. Y en las masas, agitadas revolucionariamente por la guerra, la represión y la violencia gubernativas, esta política debía fatalmente alimentar y exasperar un estado de ánimo insurreccional.



El régimen de Zankov encarnaba los intereses del capital industrial, comercial y financiero. Significaba una revancha y una victoria de la burguesía urbana sobre las masas campesinas, movilizadas por las consecuencias políticas y económicas de la guerra contra la tiranía de la ciudad. Estas masas no podían renunciar a sus reivindicaciones. La derrota sufrida no bastaba para obligarlas a desarmar. Momentáneamente se presentaban decapitadas. La reacción había asesinado a su *leader*. Pero el Partido Comunista, que reclutaba sus adeptos no sólo en el proletariado urbano sino también entre los campesinos pobres, empezaba a darles un nuevo programa y un nuevo rumbo revolucionarios. El proselitismo proletario o semiproletario de la Unión Agraria empujó a esta agrupación al flanco del Partido Comunista. Se organizó así un vasto movimiento de masas.

En las últimas elecciones, preparadas por Zankov a través de una larga persecución del comunismo y de los campesinos, los dos partidos de masas consiguieron, sin embargo, reafirmar electoralmente su fuerza popular. La reacción no pudo fabricarse un *Narodno Sobranie* (parlamento) dócil a su política. Los agrarios y los comunistas enviaron al *Sobranie* un numeroso grupo parlamentario.

La lucha recomenzó más agria que nunca en el terreno extraparlamentario. El gobierno sintió la necesidad de una gran ofensiva fascista contra las masas, cada vez más saturadas de ideas revolucionarias. La represión policial no resultaba suficiente. Se organizó, como en Barcelona, una banda terrorista. Varios organizadores comunistas cayeron asesinados. A los actos de terror de un bando respondieron los actos de terror del otro bando. El régimen de Zankov provocó un estado de guerra civil. La legalidad quedó definitivamente suspendida. Llegó un instante en que la reacción aniquiló totalmente al grupo parlamentario comunista. Los diputados comunistas, que no habían sido asesinados, se encontraban encarcelados o exiliados.

En esta atmósfera de violencia se incubó el atentado de la catedral de Sofía. Fue este atentado la explosión del rencor y del odio acumulados, en los focos más exaltados

y extremistas, por los dos años de persecución sanguinaria. El gobierno de Zankov, por supuesto, no quiso reconocerlo así. Hizo responsables directos del terrible acto terrorista a los partidos agrario y comunista. Encarceló a varios millares de ciudadanos. Y, sin proceso ninguno, fusiló a los más señalados por su actividad revolucionaria. Las bandas armadas de Zankov cazaban como a fieras en sus escondites a los agitadores comunistas y agrarios. El coronel Weedgwood, diputado británico, que visitó Sofía en los días de la represión, ha denunciado documentada y puntualmente a todas las conciencias honradas del mundo este período de terror fascista. A sus denuncias, que han conmovido profundamente la conciencia europea, el gobierno de Bulgaria no ha podido oponer sino débiles y capciosos desmentidos. Y, después de un proceso sumarisimo, ha hecho ahorcar espectacularmente, como en el más oscuro medioevo, en la plaza principal de Sofía, a varios acusados comunistas.

Estos métodos, estas escenas, serían incomprensibles en Europa Occidental. El clima histórico es diferente. Los hombres tienen otra sensibilidad y otra educación. Pero en los Balcanes estos métodos y estas escenas se encuentran casi dentro de la tradición política. El Occidente salió hace tiempo de la Edad Media. Los Balcanes, no. En este turbulento rincón de Europa el espíritu y las costumbres del Oriente han persistido enraizadas en una economía feudal. En el lenguaje de la democracia occidental el término "política balcánica" ha sido equivalente del término "política sudamericana" en la época en que Sudamérica no era conocida sino por su desorden y su caudillismo. La violencia sudamericana no tuvo nunca la misma ferocidad que la violencia balcánica. Mas, en el fondo, tradujo las mismas cosas.

En los Balcanes subsisten rezagos de feudalidad. La revolución, como en Rusia, se propone, en primer lugar, liquidar lo que resta ahí de política y de economía medievales. Por eso en Bulgaria agrarios y comunistas se confunden en un mismo ejército, mientras la burguesía urbana asume, junto con la defensa de sus propios intereses, la de los intereses de la aristocracia latifundista.



Pero una política terrorista, por truculenta y extremada que sea, no puede resolver los problemas búlgaros. Tiene, por el contrario, que exasperarlos. El terror, en materia económica, no es nunca una solución.

*Variedades*. Año. XXI, Nº 906. Lima, 25 julio de 1925.

*Figuras y aspectos de la vida mundial*. Lima, Editorial Minerva, 1980.  
p. 226-229.

## 60/. EL ROSTRO Y EL ALMA DEL TAWANTINSUYU

### I

En los diversos escritos que componen su reciente libro *De la vida incaica*, Luis E. Valcárcel nos ofrece, en trozos tallados distintamente —leyenda, novela, ensayo—, una sola y cabal imagen del Tawantinsuyu. El libro de Valcárcel no es un pórtico monolítico. Valcárcel ha labrado amorosamente piedras de diferente porte. Pero luego ha sabido combinarlas y ajustarlas en un bloque único. La técnica de su arquitectura es la misma de los quechuas. ¿Quién dice que se ha perdido el secreto indígena de soldar y juntar las piedras en un monumento granítico? Valcárcel lo guarda en el fondo de su subconciencia y lo usa con sigilo aborígen en su literatura.

Este libro, en el cual late una emoción persistente e idéntica, así cuando su prosa es poética como cuando es crítica, contiene los elementos de una interpretación total del espíritu de la civilización incaica. Valcárcel reconstruye imaginativamente el Tawantinsuyu en una mayestática mole de piedra. Ahí están todos los rostros, todos los perfiles, todos los contornos del imperio. Valcárcel suprime de su obra el detalle baldío y la esfumatura prolija. Su visión es una síntesis. Y, como en el arte incaico, en su libro, la imagen del imperio es esquemática y geométrica.

En las páginas del escritor cusqueño se siente, ante todo, un hondo lirismo indígena. Este lirismo de Valcárcel,

en concepto de otros comentaristas, perjudicará tal vez el valor interpretativo de su libro. En concepto mío, no. No sólo porque me parece deleznable, artificial y ridícula la tesis de la objetividad de los historiadores, sino porque considero evidente el lirismo de todas las más geniales reconstrucciones históricas. La historia, en gran proporción, es puro subjetivismo y, en algunos casos, es casi pura poesía. Los sedicentes historiadores objetivos no sirven sino para acopiar pacientemente, expurgando sus amarillos folios e infolios, los datos y los elementos que, más tarde, el genio lírico del reconstructor empleará, o desdeñará, en la elaboración de su síntesis, de su épica.

Sobre el pueblo incaico, por ejemplo, los cronistas y sus comentaristas han escrito muchas cosas fragmentarias. Pero no nos han dado una verdadera teoría, una completa concepción de la civilización incaica. Y en realidad, ya no nos preocupa demasiado el problema de saber cuántos fueron los incas ni cuál fue la esposa predilecta de Huayna Cápac, cuyo romance erótico no nos interesa sino muy relativamente. Nos preocupa, más bien, el problema de abarcar íntegramente, aunque sea a costa de secundarios matices, el panorama de la vida quechua. Por esto, los ensayos de interpretación que Valcárcel define y presenta como "algunas captaciones del espíritu que la animó", poseen un fuerte y noble interés.

Valcárcel, henchido de emoción quechua, parece destinado a escribir el poema del pueblo del sol más que su historia. Su libro no es en ningún instante una crítica. Es siempre una apología. Tiene una constante entonación de canto. Domina su prosa y su pensamiento el afán de poetizar la historia del Tawantinsuyu y la vida del indio. Pero esta lírica exaltación logra acercarnos a la íntima verdad indígena mucho más que la gélida crítica del observador ecuánime. Valcárcel interpreta a su pueblo con la misma pasión que los poetas judíos interpretan al pueblo del Señor.

### II

Si Valcárcel fuese un racionalista y un positivista, de esos que exasperan la ironía de Bernard Shaw, nos hablaría, después

de calarse las gruesas gafas del siglo XIX, de "animismo" y de "totemismo" indígenas. Su erudita investigación habría sido, en ese caso, un sólido aporte al estudio científico de la religión y de los mitos de los antiguos peruanos. Pero entonces Valcárcel no habría escrito, probablemente, "Los hombres de piedra". Ni habría señalado con tan religiosa convicción, como uno de los rasgos esenciales del sentimiento indígena, el franciscanismo del quechua. Y, por consiguiente, su versión del espíritu del Tawantinsuyu no sería total.

La teoría del "animismo" nos enseña que los indios, como otros hombres primitivos, se sentían instintivamente inclinados a atribuir un ánima a las piedras. Esta es, ciertamente, una hipótesis muy respetable de la ciencia contemporánea. Pero la ciencia mata la leyenda, destruye el símbolo. Y, mientras la ciencia, mediante la clasificación del mito de los "hombres de piedra" como un simple caso de animismo, no nos ayuda eficazmente a entender el Tawantinsuyu, la leyenda o la poesía nos presentan, cuajado en ese símbolo, su sentimiento cósmico.

Este símbolo está preñado de ricas sugerencias. No sólo porque, como dice Valcárcel, ese símbolo expresa que el indio no se siente hecho de barro vil sino de piedra perenne, sino sobre todo porque demuestra que el espíritu de la civilización incaica es un producto de los Andes.

El sentimiento cósmico del indio está íntegramente compuesto de emociones andinas. El paisaje andino explica al indio y explica al Tawantinsuyu. La civilización incaica no se desarrolló en la altiplanicie ni en las cumbres. Se desarrolló en los valles templados de la sierra —Valcárcel, certeramente, lo remarca—. Fue una civilización crecida en el regazo abrupto de los Andes. El imperio incaico, visto desde nuestra época, aparece en la lejanía histórica como un monumento granítico. El propio indio tiene algo de la piedra. Su rostro es duro como el de una estatua de basalto. Y, por esto, es también enigmático. El enigma del Tawantinsuyu no hay que buscarlo en el indio. Hay que buscarlo en la piedra. En el Tawantinsuyu, la vida brota de los Andes.

La ciencia misma, si se le explota un poco, coincide con la poesía respecto a los orígenes remotos del Perú. Según

la palabra de la ciencia, el Ande es anterior a la floresta y a la costa. Los aludes andinos han formado la tierra baja. Del Ande han descendido, en seculares avalanchas, la piedra y la arcilla, sobre las cuales fructifican ahora los hombres, las plantas y las ciudades.

Y la dualidad de la historia y del alma peruanas, en nuestra época, se precisa así como un conflicto entre la forma histórica que se elabora en la costa y el sentimiento indígena que sobrevive en la sierra hondamente enraizado en la naturaleza. El Perú actual es una formación costeña. La nueva peruanidad se ha sedimentado en la tierra baja. Ni el español y el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes. En los Andes, el español no fue nunca sino un *pioneer* o un misionero. El criollo lo es también hasta que el ambiente andino extingue en él al conquistador y crea, poco a poco, un indígena. Este es el drama del Perú contemporáneo. Drama que nace, como escribí hace poco, del pecado de la conquista. Del pecado original transmitido a la república, de querer constituir una sociedad y una economía peruana "sin el indio y contra el indio".

### III

Pero estas constataciones no deben conducirnos a la misma conclusión que a Valcárcel. En una página de su libro, Valcárcel quiere que repudiemos la corrompida, la decadente civilización occidental. Esta es una conclusión legítima en el libro lírico de un poeta. Me explico, perfectamente, la exaltación de Valcárcel. Puesto en el camino de la alegoría y del símbolo, como medio de entender y de traducir el pasado, es natural pretender, por el mismo camino, la búsqueda del porvenir. Mas, en esta dirección, los hombres realistas tienen que desconfiar un poco de la poesía pura.

Valcárcel va demasiado lejos, como casi siempre que se deja rienda suelta a la imaginación. Ni la civilización occidental está tan agotada y putrefacta como Valcárcel supone; ni una vez adquirida su experiencia, su técnica y sus ideas, el Perú puede renunciar místicamente a tan válidos y preciosos

instrumentos de la potencia humana, para volver, con áspera intransigencia, a sus antiguos mitos agrarios. La conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La república, tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla.

*Mundial*. Año VI. Nº 274. Lima, 11 setiembre de 1925.

*Peruanicemos al Perú*. Lima, Editorial Minerva, 1986. pp. 85-90.

## 61/. LOS NUEVOS ASPECTOS DE LA BATALLA FASCISTA

El fascismo es la reacción, como casi todos lo saben o casi todos creen saberlo. Pero la compleja realidad del fenómeno fascista no se deja captar íntegramente en una definición simplista y esquemática. El Directorio también es la reacción. Y, sin embargo, no se puede estudiar la reacción en el Directorio como en el fascismo. No sólo por desdén de la estupidez fanfarrona y condecorada de Primo de Rivera y de sus secuaces. No sólo por la convicción de que estos mediocrísimos tartarines son demasiado insignificantes y triviales para influir en el curso de la historia. Sino, sobre todo, porque el fenómeno reaccionario debe ser considerado y analizado ahí donde se manifiesta en toda su potencia, ahí donde señala la decadencia de una democracia antes vigorosa, ahí donde constituye la antítesis y el efecto de un extenso y profundo fenómeno revolucionario.

En Italia, la reacción nos ofrece su experimento máximo y su máximo espectáculo. El fascismo italiano representa, plenamente, la antirrevolución o, como se prefiera llamarla, la contrarrevolución. La ofensiva fascista se explica, y se

ple, en Italia, como consecuencia de una retirada o una derrota revolucionaria. El régimen fascista no se ha incubado en un casino. Se ha plasmado en el seno de una generación y se ha nutrido de las pasiones y de la sangre de una espesa capa social. Ha tenido, cual animador, cual caudillo, a un hombre del pueblo, intuitivo, agudo, vibrante, ejercitado en el dominio y en el comando y en la seducción de la muchedumbre, nacido para la polémica y para el combate y que, excluido de las filas socialistas, ha querido ser el *condottiere*, rencoroso e implacable, del antisocialismo y ha marchado a la cabeza de la antirrevolución con la misma exaltación guerrera con que le habría gustado marchar a la cabeza de la revolución. El régimen fascista, finalmente, ha sustituido, en Italia, a un régimen parlamentario y democrático mucho más evolucionado y efectivo, que el asaz embrionario y ficticio, liquidado, o simplemente interrumpido, en España, por el general Primo de Rivera. En la historia del fascismo, en suma, se siente latir activa, compacta y beligerante, la totalidad de las premisas y de los factores históricos y románticos, materiales y espirituales de una antirrevolución. El fascismo se formó en un ambiente de inminencia revolucionaria —ambiente de agitación, de violencia, de demagogia y de delirio— creado física y moralmente por la guerra, alimentado por la crisis post-bélica, excitado por la revolución rusa. En este ambiente tempestuoso, cargado de electricidad y de tragedia, se templaron sus nervios y sus bastones, y de este ambiente recibió la fuerza, la exaltación y el espíritu. El fascismo, por el concurso de estos varios elementos, es un movimiento, una corriente, un proselitismo.

El experimento fascista, cualquiera sea su duración, cualquiera sea su desarrollo, aparece inevitablemente destinado a exasperar la crisis contemporánea, a minar las bases de la sociedad burguesa, a mantener la inquietud post-bélica. La democracia emplea contra la revolución proletaria las armas de su criticismo, su racionalismo, su escepticismo. Contra la revolución moviliza a la inteligencia e invoca la cultura. El fascismo, en cambio, al misticismo revolucionario opone un misticismo reaccionario y nacionalista. Mientras los críticos

"liberales" de la revolución rusa condenan en nombre de la civilización el culto de la violencia, los capitanes del fascismo lo proclaman y lo predicán como su propio culto. Los teóricos del fascismo niegan y detractan las concepciones historicistas y evolucionistas que han mecido, antes de la guerra, la prosperidad y la digestión de la burguesía y que, después de la guerra, han intentado renacer reencarnadas en la democracia y en la nueva libertad de Wilson y en otros evangelios menos puritanos.

El misticismo reaccionario y nacionalista, una vez instalado en el poder, no puede contentarse con el modesto oficio de conservar el orden capitalista. El orden capitalista es demoliberal, es parlamentario, es reformista o transformista. Es, en el terreno económico o financiero, más o menos internacionalista. Es, sobre todo, un orden consustancial con la "vieja política". ¿Y qué misticismo reaccionario o nacionalista no se amasa con un poco de odio o detracción de la "vieja política" parlamentaria y democrática, acusada de abdicación o de debilidad ante la "demagogia socialista" y el "peligro comunista"? ¿No es éste, tal vez, uno de los más monótonos *ritornellos* de las derechas francesas, de las derechas alemanas, de todas las derechas? Por consiguiente, la reacción, arribada al poder, no se conforma con *conservar*; pretende *rehacer*. Puesto que reniega el presente, no puede conservarlo ni continuarlo: tiene que tratar de rehacer el pasado. El pasado que se condensa en estas normas: principio de autoridad, gobierno de una jerarquía, religión del Estado, etc. O sea, las normas que la revolución burguesa y liberal desgarró y destruyó porque entrababan el desarrollo de la economía capitalista. Y acontece, por tanto, que, mientras la reacción se limita a decretar el ostracismo de la libertad y a reprimir la revolución, la burguesía bate palmas; pero luego, cuando la reacción empieza a atacar los fundamentos de su poder y de su riqueza, la burguesía siente la necesidad urgente de licenciar a sus bizarros defensores.

La experiencia italiana es extraordinariamente instructiva a este respecto. En Italia, la burguesía saludó al fascismo como a un salvador. La *Terza Italia* cambió la garibaldina

camisa roja por la mussoliniana camisa negra. El capital industrial y agrario financiaron y armaron a las brigadas fascistas. El golpe de Estado fascista obtuvo el consenso de la mayoría de la cámara. El liberalismo se inclinó ante el principio de autoridad. Pocos liberales, pocos demócratas, rehusaron enroscarse en el séquito del Duce. Entre los parlamentarios, Nitti, Amendola, Albertini. Entre los escritores, Guglielmo Ferrero, Mario Missiroli, algunos otros. Los clásicos líderes del liberalismo —Salandra, Orlando, Giolitti—, con más o menos intensidad, concedieron su confianza a la dictadura. Transitoriamente, la adhesión o la confianza de esa gente resultó embarazosa para el fascismo; le imponía un trabajo de absorción, superior a sus fuerzas, superior a sus posibilidades. El espíritu fascista no podía actuar libremente si no digería y absorbía antes el espíritu liberal. En la imposibilidad de elaborarse una ideología propia, el fascismo corría el riesgo de adoptar, más o menos atenuada, la ideología liberal que la envolvía.

La tormenta política desencadenada por el asesinato de Matteotti aportó una solución para este problema. El liberalismo se separó del fascismo. Giolitti, Orlando, Salandra, *Il Giornale d'Italia*, etc., asumieron una actitud de oposición. No siguieron al bloque de oposición a su retiro del Aventino. Permanecieron en la cámara. Parlamentarios orgánicos, no podían hacer otra cosa. El fascismo quedó aislado. A sus flancos no continúan sino algunos liberales-nacionales y algunos católicos-nacionales, esto es, los elementos más nacionalistas y conservadores de los antiguos partidos.

Las oposiciones esperaban forzar así al fascismo a dejar el poder. Pensaban que, hecho el vacío a su alrededor, el fascismo caería automáticamente. Los comunistas combatieron esta ilusión. Propusieron a la oposición del Aventino su constitución en parlamento del pueblo. Frente al parlamento fascista de Montecitorio debía funcionar el parlamento antifascista del Aventino. Había que llevar, a sus últimas consecuencias políticas e históricas, el boicot de la cámara. Pero ésta era, franca y neta, la vía de la revolución. Y el bloque del Aventino no es revolucionario. Se siente y se proclama

"normalizador". La invitación comunista no pudo, pues, ser aceptada. El bloque del Aventino se contentó con plantear la famosa cuestión moral: la oposición aventiniana rehusaba volver a la cámara mientras ejerciesen el poder, cubiertos por el voto de su mayoría, los hombres sobre quienes pesaba la responsabilidad del asesinato de Matteotti, responsabilidad que bajo un gobierno fascista, la justicia se encontraba coactada para esclarecer y examinar.

Mussolini respondió a esta declaración de intransigencia con una maniobra política. Envío a la cámara un proyecto de ley electoral. En la práctica parlamentaria italiana este trámite precede y anuncia la convocatoria a elecciones políticas. ¿Se abstendrían también los partidos del Aventino de concurrir a las elecciones? El bloque se ratificó en su intransigencia. Insistió en la tacha moral. La prensa de oposición publicó un memorial de Cessare Rossi, escrito por éste antes de su arresto, en el cual el presunto mandante del asesinato de Matteotti acusa a Mussolini. La tacha estaba documentada. Pero la dialéctica de la oposición reposaba en un equívoco. La cuestión moral no podía dominar la cuestión política. Tenía, antes bien, que suceder lo contrario. La cuestión moral era impotente para decidir al fascismo a marcharse del gobierno.

Mussolini se lo recordó a la oposición en su acribe discurso del 3 de enero en la cámara. El preámbulo de su discurso fue la lectura del artículo 47 del Estatuto de Italia que otorga a la Cámara de Diputados el derecho de acusar a los ministros del rey y de enviarlos ante la alta Corte de Justicia. "Pregunto formalmente —dijo— si en esta cámara o fuera de aquí existe alguien que se quiera valer del artículo 47". Y, luego, con dramática entonación, reclamó para sí todas las responsabilidades del fascismo. "Si el fascismo —declaró— no ha sido sino óleo de ricino y cachiporra, y no una pasión soberbia de la mejor juventud italiana, ¡a mí la culpa! Si el fascismo ha sido una asociación de delinquir, bien ¡yo soy el jefe y el responsable de esta asociación de delinquir! Si todas las violencias han sido el resultado de un determinado clima histórico, político y moral, bien, ¡a mí la responsabilidad, porque este clima histórico, político y moral lo he creado yo!"

Y anunció, en seguida, que en cuarentiocho horas la situación quedaría aclarada. ¿Cómo ha cumplido su palabra? En una manera tan simple como notoria. Sofocando casi totalmente la libertad de prensa. La oposición, privada casi de la tribuna de la prensa, resulta perentoria y rudamente invitada a tornar a la tribuna del parlamento. En el Aventino se prepara ya el retorno a la cámara.

En un reciente artículo de la revista *Gerarchia*, titulado "Elogio de los gregarios", Mussolini revista marcialmente las peripecias de la batalla. Polemiza con la oposición. Y exalta la disciplina de sus tropas. "La disciplina del fascismo —escribe— tiene verdaderamente aspectos de religión". En esta disciplina reconoce "el ánimo de la gente que en las trincheras ha aprendido a conjugar, en todos los modos y tiempos, el verbo sagrado de todas las religiones: obedecer" y "el signo de la nueva Italia que se despoja, de una vez por todas, de la vieja mentalidad anarcoide con la intuición de que, únicamente en la silenciosa coordinación de todas las fuerzas, a las órdenes de uno solo, está el secreto perenne de toda victoria".

Aislado, bloqueado, boicoteado, el fascismo deviene más beligerante, más combativo, más intransigente. La oposición liberal y democrática lo ha devuelto a sus orígenes. El ensayo reaccionario, libre del lastre que antes lo entrababa y enervaba interiormente, puede ahora cumplirse en toda su integridad. Esto explica el interés que, como experiencia histórica, tiene para sus contemporáneos la batalla fascista.

El fascismo, que durante dos años se había contentado casi con representar en el poder el papel de gendarme del capitalismo, pretende hoy reformar sustancialmente el Estatuto de Italia. Se propone, según sus líderes y su prensa, crear el Estado fascista. Insertar la revolución fascista en la Constitución italiana. Una comisión de dieciocho legisladores fascistas, presidida por el filósofo Giovanni Gentile, prepara esta reforma constitucional. Farinacci, líder del extremismo fascista, llamado en esta emergencia a la secretaría general del partido, declara que el fascismo "ha perdido dos años y medio en el poder". Ahora, liberado de la pesada alianza

de los liberales, purgado de los residuos de la vieja política, se propone recuperar el tiempo perdido. Todos los capitanes del fascismo hablan un lenguaje más exaltado y místico que nunca. El fascismo quiere ser una religión. Giovanni Gentile, en un ensayo sobre los "caracteres religiosos de la presente lucha política", observa que "hoy se rompen, en Italia, a causa del fascismo, aquellos que parecían hasta ayer los más sólidos vínculos personales de amistad y de familia". Y de esta guerra, el filósofo del idealismo no se duele. El filósofo del idealismo es, desde hace algún tiempo, el filósofo de la violencia. Recuerda, en su ensayo, las palabras de Jesucristo: *Non veni pacem mittere, sed gladium. Ignem veni mittere in terram*. Y remarca, a propósito de la cuestión moral, que "esta tonalidad religiosa de la psicología fascista ha generado la misma tonalidad en la psicología antifascista".

Giovanni Gentile, poseído de la fiebre de su facción, exagera ciertamente. En el Aventino no ha prendido aún la llama religiosa. Menos aún ha prendido, no puede prender, en Giolitti. Giolitti y el Aventino representan el espíritu y la cultura demo-liberales con todo su escepticismo, con todo su racionalismo, con todo su criticismo. La lucha presente devolverá al espíritu liberal un poco de su antigua fuerza combativa. Pero no logrará que renazca como fe, como pasión, como religión. El programa del Aventino y de Giolitti es la "normalización". Y por su mediocridad, este programa no puede sacudir a las masas, no puede exaltarlas, no puede conducir las contra el régimen fascista. Sólo en el misticismo revolucionario de los comunistas se constatan los caracteres religiosos que Gentile descubre en el misticismo reaccionario de los fascistas. La batalla final no se librará, por esto, entre el fascismo y la democracia.

*La escena contemporánea*. Lima, Editorial Minerva, 1982. pp. 47-55.

(Versión corregida por el autor.)

## 62/. LA AGONIA DEL CRISTIANISMO DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Lo primero que nos recuerda este último libro de don Miguel de Unamuno es que su autor no es sólo filósofo sino también filólogo. Unamuno es un maestro en el arte de animar o reanimar las palabras. La palabra agonía, en el ardiente y viviente lenguaje de Unamuno, recobra su acepción original. Agonía no es preludio de la muerte, no es conclusión de la vida. *Agonía* —como Unamuno escribe en la introducción de su libro— quiere decir lucha. Agoniza aquel que vive luchando: luchando contra la vida misma. Y contra la muerte.

El tema del libro de Unamuno no es el tramonto del cristianismo, sino su lucha. Tiene Unamuno una inteligencia demasiado apasionada, demasiado impetuosa, para oficiar hieráticamente la misa de réquiem de una decadencia, de un crepúsculo. Unamuno no se sentirá nunca acabar en ningún *untergang*. Para él la muerte es vida y la vida es muerte. Su alma, llena al mismo tiempo de esperanza y de desesperanza, es un alma que, como la de Santa Teresa, «muere de no morir». Es el propio Unamuno quien evoca la frase de la agonista de Avila. La frase, no: la agonía. ¡Morir de no morir! ¿No es ésta también la angustia de nuestra época, de nuestra civilización? ¿No es éste también el drama de Occidente? ¿Por qué nos parece tan terriblemente actual este grito agónico, esta frase agónica, esta emoción agónica? Un poeta superrealista francés —poeta de la nueva generación— ha escrito últimamente un libro con este título: *Mourir de no pas mourir*. Otra alma agónica, como la de Unamuno, se agita en ese libro. Pero esta constatación nos mueve a otra: la de que el sabio sexagenario de Salamanca y el poeta superrealista de París coinciden en Santa Teresa. Y en esto no es posible no ver un signo. Unamuno tiene algo de iluminado, algo de profético. En su pensamiento se descubre siempre alguna vaga pero cierta anticipación del porvenir. Varios años antes de la guerra, cuando el Occidente se mecía aún en sus ilusiones positivistas, cuando el espíritu de Sancho parecía regir la historia,



don Miguel de Unamuno predicó el evangelio de Don Quijote. Entonces el mundo se creía lejano de un retorno al donquijotismo, de una vuelta al romanticismo. Y el evangelio de Unamuno no fue entendido sino por unos cuantos alucinados, por unos cuantos creyentes. Mas hoy que por los caminos del mundo pasa de nuevo el Caballero de la Triste Figura, son muchos los que recuerdan que el filósofo de Salamanca anunció su venida. Que el maestro de Salamanca presintió y auguró una parte de esta tragedia de Europa, de este *Untergang des Abendlandes*, de esta agonía de la civilización occidental.

«Lo que yo te voy a exponer aquí, lector —dice Unamuno en su libro—, es mi agonía, mi lucha cristiana, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada instante de mi vida». ¿Qué es el cristianismo, según Unamuno? Unamuno afirma que Cristo vino a traernos la agonía, la lucha y no la paz. Y nos remite a las palabras del Evangelio en que Jesús nos dice que no trae la paz sino la espada y el fuego. Invocación en la que tampoco está solo. Nunca han parecido tan vivas como hoy estas palabras de Cristo. Giovanni Gentile, filósofo de la violencia, milite del fascismo, las ha arrojado como una tea en la batalla de su patria, en la agonía de su Italia: «*Non veni pacem mittere sed gladium. Ignem veni mittere in terram*». Voces que vienen de diferentes puntos del espíritu se encuentran sin buscarse, sin llamarse, combatiéndose, contrastándose.

Unamuno piensa, como es lógico, que «hay que definir al cristianismo agónicamente, polémicamente, en función de lucha». (Así es, sin duda, como hay que definir no sólo al cristianismo sino toda religión, todo evangelio.) «El cristianismo, la cristiandad —escribe Unamuno— desde que nació en San Pablo, no fue una doctrina aunque se expresase dialécticamente: fue vida, lucha, agonía. La doctrina era el Evangelio, la Buena Nueva. El cristianismo, la cristiandad, fue una preparación a la muerte y a la resurrección, a la vida eterna». Y, más adelante, agrega: «San Pablo, el judío fariseo espiritualista, buscó la resurrección de la carne en Cristo, la buscó en la inmortalidad del alma cristiana, de la historia».

Y Unamuno, en este punto, nos advierte que por histórico no entiende lo real sino lo ideal.

Explicándonos su pensamiento sobre la historia que, de "otra parte es realidad, tanto o más que la naturaleza", Unamuno recae en una interpretación equivocada del marxismo. «Las doctrinas personales de Karl Marx —escribe— el judío saduceo que creía que las cosas hacen a los hombres, han producido cosas. Entre otras la actual Revolución rusa». Lenin estaba mucho más cerca de la realidad histórica cuando, al observársele que se alejaba de la realidad, replicó: «¡Tanto peor para la realidad!». Este mismo concepto sobre Marx había aflorado ya en otros escritos del autor de *La agonía del cristianismo*. Pero con menos precisión. En este nuevo libro reaparece en dos pasajes. Por consiguiente, urge contestarlo y rebatirlo.

La vehemencia política lleva aquí a Unamuno a una aserción arbitraria y excesiva. No; no es cierto que Karl Marx creyese que las cosas hacen a los hombres. Unamuno conoce mal el marxismo. La verdadera imagen de Marx no es la del monótono materialista que nos presentan sus discípulos. A Marx hace falta estudiarlo en Marx mismo. Las exégesis son generalmente falaces. Son exégesis de la letra, no del espíritu. ¿Y no es acaso Unamuno el más celoso en prevenirnos, a propósito del cristianismo, contra la inanidad y contra la falacia de la letra? En su libro, uno de los mejores capítulos es tal vez el que habla del verbo y la letra. «En San Pablo —dice Unamuno— el Verbo se hace letra, el Evangelio deviene libro, deviene Biblia. Y el protestantismo comienza la tiranía de la letra». «La letra —agrega luego— es muerte: en la letra no se puede buscar la vida». Marx no está presente, en espíritu, en todos sus supuestos discípulos y herederos. Los que lo han continuado no han sido los pedantes profesores tudescos de la teoría de la plusvalía, incapaces de agregar nada a la doctrina, dedicados sólo a limitarla, a estereotiparla; han sido, más bien, los revolucionarios, tachados de herejía, como Georges Sorel —otro agonizante, diría Unamuno— que han osado enriquecer y desarrollar las consecuencias de la idea marxista. El "materialismo histórico" es mucho menos ma-



terialista de lo que comúnmente se piensa. Un filósofo liberal, un filósofo idealista, Benedetto Croce, le hace a este respecto plena justicia. «Es evidente —escribe Croce— que la idealidad o el absolutismo de la moral, en el sentido filosófico de tales palabras, es premisa necesaria del socialismo. El interés que nos mueve a construir un concepto de la plusvalía, ¿no es acaso un interés moral o social, como se quiera llamarlo? En pura economía, ¿se puede hablar de plusvalía? ¿No vende el proletario su fuerza de trabajo propia por lo que vale, dada su situación en la presente sociedad? Y, sin esta premisa moral, ¿cómo se explicaría junto con la acción política de Marx, el tono de violenta indignación y de sátira amarga que se advierte en cada página de *El capital*?». Y Adriano Tilgher, que prologa una traducción de Unamuno al italiano —*La Sfinge senza Edipo*—, en sus ensayos críticos de marxismo y socialismo dice: «Marx no es un puro economista, ni un puro sociólogo, ni un puro historicista: él no se contenta simplemente con describir la realidad social como era en sus tiempos y con extraer de la observación del presente las leyes empíricas de sus transformaciones por venir: él es esencialmente un revolucionario, cuya mirada está obstinadamente fija en lo que *debe ser*». Yo estoy seguro de que si Unamuno medita más hondamente en Marx descubrirá en el creador del materialismo histórico no un judío saduceo, materialista, sino, más bien, como un Dostoievski, un cristiano, un alma agónica, un espíritu polémico. Y que quizá le dará razón a Vasconcelos cuando afirma que el atormentado Marx está más cerca de Cristo que el doctor de Aquino.

En este libro, como en todos los suyos, Unamuno concibe la vida como lucha, como combate, como agonía. Esta concepción de la vida que contiene más espíritu revolucionario que muchas toneladas de literatura socialista nos hará siempre amar al maestro de Salamanca. «Yo siento —escribe Unamuno— a la vez la política elevada a la altura de la religión y a la religión elevada a la altura de la política». Con la misma pasión hablan y sienten los marxistas, los revolucionarios. Aquellos en quienes el marxismo es espíritu, es verbo. Aquellos en quienes el marxismo es lucha, es agonía.

*Variedades*. Año XXII, Nº 931. Lima, 2 enero de 1926.

*Signos y obras*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 116-120.

### 63/. LA CRISIS ALEMANA Y EL REGIMEN PARLAMENTARIO

La prolongada y exasperante crisis ministerial, resuelta en Alemania, después de una serie de maniobras y de fintas de los grupos parlamentarios, con el feble ministerio Luther, ha venido, casi en seguida de una análoga crisis francesa, a ratificar todo lo que ya sabíamos sobre la crisis del parlamentarismo. En Alemania, para obtener la mediocre y precaria solución Luther ha sido preciso que el mariscal Hindenburg, con un acento un poco marcial y bronco, recuerde a los partidos centristas, reacios a concertarse, el categórico dilema: parlamento o dictadura. Hindenburg, con esta admonición, ha dado a entender demasiado claramente su inclinación, prudente y mesurada pero firme, por el segundo término.

El parlamento no puede producir en Alemania un ministerio sostenido por una sólida mayoría. El bloque de derechas que llevó a Hindenburg a la presidencia del imperio está en minoría en el Reichstag. El bloque democrático y republicano que opuso la candidatura centrista de Marx a la candidatura derechista de Hindenburg, se encuentra, desde hace algún tiempo, roto, a consecuencia de un progresivo y lógico viraje a derecha de los partidos demócrata y católico. Por consiguiente, la única fórmula ministerial posible es la que ha producido penosamente esta crisis. Un ministerio de tipo más burocrático que político, salido de una combinación, no muy segura, de las derechas moderadas (partido popular alemán y partido popular bávaro) y de las izquierdas burguesas (partido demócrata y centro católico.)

Este ministerio más o menos centrista no tiene mayoría en el Reichstag. Pero, en cambio, no tiene tampoco una oposición compacta. Sus adversarios se reparten entre las dos alas extremas de la cámara. Son, a la derecha, los nacionalistas y los fascistas; a la izquierda, los socialistas y los comunistas.

Y estas dos, o cuatro, oposiciones, consideran los problemas y los negocios del Estado alemán desde diversos y opuestos puntos de vista.

La vida de un ministerio minoritario se explica por esta pluralidad y este antagonismo de las fuerzas adversarias. El ministerio vive del perenne desacuerdo entre las dos extremas. Su política consiste en buscar, en unos casos, el apoyo de la derecha y, en otros casos, el de la izquierda. Es una política de balancín y de equilibrio que debe esquivar, a toda costa, el riesgo de una votación en que las dos extremas puedan encontrarse, en algún modo, de acuerdo en el sí o en el no, aunque partan, como es natural, de principios radicalmente adversos.

Luther cree contar con los nacionalistas para la aprobación de su política interna y con los socialistas para la de su política exterior. Sobre este cálculo reposa toda la combinación ministerial que preside y dirige. Su política debe ser, con una curiosa equidad, reaccionaria dentro, democrática fuera. (Nada más alemán que esto, observarán socarronamente los franceses.)

Pero este mecanismo de péndulo es, en la práctica, excesivamente delicado. La menor arritmia puede malograrlo. El gabinete es una nave que navega entre dos filas de arrecifes y que, para evitarlos, debe virar con precisión matemática unas veces a la derecha y otras veces a la izquierda. Al menor golpe de timón equivocado, encallará a un lado o a otro.

El régimen parlamentario se ha salvado una vez más en Alemania; pero esta vez, en verdad, se ha salvado en una tabla. El tono y los bigotes militares de Hindenburg no permiten, además, hacerse demasiadas ilusiones sobre su seguridad en las futuras tempestades. La primera tempestad que turbe demasiado sus nervios puede decidir a Hindenburg a echarlo por la borda.

Los partidarios del parlamentarismo tienen razón para mostrarse melancólicos. Su sistema funciona todavía, regularmente, en la Gran Bretaña. Pero también ahí, cuando la amenaza de una huelga de mineros constriñe al gobierno conservador a una concesión al laborismo, el rol decisivo de

la mayoría parlamentaria aparece asaz desmedrado y disminuido.

Hasta hace poco los partidarios del parlamentarismo se mantenían optimistas sobre el porvenir del régimen. Constatando los efectos del sistema de la representación proporcional, decían que había terminado la época de los gobiernos de partido y que había empezado la época de coalición. Eso era todo. Pero los gobiernos de coalición funcionan cada día peor y menos. No sólo es excesivamente difícil sostenerlos. Más difícil todavía, si cabe, es componerlos. La alquimia de las coaliciones y de las amalgamas no ha encontrado hasta ahora una fórmula siquiera aproximada.

Por el contrario, la experiencia de los años post-bélicos ha probado la imposibilidad de constituir coaliciones homogéneas y duraderas. Como lo observa en Francia un diputado reaccionario, Mr. Mandel, las coaliciones no son realizables sino "por un juego de concesiones recíprocas de ventajas descontadas que desgarran la doctrina, disminuyen el valor combativo de los partidos, los solidarizan el uno al otro, en un renunciamiento mutuo y una política negativa". El método de coalición se resuelve en un método de parálisis y de impotencia. Y la inestabilidad de los ministerios acaba, de otro lado, por exasperar a la opinión, por acendrada que sea su educación democrática, hasta persuadirla de la necesidad de una dictadura.

El remedio está para muchos en el abandono del sistema de la representación proporcional. Pero esta solución es de un simplismo extremo. La democracia, el parlamento, conducen fatalmente a la representación proporcional. La representación proporcional es una consecuencia, es un efecto. No se llega a ella por voluntad de los legisladores sino por necesidad del parlamentarismo. Y, en la presente estación del parlamentarismo, no se puede renunciar a la representación proporcional sin renunciar al propio régimen parlamentario. Como lo acaba de recordar Hindenburg a la democracia alemana, no hay modo de escapar al dilema: parlamento o dictadura.

En Alemania se observa, desde hace algún tiempo, un movimiento de concentración burguesa. Los partidos de-

mocráticos de la burguesía se han separado del partido socialista. Del gabinete presidido por Luther, forma parte Marx, el opositor de Hindenburg en las elecciones presidenciales. Marx, ministro de Hindenburg. He ahí, sin duda, un síntoma de que las diversas fuerzas burguesas se reconcilian. Todavía los demócratas y los católicos se sienten demasiado lejos de los nacionalistas, esto es, de la extrema derecha. Pero, de toda suerte, las distancias se han acortado sensiblemente. Y por este camino se puede llegar a la constitución de un frente único de la burguesía.

Pero no se vislumbra, ni aún por este camino, la solución de la crisis del régimen parlamentario. Porque su vida no depende sólo de que crea en él la burguesía sino, sobre todo, de que crea en él la clase trabajadora. En cuanto el parlamento aparezca como un órgano típico del dominio de la burguesía, el socialismo reformista cederá totalmente el campo al socialismo revolucionario. O sea al socialismo que no espera nada del parlamento.

*Variedades.* Año XXII, Nº 935. Lima, 30 enero de 1926.

*Figuras y aspectos de la vida mundial.* Tomo II. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 29-33.

## 64/. UNA ENCUESTA A JOSE CARLOS MARIATEGUI

¿Cómo cambiaron sus rumbos y aspiraciones literarias y se definieron en la forma que hoy se han definido?

— Soy poco autobiográfico. En el fondo, yo no estoy muy seguro de haber cambiado. ¿Era yo, en mi adolescencia literaria, el que los demás creían, el que yo mismo creía? Pienso que sus expresiones, sus gestos primeros no definen a un hombre en formación. Si en mi adolescencia mi actitud fue más literaria y estética que religiosa y política, no hay de qué sorprenderse. Esta es una cuestión de trayectoria y una cuestión de época. He madurado más que cambiado. Lo que

existe en mí ahora, existía embrionaria y larvadamente cuando yo tenía veinte años y escribía disparates de los cuales no sé por qué la gente se acuerda todavía. En mi camino, he encontrado una fe. He ahí todo. Pero la he encontrado porque mi alma había partido desde muy temprano en busca de Dios. Soy un alma agónica como diría Unamuno. (Agonía, como Unamuno con tanta razón lo remarca, no es muerte sino lucha. Agoniza el que combate.) Hace algunos años yo habría escrito que no ambicionaba sino realizar mi personalidad. Ahora, prefiero decir que no ambiciono sino cumplir mi destino. En verdad, es decir la misma cosa. Lo que siempre me habría aterrado es traicionarme a mí mismo. Mi sinceridad es la única cosa a la que no he renunciado nunca. A todo lo demás he renunciado y renunciaré siempre sin arrepentirme. ¿Es por esto por lo que se dice que mis rumbos y aspiraciones han cambiado?

— ¿Cómo hace usted para vivir al corriente de la actualidad internacional y referírnosla sin engañarse y sin engañarnos?

— Trabajar, estudiar, meditar. Alguien me ha atribuido la lectura de revistas checoeslavas y yugoeslavas. Puede usted creerme si le afirmo que mis fuentes de información son menos exóticas y que no conozco lenguas eslavas. Recibo libros, revistas, periódicos de muchas partes, no tantos como quisiera. Pero el dato no es sino dato. Yo no me fío demasiado del dato. Lo empleo como material. Me esfuerzo por llegar a la interpretación.

— ¿Tiene usted comunicación directa con centros, periódicos o personas empeñadas en la labor de justicia social que preocupa a la humanidad en la hora presente?

— Soy perezoso para la correspondencia. Escribo muy pocas cartas. Pero naturalmente vivo en espontánea relación con algunas gentes del extranjero. Con núcleos y revistas de Hispanoamérica sobre todo. También con algunas gentes de Estados Unidos y Europa. Los últimos correos me han traído algunas cartas interesantes. Waldo Frank, el gran norteamericano, agradece, en un artículo mío publicado en el Boletín Bibliográfico de la Universidad de Lima, un saludo de

Sudamérica. Henri Barbusse me escribe: «Más que nunca nos ocupamos de agrupar las fuerzas intelectuales internacionales. Buscamos la fórmula amplia y humana que nos permitirá apoyarnos los unos en los otros y suscitar, entre los trabajadores del espíritu, defensores del porvenir. Para esto me pondré sin duda algún día en relación con usted, pues yo pienso que usted representa en su país los elementos osados y lúcidos que hay que llegar a unir en bloque». Manuel Ugarte, comentando mi libro, me recuerda que él ha sido siempre un hombre de extrema izquierda y que «si los acontecimientos nos ponen en el trance de elegir entre Roma y Moscú», él se pronunciará resueltamente a favor de Moscú.

—¿Cree usted que el nuevo estado de espíritu a que alude Ingenieros se deja sentir entre nosotros?

—Ciertamente. Hay muchas señales de renovación espiritual e ideológica. Yo mismo no soy sino un síntoma. En Lima, en el Cuzco, en Trujillo, en la ciudad y en la aldea, existen hombres que trabajan con la mirada puesta en el porvenir. En el porvenir que será de los que sepan serle fieles. La nueva generación no es una mera frase. Y la calumnian quienes la suponen poseída por un espíritu exclusivamente destructor, iconoclasta, negativo. Al contrario, yo no puedo concebirla sino como una generación eminentemente constructiva. Y muy idealista y muy realista al mismo tiempo. Nada de fórmulas utópicas. Nada de abstracciones brumosas.

—¿Cuál es, en su concepto, el movimiento revolucionario-idealista de mayor trascendencia en los últimos tiempos?

—La revolución rusa, incontestablemente. Lo que no quiere decir que yo no admita y estime el movimiento gandhiano aunque políticamente lo vea fracasado.

—¿Qué libro publicado después de la guerra es el que, a su ver, tiene mayor dosis de humanidad?

—Es difícil responder. Ortega y Gasset nos habla de la deshumanización del arte. Su tesis aparece fundada si se tiene en cuenta sólo algunas corrientes, algunas expresiones de decadencia o de desequilibrio. El más nuevo y más interesante movimiento de la literatura occidental —el su-

prarrealismo— no se conforma con la tesis de la deshumanización del arte. Me parece, más bien, un intento de rehumanización. Hay, por otra parte, mucha humanidad en la obra de Romain Rolland, de Henri Barbusse, de Pierre Hamp, de George Duhamel, por no citar sino especímenes ilustres de la literatura francesa, la más conocida aquí después de la española. ¿Y Leonhard Frank, Waldo Frank, Israel Zangwill, Panait Istrati y el propio Bernard Shaw? Al mismo Pirandello —producto típico de una decadencia— yo no lo encuentro tan antihumano o inhumano como se pretende. Pero, en fin, si usted me pide títulos, citaré al azar: *Der mensch ist gut* de Leonhard Frank, el *Juan Cristóbal* y *L'Ame Enchantée* de Romain Rolland, *Le lin* y toda la serie de *la peine des hommes* de Pierre Hamp, *Les Enchainements* de Henri Barbusse.

—¿Qué libros de esta índole cree usted que deberían ser divulgados entre nosotros?

—Todos los que encierran una verdad honda; todos los que traduzcan una fe apasionada y creadora; todos los que no sean puro diletantismo o *snobismo*.

—¿Por sus conocimientos y vinculaciones puede usted decirme si hay una verdadera organización obrera en el Perú?

—Todavía no. No hay sino embriones, gérmenes de organización. En Lima la organización sindical ha hecho muchos progresos porque aquí hay numeroso proletariado industrial. En las pequeñas ciudades no es posible aún la organización.

—¿Cómo luchar contra el analfabetismo, una de nuestras mayores desgracias?

—No soy de los que piensan que la solución del problema indígena es una simple cuestión de alfabeto. Es, más bien, una cuestión de justicia. No la resolverá, sólo, un ministro de Instrucción Pública. El indio alfabeto no es más feliz ni más libre ni más útil que el indio analfabeto. El ejemplo de México me parece, a este respecto, el más próximo.

—¿Cree usted que hace falta un diario de orientación obrera en el Perú?

—Tan lo creo que inicié hace dos años la fundación de la Editorial Obrera *Claridad*.

—¿Cree usted que existe entre nosotros el feminismo en el verdadero sentido de esta palabra?

—Existen algunas feministas. Pero feminismo —entendido como movimiento orgánico y definido, de espíritu revolucionario— no existe aún.

*Mundial*. Año VII, Nº 319. Lima, 23 julio de 1926.

*La novela y la vida*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 153-161.

## 65/. EL PROCESO DE LA LITERATURA PERUANA

El primer libro de César Vallejo, *Los heraldos negros*, es el orto de una nueva poesía en el Perú. No exagera, por fraterna exaltación, Antenor Orrego, cuando afirma que "a partir de este sembrador se inicia una nueva época de la libertad, de la autonomía poética, de la vernácula articulación verbal".

Vallejo es el poeta de una estirpe, de una raza. En Vallejo se encuentra, por primera vez en nuestra literatura, sentimiento indígena virginalmente expresado. Melgar —signo larvado, frustrado— en sus yaravíes es aún un prisionero de la técnica clásica, un gregario de la retórica Española. Vallejo, en cambio, logra en su poesía un estilo nuevo. El sentimiento indígena tiene en sus versos una modulación propia. Su canto es íntegramente suyo. Al poeta no le basta traer un mensaje nuevo. Necesita traer una técnica y un lenguaje nuevos también. Su arte no tolera el equívoco y artificial dualismo de la esencia y la forma. "La derogación del viejo andamiaje retórico —remarca certeramente Orrego— no era un capricho o arbitrariedad del poeta, era una necesidad vital. Cuando se comienza a comprender la obra de Vallejo, se comienza a comprender también la necesidad de una técnica renovada y distinta". El sentimiento indígena es en Melgar algo que se vislumbra sólo en el fondo de sus versos; en Vallejo es algo que se ve aflorar plenamente al verso mismo cambiando su estructura. En Melgar no es sino el acento; en Vallejo es el verbo. En Melgar, en fin, no es sino queja erótica; en Vallejo es empresa metafísica. Vallejo es un creador absoluto. Los

*heraldos negros* podía haber sido su clásica obra. No por eso Vallejo habría dejado de inaugurar en el proceso de nuestra literatura una nueva época. En estos versos del pórtico de *Los heraldos negros* principia acaso la poesía peruana. (Peruana, es decir, indígena.)

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé.  
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,  
la resaca de todo lo sufrido  
se empozara en el alma... Yo no sé.

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras

en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.  
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;  
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.  
Son las caídas hondas de los Cristos del alma,  
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.

Esos golpes sangrientos son las crepitaciones  
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... Pobre. Vuelve los ojos como  
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;  
vuelve los ojos, locos, y todo lo vivido  
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.  
Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé.

Clasificado dentro de la literatura mundial, este libro, *Los heraldos negros*, pertenece parcialmente, por su título verbigracia, al ciclo simbolista. Pero el simbolismo es de todos los tiempos. El simbolismo, de otro lado, se presta mejor que ningún otro estilo a la interpretación del espíritu indígena. El indio, por animista y bucólico, tiende a expresarse en símbolos e imágenes antropomórficas o campesinas. Vallejo además no es sino en parte simbolista. Se encuentra en su poesía —sobre todo de la primera manera— elementos de simbolismo, tal como se encuentra elementos de expresionismo, de dadaísmo y de suprarrealismo. El valor sustantivo de Vallejo

es el de creador. Su técnica está en continua elaboración. El procedimiento, en su arte, corresponde a un estado de ánimo. Cuando Vallejo en sus comienzos toma en préstamo, por ejemplo, su método a Herrera Reissig, lo adapta a su personal lirismo.

Mas lo fundamental, lo característico en su arte es la nota india. Hay en Vallejo un americanismo genuino y esencial; no un americanismo descriptivo o localista. Vallejo no recurre al folklore. La palabra quechua, el giro vernáculo no se injertan artificiosamente en su lenguaje; son en él producto espontáneo, célula propia, elemento orgánico. Se podría decir que Vallejo no elige sus vocablos. Su autoctonismo no es deliberado. Vallejo no se hunde en la tradición, no se interna en la historia, para extraer de su oscuro substratum perdidas emociones. Su poesía y su lenguaje emanan de su carne y su ánima. Su mensaje está en él. El sentimiento indígena obra en su arte quizá sin que él lo sepa ni lo quiera.

Uno de los rasgos más netos y claros del indigenismo de Vallejo me parece su frecuente actitud de nostalgia. Valcárcel, a quien debemos tal vez la más cabal interpretación del alma autóctona, dice que la tristeza del indio no es sino nostalgia. Y bien, Vallejo es acendradamente nostálgico. Tiene la ternura de la evocación. Pero la evocación en Vallejo es siempre subjetiva. No se debe confundir su nostalgia, concebida con tanta pureza lírica, con la nostalgia literaria de los pasadistas. Vallejo es nostálgico, pero no meramente retrospectivo. No añora el imperio como el pasadismo perricholesco añora al virreinato. Su nostalgia es una protesta sentimental o una protesta metafísica. Nostalgia de exilio; nostalgia de ausencia.

"Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce  
de junco y capulí; (Rita

ahora que me asfixia Bizancio y que dormita  
la sangre como flojo cognac dentro de mí".

("Idilio muerto". *Los heraldos negros*)

"Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa,  
donde nos haces una falta sin fondo.

Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá  
nos acariciaba: "Pero hijos..."

("A mi hermano Miguel". *Los heraldos negros*)

"He almorzado solo ahora, y no he tenido  
madre ni súplica, ni sírvete, ni agua,  
ni padre que en el fecundo ofertorio  
de los choclos pregunte para su tardanza  
de imagen, por los broches mayores del sonido".

(XXVIII. *Trilce*)

"Se acabó el extraño, con quien tarde  
la noche, regresaba parla y parla.  
ya no habrá quien me aguarde,  
dispuesto mi lugar, bueno lo malo.

Se acabó la calurosa tarde;  
tu gran bahía y tu clamor; la charla  
con tu madre acabada  
que nos brindaba un té lleno de tarde".

(XXXIV. *Trilce*)

Otras veces Vallejo presiente o predice la nostalgia  
que vendrá:

"Ausente! La mañana en que a la playa  
de mar de sombra y de callado imperio,  
como un pájaro lúgubre que vaya,  
será el blanco panteón tu cautiverio".

("Ausente". *Los heraldos negros*)

"Verano ya me voy. Y me da pena  
las ramitas sumisas de tus tardes.  
Llegas devotamente; llegas viejo;  
y ya no encontrarás en mi alma a nadie".

("Verano". *Los heraldos negros*)

Vallejo interpreta a la raza en un instante en que todas  
sus nostalgias, punzadas por un dolor de tres siglos, se

exacerban. Pero —y en esto se identifica también un rasgo del alma india— sus recuerdos están llenos de esa dulzura de maíz tierno que Vallejo gusta melancólicamente cuando nos habla del "fecundo ofertorio de los choclos".

*Mundial*. Año VII, Nº 321. Lima, 6 agosto de 1926.

*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 308-312. (Versión corregida por el autor con el título "César Vallejo".)

## IV

## SOCIALISMO E INDIGENISMO

Setiembre 1926 - Marzo 1928

"Los verdaderos revolucionarios no proceden nunca como si la historia empezara con ellos".



## CRONOLOGIA [1926-1927]

1926. Con la fundación de las primeras células de la A.P.R.A., Mariátegui acepta participar desde Lima. En setiembre sale *Amauta*, revista mensual de definición ideológica.
1927. Entre febrero y marzo polemiza sobre el indigenismo con Luis Alberto Sánchez. En junio el gobierno de Leguía denuncia la existencia de un supuesto "complot comunista" e inicia la represión contra los núcleos obreros e intelectuales. Mariátegui es recluido en el Hospital de San Bartolomé. Ante la clausura de la revista *Amauta*, Mariátegui estudia la posibilidad de trasladarse a Buenos Aires o Montevideo. La revista logra reaparecer en diciembre.

## 66/. LA VIDA QUE ME DISTE

Renací en tu carne cuatrocentista como la de la Primavera de Botticelli. Te elegí entre todas, porque te sentí la más diversa y la más distante. Estabas en mi destino. Eras el designio de Dios. Como un batel corsario, sin saberlo, buscaba para anclar la rada más serena. Yo era el principio de muerte; tú eres el principio de vida. Tuve el presentimiento de ti en la pintura ingenua del cuatrocientos. Empecé a amarte antes de conocerte, en un cuadro primitivo. Tu salud y tu gracia antiguas esperaban mi tristeza de sudamericano pálido y cenceño. Tus rurales colores de doncella de Siena fueron mi primera fiesta. Y tu posesión tónica, bajo el cielo latino, enredó en mi alma una serpentina de alegría.

Por ti, mi ensangrentado camino tiene tres auroras. Y ahora que estás un poco marchita, un poco pálida, sin tus antiguos colores de Madonna toscana, siento que la vida que te falta es la vida que me diste.

*Poliedro*. Nº 4. Lima, 20 setiembre de 1926.

*La novela y la vida*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 93-94.

## 67/. PRESENTACION DE AMAUTA

Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa, más bien, un movimiento, un espíritu. En el Perú se siente desde hace algún tiempo una corriente, cada día más vigorosa y definida, de renovación. A los fautores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definiti-

vamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú nuevo dentro del mundo nuevo. La inteligencia, la coordinación de los más volitivos de estos elementos, progresan gradualmente. El movimiento—intelectual y espiritual—adquiere poco a poco organicidad. Con la aparición de *Amauta* entra en una fase de definición.

*Amauta* ha tenido un proceso normal de gestación. No nace de súbito por determinación exclusivamente mía. Yo vine de Europa con el propósito de fundar una revista. Dolorosas vicisitudes personales no me permitieron cumplirlo. Pero este tiempo no ha transcurrido en balde. Mi esfuerzo se ha articulado con el de otros intelectuales y artistas que piensan y sienten parecidamente a mí. Hace dos años, esta revista habría sido una voz un tanto personal. Ahora es la voz de un movimiento y de una generación.

El primer resultado que los escritores de *Amauta* nos proponemos obtener es el de acordarnos y conocernos mejor nosotros mismos. El trabajo de la revista nos solidarizará más. Al mismo tiempo que atraerá a otros buenos elementos, alejará a algunos fluctuantes y desganados que por ahora coquetean con el vanguardismo, pero que apenas éste les demande un sacrificio, se apresurarán a dejarlo. *Amauta* cribará a los hombres de la vanguardia—militantes y simpatizantes—hasta separar la paja del grano. Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración.

No hace falta declarar expresamente que *Amauta* no es una tribuna libre, abierta a todos los vientos del espíritu. Los que fundamos esta revista no concebimos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante, polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas buenas e ideas malas. En el prólogo de mi libro *La escena contemporánea*, escribí que soy un hombre con una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que

no traduce ideología alguna.

Para presentar *Amauta*, están demás las palabras solemnes. Quiero proscribir de esta revista la retórica. Me parecen absolutamente inútiles los programas. El Perú es un país de rótulos y de etiquetas. Hagamos al fin alguna cosa con contenido, vale decir con espíritu. *Amauta* por otra parte no tiene necesidad de un programa; tiene necesidad tan sólo de un destino, de un objeto.

El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la raza, no refleja sino nuestro homenaje al incaísmo. Pero específicamente la palabra *Amauta* adquiere con esta revista una nueva acepción. La vamos a crear otra vez.

El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro. Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo.

Nada más agregaré. Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta de que al Perú le nace en este momento una revista histórica.

*Amauta*. Año I, Nº 1. Lima, setiembre de 1926.

*Ideología y política*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 237-239.

## 68/. ARTE, REVOLUCION Y DECADENCIA

Conviene apresurar la liquidación de un equívoco que desorienta a algunos artistas jóvenes. Hace falta establecer, rectificando ciertas definiciones presurosas, que no todo el arte nuevo es revolucionario, ni es tampoco verdaderamente nuevo.

En el mundo contemporáneo coexisten dos almas, las de la revolución y la decadencia. Sólo la presencia de la primera confiere a un poema o un cuadro valor de arte nuevo.

No podemos aceptar como nuevo un arte que no nos trae sino una nueva técnica. Eso sería recrearse en el más falaz de los espejismos actuales. Ninguna estética puede rebajar el trabajo artístico a una cuestión de técnica. La técnica nueva debe corresponder a un espíritu nuevo también. Si no, lo único que cambia es el paramento, el decorado. Y una revolución artística no se contenta de conquistas formales.

La distinción entre las dos categorías coetáneas de artistas no es fácil. La decadencia y la revolución, así como coexisten en el mismo mundo, coexisten también en los mismos individuos. La conciencia del artista es el circo agonal de una lucha entre los dos espíritus. La comprensión de esta lucha, a veces, casi siempre, escapa al propio artista. Pero finalmente uno de los dos espíritus prevalece. El otro queda estrangulado en la arena.

La decadencia de la civilización capitalista se refleja en la atomización, en la disolución de su arte. El arte, en esta crisis, ha perdido ante todo su unidad esencial. Cada uno de sus principios, cada uno de sus elementos ha reivindicado su autonomía. Secesión es su término más característico. Las escuelas se multiplican hasta lo infinito porque no operan sino fuerzas centrífugas.

Pero esta anarquía, en la cual muere, irreparablemente escindido y disgregado, el espíritu del arte burgués, preludia y prepara un orden nuevo. Es la transición del tramonto al alba. En esta crisis se elaboran dispersamente los elementos del arte del porvenir. El cubismo, el dadaísmo, el expresionismo, etc., al mismo tiempo que acusan una crisis, anuncian una reconstrucción. Aisladamente cada movimiento no trae una fórmula; pero todos concurren —aportando un elemento, un valor, un principio— a su elaboración.

El sentido revolucionario de las escuelas o tendencias contemporáneas no está en la creación de una técnica nueva. No está tampoco en la destrucción de la técnica vieja. Está en el repudio, en el desahucio, en la befa del absoluto burgués.

El arte se nutre siempre, conscientemente o no —esto es lo de menos—, del absoluto de su época. El artista contemporáneo, en la mayoría de los casos, lleva vacía el alma. La literatura de la decadencia es una literatura sin absoluto. Pero así, sólo se puede hacer unos cuantos pasos. El hombre no puede marchar sin una fe porque no tener una fe es no tener una meta. Marchar sin una fe es *patiner sur place*. El artista que más exasperadamente escéptico y nihilista se confiesa es generalmente el que tiene más desesperada necesidad de un mito.

Los futuristas rusos se han adherido al comunismo; los futuristas italianos se han adherido al fascismo. ¿Se quiere mejor demostración histórica de que los artistas no pueden sustraerse a la gravitación política? Máximo Bontempelli dice que en 1920 se sintió casi comunista y en 1923, el año de la marcha a Roma, se sintió casi fascista. Ahora parece fascista del todo. Muchos se han burlado de Bontempelli por esta confesión. Yo lo defiendo: lo encuentro sincero. El alma vacía del pobre Bontempelli tenía que adoptar y aceptar el mito que colocó en su ara Mussolini. (Los vanguardistas italianos están convencidos de que el fascismo es la revolución.)

César Vallejo escribe que, mientras Haya de la Torre piensa que la *Divina comedia* y el *Quijote* tienen un substrato político, Vicente Huidobro pretende que el arte es independiente de la política. Esta aserción es tan antigua y caduca en sus razones y motivos que yo no la concebiría en un poeta ultraísta, si creyese a los poetas ultraístas en grado de discutir sobre política, economía y religión. En esta, como en otras cosas, estoy naturalmente con Haya de la Torre. Si política es para Huidobro, exclusivamente, la del Palais Bourbon, claro está que podemos reconocerle a su arte toda la autonomía que quiera. Pero el caso es que la política, para Haya y para mí, que la sentimos elevada a la categoría de una religión, como dice Unamuno, es la trama misma de la historia. En las épocas clásicas, o de plenitud de un orden, la política puede ser sólo administración y parlamento; en las épocas románticas o de crisis de un orden, la política ocupa el primer plano de la vida.

Así lo proclaman, con su conducta, Louis Aragon,

André Bretón y sus compañeros de la "revolución suprarrealista" —los mejores espíritus de la vanguardia francesa—, marchando hacia el comunismo. Drieu La Rochelle, que cuando escribió *Mesure de la France y Plainte contra inconnu* estaba tan cerca de ese estado de ánimo, no ha podido seguirlos; pero como tampoco ha podido escapar a la política, se ha declarado vagamente fascista y claramente reaccionario.

Ortega y Gasset es responsable, en el mundo hispano, de una parte de este equívoco sobre el arte nuevo. Su mirada, así como no distinguió escuelas ni tendencias, no distinguió, al menos en el arte moderno, los elementos de revolución de los elementos de decadencia. El autor de la *Deshumanización del arte* no nos dio una definición del arte nuevo. Pero tomó como rasgos de una revolución los que corresponden típicamente a una decadencia. Esto lo condujo a pretender, entre otras cosas, que "la nueva inspiración es siempre, indefectiblemente, cómica". Su cuadro sintomatológico, en general, es justo; pero su diagnóstico es incompleto y equivocado.

No basta el procedimiento. No basta la técnica. Paul Morand, a pesar de sus imágenes y de su modernidad, es un producto de decadencia. Se respira en su literatura una atmósfera de disolución. Jean Cocteau, después de haber coqueteado un tiempo con el dadaísmo, nos sale ahora con su *Rappell a l'ordre*.

Conviene esclarecer la cuestión, hasta desvanecer el último equívoco. La empresa es difícil. Cuesta trabajo entenderse sobre muchos puntos. Es frecuente la presencia de reflejos de la decadencia en el arte de vanguardia, hasta cuando, superando el subjetivismo, que a veces lo enfermó, se propone metas realmente revolucionarias. Hidalgo, ubicando a Lenin en un poema de varias dimensiones, dice que los "senos salomé" y la "peluca a la garçonne" son los primeros pasos hacia la socialización de la mujer. Y de esto no hay que sorprenderse. Existen poetas que creen que el *jazz-band* es un heraldo de la revolución.

Por fortuna quedan en el mundo artistas como Bernard Shaw, capaces de comprender que el "arte no ha sido nunca grande cuando no ha facilitado una iconografía para una

religión viva, y nunca ha sido completamente despreciable sino cuando ha imitado la iconografía después que la religión se había vuelto una superstición". Este último camino parece ser el que varios artistas nuevos han tomando en la literatura francesa y en otras. El porvenir se reirá de la bienaventurada estupidez con que algunos críticos de su tiempo los llamaron "nuevos" y hasta "revolucionarios".

*Amauta*. Año I, Nº 3. Lima, noviembre de 1926.

*El artista y la época*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 18-22. (Versión corregida por el autor.)

## 69/. LEVANTE, POR BLANCA LUZ BRUM

Hace poco, en una conversación sobre tópicos literarios, un poeta amigo y yo registrábamos la decadencia de los búhos y los gatos en la poesía. El ciclo del decadentismo de fin de siglo se cierra con la depreciación absoluta de estos animales en el mercado literario. Desde la victoria de la máquina, la fauna en general anda de capa caída. Hemos regresado al antropocentrismo, convalientes de lo que Freud llama la humillación cosmológica de la teoría de Copérnico y la humillación biológica de la teoría de Darwin. La poesía moderna tiene una predilección sintomática: la metáfora antropomórfica.

Pero no menos evidente y mucho más considerable es la decadencia del ocaso, del tramonto, del poniente. Desde que Spengler desarrolló su tesis sobre el *untergang* del Occidente, estos temas literarios no se cotizan así. Debe haber en esto algo de defensa instintiva. No se menciona la cuerda en casa del ahorcado. Spengler enfocó todas las caras de la decadencia. Agotó la cuestión a tal punto que cuando Ortega y Gasset nos habló del "alma desencantada" y del "ocaso de las revoluciones", su réquiem encontró al mundo ávido de ilusión y de esperanza.

Por esto tal vez el alba es ahora el tema predilecto. Ramón Gómez de la Serna hace de su título de "descubridor del alba" la mejor garantía de su modernidad y Blaise Cendrars,

en el libro en que nos cuenta su viaje a Formosa, confiesa también su preferencia por los ortos y cierta desconfianza hacia los ocasos:

«Les couchers de soleil des tropiques  
Qui c'est vrai c'est splendide  
Mais je prefere de beaucoup les levers de soleil  
L'aube  
Je n'en rate pas une».

El libro que Blanca Luz Brum acaba de publicar está de acuerdo con este aspecto de la sensibilidad contemporánea. *Levante* es, por antonomasia, un título de hoy. Y esta actitud es muy propia de Blanca Luz. Su poesía, no obstante la angustia que a ratos la empaña, es su fuerte grito de la vida. No ha venido Blanca Luz al Perú a anunciarnos la muerte del poeta Parra del Riego, sino su vida, su inmortalidad.

*Levante* llega en su hora. La técnica de Blanca Luz es todavía un poco insegura y agreste. Pero en todas sus canciones se reconoce la voz de una verdadera poetisa.

Blanca Luz no es sólo de la tierra de Delmira Agustini; es también de su estirpe. Es un alma encendida, apasionada, dionisiaca. Por esto la siento tan fraterna y amiga. Su dolor, su drama no la han vencido, no la han amargado. Su poesía no es la monótona queja, la plañidera elegía sobre la tumba del esposo. Es que su alma no ha perdido la divina fuerza de crear y esperar. Tal vez nada la expresa como estos versos:

«Yo sé que está la copa  
de mi vida trizada  
por Dios  
y para Dios trunca  
y sin embargo sigo la ruta  
más porfiada  
y espero más que nunca».

La poesía de Blanca Luz no es producto de retorta. Es espontánea y transparente como el agua de un manantial.

Brota de la tierra, brota de su cuerpo, brota de sus sentidos alucinados. Hunde su raíz ávida en la vida. Probablemente porque soy un exaltado, yo amo sobre todo su exaltación. Como amo su panteísmo.

Constato finalmente que en sus versos hay lo menos posible de literatura, de artificio, de escuela.

*Mundial*. Año VII, Nº 342. Lima, 1 enero de 1927.

*Temas de nuestra América*. Lima, Editorial Minerva, 1980 pp. 130-131.

## 70/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A MARIO NERVAL (AUGUSTO BARRIO DE MENDOZA)

Lima, 14 de enero de 1927

Señor Mario Nerval  
Oruro

Estimado compañero y amigo:

Le ruego perdonarme el retardo con que le escribo. Mi excesivo trabajo, agravado por una salud inestable, me impide casi completamente atender a mi correspondencia que, con motivo de la aparición de *Amauta*, se ha hecho excepcional. Su carta, como otras muchas de análogo valor, me complace grandemente, porque me prueba que el esfuerzo que cumplimos en el Perú algunos intelectuales tiene extensa resonancia.

Tenía ya noticias de Ud. Sus cartas completan nuestro conocimiento. Espero y reclamo ahora su colaboración en las páginas de *Amauta*. Nuestra revista debe representar el pensamiento de todos los intelectuales que asumen análoga actitud renovadora.

*Amauta* ha sido entusiastamente recibida en todo el Perú. Su economía está calculada sobre la base de una circulación mínima de 4,000 ejemplares, pues queremos mantenerla al alcance del pueblo. Del número 5 hemos hecho un tiraje de 3,500 ejemplares. Espero, pues fundadamente que pronto

la existencia de la revista pueda quedar asegurada.

Desde el número 3 le hemos enviado diez ejemplares. Y encargué al amigo Urquieta de La Paz que le remitiera diez ejemplares del número 2, ya que parecía que no había colocado todos los que se le enviaron. Por este correo recibirá Ud. además su colección de la edición *Amigos de Amauta*, en la que sólo falta el número 1, próximo a reimprimirse.

Con cordial sentimiento de amistad, me es grato suscribirme de Ud. affmo. compañero.

*Correspondencia.* Tomo I. Lima, Empresa Editora Amauta, 1984. p.

221.

## 71/. MENSAJE AL CONGRESO OBRERO

El primer Congreso Obrero de Lima realizó, dentro de sus medios, su objeto esencial, dando vida a la Federación Obrera Local, célula, núcleo y cimiento de la organización de la clase trabajadora del Perú. Su programa natural, modesto en apariencia, se reducía a este paso. El desarrollo, el trabajo de la Federación Obrera Local, durante estos cinco años, demuestran que en esa asamblea, los trabajadores de vanguardia de Lima, a través de inseguros tanteos, supieron encontrar, finalmente, su camino.

El segundo Congreso llega a su tiempo. Ha tardado un poco; pero no sería justo reprochar esto a sus organizadores. Y sus fines son, lógicamente, nuevos y propios. Se trata ahora de dar un paso más y hay que saberlo dar con resolución y acierto.

La experiencia de cinco años de trabajo sindical en Lima debe ser revisada y utilizada. Proposiciones y debates que en 1922 habrían sido prematuros e inoportunos, pueden ser hoy abordados con los elementos precisos de juicio allegados en este período de lucha. La discusión de las orientaciones, de la *praxis*, no es nunca tan estéril como cuando reposa exclusivamente sobre abstracciones. La historia de los últimos años de crisis mundial, tan grávidos de reflexiones y enseñanzas

para el proletariado, exige de sus conductores un criterio realista. Hay que despojarse radicalmente de viejos dogmatismos, de desacreditados prejuicios y de arcaicas supersticiones.

El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo, comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades. Por eso, después de más de medio siglo de lucha, su fuerza se exhibe cada vez más acrecentada. Los comunistas rusos, los laboristas ingleses, los socialistas alemanes, etc. se reclaman igualmente de Marx. Este solo hecho vale contra todas las objeciones acerca de la validez del método marxista.

El sindicalismo revolucionario, cuyo máximo maestro es Jorge Sorel —menos conocido también por nuestros obreros que sus adjetivos y mediocres repetidores, parafraseadores y falsificadores—, no reniega absolutamente la tradición marxista. Por el contrario, la completa y la amplía. En su impulso, en su esencia, en su fermento, el sindicalismo revolucionario constituyó precisamente un renacimiento del espíritu revolucionario, esto es marxista, provocado por la degeneración reformista y parlamentaria de los partidos socialistas. (De los partidos socialistas; no del socialismo.) Jorge Sorel se sentía idénticamente lejano de los domesticados socialistas del parlamento que de los incandescentes anarquistas del motín y la violencia esporádicos.

La crisis revolucionaria abierta por la guerra ha modificado fundamentalmente los términos del debate ideológico. La oposición entre socialismo y sindicalismo no existe ya. El antiguo sindicalismo revolucionario, en el mismo país donde se pretendía más pura y fielmente soreliano —Francia—, ha envejecido y degenerado no más ni menos que el antiguo socialismo parlamentario, contra el cual reaccionó e insurgió.



Una parte de ese sindicalismo es ahora tan reformista y está tan aburguesado como el socialismo de derecha, con el cual tiernamente colabora. Nadie ignora que la crisis posbélica rompió a la C.G.T. (Confederación General del Trabajo francesa) en dos fracciones, de las cuales una trabaja al lado del Partido Socialista y otra marcha con el Partido Comunista. Viejos líderes sindicales, que hasta hace poco se llenaban la boca con los nombres de Pelloutier y Sorel, cooperan ahora con los más domesticados políticos reformistas del socialismo.

La nueva situación ha traído, pues, una nueva ruptura o, mejor, una nueva escisión. El espíritu revolucionario no está ahora representado por quienes lo representaron antes de la guerra. Los términos del debate han cambiado totalmente. Jorge Sorel, antes de morir, tuvo tiempo de saludar la revolución rusa como la autora de una edad nueva. Uno de sus últimos escritos es su *Defensa de Lenin*.

Repetir los lugares comunes del sindicalismo pre-bélico, frente a una situación esencialmente diversa, es obstinarse en una actitud superada. Es comportarse con absoluta prescindencia del acelerado y convulsivo proceso histórico de los últimos años. Sobre todo cuando los lugares comunes que se repiten no son los del verdadero sindicalismo soreliano, sino los de su mala traducción española o, más bien, catalana. (Si hay algo que aprender del sindicalismo anarquizante de Barcelona, es sin duda la lección de su fracaso.)

El debate programático, entre nosotros, no tiene, además, por qué perderse en divagaciones teóricas. La organización sindical no necesita de etiquetas, sino de espíritu. Ya he dicho en *Amauta* que este es un país de rótulos. Y aquí quiero repetirlo. Extraviarse en estériles debates principistas, en un proletariado donde tan débil arraigo tienen todavía los principios, no serviría sino para desorganizar a los obreros cuando de lo que se trata es, justamente, de organizarlos.

El lema del congreso debe ser *la unidad proletaria*.

Las discrepancias teóricas no impiden concertarse respecto de un programa de acción. El frente único de los trabajadores es nuestro objetivo. En el trabajo de constituirlo, los trabajadores de vanguardia tienen el deber de dar el ejemplo. En la jornada de hoy, nada nos divide: todo nos une.

El sindicato no debe exigir de sus afiliados sino la aceptación del *principio clasista*. Dentro del sindicato caben así los socialistas reformistas como los sindicalistas, así los comunistas como los libertarios. El sindicato constituye, fundamental y exclusivamente, un *órgano de clase*. La *praxis*, la *táctica*, dependen de la corriente que predomine en su seno. Y no hay por qué desconfiar del instinto de las mayorías. La masa sigue siempre a los espíritus creadores, realistas, seguros, heroicos. Los mejores prevalecen cuando saben ser verdaderamente los mejores.

No hay, pues, dificultad efectiva para entenderse acerca del programa de la organización obrera. Están demás todas las discusiones bizantinas sobre metas remotas. El proletariado de vanguardia tiene, bajo los ojos, cuestiones concretas: la organización nacional de la clase trabajadora, la solidaridad con las reivindicaciones de los indígenas, la defensa y fomento de las instituciones de cultura popular, la cooperación con los braceros y yanaconas de las haciendas, el desarrollo de la prensa obrera, etc., etc.

Estas son las cuestiones que deben preocuparnos capitalmente. Los que provoquen escisiones y disidencias, en el nombre de principios abstractos, sin aportar nada al estudio y a la solución de estos problemas concretos, traicionan consciente o inconscientemente la causa proletaria.

Al segundo Congreso Obrero le toca echar la bases de una confederación general del trabajo que reúna a todos los sindicatos y asociaciones obreras de la república que se adhieran a un programa clasista. El objeto del primer congreso fue la organización local; el del segundo debe ser, en lo posible, la organización nacional.

Hay que formar conciencia de clase. Los organizadores saben bien que en su mayor parte los obreros no tienen sino un espíritu de corporación o de gremio. Este espíritu debe ser ensanchado y educado hasta que se convierta en espíritu de clase. Lo primero que hay que superar y vencer es el espíritu anarcoide, individualista, egotista, que además de ser profundamente antisocial, no constituye sino la exasperación y la degeneración del viejo liberalismo burgués; lo segundo que hay que superar es el espíritu de corporación, de oficio, de categoría.

La conciencia de clase no se traduce en declamaciones huecas y estrepitosas. (Resulta sumamente cómico oír, por ejemplo, protestas de internacionalismo delirante y extremista a un hombre, atiborrado de revolucionarismo libresco, que no se ha liberado a veces, en su conducta y en su visión prácticas, de sentimientos y móviles de campanario y de burgo.)

La conciencia de clase se traduce en solidaridad con todas las reivindicaciones fundamentales de la clase trabajadora. Y se traduce, además, en disciplina. No hay solidaridad sin disciplina. Ninguna gran obra humana es posible sin la mancomunidad llevada hasta el sacrificio de los hombres que la intentan.

Antes de concluir estas líneas quiero decir que es necesario dar al proletariado de vanguardia, al mismo tiempo que un sentido realista de la historia, una voluntad heroica de creación y de realización. No basta el deseo de mejoramiento, el apetito de bienestar. Las derrotas, los fracasos del proletariado europeo tienen su origen en el positivismo mediocre con que pácidas burocracias sindicales y blandos equipos parlamentarios cultivaron en las masas una mentalidad sanchopancesca y un espíritu poltrón. Un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos del salario, no será nunca capaz de una gran empresa histórica. Y así como hay que elevarse sobre un positivismo ventral y grosero, hay que elevarse también por encima de sentimientos e intereses negativos, destructores, nihilistas. El espíritu revolucionario es espíritu constructivo. Y el proletariado, lo mismo que la burguesía, tienen sus elementos disolventes, corrosivos, que inconscientemente trabajan por la disolución de su propia clase.

No discutiré en detalle el programa del congreso. Estas líneas de saludo no son pauta sino una opinión. La opinión de un compañero intelectual que se esfuerza por cumplir, sin fáciles declamaciones demagógicas, con honrado sentido de su responsabilidad, disciplinadamente, su deber.

*Amauta.* Año II, Nº 5. Lima, enero de 1927.

*Ideología y política.* Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 111-116.

## 72/. EL CONGRESO ANTI-IMPERIALISTA DE BRUSELAS

La reunión del Congreso Anti-imperialista de Bruselas coincide con un instante de vigorosa ofensiva del imperialismo en todos los frentes en que se organiza, contra sus ataques, el sentimiento nacionalista revolucionario. Inglaterra moviliza buques y soldados contra la China; Estados Unidos desembarca sus tropas en Nicaragua; y su canciller Kellogg amenaza a México, en servicio de los intereses de sus petroleras, contrariados por la nueva legislación mexicana. Al mismo tiempo, Mussolini reclama para Italia las colonias sobre las cuales debe asentarse el imperio fascista.

La derrota de Abd-el-Krim, que ha puesto término a una larga y cruenta guerra colonial, parece haber señalado la inauguración de un período de prepotencia y agresividad imperialista.

El Congreso de Bruselas llega, pues, a tiempo. No es posible confundirlo con una de esas habituales asambleas en que se ejercita, académica e inoportunamente, en un escenario cosmopolita, la retórica de los grandes habladores internacionalistas. La asamblea de Bruselas responde a un apremiante clamor de esta hora.

Convocada y organizada por la Liga Internacional Anti-imperialista, cuenta entre sus patrocinadores a Albert Einstein, a Henri Barbusse, al sabio chino Kuo Meng, rector de una universidad china, a Ledebour, *leader* de los socialistas independientes alemanes y de otros hombres eminentes e idealistas. Participan en sus labores el Kuo-Ming-Tang, el Consejo General de Trabajadores de Pekín, el Partido Nacionalista de Puerto Rico, la Liga Anti-imperialista de América, la A.P.R.A., el Partido Socialista de Persia, las organizaciones revolucionarias y socialistas de la India, el Egipto, la Siria, etc.

Están, por tanto, representados en este congreso todos los pueblos del mundo que combaten por su emancipación del dominio de un imperialismo extranjero.

Todos los pueblos oprimidos por uno de los imperios que se reparten los mercados de producción y de consumo,

fraternizan hoy en Bruselas, donde encuentran la solidaridad de los partidos y de los hombres que, a su turno, luchan en Europa por el establecimiento de un orden nuevo.

Este acontecimiento tiene el más vasto alcance histórico. Por primera vez la cuestión del imperialismo es planteada en una asamblea mundial, con el objeto de concertar las bases de una acción anti-imperialista que preste a cada uno de los pueblos que reivindican su independencia la fuerza moral y material de todas las organizaciones revolucionarias.

El imperialismo aparece robustecido por la estabilización temporalmente lograda por el régimen capitalista en Europa. Esta estabilización no puede durar si las naciones capitalistas de Europa no se aseguran una más intensiva y segura explotación de los países de Asia, América y África. La ofensiva imperialista se explica, perfecta y claramente, como una necesidad de la defensa del orden burgués. Sólo a expensas de las colonias, pueden las burguesías de Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, ofrecer a las clases trabajadoras el mínimo de bienestar necesario para impedir un vigoroso renacimiento del sentimiento revolucionario.

En Estados Unidos el problema no es el mismo. El capitalismo norteamericano se encuentra en su apogeo. Conserva todavía íntegra su vitalidad. Pero su desarrollo exige la extensión del imperio económico norteamericano en América y Asia. Se ha entablado una encarnizada competencia entre las grandes compañías capitalistas, en la cual Norteamérica se empeña en vencer. Mientras a los imperialismos europeos los mueven, sobre todo, fines de conservación, al imperialismo norteamericano lo impulsan, principalmente, razones de crecimiento. Esto lo define como el más fuerte.

Tiene, en consecuencia, el Congreso de Bruselas, un trabajo complejo. La lucha anti-imperialista se presenta absolutamente vinculada a la lucha revolucionaria. El socialismo europeo se encuentra en la necesidad de sostener y apoyar las reivindicaciones anti-imperialistas aunque no sean rigurosamente proletarias. El nacionalismo, que en las naciones de Europa tiene forzosamente objetivos imperialistas y por ende reaccionarios, en las naciones coloniales o semicoloniales

adquiere una función revolucionaria, cuando existe real y activamente y no constituye una mera etiqueta conservadora y tradicionalista.

El mérito de haber advertido esto, desde su primera hora, no le puede ser regateado a la Tercera Internacional, ni aún por sus más acres críticos del socialismo reformista. Lenin, con su genial clarividencia, comprendió, primero que nadie, la solidaridad de la revolución proletaria de Occidente con las revoluciones nacionalistas de Asia, África, etc. Los socialistas reformistas se escandalizaron en este punto de vista pero ahora obtiene plena ratificación de la historia.

Pero el origen de la actitud se halla en la práctica socialista de los tiempos prebélicos. Los socialistas europeos, con pocas excepciones, se mostraban entonces indiferentes a la suerte de los pueblos de color. Después de la guerra, las cosas han cambiado aun en los países donde el sentimiento de superioridad de la raza blanca se conserva más arraigado. Se ha visto así a los laboristas británicos oponerse enérgicamente a la política de su gobierno cuando éste pretendió emplear el poder militar de la Gran Bretaña contra la Turquía de Mustafá Kemal.

Es muy significativo y trascendente el hecho de que el Congreso Anti-imperialista se celebre en Europa, auspiciado y convocado por europeos a los que no repugna la mancomunidad con asiáticos, africanos e indoamericanos. La burguesía europea atribuye a su política reaccionaria —sin excluir naturalmente su ofensiva imperialista— fines de defensa de la civilización. Pero hombres como Einstein, que han prestado a la civilización servicios que la burguesía no puede contestarle ni discutirle, afirman con su actitud honrada y valiente que el capitalismo y la civilización no son la misma cosa y que bien puede desaparecer el primero sin que sucumban ni declinen los principios y las conquistas esenciales de la segunda.

*Variedades.* Año XXIII, N° 990. Lima, 19 febrero de 1927.  
Próximamente incluida en *Ideología y política.*

## 73/. INTERMEZZO POLEMICO

No me tocaría responder a la crítica de Luis Alberto Sánchez —que en el último número de *Mundial* arremete contra el indigenismo de los costeños— si en uno de sus acápites no me mencionara y —refiriéndose sin duda a lo que he dicho a veces en *Mundial*— no me atribuyera la diversión teórica de oponer, como gallos o boxeadores, colonialismo e indigenismo. Y si, además, no citara la revista de doctrina y polémica que dirijo. Porque, en verdad, no me siento responsable de las contradicciones y ambigüedades que Sánchez denuncia, ni he asumido, en general, la actitud que mi colega condena, uniformando inexactamente en ella a todos los escritores costeños, sin excluirse él mismo, acaso porque de otro modo su artículo no habría podido empezar con la palabra "nosotros".

Con la impaciencia y nerviosidad peculiares a "nosotros los costeños", Sánchez reclama absoluta coherencia y rigurosa unidad —tal vez si hasta unanimidad— en algo que no es todavía un programa sino apenas un debate, en el cual caben voces e ideas diversas, que se reconozca animadas del mismo espíritu de renovación. La crítica de Sánchez mezcla y confunde todas las expresiones positivas y negativas del movimiento indigenista. Sin distinguir al menos las expresiones teóricas de las estéticas y de las prácticas, exige una perfecta congruencia entre especulaciones críticas, afirmaciones doctrinales e imágenes poéticas, de todo lo cual hace previamente una ensalada para enfadarse, luego, de encontrar tantas cosas. Mi estimado colega me permitirá que le diga que la confusión está más en el sujeto que en el objeto.

Los indigenistas o pseudoindigenistas, a su juicio, adoptan simultáneamente los puntos de vista de Valcárcel y López Albújar. Pero éste es un error de su visión. Que se contraste, que se confronte dos puntos de vista, no quiere decir que se les adopte. La crítica, el examen de una idea o un hecho, requieren precisamente esa confrontación, sin la cual ningún seguro criterio puede elaborarse. Las tendencias o los grupos renovadores no tienen todavía un programa cabalmente formulado ni uniformemente aceptado. Como he escrito,

polemizando con Falcón, mi esfuerzo no tiende a imponer un criterio, sino a contribuir a su formación. Y, a riesgo de resultar demasiado lapalissiano, debo recordar a Sánchez que un programa no es anterior a un debate sino posterior a él.

El conflicto entre la tesis de Valcárcel y López Albújar, por otra parte, no está esclarecido. No es cierto, como Sánchez pretende, que del estudio de López Albújar "surja la necesidad de ir a la raza indígena, pero para exterminarla". No, querido Sánchez. Seguramente, López Albújar —cuya aptitud para opinar sobre las consecuencias de su propio estudio es inobjetable— no piensa de este modo.

Sánchez llega a una conclusión precipitada, simplista, dogmática, como las que reprocha a los indigenistas de la hora undécima. Si relee, "con la calma y la hondura precisas", el estudio de López Albújar, encontrará que el novelista piurano hace preceder sus observaciones sobre la "psicología del indio huanuqueño" por una prudente advertencia. "El indio — escribe— es una esfinge de dos caras: con la una mira al pasado y con la otra al presente, sin cuidarse del porvenir. *La primera le sirve para vivir entre los suyos; la segunda para tratar con los extraños.* Ante los primeros se manifiesta como es; ante los segundos, como no querría ser". "Esta dualidad —agrega— es la que norma su vida, la que lo exhibe bajo esta doble personalidad, que unas veces desorienta e induce al error y otras hace renunciar a la observación por creerlo impenetrable. Una cosa es, pues, el indio en su *ayllu*, en su comunidad, en su vida íntima y otra en la urbe del *misti*, en sus relaciones con él, como criado suyo o como hombre libre". La mayor parte de las observaciones de López Albújar corresponde a la actitud del indio ante el blanco, ante el *misti*. Retratan la cara que López Albújar, desde su posición, pudo enfocar mejor.

La llamada hipocresía del indio, según Valcárcel, es una actitud defensiva. Esto, López Albújar no lo ha contradicho en ninguna parte. El autor de *Cuentos andinos* se ha limitado a registrar las manifestaciones de esa actitud defensiva. En cambio, su cuento "Ushanan Jampi" es una confirmación de la tesis, de Valcárcel sobre la nostalgia indígena.

De otro lado, el trabajo de Valcárcel es de índole distinta

del trabajo de López Albújar. Valcárcel hace síntesis; López Albújar, análisis. Valcárcel es lírico; López Albújar, crítico. Hay en Valcárcel el misticismo, el mesianismo de la generación posbélica; hay en López Albújar el naturalismo, el criticismo, tal vez hasta el escepticismo, de la generación anterior. Los planos en que ambos actúan son, en fin, diversos. No trataré, por mi parte, de conciliarlos. Pero niego a su diferencia — más que oposición — el alcance que Sánchez le supone.

El "indigenismo" de los vanguardistas no le parece sincero a Luis Alberto Sánchez. No tengo por qué convertirme en fiador de la sinceridad de ninguno. Es a Sánchez, además, a quien le toca precisar su acusación, especificando los casos en que se apoya. Lo que afirmo, por mi cuenta, es que de la confluencia o aleación de "indigenismo" y socialismo, nadie que mire al contenido y a la esencia de las cosas puede sorprenderse. El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú, las masas, —la clase trabajadora— son en sus cuatro quintas partes indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano —ni sería siquiera socialismo— si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas. En esta actitud no se esconde nada de oportunismo. Ni se descubre nada de artificio, si se reflexiona dos minutos en lo que es socialismo. Esta actitud no es postiza, ni fingida, ni astuta. No es más que socialista.

Y en este "indigenismo" vanguardista, que tantas aprensiones le produce a Luis Alberto Sánchez, no existe absolutamente ningún calco de "nacionalismos exóticos"; no existe, en todo caso, sino la creación de un "nacionalismo peruano".

Pero, para ahorrarse todo equívoco —que no es lo mismo que equivocación como pretende alguien—, en lo que me concierne, no me llame Luis Alberto Sánchez "nacionalista", ni "indigenista" ni "pseudoindigenista", pues para clasificarme no hacen falta estos términos. Llámeme, simplemente, socialista. Toda la clave de mis actitudes —y, por ende, toda su coherencia, esa coherencia que lo preocupa a usted tanto, querido Alberto Sánchez— está en esta sencilla y explícita palabra. Confieso haber llegado a la comprensión, al entendimiento del valor y el sentido de lo indígena, en nuestro tiempo, no

por el camino de la erudición libresca, ni de la intuición estética, ni siquiera de la especulación teórica, sino por el camino. — a la vez intelectual, sentimental y práctico— del socialismo.

"El indigenismo", contra el cual reacciona belicosamente el espíritu de Sánchez, no aparece, exclusiva, ni aún principalmente, como una elaboración de la inteligencia o el sentimiento costeño. Su mensaje viene, sobre todo, de la sierra. No somos "nosotros los costenos" los que agitamos, presentemente, la bandera de las reivindicaciones indígenas. Son los serranos; son, particularmente, los cusqueños. Son los serranos más auténticos. Y, además, los más insospechables. El *Grupo Resurgimiento* no ha sido inventado en Lima. Ha nacido, espontáneamente, en el Cusco. Y es él, con su primer manifiesto, el que se ha encargado de responder al señor José Angel Escalante.

No hay en mí dogmatismo alguno. Lo que sí hay es convicción, pasión, fervor. Esto creo que el propio Luis Alberto Sánchez lo ha dicho, generosamente, más de una vez. Mi espíritu no es dogmático; pero sí afirmativo. Creo que espíritus constructivos son los que se apoyan en una afirmación, sin temor exagerado a su responsabilidad y a sus consecuencias. Mi posición ideológica está esclarecida. La que está aún por esclarecer es, en todo caso, la de Luis Alberto. Si nos atenemos a su último artículo, tendremos que considerarlo, en este debate, un "espectador". Yo soy un combatiente, un agonista. Seguramente, es, ante todo, por esto, que no coincidimos.

*Mundial*. Año VII, Nº 350. Lima, 25 febrero de 1927.

*Ideología y política*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 214-218.

#### 74/. RAINER MARIA RILKE

Es aventurado establecer categorías estéticas. Pero no se puede prescindir de ellas para enjuiciar con cierto orden la poesía y el arte de esta época caótica. El caos, en la poesía y en el arte, no es nunca tan absoluto como para no aceptar provisoriamente un orden que permita explotarlo y analizarlo. Las

categorías pueden resultar un poco ficticias, pero constituyen siempre el andamio indispensable para la construcción de una tesis de varios pisos y sólo tres dimensiones. Para una tesis sobre la poesía contemporánea, cuyos materiales estoy allegando en mis horas de recreo, he concebido tres categorías: épica revolucionaria, disparate absoluto, lirismo puro. Más que tres categorías propiamente dichas me he esforzado por imaginar o reconocer tres líneas, tres especies, tres estirpes. Su mejor representación gráfica—todas las teorías modernas se caracterizan por la posibilidad de poder expresarse gráficamente—serían tal vez tres tallos. Todo lo que significa algo en la poesía actual es clasificable dentro de una de estas tres categorías que superan todos los límites de escuela y estilo.

La obra de Rainer María Rilke, el gran poeta, el *guter europaer*, que ha perdido Europa poco antes que a Jorge Brandes, pertenece a la categoría menos sujeta a lo temporal, a lo histórico: el lirismo puro. Pocas clasificaciones presentan tanta facilidad como la de este dulce germano que amó a Francia y Rodín y escribió muchas de sus páginas bajo el cielo del Latium. En la obra de otros poetas contemporáneos, se combinan elementos de dos y hasta de tres categorías poéticas. Sergio Essenin, el poeta ruso que se suicidó hace más de un año, era también un "lírico puro", pero en su obra, determinada en parte por la atmósfera catastrófica y mesiánica de la revolución, se encuentra un poco de "épica revolucionaria". Y aun de "disparate absoluto". En Rilke la unidad sustancial y formal es completa. Rilke es sólo lírico. No ha empañado los cristales de su arte el hálito de una revolución.

Con él, Europa ha perdido su último romántico. Es decir, al último poeta del romanticismo finito. Porque ahora nace un nuevo romanticismo. Pero éste no es ya el que amamantó con su ubre pródiga a la revolución liberal. Tiene otro impulso, otro espíritu. Se le llama, por esto, neorromanticismo.

El romanticismo del siglo diecinueve se resolvía en un individualismo radical. Tuvo la impronta de un siglo que se caracterizó por el culto del yo. Ese culto representaba el acabamiento, la coronación de toda la aventura espiritual, de toda la experiencia filosófica del liberalismo. Pero este senti-

miento exasperado del yo, conduce de su absoluta y megalómana exaltación a su total y búdica negación. Como lo observaba sagazmente Riviére, a propósito de Bergson y Proust, de la exaltación del yo se ha pasado a la desconfianza del yo. El subjetivismo extremo que se constata en una parte de la poesía de hoy, constituye ciertamente la última y ultraísta expresión del individualismo. De suerte que cuando Charles Maurras lo considera «la cola de la cola del romanticismo», aunque parta de sus peculiares puntos de vista, no anda descaminado.

La poesía de Rilke es la última etapa regular del romanticismo ochocentista. Es la obra del artista que en su última jornada resume armoniosa y quintaesenciada su experiencia. Romanticismo alquitarado que ha renunciado a todas las aventuras imposibles y que se ha remansado en la contemplación.

Se ha pretendido definir a Rilke, llamándolo el Novalis de nuestro tiempo, "el poeta del silencio y de la muerte", etc. Pero seguramente nada lo descubre y lo encierra más cabalmente como poeta que su propio pensamiento sobre la poesía. "Los versos—escribe Rilke—significan muy poco cuando se les escribe en la juventud. Se debería esperar, acumulando alma y dulzura, durante toda una vida larga si fuera posible; y después en fin, muy tarde, quizá se podría escribir diez líneas buenas. Los versos no son sentimientos, como creen muchos, sino experiencias. Los sentimientos se tienen demasiado pronto. Para escribir un solo verso es necesario haber visto muchas ciudades, hombres, cosas, animales; sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las pequeñas flores al abrirse en las mañanas; es preciso pensar en caminos de regiones desconocidas; en inesperados encuentros; en despedidas que se está sintiendo aproximarse desde hace tiempo; en los días de la infancia cuyo misterio no se acaba todavía de aclarar; en los padres ante quienes era necesario regocijarse cuando volvían trayendo una alegría incomprensible, porque era para otro; en las enfermedades de la niñez que marcaban el comienzo de graves transformaciones; en los días pasados en habitaciones calmas y contenidas; en las mañanas de alta mar, en el mar mismo; en las noches de viaje que temblaban

en los alto y volaban con las estrellas y no es suficiente todavía pensar en todo esto. Es necesario aún guardar recuerdo de muchas noches de amor, de las que ninguna se parece a otra; de los alaridos en el parto; en la dulzura de las que luego son madres. Hay que haber estado al lado de los moribundos y haber quedado junto a los muertos en las piezas solas con la ventana abierta por donde los ruidos entraban a golpes".

Este juicio es fundamentalmente romántico e individualista. Supone que la obra del poeta se alimenta exclusivamente de su experiencia personal. De la riqueza y extensión de ésta depende el valor de aquélla. El poeta es concebido como un mundo cerrado en el que se va sedimentando, poco a poco, lo bello. Pero este juicio tiene el defecto de que no nos explica sino una parte de la poesía. No abarca la totalidad del fenómeno. Rimbaud, por ejemplo, queda al margen, monstruoso e inexplicable. El poeta sumo no es sólo el que, quintaesenciado, guarda sus recuerdos, convierte lo individual en universal. Es también, y ante todo, el que recoge un minuto, por un golpe milagroso de intuición, la experiencia o la emoción del mundo. En los períodos tempestuosos, es la antena en la que se condensa toda la electricidad de una atmósfera henchida.

Rilke amaba en silencio y amaba a la muerte. Ningún poeta acaso logra como el de *El libro de las horas* una idealización tan absoluta de la muerte. El hombre nace con su muerte. Su muerte está con él. Es la conjunción y quizá si la esencia misma de su vida. El destino del hombre se cumple si muere de su muerte. La idea de la muerte está presente siempre en la obra de Rilke, que la asocia frecuentemente a la idea del amor. Recordemos su balada sobre el amor y la muerte del alférez Christoph Rilke. Y recordemos los versos en que dice que la muerte, "penetración profunda de las cosas—que cubre de silencio la última palabra del ser—, se presenta a cada uno en forma diferente: "al navío como una ribera y a la ribera como a un navío": *Dem Schiff als Kuste und dem Land als Schiff*".

*Variedades*. año XXIII, Nº 997. Lima, 9 abril de 1927.

*El artista y la época*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 122-126.

## 75/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A LA PRENSA

Hospital de San Bartolomé,  
Lima, 10 de junio de 1927.

No es, absolutamente, mi intención polemizar con las autoridades de policía respecto del llamado *complot comunista* que aseveran haber descubierto. Pero sí quiero rectificar sin tardanza las afirmaciones que me conciernen de la versión policial acogida por el diario que Ud. dirige.

En respuesta a los cargos que tan imprecisamente se me hacen, me limitaré a las siguientes, concretas y precisas declaraciones:

1a. Acepto íntegramente la responsabilidad de mis ideas, expresadas claramente en mis artículos de las revistas nacionales o extranjeras en que colaboro o de la revista *Amauta*, fundada por mí en setiembre último, con fines categóricamente declarados en su presentación; pero rechazo en modo absoluto las acusaciones que me atribuyen participación en un plan o complot folletinesco de subversión.

2a. Remito a mis acusadores a mis propios escritos, públicos o privados, de ninguno de los cuales resulta que yo, marxista convicto y confeso —y como tal, lejano de utopismos en la teoría y en la práctica— me entretenga en confabulaciones absurdas como aquella que la policía pretende haber sorprendido y que tampoco aparece probada por ninguno de los documentos publicados.

3a. Desmiento terminantemente mi supuesta conexión con la central comunista de Rusia (o cualquiera otra de Europa o América); y afirmo que no existe documento auténtico alguno que pruebe esta conexión. (Recordaré a propósito que cuando se dio cuenta de los resultados del registro de la oficina rusa de Londres, se anunció que no se había encontrado, entre las direcciones o datos de corresponsales de América, ninguno relativo al Perú.)



4a. La revista *Amauta* —revista de definición ideológica de la nueva generación— ha recibido mensajes de solidaridad y aplauso de intelectuales como Gabriela Mistral, Alfredo Palacios, Eduardo Dieste, José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Emilio Frugoni, Harwarth Walden, F.T. Marinetti, Joaquín García Monge, Waldo Frank, Enrique Molina, Miguel de Unamuno y otros de renombre mundial o hispánico, que no militan en el comunismo.

5a. Tengo segura noticia de que la reunión sorprendida por la policía en el local de la Federación Gráfica, ha sido una reunión de la Editorial Obrera *Claridad* que nada tenía de ilícita ni clandestina. Las citas respectivas se publicaban en los diarios.

No rehúyo ni atenúo mi responsabilidad. La de mis opiniones las acepto con orgullo. Pero creo que las opiniones no están, conforme a la ley, sujetas al contralor y menos a la función de la policía ni de los tribunales.

Dos méritos me han sido siempre generalmente reconocidos: un poco de inteligencia y sinceridad en mis convicciones. *La Prensa*, comentando mi libro *La escena contemporánea*, reconoció generosamente en este libro, que señala mi posición ideológica, una y otra afirmación que está en rigurosa coherencia con mi actitud y mi doctrina, la de que soy extraño a todo género de complots criollos de los que aquí puede producir todavía la vieja tradición de las *conspiraciones*. La palabra revolución tiene otra acepción y otro sentido.

Espero de su lealtad periodística la publicación de esta carta y me suscribo de usted muy atto. S.S.

*La Prensa*. Lima, 11 junto de 1927.

*Correspondencia*. Tomo I. Lima, Empresa Editora Amauta, 1984, pp. 289-290.

## 76/. JESUS, DE HENRI BARBUSSE

Los libros de Henri Barbusse se cuentan entre los que más pronto y solícitamente son traducidos al español. Y aunque

no esté motivada por una valoración austera del mérito de Barbusse, hay que anotar esta solicitud editorial en el haber de los libreros de España. En Barbusse se reconoce la estirpe de Zola hasta en el hecho de que sus libros conquistan el gran público sin renunciar jamás a un alto apostolado humano ni a una noble calidad artística.

La obra de Barbusse constituye una de las obras literarias contemporáneas que contradicen la discutida tesis de la deshumanización. Es, en las letras francesas de hoy, el más legítimo vástago de la tradición racionalista de la Francia del setecientos y del ochocientos. Si alguna exageración lo separa un poco de nuestro siglo es, sin duda, la de su racionalismo. Supérsite espiritual de la Enciclopedia y la Convención, Barbusse persigue el ideal de la racionalización del arte y de la vida. Su doctrina, en postrero análisis, es la de la soberanía de la razón y la inteligencia. Este racionalismo, que llega a ser a veces asaz antihistórico y abstractista, singulariza a Barbusse en el campo ideológico revolucionario. El socialismo marxista se caracteriza por su fondo hegeliano y su método dialéctico que faltan, evidentemente, en Barbusse, quien no admite lo real como racional. Pero, malgrado este racionalismo a ultranza, Barbusse se distingue también, y sobre todo, por su piedad humana, por su emoción humana. El autor de *Jesús* piensa que no existe nada fuera del hombre. Que lo divino está en lo humano. Que la divinidad reside en los hombres. En *Jesús* vigila, alerta siempre, este pensamiento. «El reino de los cielos está dentro de nosotros y aquél que se conoce a sí mismo, lo encuentra». «El cielo no es un objeto que se gana alzando los brazos en el aire. Tened el cielo en vosotros mismos». «Y la revolución no irá del cielo a la tierra sino de la tierra al cielo».

*Jesús* es una valiente tentativa de artista y de pensador. Barbusse se propone ofrecernos en este libro una nueva imagen de Cristo que él reivindica, ante todo, como suyo. La obra se resiente de este subjetivismo. Todos lo que antes y después de Renán han pretendido explorar el misterio de Jesús, con método de historiador, han confesado ya la imposibilidad de asir netamente al personaje histórico. En *Jesús* lo divino

asume una realidad más contrastable que lo humano. Jesús Dios es más evidente que Jesús Hombre. Barbusse ha querido recrear a Jesús Hombre. Y no ha logrado su intento. Su versión nos coloca ante un Jesús demasiado racionalista, demasiado barbusiano. La historia es a veces poesía; pero en el libro de Barbusse hay más poesía que historia. El milagro no se deja explicar. Es accesible sólo a los que renuncian a analizarlo.

Parte Barbusse de un sentimiento profundo del destino y del deber de los hombres. «Es necesario —escribe— que cada uno se recree siempre todo entero; su fe, sus certidumbres. Y su confianza en otro. Su confianza, a saber: la gran riqueza que se tiene cuando no se tiene nada». De su agonía cristiana, ha nacido este Cristo que trae a los hombres de nuestro tiempo su verbo de caridad, de protesta y de esperanza. El empeño de comunicar a Jesús con estos hombres, identificando la lucha de hace veinte siglos con la lucha de ahora, es al mismo tiempo el mérito y el defecto de la obra.

Barbusse siente a Jesús deformado y mistificado por el cristianismo. Esta actitud no es, ciertamente, original. Jesús renace en cada cristiano auténtico. Todos los hombres que lo llevan en su pecho, lo disputan como Barbusse a los demás. La eternidad de Jesús se manifiesta acaso en la posibilidad inagotable de reivindicación de su verbo. Pero esta reivindicación rebasa sus límites cuando conduce a una condena en bloque del cristianismo de veinte siglos. El mensaje de Jesús nos arriba a través de estos veinte siglos. Concebir la cristiandad simplemente como una larga sucesión de mistificaciones es incurrir en un romanticismo y un mesianismo que no se avienen con la definición del "idealista práctico" sugerida a Barbusse por las vidas de Lenin y Gandhi. Barbusse dice que hay que tomar a los hombres como son. Lo mismo debería pensar de la historia. No es posible históricamente ver en San Pablo un gran mistificador de la idea de Cristo sino el primero y más grande de sus realizadores.

A este respecto, están indudablemente en lo cierto las críticas encontradas ya por el último libro de Barbusse en una parte del sector marxista. Pierre Maville en *Clarté* escribe agudamente: «Por qué Pablo eligió a Jesús como ejemplo y

por qué Jesús tuvo necesidad de Barbusse veinte siglos después de su muerte, más bien que de Pablo, su contemporáneo, para predicar su verdadera doctrina y restablecer el sentido de su acción, es algo que no se sabrá jamás».

«Cada uno reconstruye a cada hora el mundo a su imagen». Barbusse nos habla en este libro con un contagioso lirismo. Cuando evoca la figura de José, el padre de Jesús, nos dice: «Fue a tal punto carpintero que sus manos eran de madera».

Cualesquiera que sean las reservas posibles sobre su romanticismo, es indiscutible que Barbusse ha escrito una vez más un libro hermoso y humano. Si este libro no tiene sino el valor de una tentativa, hay que reconocerle a esta tentativa toda su grandeza.

*Variedades.* Año XXIII, Nº 1008. Lima, 25 junio de 1927.

*Signos y obras.* Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 42-45.

## 77/. SERGIO ESSENIN

El poeta ruso Sergio Essenin debe una buena parte de su fama en el Occidente a la extraordinaria artista Isadora Duncan. Su matrimonio con Essenin constituyó la última gran aventura de la vida de esta mujer, que acaso habría podido reivindicar para sí el derecho de llamarse d'annunzianamente "la aventurera sin ventura". Essenin, clasificado entre los poetas de la revolución, a pesar de ser un lírico de pura sangre, desposó a la Duncan en plena epopeya bolchevique. Pero su renombre europeo no arranca de los días en que su bizarra esposa lo paseaba por Berlín, París y Nueva York. La novela de Essenin y la Duncan empezó a propagarse, más o menos folletinescamente complicada, por las revistas ilustradas, cuando se conoció el suicidio de Essenin en diciembre de 1925, divorciado hacía ya tiempo. La exportación del hombre precedió a la del poeta. Y tenía, además, que ser más duradera.

Nació su arte bajo el signo sangriento de la guerra. Hacía muy poco que se había encendido ésta cuando Essenin

arribó a Petrogrado, proveniente de su aldea de Riazán; tenía dieciocho años. Había escrito algunos versos que no acusaban aún una personalidad original. Cantaba con voz dulce los aires de su región. No sospechaba todavía su destino de poeta iconoclasta y escandaloso. Conservaba una idea respetuosa y campesina del "padrecito zar". Es así como lo recuerda Zenaida Hippus, la mujer de Merezhkovski, a cuya tertulia literaria acudían los debutantes como un rito de su iniciación.

No es posible, pues, sorprenderse del tono apocalíptico, frecuente en la poesía de Essenin. Su temperamento de "primitivo" se desarrolló en un clima de tragedia. La psicología de guerra encontró, en este infante rústico, una naturaleza espontáneamente inclinada a la violencia y a la *jacquerie*. Essenin se afilió a una escuela poética que tomaba su nombre y una parte de su inspiración de la vieja secta rusa de los *chlysti*, que espera nuevas encarnaciones de Jesús. El mesianismo blasfemo, el misticismo inverecundo de Essenin proceden, sin duda, de la asociación de la "psicología de guerra" con la mitología de una secta que, por traducir una de las más típicas reacciones primitivas del alma rusa ante el cristianismo, encontró fácilmente resonancia en el espíritu agreste del poeta de Riazán.

Uno de los poemas de Essenin, que ha sido traducido y citado con mayor insistencia por sus críticos de Occidente, el titulado *Inonia*, es uno de los productos característicos de esta tendencia, con la que se combina el gusto por la manera bíblica y el gesto profético. En su epígrafe se lee:

«Os prometo la Ciudad Inonia  
donde habita el Dios de los vivos».

Y luego así prosigue:

«No temeré la muerte,  
ni lanzas, ni lluvias de flechas.  
Así habla según la Biblia  
el profeta Sergio Essenin».

Este mismo poema nos descubre otro elemento esencial del arte de Essenin: un exasperado individualismo que conduce al poeta a esa exaltación megalómana, que constantemente encontramos en muchos artistas de esta época, en quienes termina —aunque ellos no reconozcan esta genealogía— la estirpe romántica. La imagen antropomórfica, tan usada en la poesía moderna, tiene evidentemente su origen psíquico en ese egocentrismo megalómano que, en último análisis, no es sino puro individualismo, vale decir, puro romanticismo. Desde Klychkov, otro campesino turbulento y genial, la metáfora antropomórfica ha caracterizado el imaginismo ruso. Según he leído en Pasternak, de un verso de Klychkov —*El mar se ha puesto su calzón azul*— desciende seguramente el título de uno de los primeros libros del futurista o constructivista Maiakovsky: *La nube en pantalones*. En Essenin, la exaltación megalómana tiene notas como éstas:

«Quiero trasquilar el firmamento  
como una oveja sarnosa».

«Alzaré las manos hacia la luna,  
como una nuez la partiré con los dientes;  
no quiero cielos sin escalas,  
no quiero que caiga la nieve».

«Hoy, con la mano elástica  
podría derribar todo el mundo...»

La atmósfera moral y física de los primeros años de la revolución era, como lo observa Ilya Ehrenburg, favorable a la superproducción y a la hipertrofia poética. El *pathos* revolucionario creaba una conciencia apocalíptica, propicia a todas las hipérboles épicas y líricas. "Electrificaremos al mundo entero", decía uno de los anuncios luminosos del bolchevismo, encendido sobre las ciudades famélicas, que gastaban en este alarde el único combustible de que disponían para su calefacción. Por otra parte, como dice Ehrenburg, «la prosa requiere tiempo y dinero: ambas cosas faltaban». Los poetas recitaban

sus versos en las asambleas o los escribían en las paredes. La revolución rusa creó el "poema mural", el "poema afiche". Me he enterado también de que la revista oral es una invención rusa. (Es probable que nuestro querido y brillante Alberto Hidalgo sólo lo haya sabido después de su experimento bonaerense.) En este tiempo de caos o poesía, Essenin, igual que Maiakovsky, aunque representando otra cara del alma rusa, avanzó por el camino de la violencia verbal y de la estridencia lírica, más allá de su propia meta. Cultivó un *ismo* personal: el *escandalismo*. Su amor a la pendencia y al vagabundaje, no halló vallas molestas en una época de tempestad revolucionaria. Y lo indujo a rotular uno de sus libros: *Confesión de un granuja*.

Pero la revolución no pudo alimentarse indefinidamente de poesía y apocalipsis. El genio realista de Lenin inauguró el "nuevo curso". Vino el período de la NEP (Nueva Política Económica). Período de trabajo prosaico: reorganización de la industria y el comercio. En el orden de la vida cultural, el panorama también es otro. Surgen editoriales del Estado y editoriales privadas. Se dispone de más tiempo y más dinero. Al apogeo de los poetas, sucede el de los novelistas. Ehrenburg dice: «El nacimiento de la nueva prosa rusa ha coincidido con el cambio de ritmo de la revolución. Un cierto escepticismo ha reemplazado al reciente entusiasmo incondicional. He aquí que comenzó la reducción del personal, de los gastos, de los proyectos, de la fantasía». Essenin, que en un ambiente henchido de electricidad, había alcanzado una extrema tensión, no podía adaptarse al cambio. El conflicto entre su individualismo y el comunismo de un estado social —al cual se había adherido sin comprenderlo enteramente— no lograba, como antes, disfrazarse y disimularse en el torbellino de una conciencia aturdida. En un poema de esta época, traducido al italiano por Ettore lo Gatto, Essenin nos cuenta su regreso a la aldea después de ocho años de ausencia. Su pueblo, transformado por la revolución, no es el mismo. Essenin sufre una desilusión que expresa con nostálgica melancolía. «En los ojos de nadie encuentro refugio». «En mi pueblo soy un extranjero». «Mi poesía aquí no sirve más».

El equilibrio no sólo se había roto entre Essenin y el mundo exterior; se había roto, sobre todo, en el propio poeta. Dentro de un mundo en laboriosa organización, el poeta *escandalista* quedaba desocupado. A pesar de su cantos revolucionarios, no era el poeta de la revolución.

Trotsky, en una emocionada despedida al gran poeta, define así su caso: «Essenin era un ser interior, tierno, lírico; la revolución es "pública", "épica". El poeta ha muerto porque no era de la misma naturaleza que la revolución, pero, en nombre del porvenir, la revolución lo adoptará para siempre». «El poeta ha muerto; viva la poesía. Indefenso, un hijo de los hombres ha rodado al abismo; viva la vida creadora en la que Sergio Essenin, hasta el último momento, entreteja sus hilos de oro».

Los críticos de la "emigración", no obstante su rabioso antibolchevismo, reconocen el genio de Sergio Essenin. No le disputan, ni pueden disputarle, su puesto en la historia de la poesía rusa. Se da un caso curioso, remarcado inteligentemente por Víctor Serge: la revolución que recibió la adhesión de los poetas —Blok, Briusov, Balmont, Maiakovsky, Biely, Essenin— y encontró en cambio hostiles a los novelistas. Y de novelistas, críticos, historiógrafos, etc., está compuesta la plana mayor de los "emigrados". La poesía votó por la revolución.

Y la revolución, por boca de uno de sus grandes capitanes, que al revés de la mayor parte de los estadistas de la burguesía, es un hombre capaz de juzgar con la misma inteligencia una cuestión económica que una cuestión filosófica o artística, le dice ahora su reconocimiento.

*Variedades*. Año XXIII, Nº 1022. Lima, 1. octubre de 1927.

*El artista y la época*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 174-178.

## 78/. HETERODOXIA DE LA TRADICION

He escrito al final de mi artículo "La reivindicación de Jorge Manrique": Con su poesía tiene que ver la tradición, pero no los tradicionalistas. Porque la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerza, para incorporar en ella su espíritu y para meter en ella su sangre".

Estas palabras merecen ser solícitamente recalculadas y explicadas. Desde que las he escrito, me siento convidado a estrenar una tesis revolucionaria de la tradición. Hablo, claro está, de la tradición entendida como patrimonio y continuidad histórica.

¿Es cierto que los revolucionarios la reniegan y la repudian en bloque? Esto es lo que pretenden quienes se contentan con la gratuita fórmula: revolucionarios iconoclastas. Pero, ¿no son más que iconoclastas los revolucionarios? Cuando Marinetti invitaba a Italia a vender sus museos y sus monumentos, quería sólo afirmar la potencia creadora de su patria, demasiado oprimida por el peso de un pasado abrumadoramente glorioso. Habría sido absurdo tomar al pie de la letra su vehemente extremismo. Toda doctrina revolucionaria actúa sobre la realidad por medio de negaciones intransigentes que no es posible comprender sino interpretándolas en su papel dialéctico.

Los verdaderos revolucionarios no proceden nunca como si la historia empezara con ellos. Saben que representan fuerzas históricas, cuya realidad no les permite complacerse con la ultraísta ilusión verbal de inaugurar todas las cosas. Marx extrajo del estudio completo de la economía burguesa, sus principios de política socialista. Toda la experiencia industrial y financiera del capitalismo está en su doctrina anticapitalista. Proudhon, de quien todos conocen la frase iconoclasta, mas no la obra prolija, cimentó sus ideales en un arduo análisis de las instituciones y costumbres sociales, examinando desde sus raíces hasta el suelo y el aire de que se nutrieron. Y Sorel, en quien Marx y Proudhon se reconcilian,

se mostró profundamente preocupado no sólo de la formación de la conciencia jurídica del proletariado, sino de la influencia de la organización familiar y de sus estímulos morales, así en el mecanismo de la producción como en el entero equilibrio social.

No hay que identificar a la tradición con los tradicionalistas. El tradicionismo —no me refiero a la doctrina filosófica sino a una actitud política o sentimental que se resuelve invariablemente en mero conservantismo— es, en verdad, el mayor enemigo de la tradición. Porque se obstina interesadamente en definirla como un conjunto de reliquias inertes y símbolos extintos. Y en compendiarla en una receta escueta y única.

La tradición, en tanto, se caracteriza precisamente por su resistencia a dejarse aprehender en una fórmula hermética. Como resultado de una serie de experiencias —esto es, de sucesivas transformaciones de la realidad bajo la acción de un ideal que la supera consultándola y la modela obedeciéndola—, la tradición es heterogénea y contradictoria en sus componentes. Para reducirla a un concepto único, es preciso contentarse con su esencia, renunciando a sus diversas cristalizaciones.

Los monarquistas franceses construyen toda su doctrina sobre la creencia de que la tradición de Francia es fundamentalmente aristocrática y monárquica, idea concebible únicamente por gentes enteramente hipnotizadas por la imagen de la Francia de Carlomagno. René Johannet, reaccionario también, pero de otra estirpe, sostiene que la tradición de Francia es absolutamente burguesa y que la nobleza, en la que depositan su recalcitrante esperanza Maurras y sus amigos, está descartada como clase dirigente desde que, para subsistir, ha tenido que aburguesarse. Pero el cimiento social de Francia son sus familias campesinas, su artesanado laborioso. Está averiguado el papel de los descamisados en el período culminante de la revolución burguesa. De manera que si en la praxis del socialismo francés entrara la declamación nacionalista, el proletariado de Francia podría también descubrirle a su país, sin demasiada fatiga, una cuantiosa tradición obrera.

Lo que esto nos revela es que la tradición aparece particularmente invocada, y aun ficticiamente acaparada por los menos aptos para recrearla. De lo cual nadie debe asombrarse. El pasadista tiene siempre el paradójico destino de entender el pasado muy inferiormente al futurista. La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla, se identifican. El revolucionario tiene del pasado una imagen un poco subjetiva acaso, pero animada y viviente, mientras que el pasadista es incapaz de representárselo en su inquietud y su fluencia. Quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado.

No existe, pues, un conflicto real entre el revolucionario y la tradición, sino para los que conciben la tradición como un museo o una momia. El conflicto es efectivo sólo con el tradicionalismo. Los revolucionarios encarnan la voluntad de la sociedad de no petrificarse en un estadio, de no inmovilizarse en una actitud. A veces la sociedad pierde esta voluntad creadora, paralizada por una sensación de acabamiento o desencanto. Pero entonces se constata, inexorablemente, su envejecimiento y su decadencia.

La tradición de esta época la están haciendo los que parecen a veces negar, iconoclastas, toda tradición. De ellos es, por lo menos, la parte activa. Sin ellos, la sociedad acusaría el abandono o la abdicación de la voluntad de vivir renovándose y superándose incesantemente.

Maurice Barrés legó a sus discípulos una definición algo fúnebre de la patria. "La patria es la tierra y los muertos". Barrés mismo era un hombre de aire fúnebre y mortuario que, según Valle Inclán, semejava físicamente en cuervo mojado. Pero las generaciones posbélicas están frente al dilema de enterrar con los despojos de Barrés su pensamiento de *paysan* solitario dominado por el culto excesivo del suelo y de sus difuntos o de resignarse a ser enterrada ella misma después de haber sobrevivido sin un pensamiento propio nutrido de su sangre y de su esperanza. Idéntica es su situación ante el tradicionalismo.

*Mundial*, Año VII, Nº 389. Lima, 25 noviembre de 1927.

*Peruanicemos al Perú*. Lima, Editorial Minerva, 1986. pp. 161-165.

## 79/. OCCIDENTE Y ORIENTE

No es, en verdad, infundada la tesis de que la corriente del orientalismo mesiánico que desde hace algún tiempo se propaga entre los intelectuales y artistas europeos, acusa un sentimiento de decadencia, derrotismo y desilusión. En la actitud de algunos "orientalistas" sería excesivo ver otra cosa que legítima curiosidad por culturas y tradiciones, cuyo valor reivindican, de un lado, el relativismo histórico, y de otro lado, el espíritu universalista, dominantes ambos en la inteligencia contemporánea. Pero en la actitud de otros "orientalistas" —de los que melancólica y súbitamente desencantados de Occidente, se vuelven ansiosos al Asia por pura decepción— aparece evidente la abdicación de las mejores cualidades creadoras del pensamiento occidental. El Occidente es, ante todo, acción, voluntad, energía. Su civilización es la obra magnífica de estas fuerzas que han alcanzado un grado místico de exaltación creadora. Por consiguiente, todo éxtasis morboso, ante los misterios asiáticos, no puede dejar de conducirla a la desilusión.

Desde este punto de vista, es indudable que la defensa de Occidente, aún como la concibe el neotomismo, presenta un lado positivo y contiene un principio de salud. El "orientalismo", en la medida en que conspira contra el activismo y el voluntarismo occidentales, constituye un veneno. (En la América Indoibérica, tan proclive al deliquio y la divagación, este veneno acentúa su toxicidad.) Los "llamados del Oriente", más que una esperanza, traducen una desilusión. Representan un orientalismo capitoso y delicuescente a cuyos mirajes se entrega con facilidad no sólo la generación neurótica y desesperada de Drieu La Rochelle, sino también la generación más experimentada y menos inestable de Maeterlinck. Y aunque a su atracción son particularmente sensibles por su decepción rencorosa, las mentalidades reaccionarias están observando que se rinden también a ella, enervadas por la estabilización capitalista, no pocas conciencias revolucionarias. Testimonio de esta nociva influencia, a pesar de las intenciones que atenúan su significación, es la invocación dirigida al gran Lama por los suprarrealistas franceses precisamente en los días de su aproximación al comunismo.



Mas, ni Henri Massis ni ninguno de los ideólogos reaccionarios estudia con objetividad el orientalismo. En vez de esclarecer y demarcar sus alcances se entretienen en [...] tan los efectos de la obra de Spengler, Keyserling, Herman Hesse, etc., para atribuir a Alemania la responsabilidad del mal. Y, satisfecho su odio a Alemania, se obstina en seguida en identificar bolchevismo y "orientalismo", denunciando como un síntoma de relajamiento occidental el gusto de la literatura rusa. Bolchevistas y emigrados —dice Massis— repudian el occidentalismo y se proclaman "euroasiáticos". Conclusión subjetiva y presurosa que reposa sólo en los sentimientos reaccionarios y chauvinistas de Massis.

Y si el diagnóstico es arbitrario, el remedio, como en anteriores artículos hemos visto, no lo es menos. El cristianismo no puede repudiar al Oriente sin disminuir su origen y su misión. El esfuerzo neotomista por consustanciar el catolicismo con la latinidad y asentar sobre estas bases únicas la cultura occidental, olvida que la doctrina cristiana vino de Palestina y que se nutrió en su infancia, según tienen averiguado sus historiadores, de los mitos orientales asimilados por los griegos. Y que la ruina de la civilización romana tuvo, sin duda, su principio en la decadencia del orden moral y jurídico sobre el cual descansaba. Más que neotomismo, se reconoce neopaganismo en la tentativa que reivindica como valores primarios de la cultura occidental el derecho romano y la filosofía aristotélica. El futurismo marinettiano, antes de su absorción por el régimen fascista, se colocaba, franca y ultraístamente, en el terreno pagano, estigmatizando como degeneraciones o supersticiones incompatibles con la modernidad las tendencias humanitarias y pacifistas y aun la moral cristiana. Pero el futurismo, que lógicamente no se proponía ninguna anacrónica restauración del medioevo, partía de una radical y estridente condena del cristianismo y del papado, en la que cualesquiera que sean sus contagios paganos, no osarían jamás acompañarle los neotomistas franceses o italianos.

No se encontraría tampoco entre éstos uno solo que no convenga en que el título moral de Occidente, para extender

en el mundo, con su civilización, su autoridad, procede del Evangelio de Jesús y no de la tradición greco-romana, cuyo envejecimiento quedó prácticamente demostrado con la caída de Roma. Las cruzadas primero, la conquista de América después y todas las conquistas occidentales en seguida, como empresas del espíritu pertenecen a una civilización fecundada y elevada por el cristianismo. El derecho romano y la lógica aristotélica no habrían bastado al Occidente en los últimos veinte siglos para convencer al mundo de la superioridad de su cultura. No le habrían bastado siquiera a Santo Tomás para elaborar la *Summa* que, sin el potente soplo cristiano —oriental—, carecería ciertamente de virtud para engendrar hoy el neotomismo de Massis.

La precipitada definición del orientalismo como sucedáneo o equivalente del bolchevismo, arranca del erróneo hábito mental de solidarizar absolutamente la civilización occidental con el orden burgués. La revolución rusa, por mucho que su trayectoria la conduzca hoy al Oriente, no es en su espíritu un fenómeno oriental sino occidental. Su doctrina es el marxismo, que como teoría y como práctica no habría sido posible sin el capitalismo, esto es, sin una experiencia específicamente occidental. Lenin, Trotsky y demás líderes de la revolución rusa, son notoriamente hombres de inteligencia y educación occidentales. Su precursor teórico Plejanov se caracterizó fundamentalmente como discípulo y expositor de Marx. Y si además de la de Marx, se nota alguna imponente presencia en la obra y el pensamiento de Lenin, es sin duda la de Sorel, francés y occidental como Massis. Y como Massis, "burgués francés", agregaría Henri Johannet, empeñado en probarnos que la grandeza y la cultura y la aristocracia de Francia son genuinamente burguesas, porque burguesía, para Johannet, no es la misma cosa que capitalismo.

El Occidente, sin Marx, sin Engels, sin Sorel, sin el socialismo teórico y práctico en una palabra, se habría ahorrado el bolchevismo. Marx —gritará el antisemitismo de los reaccionarios— no era occidental, era judío. Pero no se podrá decir lo mismo de Engels y, sobre todo, de Sorel, que amaba tan poco a los hebreos.



El Occidente no se presenta nunca tan desarmado ante el Oriente renacido y tormentoso —agitado por el pensamiento occidental—, como cuando pretende reducir su riqueza espiritual a lo puramente europeo, sea germano o latino. Su defensa exige que la civilización occidental no sea sólo civilización capitalista ni sea sólo civilización romana.

\* Falta una línea en el original.

*Variedades.* Año XXIII, Nº 1030. Lima, 26 noviembre de 1927.

*Figuras y aspectos de la vida mundial.* Tomo II. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 201-205.

## 80/. EL DESTINO DE NORTEAMERICA

Toda querella entre neotomistas franceses y "racistas" alemanes sobre si la defensa de la civilización occidental compete al espíritu latino y romano o al espíritu germano y protestante, encuentra en el plan Dawes incontestablemente documentada su vanidad. El pago de la indemnización alemana y de la deuda aliada ha puesto en manos de los Estados Unidos la suerte de la economía y, por tanto, de la política de Europa. La convalecencia financiera de los Estados europeos no es posible sin el crédito yanqui. El espíritu de Locarno, los pactos de seguridad, etc., son los nombres con que se designa las garantías exigidas por la finanza norteamericana para sus cuantiosas inversiones en la hacienda pública y la industria de los Estados europeos. La Italia fascista, que tan arrogantemente anuncia la restauración del poder de Roma, olvida que sus compromisos con los Estados Unidos colocan su balota a merced de este acreedor.

El capitalismo, que en Europa se manifiesta desconfiado de sus propias fuerzas, en Norteamérica se muestra ilimitadamente optimista respecto a su destino. Y este optimismo descansa, simplemente, en una buena salud. Es el optimismo biológico de la juventud que, constatando su excelente apetito, no se preocupa de que vendrá la hora de la arterioesclerosis. En Norteamérica el capitalismo tiene todavía las posibilidades de crecimiento que en Europa la destrucción

bélica dejó irreparablemente malogradas. El Imperio Británico conserva aún una formidable organización financiera; pero, como lo acredita el problema de las minas de carbón, su industria ha perdido el nivel técnico que antes le aseguraba la primacía. La guerra lo ha convertido de acreedor en deudor de Norteamérica.

Todos estos hechos indican que en Norteamérica se encuentra ahora la sede, el eje, el centro de la sociedad capitalista. La industria yanqui es la mejor equipada para la producción en gran escala al menor costo; la banca, a cuyas arcas afluye el oro acaparado por Norteamérica en los negocios bélicos y posbélicos, garantiza con sus capitales, a la vez que el incesante mejoramiento de la aptitud industrial, la conquista de los mercados que deben absorber sus manufacturas. Subsiste todavía, si no la realidad, la ilusión de un régimen de libre concurrencia. El Estado, la enseñanza, las leyes; se confirman a los principios de una democracia individualista, dentro de la cual todo ciudadano puede ambicionar libremente la posesión de cien millones de dólares. Mientras en Europa los individuos de la clase obrera y de la clase media se sienten cada vez más encerrados dentro de sus fronteras de clase, en los Estados Unidos creen que la fortuna y el poder son aún accesibles a todo el que tenga aptitud para conquistarlos. Y esta es la medida de la subsistencia, dentro de una sociedad capitalista, de los factores psicológicos que determinan su desarrollo.

El fenómeno norteamericano, por otra parte, no tiene nada de arbitrario. Norteamérica se presenta, desde su origen, predestinada para la máxima realización capitalista. En Inglaterra el desarrollo capitalista no ha logrado, no obstante su extraordinaria potencia, la extirpación de todos los rezagos feudales. Los fueros aristocráticos no han cesado de pesar sobre su política y su economía. La burguesía inglesa, contenta de concentrar sus energías en la industria y el comercio, no se ocupó de disputar la tierra a la aristocracia. El dominio de la tierra debía gravar sobre la extirpación del subsuelo. Pero la burguesía inglesa no quiso sacrificar a sus *landlords*, destinados a mantener una estirpe exquisitamente refinada

y decorativa. Es, por eso, que sólo ahora parece descubrir su problema agrario. Sólo ahora que su industria declina, echa de menos una agricultura próspera y productiva en las tierras donde la aristocracia tiene sus cotos de cacería. El capitalismo norteamericano, en tanto, no ha tenido que pagarle a ninguna feudalidad royalties pecuniarios ni espirituales. Por el contrario, procede libre y vigorosamente de los primeros gérmenes intelectuales y morales de la revolución capitalista. El *pionner* de Nueva Inglaterra era el puritano expulsado de la patria europea por una revuelta religiosa que constituyó la primera afirmación burguesa. Los Estados Unidos surgían así de una manifestación de la Reforma protestante, considerada como la más pura y originaria manifestación espiritual de la burguesía, esto es, del capitalismo. La fundación de la república norteamericana significó, en su tiempo, la definitiva consagración de este hecho y de sus consecuencias. "Las primeras colonias establecidas en la costa oriental —escribe Waldo Frank— tuvieron por carta la adquisición de la riqueza. Su revuelta contra Inglaterra, en 1775, empeñaba una de las primeras luchas abiertas entre el capitalismo burgués y la vieja feudalidad. El triunfo de las colonias, del cual nacieron los Estados Unidos, señaló el triunfo del régimen capitalista. Y desde entonces la América no ha tenido ni tradición ni medio de expresión que fuese libre de esta revolución industrial a la que debe su existencia". Y el mismo Frank recuerda el famoso y conciso juicio de Charles A. Beard, sobre la carta de 1789: "La Constitución fue esencialmente un acto económico, basado sobre la noción de que los derechos fundamentales de la propiedad privada son anteriores a todo gobierno y están moralmente fuera del alcance de las mayorías populares".

Para su enérgico y libérrimo florecimiento, ninguna traba material ni moral ha estorbado al capitalismo norteamericano, único en el mundo que en su origen ha reunido todos los factores históricos del perfecto Estado burgués, sin embarazantes tradiciones aristocráticas y monárquicas. Sobre la tierra virginal de América, de donde borraron toda huella indígena, los colonizadores anglosajones echaron desde su arribo los cimientos del orden capitalista.

La guerra de secesión constituyó también una necesaria afirmación capitalista, que liberó a la economía yanqui de la sola tara de su infancia: la esclavitud. Abolida la esclavitud, el fenómeno capitalista encontraba absolutamente franca su vía. El judío —tan vinculado al desarrollo del capitalismo, como lo estudia Werner Sombart, no sólo por la espontánea aplicación utilitaria de su individualismo expansivo e imperialista, sino sobre todo por la exclusión radical de toda actividad "noble" a que lo condenara el medioevo— se asoció al puritano en la empresa de construir el más potente Estado industrial, la más robusta democracia burguesa.

Ramiro de Maeztu —que ocupa una posición ideológica mucho más sólida que los filósofos neotomistas de la reacción en Francia e Italia, cuando reconoce en New York la antítesis verdadera de Moscú, asignando así a los Estados Unidos la función de defender y continuar la civilización occidental como civilización capitalista— discierne muy bien por lo general, dentro de su apologética burguesa, los elementos morales de la riqueza y del poder en Norteamérica. Pero los reduce casi completamente a los elementos puritanos o protestantes. La moral puritana, que santifica la riqueza, estimulando como un signo del favor divino, es en el fondo la moral judía, cuyos principios asimilaron los puritanos en el Antiguo Testamento. El parentesco del puritano con el judío ha sido establecido doctrinalmente hace mucho tiempo: y la experiencia capitalista anglosajona no sirve sino para confirmarlo. Pero Maeztu, fervoroso panegirista del "fordismo" industrial, necesita eludirlo, tanto por deferencia a la requisitoria de Mr. Ford contra el "judío internacional", como por adhesión a la ojeriza con que todos los movimientos "nacionalistas" y reaccionarios del mundo miran al espíritu judío, sospechoso de terrible concomitancia con el espíritu socialista por su ideal común de universalismo.

El dilema Roma o Moscú, a medida que se esclarezca el oficio de los Estados Unidos como empresarios de la estabilización capitalista —fascista o parlamentaria— de Europa, cederá su sitio al dilema New York o Moscú. Los dos polos de la historia contemporánea son Rusia y Norteamérica:

capitalismo y comunismo, ambos imperialistas aunque muy diversa y opuestamente. Rusia y Estados Unidos: los dos pueblos que más se oponen doctrinal y políticamente y, al mismo tiempo, los dos pueblos más próximos como suprema y máxima expresión del activismo y del dinamismo occidentales. Ya Bertrand Russell remarcaba hace varios años el extraño parecido que existe entre los capitanes de la industria yanqui y los funcionarios de la economía marxista rusa. Y un poeta, trágicamente eslavo, Alexandro Block, saludaba el alba de la revolución con estas palabras: "He aquí la estrella de la América nueva".

*Variedades.* Año XXIII, Nº 1033. Lima, 17 diciembre de 1927.

*Defensa del marxismo.* Lima. Editorial Minerva. 1981. pp. 145-150

(Versión corregida por el autor.)

## 81/. TROTSKY Y LA OPOSICION COMUNISTA

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por éste contra la oposición trotskista, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar la inminente caída del régimen soviético a consecuencia de su desgarramiento intestino. Los más avisados y prudentes de sus escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representen simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación rusa para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, que como toda gran revolución histórica avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una

máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. El partido bolchevique no se sometió nunca pasivamente a las órdenes de Lenin, sobre cuyo despotismo fantaseó a su modo un periodismo folletinesco que no podía imaginarlo sino como un zar rojo. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique. Así sucedió, por ejemplo, en octubre de 1917, en la víspera del asalto al poder, que lo encontró en estricto acuerdo con Trotsky y en abierto contraste con Zinoviev y Kamenev.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el Partido Comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la conciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no

contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotsky, según parece, no posee absolutamente las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskismo de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924, con los ataques de Trotsky a la política del comité central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de *Cours nouveau*. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el Partido Comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas entre la posición del comité y la de Trotsky cabía aún el compromiso. Trotsky cometió entonces el error político de publicar un libro sobre 1917, del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se reavivó, con un violento recrudecimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotsky ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a prevalecer. Trotsky se reincorporó en el comité central, después de una temporada de descanso en una estación climática. Y tornó a ocupar un puesto en la administración.

Mas la corriente opositora, en el siguiente congreso del partido, reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del comité central se sumaron a Trotsky, quien resultó así el líder de una composición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación de derecha y socialdemocrática con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la NEP a los *kulaks*.

Este bloque, con todo, acusaba predominantemente en su crítica las preocupaciones y recelos del elemento urbano frente al poder del espíritu campesino. Trotsky, particularmente, es un hombre de cosmópolis. (Uno de sus actuales compañeros de ostracismo político, Zinoviev, lo acusaba en otro tiempo en un congreso comunista de ignorar y negligir demasiado al campesino.) Tiene un sentido internacional, ecuménico, de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo (*¿A dónde va Inglaterra?*) lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata, por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo modestamente en una nación que aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Perteneció a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso: el presidio o Siberia eran Rusia todavía. Mientras tanto, Trotsky, como Zinoviev, como Radek, como Rakovsky, pertenecen a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica.

Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simple y puramente rusos.

*Variedades.* Año XXIV, N° 1043. Lima, 25 de febrero de 1928.

*Figuras y aspectos de la vida mundial.* Tomo II. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 213-217.

(Versión corregida por el autor.)

## V

## ASEDIOS Y RUPTURAS

Abril 1928 - Abril 1930

"El mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo. No puede, sin embargo, prescindir de la creencia de que la nueva jornada es la jornada definitiva".

## CRONOLOGIA [1928-1930]

1928. En abril se da la ruptura entre Mariátegui y Haya de la Torre. A su vez, Mariátegui toma contacto con la Secretaría Sindical de la Tercera Internacional por intermedio del español Miguel Contreras. Envía a la U.R.S.S. como delegados al IV Congreso de la Profintern (Sindical Roja) y al Congreso de los Países Orientales, realizado en Bakú, a Julio Portocarrero y Armando Bazán. En setiembre la revista *Amauta* define su orientación socialista. El 16 de este mes se inician los trabajos para la fundación del Partido Socialista. El 8 de octubre se constituye formalmente el Partido Socialista con Mariátegui como secretario general. En noviembre aparece 7 *Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, y el primer número del quincenario obrero *Labor*.
1929. Entre febrero y abril publica en la revista *Mundial* su novela corta *La novela y la vida*. El 17 de mayo se constituye el Comité Organizador Pro-Central General de Trabajadores del Perú. Ese mismo mes envía a Montevideo, como delegados al Congreso Constituyente de la Conferencia Sindical Latinoamericana, a Ricardo Martínez de la Torre y Julio Portocarrero. En junio envía a Buenos Aires, como delegados a

la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, a Hugo Pesce y Julio Portocarrero. Es nombrado miembro del Consejo General de la Liga Anti-imperialista, órgano impulsado por la Tercera Internacional. En setiembre la casa de Mariátegui es allanada, esta vez debido a un supuesto "complot judío". *Labor* es clausurado.

1930. En febrero Eudocio Ravines regresa clandestinamente al país. Es nombrado secretario general del Partido Socialista. A fines de marzo, Mariátegui es internado de emergencia en la clínica Villarán. Muere el 16 de abril.

## 82/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A LA CELULA APRISTA DE MEXICO

Lima, 16 de abril de 1928

Compañeros:

No había contestado hasta hoy la carta de la célula suscrita por Magda Portal, en espera de una carta de Haya de la Torre que me precisase mejor el sentido de la discrepancia: *Alianza o partido*. La carta de la célula me supone simplemente influido por el Secretariado de Buenos Aires, la Ucsaya, etc., o, por lo menos, pretende que mis observaciones son en esencia las mismas. Hasta la reaparición de *Amauta* he permanecido sistemáticamente privado por la censura de mis canjes y correspondencia, de modo que no he conocido en su oportunidad ni el número de *La Correspondencia Sud Americana* en que —según he sabido después sin obtener el ejemplar— aparecieron las observaciones del Secretariado de Buenos Aires, ni la tesis de la Ucsaya, ni nada por el estilo. Sólo recientemente he vuelto a recibir *El Libertador*, desde que la censura ha comprobado que en mi casilla no intercepta sino correspondencia intelectual o administrativa, sin importancia para sus fines. Por otra parte, creo haber dado algunas pruebas de mi aptitud para pensar por cuenta propia. De suerte que no me preocuparé de defenderme del reproche de obedecer a sugerencias ajenas. Este había sido, también, un motivo para que no me apresurase a responder a la carta de la célula.

Pero como no tengo hasta hoy ninguna aclaración de Haya, a quien escribí extensamente, planteándole cuestiones concretas —por la vía de Washington, en diciembre— y llegan,



en cambio, noticias de que ustedes están entregados a una actividad con la cual me encuentro en abierto desacuerdo, y para la cual ninguno de los elementos responsables de aquí ha sido consultado, quiero hacerles conocer sin tardanzas mis puntos de vista sobre este nuevo aspecto de nuestra discrepancia.

La cuestión: el *Apra: alianza o partido*, que Uds. declaran sumariamente resuelta, y que en verdad no debiera existir siquiera, puesto que el Apra se titula alianza y se subtitula frente único, pasa a segundo término, desde el instante en que aparece en escena el Partido Nacionalista Peruano, que ustedes han decidido fundar en México, sin el consenso de los elementos de vanguardia que trabajan en Lima y provincias. Recibo correspondencia constante de provincias, de intelectuales, profesionales, estudiantes, maestros, etc., y jamás en ninguna carta he encontrado hasta ahora mención del propósito que Uds. dan por evidente e incontrastable. Si de lo que se trata, como sostiene Haya en una magnífica conferencia, es de descubrir la realidad y no de inventarla, me parece que Uds. están siguiendo un método totalmente distinto y contrario.

He leído un *segundo manifiesto del comité central del Partido Nacionalista Peruano, residente en Abancay*. Y su lectura me ha contristado profundamente; 1º porque, como pieza política, pertenecé a la más detestable literatura eleccionaria del viejo régimen; y 2º porque acusa la tendencia a cimentar un movimiento —cuya mayor fuerza era hasta ahora su verdad— en el bluff y la mentira. Si ese papel fuese atribuido a un grupo irresponsable, no me importaría su demagogia, porque sé que en toda campaña un poco o un mucho de demagogia son inevitables y aún necesarios. Pero al pie de ese documento está la firma de un comité central que no existe, pero que el pueblo ingenuo creerá existente y verdadero. ¿Y es en esos términos de grosera y ramplona demagogia criolla, como debemos dirigirnos al país? No hay ahí una sola vez la palabra socialismo. Todo es declamación estrepitosa y hueca de liberaloides de antiguo estilo. Como prosa y como idea, está esa pieza por debajo de la literatura política posterior a Billinghamurst.

Por mi parte, siento el deber urgente de declarar que no adheriré de ningún modo a este Partido Nacionalista Peruano que, a mi juicio, nace tan descalificado para asumir la obra histórica en cuya preparación hasta ayer hemos coincidido. Creo que nuestro movimiento no debe cifrar su éxito en engaños ni señuelos. La verdad es su fuerza, su única fuerza, su mejor fuerza. No creo con Uds. que para triunfar haya que valerse de "todos los medios criollos". La táctica, la praxis, en sí mismas son algo más que forma y sistema. Los medios, aun cuando se trata de movimientos bien adoctrinados, acaban por sustituir a los fines. He visto formarse al fascismo. ¿Quiénes eran, al principio, los fascistas? Casi todos elementos de más vieja impregnación e historia revolucionaria que cualquiera de nosotros. Socialistas de extrema izquierda, como Mussolini, actor de la semana roja de Boloña; sindicalistas revolucionarios, de temple heroico, como Corridoni, formidable organizador obrero; anarquistas de gran vuelo intelectual y filosófico como Massimo Rocca; futuristas, de estridente ultraísmo, como Marinetti, Settimelli, Bottai, etc. Toda esta gente era o se sentía revolucionaria, anticlerical, republicana, "más allá del comunismo" según la frase de Marinetti. Y ustedes saben cómo el curso mismo de su acción los convirtió en una fuerza diversa de lo que a sí mismos se suponían. La táctica les exigía atacar la burocracia revolucionaria, romper al Partido Socialista, destrozar la organización obrera. Para esta empresa la burguesía los abasteció de hombres, camiones, armas y dinero. El socialismo, el proletariado eran, a pesar de todos sus lastres burocráticos, la revolución. El fascismo por fuerza tenía una función reaccionaria.

Me opongo a todo equívoco. Me opongo a que un movimiento ideológico, que, por su justificación histórica, por la inteligencia y abnegación de sus militantes, por la altura y nobleza de su doctrina ganara, si nosotros mismos no lo malogramos, la conciencia de la mejor parte del país, aborte miserablemente en una vulgarísima agitación electoral. En estos años de enfermedad, de sufrimiento, de lucha, he sacado fuerzas invariablemente de mi esperanza optimista en esa juventud que repudiaba la vieja política, entre otras cosas

porque repudiaba los "método criollos", la declamación caudillesca, la retórica hueca y fanfarrona. Defiendo todas mis razones vitales al defender mis razones intelectuales. No me avengo a una decepción. La que he sufrido me está enfermando y angustiando terriblemente. No quiero ser patético pero no puedo callarles que les escribo con fiebre, con ansiedad, con desesperación.

Y no estoy solo en esta posición. La comparten todos los que tienen conocimiento de la propaganda de ustedes — propaganda que por otra parte no está justificada al menos por su eficacia— porque fracasará inevitablemente. Hemos acordado una carta colectiva que muy pronto les enviaremos.

De aquí a entonces, espero recibir mejores noticias. Y en tanto los abrazo con cordial sentimiento.

*Correspondencia.* Tomo II. Lima. Empresa Editora Amauta. 1984. pp. 371-373.

## 83/. HENRI DE MAN Y LA CRISIS DEL MARXISMO

En un volumen que tal vez ambiciona la misma resonancia y divulgación que los dos tomos de *La decadencia de Occidente* de Spengler —y que ha sido traducido, con más premura que rigor, al español, para el editor M. Aguilar—, Henri de Man se propone —traspasando el límite del empeño de Eduardo Bernstein hace un cuarto de siglo— no sólo la "revisión" sino la "liquidación" del marxismo.

La tentativa, sin duda, no es original. El marxismo sufre desde el siglo XIX —esto es, desde mucho antes que se iniciara la reacción contra las características de ese siglo racionalista, entre las cuales se le cataloga— las acometidas, más o menos documentadas o intuitivas, de profesores universitarios, herederos del rencor de la ciencia oficial contra Marx y Engels, y de militantes, heterodoxos, disgustados del formalismo de la doctrina de partido. El profesor Charles Andler pronosticaba en 1897 la "disolución" del marxismo y entretenía a sus oyentes, en la cátedra, con sus divagaciones

eruditas sobre ese tema. El profesor Massaryk, ahora presidente de la república checoslovaca, diagnosticó en 1898 la "crisis del marxismo", y esta frase, menos extrema y más universitaria que la de Andler, tuvo mejor fortuna. Massaryk acumuló, más tarde, en seiscientas páginas de letra gótica, sus sesudos argumentos de sociólogo y filósofo sobre el materialismo histórico, sin que su crítica pedante, que, como se le probaron en seguida varios comentadores, no así el sentido de la doctrina de Marx, socavase mínimamente los cimientos de ésta, y Eduardo Bernstein, insigne estudioso de economía, procedente de la escuela socialdemocrática, formuló en la misma época su tesis revisionista, elaborada con datos del desarrollo del capitalismo, que no confirmaban las previsiones de Marx respecto a la concentración del capital y la depauperación del proletariado. Por su carácter económico, la tesis de Bernstein halló más largo eco que las de los profesores Andler y Massaryk; pero ni Bernstein ni los demás "revisionistas" de su escuela consiguieron expugnar la ciudadela del marxismo. Bernstein, que no pretendía suscitar una corriente secesionista sino reclamar la consideración de circunstancias no previstas por Marx, se mantuvo dentro de la socialdemocracia alemana, más dominada entonces, de otro lado, por el espíritu reformista de Lasalle que por el pensamiento revolucionario del autor de *El Capital*.

No vale la pena enumerar otras ofensivas menores, operadas con idénticos o análogos argumentos o circunscritas a las relaciones del marxismo con una ciencia dada, la del derecho verbigracia. La herejía es indispensable para comprobar la salud del agua. Algunas han servido para estimular la actividad intelectual del socialismo, cumpliendo una oportuna función de reactivos. De otras, puramente individuales, ha hecho justicia implacable el tiempo.

La verdadera revisión del marxismo, en el sentido de renovación y continuación de la obra de Marx, ha sido realizada, en la teoría y en la práctica, por otra categoría de intelectuales revolucionarios. Georges Sorel, en estudios que separan y distinguen lo que en Marx es esencial y sustantivo de lo que es formal y contingente, representó en los dos

primeros decenios del siglo actual, más acaso que la reacción del sentimiento clasista y de los sindicantes, contra la degeneración evolucionista y parlamentaria del socialismo, el retorno a la concepción dinámica y revolucionaria de Marx y su inserción en la nueva realidad intelectual y orgánica. A través de Sorel, el marxismo asimila los elementos y adquisiciones sustanciales de las corrientes filosóficas posteriores a Marx. Superando las bases racionalistas y positivas del socialismo de su época, Sorel encuentra en Bergson y en los pragmatistas ideas que vigorizan el pensamiento socialista, restituyéndolo a la misión revolucionaria de la cual lo había gradualmente alejado el aburguesamiento intelectual y espiritual de los partidos y de sus parlamentarios, que se satisfacían, en el campo filosófico, con el historicismo más chato y el evolucionismo más pávido. La teoría de los mitos revolucionarios, que aplica al movimiento socialista la experiencia de los movimientos religiosos, establece las bases de una filosofía de la revolución, profundamente impregnada de realismo psicológico y sociológico, a la vez que se anticipa a las conclusiones del relativismo contemporáneo, tan caras a Henri de Man. La reivindicación del sindicato, como factor primordial de una conciencia genuinamente socialista y como institución característica de un nuevo orden económico y político, señala el renacimiento de la idea clasista sojuzgada por las ilusiones democráticas del período de apogeo del sufragio universal en que retumbó magnífica la elocuencia de Jaurés. Sorel, esclareciendo el rol histórico de la violencia, es el continuador más vigoroso de Marx en ese período de parlamentarismo socialdemocrático, cuyo efecto más evidente fue, en la crisis revolucionaria posbélica, la resistencia psicológica e intelectual de los *leaders* obreros a la toma del poder a que los empujaban las masas. Las *Reflexiones sobre la violencia* parecen haber influido decisivamente en la formación mental de dos caudillos tan antagónicos como Lenin y Mussolini. Y Lenin aparece, incontestablemente, en nuestra época, como el restaurador más enérgico y fecundo del pensamiento marxista, cualesquiera que sean las dudas que a este respecto desgarran al desilusionado autor de *Más allá del marxismo*.

La revolución rusa constituye, admitirlo o no los reformistas, el acontecimiento dominante del socialismo contemporáneo. Es en ese acontecimiento, cuyo alcance histórico no se puede aún medir, donde hay que ir a buscar la nueva etapa marxista.

En *Más allá del marxismo*, Henri de Man, por una suerte de imposibilidad espiritual de aceptar y comprender la revolución, prefiere recoger los malos humores y las desilusiones de posguerra, del proletariado occidental, como expresión del estado presente del sentimiento y la mentalidad socialistas. Henri de Man es un reformador desengañado. El mismo cuenta, en el prólogo de su libro, cómo las decepciones de la guerra destruyeron su fe socialista. El origen de su libro está, sin duda, en "el abismo, cada vez más profundo, que lo separaba de sus antiguos correligionarios marxistas convertidos al bolchevismo". Desilusionado de la praxis reformista, de Man —discípulo de los teóricos de la socialdemocracia alemana, aunque el descendiente de Jaurés suavizara sensiblemente su ortodoxia— no se decidió, como los correligionarios de quienes habla, a seguir el camino de la revolución. La "liquidación del marxismo", en que se ocupa, representa ante todo su propia experiencia personal. Esa "liquidación" se ha operado en la conciencia de Henri de Man, como en la de otros muchos socialistas intelectuales, que con el egocentrismo peculiar a su mentalidad, se apresuran a identificar con su experiencia el juicio de la historia.

De Man ha escrito, por esto, deliberadamente podríamos decir, un libro derrotista y negativo. Lo más importante de *Más allá del marxismo* es, indudablemente, su crítica de la política reformista. El ambiente en el cual se sitúa, para su análisis de los móviles e impulsos del proletariado, es el ambiente mediocre y pasivo en el cual ha combatido: el del sindicato y el de la socialdemocracia belgas. No es, en ningún momento, el ambiente heroico de la revolución que, durante la agitación posbélica, no fue exclusiva de Rusia, como puede comprobarlo cualquier lector de estas líneas en las páginas rigurosamente históricas, periodísticas —aunque el autor mezcle a su asunto un ligero elemento novelesco— de *La senda*

roja, de Alvarez del Vayo. De Man ignora y elude la emoción, el *pathos* revolucionario. El propósito de liquidar y superar el marxismo lo ha conducido a una crítica minuciosa de un medio sindical y político que no es absolutamente, en nuestros días, el medio marxista. Los más severos y seguros estudiosos del movimiento socialista constatan que el rector efectivo de la socialdemocracia alemana, a la que teórica y prácticamente se siente tan cerca de Man, no fue sino Lassalle. El reformismo lassalliano se armonizaba con los móviles y la praxis empleados por la socialdemocracia en el proceso de su crecimiento, mucho más que el revolucionarismo marxista. Todas las incongruencias, todas las distancias que De Man observa en la teoría y la práctica de la socialdemocracia tudesca, no son, por ende, estrictamente imputables al marxismo sino en la medida en que se quiera llamar marxismo a algo que había dejado de serlo casi desde su origen. El marxismo activo, viviente, de hoy tiene muy poco que ver con las desoladoras comprobaciones de Henri de Man que deben preocupar, más bien, a Vandervelde y demás políticos de la socialdemocracia belga, a quienes, según parece, su libro ha hecho tan profunda impresión.

En un próximo artículo resumiré y comentaré el pensamiento de este libro que, de toda suerte, tiene en la producción política contemporánea una considerable significación, que lo señala para el estudio y la crítica, como el alegato y el testimonio de un intelectual, espectador y combatiente de uno de los más interesantes períodos históricos.

*Variedades.* Año XXIV, Nº 1062. Lima, 7 julio de 1928.

*Defensa del marxismo.* Lima, Editorial Minerva, 1981. (Versión corregida por el autor.)

## 84/. LA ULTIMA NOVELA DE MAXIMO GORKI

Esta tarde plúmbea, sorda, opaca, se parece extrañamente a la tarde en que descendí de un tren alemán, hace cinco años, en la estación de Saarow Ost, para visitar a Máximo Gorki.

El paisaje de cartón de Saarow Ost era esa tarde igual a los paisajes que los niños iluminan con lápices de colores en sus cuadernos germanos. Paisajes que yo había gustado por primera vez en mi infancia con un alpestre y ladino sabor de leche *Nestlé*. Paisaje seguro, para niños convalecientes, donde uno no podría nunca extraviarse, porque sus caminos lo toman en seguida de la mano para guiarlo. Paisaje que le prescribe a uno dieta, apetito, sueño a las ocho, leche al pie de la vaca. No se concibe en este lugar menús indigestos, con langostas, caviar, *gänseleobepastte*. Berlín no dista sino cinco horas, pero para llegar aquí hay que pasar por un bosque de pinos y tomar en Furstenwalde un trencito vecinal que corre sólo dos veces al día. En los pinos del camino, el viajero deja sus ideas ciudadanas, sus hábitos urbanos. Todas las figuras se dejarían recortar con una tijera. Las rutas tienen postes con letreros y flechas que conducen al lago, al bosque, al sanatorio, a la estación. Es imposible perderse, aunque se quiera.

Máximo Gorki convalecía en Saarow Ost de las jornadas de la Revolución Rusa. Yo me preguntaba, mientras caminaba de la estación al *Neue Sanatorium*, cómo podía trabajar en este pueblo de convalecencia, infantil, albo y lacteado, un rudo vagabundo de la estepa. Saarow Ost no es un pueblo sino un sanatorio. Un sanatorio encantado, con bosques, jardines, lagunas, chalets, tiendas, un café, gente sana y un ambiente sedante, esterilizado, higiénico. Las excitaciones están rigurosamente proscritas. El crepúsculo —espectáculo sentimental y voluptuoso— severamente prohibido. La población parece administrada por una *nurse*, la naturaleza tiene un delantal blanco y no ha proferido jamás una mala palabra. ¿Qué podía escribir Gorki en esta aldea industrial, bacteriológicamente pura, de cuento de Navidad? Fue la primera cosa que le pregunté, después de estrechar su mano huraña. Gorki había escrito en Saarow Ost el relato de su infancia. Estaba contando a los hombres su historia. Quería contar la de otros hombres. Todos sus recuerdos eran matinales. La serie de sus grandes novelas realistas estaba interrumpida. Saarow Ost: en cada convalecencia me visitan tus imágenes.

Ahora que acabo de leer *Los Artamonov*, siento que

Gorki no podía volver a escribir así bajo los tilos y los pinos del *Neue Sanatorium*. Esta novela ha sido escrita probablemente en Italia, donde Gorki ha pasado los últimos años. Los italianos son, generalmente, malos novelistas; pero Italia es propicia para la novela. Los enfermos se curan; pero el clima, la naturaleza, nos rodean de las mismas garantías científicas e higiénicas de la convalecencia. Todas las excitaciones operan libremente. Y aunque la novela italiana es escasa, toda la evolución de la novela moderna cabe entre Manzoni y Pirandello. Muchas de las novelas de Gorki han sido escritas en Italia, en el clima especial, tónico, pagano, de Capri, Amalfi o Frascati. La fantasía de Gorki recupera, ratifica, disciplina, en contacto con la naturaleza excesiva, teatral, patética de Italia, sus dotes de sobriedad y concisión. *Los Artamonov*: en las 332 páginas de la traducción italiana (Milano, Fratelli Treves) caben holgadamente tres generaciones, 55 años, la historia de la Rusia campesina y provinciana, desde la abolición de la servidumbre hasta la revolución bolchevique. Zola no habría podido narrar todo esto sino en una serie como la de los Rougon Macquart, con muchos raptos románticos y mucho diletantismo sociológico entre etapa y etapa de su biografía. Gorki desmiente con esta novela que haya muerto el realismo. ¿No tendrá razón René Arcos cuando nos dice que el realismo está ahora naciendo? Ciertamente, la tiene. La literatura de la burguesía no podía ser realista, del mismo modo que no ha podido serlo la política, la filosofía. (La primera teoría y práctica de *realpolitik* es el marxismo.) La burguesía no ha logrado nunca liberarse de resabios románticos ni de modelos clásicos. El superrealismo es una etapa de preparación para el realismo verdadero. Llamémosle, más bien, adoptando el término de René Arcos, infrarealismo. Había que soltar la fantasía, liberrar la ficción de todas sus viejas amarras, para descubrir la realidad.

La burguesía larvada, frustrada, incompleta de Rusia nos enseña su alma y su carne en *Los Artamonov*. La última novela de Gorki es una biografía. Los Artamonov son una familia burguesa: espécimen de una burguesía retardada, provinciana, alcohólica, cuya existencia histórica empezó en 1881 con la abolición de la servidumbre y que no alcanzó

jamás a imponer a Rusia su doctrina ni su régimen. Sus comerciantes, sus industriales, no supieron superponerse al zarismo ni a la monarquía.

Para que el zarismo concediera a Rusia una constitución y un parlamento fue menester que amenazara la revolución socialista, la marejada proletaria y campesina. La burguesía rusa se agitó siempre en la impotencia. Entró en su etapa de decadencia sin conocer una etapa de plenitud. Miliukoff, su *leader* específico, no tuvo propiamente su hora de poder, ni aun cuando se derrumbó el absolutismo. Cuando sonó esa hora, un pequeño burgués socialista, Kerenski, ocupó su puesto. Las obras de los grandes novelistas rusos son la historia clínica de una neurosis: la neurosis de la burguesía, que no pudo construir un Estado democrático y capitalista. Esta burguesía produjo, desde su segunda generación, toda suerte de renegados, de nihilistas y de utopistas. No pudiendo realizarse en la sociedad capitalista, sus hijos soñaban vagamente con realizarse en la sociedad obrera. El fundador de la familia Artamonov es un siervo emancipado. Carece de esa cultura, de esa tradición que los burgueses occidentales adquirieron en un largo proceso de ascensión. Es fuerte, brutal, instintivo. Funda una familia burguesa y una empresa capitalista que se disolverían antes de que muriese el último de sus hijos. Nikita Artamonov no consigue ser un monje; Pedro Artamonov no logra ser un industrial. En la primera generación, se agota un impulso histórico, apenas definido. Nikita se evade del monasterio. Pedro no sabe de qué evadirse: ¿De la fábrica, de la ciudad provinciana de Driomov, de su casa, de su mujer? ¿Cuál de estas cosas es su cárcel? No obtendrá una respuesta ni cuando, viejo demente, lo sorprende imprevista, inconcebible, la revolución. No entiende el mundo que lo rodea. Se embriaga sin convicción. Termina sin comprender nada.

El epílogo de este drama absurdo lo están viviendo todavía algunos dispersos sobrevivientes que acaso no encontraremos en la próxima novela de Gorki. Porque la próxima novela de Gorki será, probablemente, una novela de la revolución.

*Mundial*. Año VII, Nº 423. Lima, 20 julio de 1928.

*Signos y obras*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 83-87. (Corresponde a la primera parte de *Los Artamonov*, novela de Máximo Gorki.)

## 85/. ANIVERSARIO Y BALANCE

*Amauta* llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno —"revista que envejece, degenera"— habría sido el epitafio de una obra resonante pero efímera. Pero *Amauta* no había nacido para quedarse en episodio, sino para ser historia y para hacerla. Si la historia es creación de los hombres y las ideas, podemos encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra, del género de la que *Amauta* se ha impuesto, es esta: durar. La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. *Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista, pequeño burgués y demagógico.)

Hemos querido que *Amauta* tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. *Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra incaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio,

la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movimiento y de una generación. *Amauta* ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la "nueva generación", de la "vanguardia", de las "izquierdas". Para ser fiel a la revolución, le basta ser una revista socialista.

"Nuestra generación", "nuestro espíritu", "nuestra sensibilidad", todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: "vanguardia", "izquierda", "renovación". Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirla su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: "antiimperialista", "agrarista", "nacionalista-revolucionaria". El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia en la economía



capitalista ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, sería y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indoamérica, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años, debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes, eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo,

en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la incaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipamos a las síntesis, a las transacciones, que sólo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo mas a condición de que los revolucionarios operen como tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí los hombres que hacen la historia.

Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso por la *trahison des clercs*. Confesamos, sin escrúpulo, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas a los espíritus incapaces de aceptar y comprender la época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiritual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

*Amauta*. Año III, Nº 17. Lima, setiembre de 1928.

*Ideología y política*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 246-250.



## 86/. ESQUEMA DE UNA INTERPRETACION DE CHAPLIN

El tema Chaplin me parece, dentro de cualquiera explicación de nuestra época, no menos considerable que el tema Lloyd George o el tema McDonald (si le buscamos equivalente en sólo la Gran Bretaña.) Muchos han encontrado excesiva la aserción de Henri Poulaille de que *The gold rush* (*En pos del oro*, *La quimera del oro*, son traducciones apenas aproximadas de este título) es la mejor novela contemporánea. Pero — localizando siempre a Chaplin en su país— creo que, en todo caso, la resonancia humana de *The gold rush* sobrepasa largamente a la del *Esquema de historia universal* de Mr. H.G. Wells y a la del teatro de Bernard Shaw. Este es un hecho que Wells y Shaw serían, seguramente, los primeros en reconocer (Shaw exagerándolo bizarra y extremadamente y Wells atribuyéndolo, algo melancólico, a la deficiencia de la instrucción secundaria.)

La imaginación de Chaplin elige para sus obras asuntos de categoría no inferior al regreso de Matusalén o la reivindicación de Juana de Arco: el oro, el circo. Y, además, realiza sus ideas con mayor eficacia artística: El intelectualismo reglamentario de los guardianes del orden estético, se escandalizará por esta proposición. El éxito de Chaplin se explica, según sus fórmulas mentales, del mismo modo que el de Alejandro Dumas o Eugenio Sué. Pero, sin recurrir a las razones de Bontempelli sobre una novela de intriga ni suscribir su revaluación de Alejandro Dumas, este juicio simplista queda descalificado tan luego como se recuerda que el arte de Chaplin es gustado, con la misma fruición, por doctos y analfabetos, por literatos y boxeadores. Cuando se habla de la universalidad de Chaplin no se apela a la prueba de su popularidad. Chaplin tiene todos los sufragios: los de las mayorías y las minorías. Su fama es, a la vez, rigurosamente aristocrática y democrática. Chaplin es un verdadero tipo de *elite*, para todos los que no olvidamos que *elite* quiere decir *selecta*.

La búsqueda, la conquista del oro, el *gold rush*, ha sido el capítulo romántico, la fase bohemia de la epopeya capitalista. La época capitalista comienza en el instante en que Europa renuncia a encontrar la teoría del oro para buscar sólo el oro real, el oro físico. El descubrimiento de América está, por esto sobre todo, íntimamente y fundamentalmente ligado a su historia (Canadá y California: grandes estaciones de su itinerario). Sin duda, la revolución capitalista fue, principalmente, una revolución tecnológica: su primera gran victoria es la máquina; su máxima invención, el capital financiero. Pero el capitalismo no ha conseguido nunca emanciparse del oro, a pesar de la tendencia de las fuerzas productoras a reducirlo a un símbolo. El oro no ha cesado de insidiar su cuerpo y su ánima. La literatura burguesa ha negligido, sin embargo, casi totalmente este tema. En el siglo décimo nono, sólo Wagner lo siente y lo expresa en su manera grandiosa y alegórica. La novela del oro aparece en nuestros días: *L'Or* de Blaise Cendrars, *Tripes d'Or* de Crommelynck, son dos especímenes distintos pero afines de esta literatura. *The gold rush*, pertenece también, legítimamente, a ella. Por este lado, el pensamiento de Chaplin, y las imágenes en que se vierte, nacen de una gran intuición actual. Es inminente la creación de una gran sátira contra el oro. Tenemos ya sus anticipaciones. La obra de Chaplin aprehende algo que se agita vivamente en la subconciencia del mundo.

Chaplin encarna, en el cine, al bohemio. Cualquiera que sea su disfraz, imaginamos siempre a Chaplin en la traza vagabunda de Charlot. Para llegar a la más honda y desnuda humanidad, al más puro y callado drama, Chaplin necesita absolutamente la pobreza y el hambre de Charlot, la bohemia de Charlot, el romanticismo y la insolvencia de Charlot. Es difícil definir exactamente al bohemio. Navarro Monzó, para quien San Francisco de Asís, Diógenes y el propio Jesús serían la sublimación de esta estirpe espiritual, dice que el bohemio es la antítesis del burgués. Charlot es antiburgués por excelencia. Está siempre listo para la aventura, para el cambio, para la partida. Nadie lo concibe en posesión de una libreta

de ahorros. Es un pequeño Don Quijote, un juglar de Dios, humorista y andariego.

Era lógico, por tanto, que Chaplin sólo fuera capaz de interesarse por la empresa bohemia, romántica, del capitalismo: la de los buscadores de oro. Charlot podía partir a Alaska, enrolado en la codiciosa y miserable falange de los que salían a descubrir el oro con sus manos, en la montaña abrupta y nevada. No podía quedarse a obtenerlo, con arte capitalista, del comercio, de la industria, de la bolsa. La única manera de imaginar a Charlot rico era esta. El final de *The gold rush* —que algunos hallan vulgar, porque preferirían que Charlot regresara a su bohemia descamisada— es absolutamente justo y preciso. No obedece mínimamente a razones de técnica yanqui.

Toda la obra está insuperablemente construida. El elemento sentimental, erótico interviene en su desarrollo como medida matemática, con rigurosa necesidad artística y biológica. Jim Mc Kay encuentra a Charlot, su antiguo compañero de penuria y de andanza en el instante exacto en que Charlot, en tensión amorosa, tomará con una energía máxima la resolución de acompañarlo en la busca de la ingente mina perdida. Chaplin, autor, sabe que la exaltación erótica es un estado propicio a la creación, al descubrimiento. Como Don Quijote, Charlot tiene que enamorarse antes de emprender su temerario viaje. Enamorado, vehemente y bizarramente enamorado, es imposible que Charlot no halle la mina. Ninguna fuerza, ningún accidente, puede detenerlo. No importaría que la mina no existiera. No importaría que Jim Mc Kay, oscurecido su cerebro por el golpe que borró su memoria y extravió su camino, se engañase. Charlot hallaría de todos modos la mina fabulosa. Su pathos le da una fuerza suprarreal. La avalancha, el vendaval, son impotentes para derrotarlo. En el borde de un precipicio, tendrá sobrada energía para rechazar la muerte y dar un volatín sobre ella. Tiene que regresar de este viaje, millonario. ¿Y quién podía ser, dentro de la contradicción de la vida, el compañero lógico de su aventura victoriosa?, ¿quién, si no este Jim Mc Kay, este tipo feroz, brutal, absoluto de buscador de oro que, desesperado de hambre en la montaña,

quiso un día asesinar a Charlot para comérselo? Mc Kay tiene rigurosa, completamente, la constitución del perfecto buscador de oro. No es excesiva ni fantástica la ferocidad que Chaplin le atribuye famélico, desesperado. Mc Kay no podía ser el héroe cabal de esta novela si Chaplin no lo hubiese concebido resuelto, en caso extremo, a devorar a un compañero. La primera obligación del buscador de oro es vivir. Su razón es darwiniana y despiadadamente individualista.

En esta obra, Chaplin, pues, no sólo se ha apoderado genialmente de una idea artística de su época, sino que la ha expresado en términos de estricta psicología científica. *The gold rush* confirma a Freud. Desciende, en cuanto al mito, de la tetralogía wagneriana. Artística, espiritualmente, excede, hoy, al teatro de Pirandello y a la novela de Proust y de Joyce.

El circo es espectáculo bohemio, arte bohemio por excelencia. Por este lado, tiene su primera y más entrañable afinidad con Chaplin. El circo y el cinema, de otro lado, acusan un visible parentesco, dentro de su autonomía de técnica y de esencia. El circo, aunque de manera y con estilo distintos, es movimiento de imágenes como el cinema. La pantomima es el origen del arte cinematográfico, mudo por excelencia, a pesar del empeño de hacerlo hablar. Chaplin, precisamente, procede de la pantomima, o sea del circo.

El cinema ha asesinado al teatro, en cuanto teatro burgués. Contra el circo no ha podido nada. Le ha quitado a Chaplin, artista de cinema, pero espíritu de circo, en quien está vivo todo lo que de bohemio, de romántico, de nómada hay en el circo. Bontempelli ha despedido sin cumplimientos al viejo teatro, burgués, literario, palabrero. El viejo circo, en tanto, está vivo, ágil, idéntico. Mientras el teatro necesita reformarse, rehacerse, retornando al "misterio" medioeval, al espectáculo plástico; a la técnica agonial o circense, o acercándose al cinema con el acto sintético y la escena móvil, el circo no necesita sino continuar: en su tradición encuentra todos sus elementos de desarrollo y prosecución.

La última película de Chaplin es subconscientemente un retorno sentimental al circo, a la pantomima. Tiene, espi-

ritualmente, mucho de evasión de Hollywood. Es significativo que esto no haya estorbado sino favorecido una acabada realización cinematográfica. He encontrado en una novísima sazónada revista de vanguardia (*Pulso*, Buenos Aires. Director: Alberto Hidalgo) reparos a *El circo*, como obra artística. Opino todo lo contrario. Si lo artístico, en el cinema, es sobre todo lo cinematográfico, con *El circo* Chaplin ha dado como nunca en el blanco. *El circo* es pura y absolutamente cinematográfico. Chaplin ha logrado, en esta obra, expresarse sólo en imágenes. Los letreros están reducidos al mínimum. Y podría habérseles suprimido totalmente, sin que el espectador se hubiese explicado menos la comedia.

Chaplin proviene, según un dato que ignoro si es exacto, de una familia de *clowns*, de artistas de circo. En todo caso, él mismo ha sido *clown* en su juventud. ¿Qué fuerza ha podido sustraerlo a este arte, tan consonante con su ánima de bohemio? La atracción del cinema, de Hollywood, no me parece la única y ni siquiera la más decisiva. Tengo el gusto de las explicaciones históricas, económicas, políticas y, aún en este caso, creo posible intentar una, quizás más seria que humorística. (Para mí el humorismo es, tal vez, lo más serio que existe.) El *clown* inglés representa el máximo grado de evolución del payaso. Está lo más lejos posible de esos payasos bulliciosos, excesivos, estridentes, mediterráneos, que estamos acostumbrados a encontrar en los circos viajeros, errantes. Es un mimo elegante, mesurado, matemático, que ejerce su arte con una dignidad perfectamente anglicana. A la producción de este tipo humano, la Gran Bretaña ha llegado, como a la del *pur sang* de carrera o de caza, conforme a un darwiniano y riguroso principio de selección. La risa y el gesto del *clown* son una nota esencial, clásica, de la vida británica, una rueda y un movimiento de la magnífica máquina del imperio. El arte del *clown* es un rito; su comicidad, absolutamente seria. Bernard Shaw, metafísico y religioso, no es en su país otra cosa que un *clown* que escribe. El *clown* inglés no constituye un tipo, sino más bien una institución, tan respetable como la cámara de los lores. El arte del *clown* significa el domesticamiento de la bufonería salvaje y nómada del bohemio,

según el gusto y las necesidades de una refinada sociedad capitalista. La Gran Bretaña ha hecho con la risa del *clown* de circo lo mismo que con el caballo árabe: educarle con arte capitalista y zootécnico, para puritano recreo de su burguesía manchesteriana y londinense. El *clown* ilustra notablemente la evolución de las especies.

Aparecido en una época de exacto y regular apogeo británico, ningún *clown*, ni aun el más genial Chaplin, habría podido desertar de su arte. La disciplina de la tradición, la mecánica de la costumbre, no perturbadas ni sacudidas, habrían bastado para frenar automáticamente cualquier impulso de evasión. El espíritu de la severa Inglaterra corporativa era bastante, en un período de normal evolución británica, para mantener la fidelidad al oficio, al gremio. Pero Chaplin ha ingresado a la historia en un instante en que el eje del capitalismo se desplazaba sordamente de la Gran Bretaña a Norteamérica. El desequilibrio de la maquinaria británica, registrado tempranamente por su espíritu ultransensible, ha operado sobre sus ímpetus centrífugos y secesionistas. Su genio ha sentido la atracción de la nueva metrópoli del capitalismo. La libra esterlina bajo el dólar, la crisis de la industria carbonera, el paro en los telares de Manchester, la agitación autonomista de las colonias, la nota de Eugenio Chen sobre Hankow, todos estos síntomas de un aflojamiento de la potencia británica han sido presentidos por Chaplin —receptor alerta de los más secretos mensajes de la época— cuando de una ruptura del equilibrio interno del *clown*, nació Charlot, el artista de cinema. La gravitación de los Estados Unidos, en veloz crecimiento capitalista, no podía dejar de arrancar a Chaplin a un sino de *clown* que se habría cumplido normalmente hasta el fin, sin una serie de fallas en las corrientes de alta tensión de la historia británica. ¿Qué distinto habría sido el destino de Chaplin en la época victoriana, aunque ya entonces el cinema y Hollywood hubiesen encendido sus reflectores!

Pero Estados Unidos no se ha asimilado espiritualmente a Chaplin. La tragedia de Chaplin, el humorismo de Chaplin, obtienen su intensidad de un íntimo conflicto entre el artista y Norteamérica. La salud, la energía, el *elan* de

Norteamérica retienen y excitan al artista; pero su puerilidad burguesa, su prosaísmo arribista, repugnan al bohemio, romántico en el fondo. Norteamérica, a su vez, no ama a Chaplin. Los gerentes de Hollywood, como bien se sabe, lo estiman subversivo, antagónico. Norteamérica siente que en Chaplin existe algo que le escapa. Chaplin estará siempre sindicado de bolchevismo, entre los cuáqueros de la finanza y la industria yanquis.

De esta contradicción, de este contraste, se alimenta uno de los más grandes y puros fenómenos artísticos contemporáneos. El cinema consiente a Chaplin asistir a la humanidad en su lucha contra el dolor con una extensión y simultaneidad que ningún artista alcanzó jamás. La imagen de este bohemio trágicamente cómico, es un cotidiano viático de alegría para los cinco continentes. El arte logra, con Chaplin, el máximo de su función hedonista y liberadora. Chaplin alivia, con su sonrisa y su traza dolidas, la tristeza del mundo. Y contribuye a la miserable felicidad de los hombres más que ninguno de sus estadistas, filósofos, industriales y artistas.

*Variedades.* Año XXIV, Nº 1075 y 1076. Lima, 6 y 13 octubre de 1928.

*El alma matinal.* Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 67-74. (Versión corregida por el autor.)

## 87/. EN EL DIA DE LA RAZA

Colón es uno de los grandes protagonistas de la civilización occidental. Hace más de cinco años, reportado por *Variedades*, para una de sus *Instantáneas*, lo indiqué como el héroe histórico o pretérito de mi predilección. Pienso en él cada vez que me visita la idea de escribir una apología del aventurero. Porque hay que reivindicar al aventurero, al gran aventurero. Las crónicas policiales, el léxico burgués, han desacreditado esta palabra. Colón es el tipo del gran aventurero: *pionner de pionners*. América es una creación suya. Recientemente, en el libro de un pequeño burgués de Francia, se ha pretendido disminuir

su empresa, rebajar su figura. ¡Como si pudiese importar que antes que Colón otros navegantes hubiesen ya conocido el continente! América ingresó en la historia mundial, cuando Colón la reveló a Europa. Es imposible decir exactamente en qué medida la civilización capitalista —anglo-sajona y protestante— es obra de este navegante mediterráneo y católico. ¿Católico?

El descubrimiento de América es el principio de la modernidad: la más grande y fructuosa de las cruzadas. Todo el pensamiento de la modernidad está influido por este acontecimiento. ¡Imposible enjuiciarlo en un acápite, por apretado y denso que sea! La Reforma, el Renacimiento, la revolución liberal; ¡De cuántas cosas habría que hablar! Hasta la última gran especulación intelectual del medioevo, *La ciudad del sol*, la utopía comunista de Tomás Campanella, aparece influida por el descubrimiento de América. Algunos de sus biógrafos pretenden que Campanella conoció y admiró, por las primeras crónicas, la civilización incaica. En todo caso, el Nuevo Mundo actuó evidentemente sobre su imaginación.

Hispanoamérica, Latinoamérica, como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. Los únicos que trabajamos por la comunidad de estos pueblos somos, en verdad, los socialistas, los revolucionarios. ¿Qué puede acercarnos a la España de Primo de Rivera? En cambio, ¡qué cerca estaremos siempre de la España de Unamuno, de la España revolucionaria, agónica, eternamente joven y nueva! A Norteamérica sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista.

Que conste que no hablo en homenaje a la Fiesta de la Raza. No me adhiero a celebraciones municipales ni al concepto mismo de nuestra latinidad. ¡Latinos, nosotros!

*Variedades.* Año XXIV, Nº 1076. Lima, 13 octubre de 1928.

*La novela y la vida.* Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 162-164.

## 88/. PRINCIPIOS PROGRAMATICOS DEL PARTIDO SOCIALISTA

El programa debe ser una declaración doctrinal que afirme:

1°— El carácter internacional de la economía contemporánea, que no consiente a ningún país evadirse a las corrientes de transformación surgidas de las actuales condiciones de producción.

2°— El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado. El Partido Socialista adapta su praxis a las circunstancias concretas del país; pero obedece a una amplia visión de clase y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial. La revolución de la independencia hace más de un siglo fue un movimiento solidario de todos los pueblos subyugados por España; la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el capitalismo. Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios. El manifiesto de Marx y Engels condensó el primer principio de la revolución proletaria en la frase histórica: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*.

3°— El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista. El capitalismo se desarrolla en un pueblo semifeudal como el nuestro, en instantes en que, llegado a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre concurrencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semicoloniales, que explota como mercado de su capital y sus mercaderías y como depósito de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo. Los obliga a la especialización, a la monocultura.

(Petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú.) Crisis que se deriva de esta rígida determinación de la producción nacional por factores del mercado mundial capitalista.

4°— El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú lo adopta como su método de lucha.

5°— La economía precapitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país en la vía capitalista, no puede liberarse bajo el régimen burgués, enfeudado a los intereses imperialistas, coludido con la feudalidad gamonalista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial.

El destino colonial del país reanuda su proceso. La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias, con la lucha antiimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.

6°— El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores ahí donde el yanaconazgo o la pequeña propiedad recomiendan dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto, lo mismo que el estímulo que se preste al libre resurgimiento del pueblo indígena, a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritu nativos, no significa en lo absoluto una romántica y antihistórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que co-

respondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo queda, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalistas; y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino por el contrario la máxima y metódica aceleración de la incorporación de estas conquistas en la vida nacional.

7°— Sólo el socialismo puede resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le dé derecho. El régimen educacional socialista es el único que puede aplicar plena y sistemáticamente los principios de la escuela única, de la escuela del trabajo, de las comunidades escolares, y en general de todos los ideales de la pedagogía revolucionaria contemporánea, incompatible con los privilegios de la escuela capitalista, que condena a las clases pobres a la inferioridad cultural y hace de la instrucción superior el monopolio de la riqueza.

8°— Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene en sus objetivos y en su doctrina revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista.

9°— El Partido Socialista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase.

Lima, octubre de 1928.

*Ideología y política.* Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 159-162.

## 89/. FREUDISMO Y MARXISMO

El reciente libro de Max Eastman, *La ciencia de la revolución*, que acaba de ser traducido al español, coincide con el de Henri de Man en la tendencia a estudiar el marxismo con los datos de la nueva psicología. Pero Eastman, que resentido con los bolcheviques, no está exento de móviles revisionistas, parte de puntos de vista distintos de los que del escritor belga y, bajo varios aspectos, aporta a la crítica del marxismo una contribución mucho más original y sugestiva. Henri de Man es un hereje del reformismo o la socialdemocracia; Max Eastman es un hereje de la revolución. Su criticismo de intelectual supertrotskyista, lo divorció de los soviets, a cuyos jefes, en especial Stalin, atacó violentamente en su libro *Après la mort de Lenin*.

Max Eastman está lejos de creer que la psicología contemporánea en general y la psicología freudiana en particular disminuyan la validez del marxismo como ciencia práctica de la revolución. Todo lo contrario: afirma que la refuerzan y señala interesantes afinidades entre el carácter de los descubrimientos esenciales de Marx y el de los descubrimientos de Freud, así como de las reacciones provocadas en la ciencia oficial por uno y otro. Marx demostró que las clases idealizaban o enmascaraban sus móviles y que, detrás de sus ideologías, esto es, de sus principios políticos, filosóficos o religiosos, actuaban sus intereses y necesidades económicas. Esta aserción, formulada con el rigor y el absolutismo que en su origen tiene siempre toda teoría revolucionaria, y que se acentúan por razones polémicas en el debate con sus contradictores, hería profundamente el idealismo de los intelectuales, reacios hasta hoy a admitir cualquier noción científica que implique una negación o una reducción de la autonomía y majestad del pensamiento, o, más exactamente, de los profesionales o funcionarios del pensamiento.

Freudismo y marxismo, aunque los discípulos de Freud y de Marx no sean todavía los más propensos a entenderlo y advertirlo, se emparentan no sólo por lo que en sus teorías había de "humillación", como dice Freud, para las concepciones



idealistas de la humanidad, sino por su método frente a los problemas que abordan. "Para curar los trastornos individuales —observa Max Eastman— el psicoanalista presta una atención particular a las deformaciones de la conciencia producidas por los móviles sexuales comprimidos. El marxista, que trata de curar los trastornos de la sociedad, presta una atención particular a las deformaciones engendradas por el hambre y el egoísmo". "El vocablo *ideología* de Marx es simplemente un nombre que sirve para designar las deformaciones del pensamiento social y político producidas por los móviles comprimidos. Este vocablo traduce la idea de los freudianos, cuando hablan de *racionalización*, de *substitución*, de *traspaso*, de *desplazamiento*, de *sublimación*. La interpretación económica de la historia no es más que un psicoanálisis generalizado del espíritu social y político. De ello tenemos una prueba en la resistencia espasmódica e irrazonada que opone el paciente. La diagnosis marxista es considerada como un ultraje, más bien que como una constatación científica. En vez de ser acogida con espíritu crítico verdaderamente comprensivo, tropieza con racionalizaciones y "reacciones de defensa" del carácter más violento e infantil".

Freud, examinando las resistencias al psicoanálisis, ha descrito ya estas reacciones, que ni en los médicos ni en los filósofos han obedecido a razones propiamente científicas ni filosóficas. El psicoanálisis era objetado, ante todo, porque contrariaba y soliviantaba una espesa capa de sentimientos y supersticiones. Sus afirmaciones sobre la subconciencia, y en especial sobre la *libido*, infligían a los hombres una humillación tan grave como la experimentada con la teoría de Darwin y con el descubrimiento de Copérnico. A la humillación biológica y a la humillación cosmológica, Freud podría haber agregado un tercer precedente: el de la humillación ideológica, causada por el materialismo económico, en pleno auge de la filosofía idealista.

La acusación de pansexualismo que encuentra la teoría de Freud tiene un exacto equivalente en la acusación de pan-economicismo que halla todavía la doctrina de Marx. Aparte de que el concepto de economía es en Marx tan amplio y

profundo como en Freud el de *libido*, el principio dialéctico en que se basa toda la concepción marxista excluía la reducción del proceso histórico a una pura mecánica económica. Y los marxistas pueden refutar y destruir la acusación de pan-economicismo con la misma lógica con que Freud, defendiendo el psicoanálisis, dice que "se le reprochó su pansexualismo, aunque el estudio psicoanalítico de los instintos hubiese sido siempre rigurosamente dualista y no hubiese jamás dejado de reconocer, al lado de los apetitos sexuales, otros móviles bastante potentes para producir el rechazo del instinto sexual". En los ataques al psicoanálisis no ha influido más que en las resistencias al marxismo, el sentimiento antisemita. Y muchas de las ironías y reservas con que en Francia se acoge al psicoanálisis por proceder de un germano, cuya nebulosidad se aviene poco con la claridad y la mesura latinas y francesas, se parecen sorprendentemente a las que ha encontrado siempre el marxismo, y no sólo entre los antisocialistas de ese país, donde un subconsciente nacionalismo ha inclinado habitualmente a las gentes a ver en el pensamiento de Marx el de un *boche* oscuro y metafísico. Los italianos no le han ahorrado, por su parte, los mismos epítetos ni han sido menos extremistas y celosos en oponer, según los casos, el idealismo o el positivismo latino al materialismo o la abstracción germanas de Marx.

A los móviles de clase y de educación intelectual que rigen la resistencia al método marxista, no consiguen sustraerse, entre los hombres de ciencia, como lo observa Max Eastman, los propios discípulos de Freud, proclives a considerar la actitud revolucionaria como una simple neurosis. El instinto de clase determina este juicio de fondo reaccionario.

El valor científico, lógico, del libro de Max Eastman —y esta es la curiosa conclusión a la que se arriba al final de la lectura, recordando los antecedentes de su *Après la mort de Lenin* y de su ruidosa excomunión por los comunistas rusos— resulta muy relativo, a poco que se investigue en los sentimientos que inevitablemente lo inspiran. El psicoanálisis, desde este punto, puede ser perjudicial a Max Eastman como elemento de crítica marxista. Al autor de *La ciencia de la revolución*



le sería imposible probar que en sus razonamientos neorevisionistas, en su posición herética y, sobre todo, en sus conceptos sobre el bolchevismo, no influyen sus resentimientos personales. El sentimiento se impone con demasiada frecuencia al razonamiento de este escritor que tan apasionadamente pretende situarse en un terreno objetivo y científico.

*Variedades.* Año XXIV, Nº 1087. Lima, 29 diciembre de 1928.

*Defensa del marxismo.* Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 79-83.

(Versión corregida por el autor).

## 90/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A EUDOCIO RAVINES

Lima, 31 de diciembre de 1928

No le he escrito en espera de conclusiones definitivas que comunicarle. Pero usted sabe lo difícil que es aquí concluir algo. Por otra parte, el trabajo diario me embarga con una tiranía extenuante. Debo hacer frente a obligaciones innumerables: las de mi trabajo personal, las de mis colaboraciones en las revistas, las de mis estudios y cien más. Todo esto sin olvidar la de *manager* mis fuerzas, siempre propensas a fallar. Como si *Amauta* no me diera bastante trabajo, nos hemos metido en la empresa de *Labor*, periódico al que vamos dando poco a poco su fisonomía, con la idea de transformarlo en semanario apenas su economía lo consienta. Quiero ver en él el germen de un futuro diario socialista. ¿Cuándo se realizará esta intención? En mi trabajo, en mis proyectos, los plazos, el tiempo, han contado siempre poco. Es, probablemente, por eso, que no comparto esa absoluta impaciencia de algunos de nuestros amigos. Sé que el temperamento criollo es así y me parece que hay que lamentarlo. Nos falta, como pocas cosas, el tesón austero, infatigable de los europeos. Nuestro temperamento ardoroso, vehemente, repentista, es el más propenso a los desfallecimientos desesperados.

Estoy completamente de acuerdo con usted en lo sustancial. Cualquiera que sea el sesgo que siga la política nacional, y en particular la acción de los elementos con que hasta ayer habíamos colaborado identificados en apariencia —hemos descubierto ahora que era en apariencia—, los intelectuales que nos hemos entregado al socialismo tenemos la obligación de reivindicar el derecho de la clase obrera a organizarse en un partido autónomo. Por parte de Haya y los amigos de México hay una desviación evidente. Negarse a admitirla, por motivos puramente sentimentales, sería indigno no sólo de una inteligencia crítica, sino hasta de una elemental honradez. Haya sufre demasiado el demonio del caudillismo y del personalismo. En el fondo tienen un arraigo excesivo en su ánimo las seducciones del irigoyenismo y del alessandrismo, que han influido, más de lo que él sin duda se imagina, en su entrenamiento para el combate y la propaganda. Yo le escribí a fines de noviembre a New York haciendo serios reparos al carácter personalista de su acción y, sobre todo, a la tendencia a constituir el Apra como partido y no como alianza y abandonar cada vez más la teoría y la práctica del socialismo. Bazán puede decirle algo de esta carta porque se la dicté a él y ambos nos preguntamos la reacción que podía provocar en Haya. Convinimos en que ya tenía absolutamente el deber de tomar posición franca y netamente. Sin embargo, como Bazán recordará, suprimí de la carta todos los términos que pudiesen dar a la carta un tono inamistoso. No tuvo ninguna respuesta. Haya y los amigos de México se entregaron a una propaganda insensata, que desaprobé enérgicamente y de la que nadie en el país hace caso, lo que demuestra el realismo de mis observaciones, si al posibilismo de nuestros amigos no le bastan mis razones doctrinarias. Cuando escribí a México rechazando sus métodos respecto al Apra y la candidatura, supuse que tal vez mi carta no había llegado a manos de Haya y le envié entonces la copia. Recibí la respuesta que, con el objeto de que usted conozca exactamente los términos de nuestro diálogo, le acompaño en copia. Respuesta impertinente, absurda, de *jefe* ofendido, que rehusaba toda discusión y que demostraba definitivamente

que considerábamos las cosas desde posiciones mentales distintas. He cortado, desde esa carta, mi correspondencia con Haya. ¿Para qué escribimos? Si yo le devolviese sus ironías y sus puyazos, llegaríamos a una ruptura desagradable por su carácter personal. Me parece que la mejor prueba de estimación y esperanza que puedo dar todavía a Haya es no contestarle.

Yo no he venido al socialismo por el camino de la U. P. y menos todavía de la camaradería estudiantil con Haya. No tengo por qué atenerme a su inspiración providencial de caudillo. Me he elevado del periodismo a la doctrina, al pensamiento, a través de un trabajo de superación del medio que acusa cierta decidida voluntad de oponerme, con todas mis fuerzas dialécticamente, a su atraso y sus vicios. Sé que el caudillismo puede ser aún útil; pero sólo a condición de que esté férreamente subordinado a una doctrina, a un grupo. Si hay que adaptarse al medio, no tenemos nada que reprocharle a la vieja política. No se imagina usted cuánto he sufrido con esos manifiestos del supuesto comité central de un supuesto Partido Nacionalista. A Haya no le importa el lenguaje; a mí sí; y no por preocupación literaria sino ideológica y moral. Si al menos en el lenguaje político no nos distinguimos del pasado, temo fundadamente que, a la postre, por las mismas razones de adaptación y mimetismo, concluyamos por no diferenciarnos sino en los individuos, en las personalidades.

No suscribo, por otra parte, la esperanza en la pequeña burguesía, supervalorizada por el aprismo. La pequeña burguesía es la base política del leguismo, que le habla bien su idioma, se apropia de sus mitos, conoce y explota sus resortes sentimentales y mentales. ¿Qué cosa si no demagógico pequeño burgués es el confuso fraseario o ideario del leguismo? No vamos a negar, sin caer en la más clamorosa falta de realismo, las raíces populares del movimiento del 4 de julio. De esas raíces, el régimen conserva la raíz pequeño-burguesa. La Ley del Empleado es la única ley social de este gobierno. Es también el único acto que el capitalismo nacional no le aprueba, acechando la oportunidad de revisarlo y anularlo. De diez individuos de la clase media que usted interrogaue,

cinco son leguistas latentes, si no manifiestos, no por adhesión a las personas del gobierno, sino a sus conceptos y métodos. Nuestro fenómeno alessandrista o irigoyenista se ha producido ya: es el leguismo. Tiene, como corresponde al medio, las limitaciones y las gazmoñerías de un criterio clerical, conservador; no ha tocado al capital, ni siquiera a la vieja aristocracia; ha mantenido todos los prejuicios; pero es, en parte, nuestro motín pequeño-burgués rápidamente usufructuado por el gran capital y, sobre todo, por la finanza extranjera. La clase que frente a esta política puede decir una palabra propia, autónoma, distinta, es la clase obrera, la única que puede constituir además la vanguardia y ser la guía del proletariado indígena.

Tenemos que trabajar, por consiguiente, si queremos edificar algo sólido, sobre bases netamente socialistas. Si hay otros que quieren un método original, pequeño-burgués, caudillista, perfectamente. Que vayan por su cuenta. Yo no los acompaño ni los apruebo. Y creo que estoy más cerca de la realidad y más cerca del Perú que ellos, a pesar de mi presunto europeísmo y de mi supuesto excesivo doctrinarismo.

En este sentido se orienta nuestra actividad en el Perú, como habrá usted podido observarlo en *Amauta* y *Labor*. No me arrepiento de haber reivindicado mi independencia frente a Haya. He descubierto que no estaba solo; que mis puntos de vista correspondían a la clase que me interesa: la clase obrera. Juzgo, naturalmente, por lo que piensan sus elementos con conciencia clasista. Ya lo informaré a usted cuidadosamente. Si usted encontrara posibilidad de venir, nos aportaría un refuerzo precioso. Si prefiere usted continuar en París estudiando, o pasar a otro centro mejor, también trabajaría usted eficazmente por nuestra causa. En cuanto a los compañeros divergentes, creo que si en ellos la adhesión al socialismo es una cosa seria, vendrán al fin a nuestro camino.

Le abraza fraternalmente.

## 91/. PRELUDIO DEL ELOGIO A EL CEMENTO Y DEL REALISMO PROLETARIO

La celebración del 12º aniversario de la revolución rusa ha excitado, en revistas y cenáculos, el debate sobre la literatura soviética, suscitando tesis y conjeturas diversas. Aquí mismo he escuchado reiteradamente la opinión de que la lectura de *El cemento* de Fedor Gladkov no es edificante ni alentadora para los que, fuera todavía de los rangos revolucionarios, busquen en esa novela la imagen de la revolución proletaria. Las peripecias espirituales, los conflictos morales que la novela de Gladkov describe no serían, según esta opinión, aptos para alimentar las ilusiones de las almas hesitantes y miríficas que sueñan con una revolución de agua de rosas. Los residuos de una educación eclesiástica y familiar, basada en los beatísimos e inefables mitos del reino de los cielos y de la tierra prometida, se agitan mucho más de lo que estos camaradas pueden imaginarse, en la subconciencia de su juicio.

En primer lugar, hay que advertir que *El cemento* no es una obra de propaganda. Es una novela realista, en la que Gladkov no se ha propuesto absolutamente la seducción de los que esperan, cerca o lejos de Rusia, que la revolución muestre su faz risueña, para decidirse a seguirla. El pseudorealismo burgués —Zola incluido— había habituado a sus lectores a cierta idealización de los personajes representativos del bien y la virtud. En el fondo, el realismo burgués, en la literatura, no había renunciado al espíritu del romanticismo, contra el cual parecía reaccionar irreconciliable y antagónico. Su innovación era una innovación de procedimiento, de decorado, de indumentaria. La burguesía que en la historia, en la filosofía, en la política, se había negado a ser realista, aferrado a su costumbre y a su principio de idealizar o disfrazar sus móviles, no podía ser realista en la literatura. El verdadero realismo llega con la revolución proletaria, cuando en el lenguaje de la crítica literaria, el término "realismo" y la categoría artística que designa están tan desacreditados, que se siente la perentoria necesidad de oponerle los términos de "suprarrealismo",

"infrarrealismo", etc. El rechazo del marxismo, parecido en su origen y proceso al rechazo del freudismo, como lo observa Max Eastman en *La ciencia de la revolución*, tan equivocado a otros respectos, es en la burguesía una actitud lógica —e instintiva—, que no consiente a la literatura burguesa liberarse de su tendencia a la idealización de los personajes, los conflictos y los desenlaces. El folletín, en la literatura y en el cinema, obedece a esta tendencia que pugna por mantener en la pequeña burguesía y el proletariado la esperanza en una dicha final ganada en la resignación más bien que en la lucha. El cinema yanqui ha llevado a su más extrema y poderosa industrialización esta optimista y rosada pedagogía de pequeños burgueses. Pero la concepción materialista de la historia tenía que causar en la literatura el abandono y el repudio de estas miserables recetas. La literatura proletaria tiende naturalmente al realismo, como la política, la historiografía y la filosofía socialistas.

*El cemento* pertenece a esta nueva literatura, que en Rusia tiene precursores desde Tolstoi y Gorki. Gladkov no se habría emancipado del más mesocrático gusto de folletín si al trazar este robusto cuadro de la revolución, se hubiera preocupado de suavizar sus colores y sus líneas por razones de propaganda e idealización. La verdad y la fuerza de su novela —verdad y fuerza artísticas, estéticas y humanas— residen, precisamente, en su severo esfuerzo por crear una expresión del heroísmo revolucionario —de lo que Sorel llamaría "lo sublime proletario"— sin omitir ninguno de los fracasos, de las desilusiones, de los desgarramientos espirituales sobre los que ese heroísmo prevalece. La revolución no es una idílica apoteosis de ángeles del Renacimiento, sino la tremenda y dolorosa batalla de una clase por crear un orden nuevo. Ninguna revolución, ni la del cristianismo, ni la de la Reforma, ni la de la burguesía, se ha cumplido sin tragedia. La revolución socialista, que mueve a los hombres al combate sin promesas ultraterrenas, que solicita de ellos una extrema e incondicional entrega, no puede ser una excepción en esta inexorable ley de la historia. No se ha inventado aún la revolución anestésica, paradisíaca, y es indispensable afirmar

que el hombre no alcanzará nunca la cima de su nueva creación, sino a través de un esfuerzo difícil y penoso en el que el dolor y la alegría se igualarán en intensidad. Glied, el obrero de *El cemento*, no sería el héroe que es, si su destino le ahorrara algún sacrificio. El héroe llega siempre ensangrentado y desgarrado a su meta: sólo a este precio alcanza la plenitud de su heroísmo. La revolución tenía que poner a extrema prueba el alma, los sentidos, los instintos de Glied. No podía aguardarle, asegurados contra toda tempestad, en un remanso dulce, su mujer, su hogar, su hija, su lecho, su ropa limpia. Y Dacha, para ser la Dacha que en *El cemento* conocemos, debía a su vez vencer las más terribles pruebas. La revolución, al apoderarse de ella total e implacablemente, no podía hacer de Dacha sino una dura y fuerte militante. Y en este proceso, tenía que sucumbir la esposa, la madre, el ama de casa; todo, absolutamente todo, tenía que ser sacrificado a la revolución. Es absurdo, es infantil, que se quiera una heroína como Dacha, humana, muy humana, pero antes de hacerle justicia como revolucionaria, se le exija un certificado de fidelidad conyugal. Dacha, bajo el rigor de la guerra civil, conoce todas las latitudes del peligro, todos los grados de la angustia. Ve flagelados, torturados, fusilados, a sus camaradas; ella misma no escapa a la muerte sino por azar; en dos oportunidades asiste a los preparativos de su ejecución. En la tensión de esta lucha, librada mientras Glied combate lejos, Dacha está fuera de todo código de moral sexual: no es sino una militante y sólo debe responder de sus actos de tal. Su amor extraconyugal carece de voluptuosidad pecadora. Dacha ama fúgaz y tristemente al soldado de su causa que parte a la batalla, que quizás no regresará más, que necesita esta caricia de la compañera como un viático de alegría y placer en su desierta y gélida jornada. A Badyn, el varón a quien todas se rinden, que la desea como a ninguna, la resiste siempre. Y cuando se le entrega —después de una jornada en que los dos han estado a punto de perecer en manos de los cosacos, cumpliendo una riesgosa comisión, y Dacha ha tenido al cuello una cuerda asesina, pendiente ya de un árbol del camino, y ha sentido el espasmo del estrangulamiento—, es porque a los dos la vida y la muerte

los ha unido por un instante más fuerte que ellos mismos.

*Repertorio hebreo*. Año I, Nº 3 y 4. Lima, julio y agosto de 1929.  
*El alma matinal*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 196-199. (Aparece como la primera parte de "Elogio de *El cemento* y del realismo proletario".)

## 92/. SIEGFRED Y EL PROFESOR CANELA (FRAGMENTO)

En el amor, como en la literatura, no hay sino dos grandes categorías: clásicos y románticos. Para los clásicos, el amor es eterno: su arquetipo son las parejas históricas: Romeo y Julieta, v.g. Para los románticos, el amor es algo menos individualizado y permanente; el amor carece de predestinación: no existe el amor sino el estado amoroso.

Canela era clásico en el amor como en la literatura, por prudencia, por educación y por espíritu sedentario. La señora Canela lo era también, pero por romanticismo. Verona es la sede del culto a la pareja eterna. Verona o la tumba de Romeo y Julieta. Verona loca de amor. Debemos al vizconde de Chateaubriand, en quien, como en la señora Canela, el romanticismo era un sentimiento adquirido en América, el más clásico retrato de Verona: "Descendida de las montañas que baña el lago, célebre por un verso de Virgilio y por los nombres de Catulo y de Lesbia, una tirolesa, sentada bajo las arcadas de las Arenas, atraía las miradas. Como Nina, *pazza per amore*, esta linda criatura de falda corta y coquetos chapines, abandonada por el cazador de Monte Baldo, era tan apasionada que no quería nada sino su amor; ella pasaba las noches esperando y velaba hasta el canto del gallo: su palabra era triste porque había atravesado su dolor". Una italiana del Brasil, que en el Nuevo Mundo había contraído como una fiebre tropical el romanticismo, no podía sustraerse al influjo de Verona romana, medioeval, renacentista. La atmósfera sentimental, el clima erótico de Verona tenían que comunicarle el gusto de un amor eterno, sublime, histórico. ¡*Pazza per amore!* Julia Canela, en sus más alucinadas e inefables

horas de prometida o de desposada, habría podido augurarse un destino que le hubiera prometido enloquecer de amor. Mas no había sabido augurarse nada concretamente. Tenía la temperatura del romanticismo; no su imaginación, aunque sin haber leído a Chateaubriand ni a André Maurel, sintiese como ellos.

Pero el destino había adivinado su voto latente, posible, arrebatándole a su esposo. El comunicado del regimiento lo declaraba *desaparecido*; y la señora Canela, aunque no fuese sino para esperarlo toda su vida, no podía admitir que desaparecido significara quizá muerto. La viudedad no era el estado que su exaltación podía soñar. Prefería, con ardor brasileño, la vaguedad de una ausencia inexplicable e indefinida. Esperaría al esposo ausente, con la lámpara de su amor vigilante, encendida. Una viuda joven, bella, indiana, tendrá siempre un séquito de pretendientes. Pero la señora Canela no era una viuda sino una esposa loca de amor, como Nina, como Verona. Julia es una aproximación de Julieta. La señora Canela lo había pensado algunas veces: ella continuaba, revivía, con nueva sangre, la tradición veronesa. Verona, *pazza per amore*, tenía una nueva intérprete. Cada año que pasaba, en vez de atenuar la fe de la espera, la acrecía. El esposo ausente regresaría, no importaba cuándo. Los años no contaban. El tiempo se detendría en el segundo en que los amantes se estrecharan de nuevo, obediente a ella, que pronunciaría la frase poética: ¡detente, eres bello!

Este amor explicaba la trayectoria turinesa del profesor Canela. La existencia de Canela era atraída por otra existencia que lo llamaba con una energía sobrehumana. No podía resistir a la atracción de Nina enamorada. Y, por esto, en los brazos de una ramera, pero fugitivo de los de una esposa casual, postiza, ajena, el profesor Canela tendía, en verdad, a la fidelidad, a la monogamia.

*Mundial*. Año VII, Nº 457. Lima, 22 marzo de 1929.

*La novela y la vida*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 50-53.

### 93/. LA RUSIA DE DOSTOIEVSKI. A PROPOSITO DEL LIBRO DE STEFAN ZWEIG

Las tentativas baratas, premiosas de interpretación del bolchevismo, que una crítica diletantesca y apriorística produjo en Occidente en los primeros años de la Revolución Rusa, y cuyos ecos han durado hasta hace muy poco, se entretenían con curiosa uniformidad en explicar este fenómeno, en algo así como la culminación del movimiento espiritualista representado por Dostoievski. El misticismo, la neurosis, la exasperada búsqueda de infinito y de absoluto, que hallan su más fuerte y patética expresión artística en la obra de Dostoievski, eran estimados como los factores morales de la revolución, que debería a esos factores su acento apocalíptico y extremista. Recuerdo que hace tres años, Luis de Zulueta, en un ensayo de *La revista de Occidente*, sobre *El enigma de Rusia*, que debía su primera inspiración a Ortega y Gasset, barajaba todavía estos motivos, suscribiendo, a pesar de advertir el programa marxista y occidental de la revolución, el concepto de Ortega de que ésta "no era, en el fondo, una revolución europea, sino un misticismo oriental".

No debe haber sido escasa la sorpresa de estos apresurados y enfáticos exégetas ante la protesta de Ilya Ehrenburg, contra la general tendencia de suponer a la nueva literatura rusa fuertemente influida por el espíritu de Dostoievski. Ehrenburg desmintió esta influencia, afirmando que las actuales generaciones rusas estaban, precisamente, lo más distantes posibles de Dostoievski y que, en la nueva Rusia, era mucho más evidente y neta la presencia de Tolstoi. Y Julio Alvarez del Vayo, en sus impresiones literarias de Rusia, sobre todo en las que sirven de prólogo a la edición española de *El Cemento*, la notable novela de Fedor Gladkov, ha confirmado sustancialmente la versión de Ehrenburg, que no era una revelación para quienes seguían el movimiento intelectual ruso a través de revistas francesas, italianas y alemanas, aunque no se diesen cuenta, exactamente, del sentido profundo de la revolución.

Dostoievski tradujo en su obra la crisis de la inteligencia rusa, como Lenin y su equipo marxista se encargaron de resolver y superar. Los bolcheviques oponían un realismo activo y práctico al misticismo espiritual e inconcluyente de la inteligencia dostoievskiana, una voluntad realizadora y operante a su hesitación nihilista y anárquica, una acción concreta y enérgica a su abstractismo divagador, un método científico y experimental a su metafísica sentimental. La *intelligentsia*, desde el movimiento dekabrista hasta la revolución de 1917, no conoció sino fracasos. Se reconoce su romanticismo, de fondo, más o menos rousseauiano, en los dekabristas, en los narodnikis, en los nihilistas, en los socialistas revolucionarios. Su impotencia para guiar una revolución demoburguesa que sustituyera la autocracia zarista por un régimen capitalista de tipo occidental, la condujo a un utopismo desorbitado, en que el más extremista y disolvente individualismo se asociaba al mesianismo racial, hostil a Europa, de los orientalistas.

La literatura de esta época, o más bien de este origen —Dostoievski, Andreyev, Sologub, etc.—, refleja, como ya alguna vez lo he apuntado, la neurosis de una burguesía frustrada, a la que no fue posible conquistar el poder. El capitalismo ruso, técnica y financieramente impulsado y aun dirigido en gran parte por extranjeros, se desarrolló en Rusia, hasta 1917, bajo un régimen absolutista que no consintió a la burguesía salir de un rol larvado y secundario. Esta burguesía fracasada, incapaz de sacudirse de la tutela de una aristocracia primitiva, no pudo asegurar su equilibrio interior. No supo dar concreción a sus ideales políticos. El utopismo humanitarista, la negación nihilista, en sus manifestaciones más diversas, la hallaron siempre propicia a sus delirios. La burguesía vio desertar a sus vástagos de su propia empresa política, para entregarse a la preparación sentimental de una revolución que no sería la suya. El populismo exasperado a que llegó, en su inútil lucha por alcanzar los propios objetivos de clase, tocó un grado de misticismo e idealización que sedujo fácilmente la fantasía de sus literatos. Dostoievski podía escribir así sobre la *elite* a que pertenecía: "La clase intelectual

rusa es la más elevada y la más seductora de todas las *elites* que existen. En todo el mundo no se encuentra nada que se le parezca. Es una magnificencia de espléndida belleza que todavía no se estima bastante. Prueba predicar en Francia, en Inglaterra, o donde quieras, que la propiedad individual es ilegítima, que el egoísmo es criminal. Todos se alejarán de ti. ¿Cómo podría ser ilegítima la propiedad individual? ¿Y qué existiría entonces de legítimo? Pero el intelectual ruso te sabrá comprender. Ha comenzado a filosofar apenas su conciencia ha despertado. Así, si toca un pedazo de pan blanco, en seguida se presenta a sus ojos un cuadro tétrico: Es pan fabricado por esclavos. Y este pan blanco se le antoja muy amargo". Piero Gobetti, señalando y comentando estas palabras, define nítidamente el sentido de este "atormetado individualismo". "En la mística aspiración al infinito —observa— o a la eternidad se alientan las aspiraciones del pueblo a una organización anárquica de la sociedad. Ni el pan-eslavismo, buscado con curiosos sentimientos mesiánicos, consigue alimentar una conciencia nacional. La lucha de los intelectuales contra el zarismo semeja una lucha de descentrados".

Mientras la novela occidental, hasta en su estación romántica, describe a una burguesía inquieta, pero normal, mediocre a veces pero estable siempre, que asienta con confianza y sin disgusto sus pies en la tierra, y en la que el atormentado no es la regla sino la excepción, la novela rusa, de estirpe dostoievskiana, nos describe invariablemente a una burguesía lunática, desequilibrada, sentimental, en cuya conciencia trabaja un complejo y en la que el empresario alacre, contento de sí mismo, es un caso extraordinario, contradicho y renegado por una descendencia neurótica.

Zweig estudia a Dostoievski, con prescindencia de este *substratum* histórico, de este sedimento social de su arte. Esto es quizá lo que falta en su libro, que rehúsa relacionar a Dostoievski con su época y su ambiente. Pero, en cambio, el retrato artístico, el croquis estético del autor de *Los hermanos Karamazov* conquistan al lector completamente. Singularmente penetrante es la confrontación de la distinta y opuesta experiencia que para Dostoievski y Wilde significó la prisión.



"En Wilde —escribe Zweig— el lord sobrevive al hombre y sufre de que los forzados puedan tomarlo por uno de los suyos. Dostoievski no sufre sino en tanto que asesinos y ladrones rehúsan considerarlo como un hermano. Ser tenido a distancia, no ser tratado como hermano, le parece una tara, una insuficiencia de su ser. Así como el carbón y el diamante son una misma sustancia, así el destino es uno y sin embargo diferente para los dos escritores. Wilde es un hombre terminado cuando sale de la prisión. Dostoievski comienza su vida. Wilde es reducido al estado de escoria, por la misma flama que da a Dostoievski su temple y su luz. Wilde es castigado como un *valet* porque resiste. Dostoievski triunfa de su destino porque ama su destino". Podría observarse, restringiendo parcialmente la exactitud de este paralelo de Zweig, que la naturaleza distinta de ambas condenas no es extraña a su distinto efecto espiritual; pero, aparte de que el contraste entre el lord sensual y orgulloso y el ruso, que busca el placer en el fondo del más duro sufrimiento y de las más exasperada humillación, subsiste siempre, la última frase de Zweig nos hace olvidar cualquier reserva ausente: "Dostoievski triunfa de su destino, porque ama su destino". Y en otra comparación, Zweig es acaso más certero: "Goethe mira al apolíneo antiguo; Dostoievski al bacantismo: ni siquiera ser olímpico ni semejante a un Dios, quiere ser el hombre fuerte. Su moral no aspira al clasicismo, a la regla, sino a la intensidad". Estas palabras plantean, tal vez, el problema de Dostoievski clásico o romántico. Problema que, en Dostoievski, admite esta respuesta: Clásico y romántico. O romántico hasta el punto de ser, al mismo tiempo, clásico.

*Variedades*. Año XXV, Nº 1101. Lima, 10 abril de 1929.

*El artista y la época*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 165-169.

## 94/. LA MISION DE ISRAEL

Como nota René Guilloin, en un reciente artículo de *La Nouvelle Revue Française*, el problema de Occidente, aunque se han apagado mucho los ecos del libro de Henri de Massis, "no

ha perdido nada de su interés esencial". El problema de Israel, en estos tiempos de organización y propaganda sionistas, constituye, sin duda, uno de sus aspectos más interesantes. Quizá el que mejor consiente esclarecerlo, respondiendo a la interrogación: ¿Oriente u Occidente? Después de haber dado su aporte ingente a la civilización occidental o europea, ¿tienden los judíos a restituirse a Asia, a reintegrarse a Oriente, por la vía de un nacionalismo de orígenes y estímulos totalmente occidentales?

Si alguna misión actual, moderna, tiene el pueblo judío es la de servir, a través de su actividad ecuménica, al advenimiento de una civilización universal. Si puede creer el pueblo judío en una predestinación, tiene que ser en la de actuar como levadura internacional de una sociedad nueva. He aquí como, a mi juicio, se plantea ante todo la cuestión. El pueblo judío que yo amo, no habla exclusivamente hebreo ni yiddish; es políglota, viajero, supranacional. A fuerza de identificarse con todas las razas, posee los sentimientos y las artes de todas ellas. Su destino se ha mezclado al de todos los pueblos que no lo han repudiado (y aún al de aquellos que lo han tratado como huésped odioso, cuyo nacionalismo debe en gran parte su carácter a esta clausura). El máximo valor mundial de Israel está en su variedad, en su pluralidad, en su diferenciación, dones por excelencia de un pueblo cosmopolita. Israel no es una raza, una nación, un Estado, un idioma, una cultura; es la superación de todas estas cosas a la vez en algo tan moderno, tan desconocido, que no tiene nombre todavía. Dando una nueva acepción a este término, podemos decir que es un complejo. Un complejo supranacional, la trama elemental, primaria, suelta aún de un orden ecuménico.

Las burguesías nacionales, la británica en primer término, querrían reducir a los judíos a una nación, a un Estado. Esta actitud no es quizá, subcientemente, sino la última persecución de Israel. Persecución hipócrita, diplomática, parlamentaria, sagaz, que ofrece a los judíos un nuevo *ghetto*. En la edad de la Sociedad de las Naciones y del imperialismo en gran estilo, este nuevo *ghetto* no podía ser menor que Palestina, ni podía faltarle el prestigio sentimental de la tierra



de origen. El *ghetto* tradicional correspondía típicamente al medioevo: a la edad de las ciudades y de las comunas. Nacionalistas leales, de pueblos de agudo antisemitismo, han confesado más o menos explícitamente su esperanza de que el nacionalismo de Israel libere a sus patrias del problema judío.

Israel ha dado ya todo su tributo a la civilización capitalista. La feudalidad negó a los judíos el acceso a la agricultura, a la nobleza, a la milicia. No sabía que, obligándolos a servicios de artesano, los empujaba a la industria, y obligándolos a servicios de prestamista y de mercaderes, los preparaba para la banca y el comercio, o sea que les entregaba el secreto de los tres grandes factores del capitalismo, vale decir, el orden que la había de destruir y suceder. El judío, con estas herramientas, se abrió a la vez que las puertas de la política, del Estado, otras puertas que el medioevo cristiano había mantenido oficialmente cerradas para él: las de la ciencia y el saber. La ciencia y el saber que, en este nuevo orden, tenían que formarse no en los castillos de la nobleza, ni en los claustros de los monjes, sino en los talleres de una economía urbana e industrial. El judío, banquero o industrial, podía dominar desde la ciudad demoburguesa y liberal al campo aristocrático o *frondeur*.

Pero, desde Marx, el último de sus profetas, Israel ha superado espiritual, ideológicamente, al capitalismo. La sociedad capitalista declina por su incapacidad para organizar internacionalmente la producción. La más irremediable de sus contradicciones es, tal vez, la existente entre sus exacerbados antagonismos nacionalismos y su economía forzosamente internacional. Los judíos han contribuido, en la época revolucionaria y organizadora del nacionalismo, a la afirmación de varias nacionalidades. Han empleado en la obra de crear varios Estados la energía que se les propone emplear —ahora que el mundo capitalista está definitivamente distribuido entre algunos Estados— en establecerse, a su imagen y semejanza, como Estado judío.

Por la pendiente de esta tentación el pueblo judío está en peligro de caer en su más grave pecado de orgullo, de

egoísmo, de vanidad. La construcción de un Estado judío, aunque no pesase sobre él el protectorado abierto u oculto de ningún imperio, no puede constituir la ambición de Israel hoy que su realidad no es nacional sino supranacional. El tamaño y el objeto de esta ambición tienen que ser mucho más grandes. El judaísmo ha dado varios Disraeli a otros Estados en la época organizadora y afirmativa de su nacionalismo; no ha reservado ninguno para sí. Sería un signo de decadencia y de fatiga, que se esforzase en procurárselo en esta época del superestado.

Internacionalismo igual supranacionalismo. El internacionalismo no es, como se imaginan muchos obtusos de derecha y de izquierda, la negación del nacionalismo, sino su superación. Es una negación dialécticamente, en el sentido de que contradice al nacionalismo; pero no en el sentido de que, como cualquier utopismo, lo condena y descalifique como necesidad histórica de una época. Raymond Lefevre estaba en lo cierto, cuando respondiendo a los contradictores que en el congreso socialista de Tours lo interrumpían para acusarlo de poca ortodoxia internacionalista, afirmó que el internacionalismo es superpatriotismo. El patriotismo judío no puede ya resolverse en nacionalismo. Y al decir no puede, no me refiero a un deber, sino a una imposibilidad.

Porque el peligro de la tentación sionista no existe sino para una parte de los judíos. La mayor parte de los judíos no es ya dueña de elegir su destino: unos están comprometidos a firme en la empresa del capitalismo; otros están empeñados a fondo en la empresa de la revolución. Sión, el pequeño Estado creado para restablecer a Israel en Asia, en Oriente, no debe ser sino un hogar cultural, una tierra de experimentación.

Palestina no representa sino el pasado de Israel. No representa siquiera su tradición, porque desde el principio de su ostracismo, esto es, desde hace muchos siglos, la tradición de Israel, la cultura de Israel están hechas de muchas cosas más. Israel no puede renegar a la cristiandad ni renunciar a Occidente, para clausurarse hoscamente en su solar nativo y en su historia precristiana.

El judaísmo debe a la cristiandad la universalización

de sus valores. Su ostracismo ha sido el agente más activo de su expansión y de su grandeza. Es a partir del instante en que viven sin patria que los judíos juegan un gran rol en la civilización occidental. Con Cristo y Saulo ascienden al plano más alto de la historia. Palestina los habría localizado en Asia, limitando mezquinamente sus posibilidades de crecimiento. Israel, sin la cristiandad, no sería hoy más que Persia o el Egipto. Sería mucho menos. Georges Sorel no se engaña, cuando recordando unas palabras de Renán en su *Historia del pueblo de Israel* sobre el judaísmo después de la destrucción del reino de Judá, dice: "Es precisamente cuando no tuvieron más patria que los judíos llegaron a dar a su religión una existencia definitiva; durante el tiempo de la independencia nacional, habían estado muy propensos a un sincretismo odioso a los profetas; devinieron fanáticamente adoradores de *Jahvé* cuando fueron sometidos a los paganos. El desarrollo del código sacerdotal, los salmos cuya importancia teológica debía ser tan grande, el segundo Isaías, son de esta época". La cristiandad obligó, más tarde, a Israel a renovar su esfuerzo. Gracias a la cristiandad, sus antepasados lo son también de Occidente y la Biblia no es hoy el libro sagrado de un pequeño país asiático. El judaísmo ganó, al perder su suelo, el derecho a hacer su patria de Europa y América. En Asia, después de los siglos de ostracismo creador, el judío es hoy más extranjero que en estos continentes, si en ellos se puede decir que lo sea. El puritano de los Estados Unidos, el marxista de Alemania y Rusia, el católico de España o Italia, le es más próximo histórica y espiritualmente que el árabe de Palestina.

Israel, en veinte siglos, ha ligado su destino al de Occidente. Y hoy que la burguesía occidental, como Roma en su declinio, renunciando a sus propios mitos busca su salud en éxtasis exóticos, Israel es más Occidente que Occidente mismo. Entre Israel y Occidente ha habido una interacción fecunda. Si Israel ha dado mucho a Occidente, también mucho ha adquirido y transformado. El judío permanece así fiel a su filosofía de la acción condensada en esta frase del rabino italiano: "l'uomo conosce Dio oprando". Y Occidente, en tránsito del capitalismo al socialismo, no es ya una forma

antagónica ni enemiga de Oriente, sino la teoría de una civilización universal.

*Mundial*. Año IX, Nº 463. Lima, 3 mayo de 1929.

*Figuras y aspectos de la vida mundial*. Tomo III. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 32-36.

## 95/. ANDRE CHAMSON Y EL MITO DE LA NUEVA GENERACION: LA REVOLUCION DEL 19

La *nueva generación* empieza a escribir su autobiografía. Está en la estación de las confesiones, o, mejor, del examen de conciencia. Esto podría ser una señal de que los años de estabilización capitalista la encuentran, más o menos, desocupada. Drieu la Rochelle, inauguró este período con sus *Confesions*. Casi simultáneamente André Chamson y Jean Prevost, en documentos de distinto mérito y diversa inspiración, nos cuentan ahora su experiencia del año 19. André Chamson, autor de *L'Homme contre l'Histoire* y *Le crime des Justes*, representa en Francia a una juventud bien distante de la que se entretiene mediocrementemente en la imitación de los sutiles juegos de Giraudoux y de las pequeñas farsas de Cocteau. Su literatura —novela o ensayo— se caracteriza por una búsqueda generosa y seria de infinito y de eternidad.

La juventud, cuyas jornadas de 1919 nos explican André Chamson en un ensayo crítico e interpretativo y Jean Prevost en una crónica novelada y autobiográfica, es la que no pudo por su edad marchar al frente y se impuso, por esto mismo, prematuramente madura y grave, la obligación de pronunciar a los dieciocho años un juicio sobre la historia. "Se vio entonces —escribe Chamson— toda una juventud revolucionaria, aceptando la revolución o viviendo en la esfera de su triunfo". Chamson alcanza un tono fervoroso en la exégesis de esta emoción de posguerra. Pero el contagio de su exaltación no debe turbar la serenidad de nuestro análisis, precisamente

porque en este proceso de la nueva generación, nosotros mismos nos sentimos en causa. La onda espiritual, que recorrió después de la guerra las universidades y los grupos literarios y artísticos de la América Latina, arranca de la misma crisis que agitaba a la juventud de 1919, coetánea de André Chamson y Jean Prevost, en la ansiedad de una palingenesia. Dentro de diversas condiciones de lugar y hora, la revolución de 1919 no es un fenómeno extraño a nuestro continente.

Chamson se atiene, respecto al espíritu revolucionario de esa juventud, a pruebas en exceso subjetivas. Las propias palabras trascritas indican, sin embargo, que ese espíritu revolucionario, más que un fenómeno subjetivo, más que una propiedad exclusiva de la generación del 19, era un reflejo de la situación revolucionaria creada en Europa por la guerra y sus consecuencias, por la victoria del socialismo en Rusia y por la caída de las monarquías de la Europa Central. Porque si la juventud del 19 "aceptaba" la revolución o vivía 'en la espera' de su triunfo, era porque la revolución, estaba en acto, anterior y superior a las voliciones de los adolescentes, testigos de los horrores y sacrificios de la guerra. "Nosotros esperábamos la revolución —agrega el joven ensayista francés—, nosotros queríamos estar seguros de su triunfo. Pero, en la mayor parte, no habiendo arribado a ella por el camino de las doctrinas, éramos incapaces de fijarle un sentido político, ni siquiera un valor social bien preciso. Estos juegos de la mente, estas previsiones de los sistemas habrían sin duda engañado nuestra espera; pero nosotros queríamos más y, del primer golpe, nos habíamos colocado más allá de esta revolución social, en una especie de absoluto revolucionario. Lo que nosotros esperábamos era una purificación del mundo, un nuevo nacimiento: la sola posibilidad de vivir fuera de la guerra".

Lo que nos interesa, ahora, en tiempos de crítica de la estabilización capitalista y de los factores que preparan una nueva ofensiva revolucionaria, no es tanto el psicoanálisis ni la idealización del *pathos* juvenil de 1919, como el esclarecimiento de los valores que ha creado y de la experiencia a que ha servido. La historia de ese episodio sentimental, que

Chamson eleva a la categoría de una revolución, nos enseña que, poco a poco, después que las ametralladoras de Noske restablecieron en Alemania el poder de la burguesía, el mesianismo de la *nueva generación* empezó a calmarse, renunciando a las responsabilidades precoces que, en los primeros años de posguerra, se había apasionadamente atribuido. La fuerza que mantuvo viva hasta 1923, con alguna intermitencia, en la nueva generación, la esperanza revolucionaria, no era, pues, la voluntad romántica de reconstrucción, la inquietud tumultuaria de la juventud en severa vigilia; era la desesperada lucha del proletariado, en las barricadas, en las huelgas, en los comicios, en las trincheras, la acción heroica operada con desigual fortuna, de Lenin y su aguerrida facción en Rusia; de Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Eugenio Levín, en Alemania; de Bela Kun en Hungría; de los obreros de la Fiom en Italia, hasta la ocupación de las fábricas y la escisión de las masas socialistas en Livorno.

La esperanza de la nueva juventud no se encontraba suficientemente ligada a la época. André Chamson lo reconoce cuando escribe lo siguiente: "En realidad, vivíamos un último episodio de la revolución del 48. Por última vez, acaso, espíritus formados por la más profunda experiencia histórica (fuese intuitiva o razonada) demandaban su fuerza a la extrema ingenuidad de esperanza. Lo que nosotros buscábamos era una prosecución proudhoniana, una filosofía del progreso en la cual pudiésemos creer. Por un tiempo, la demandamos a Marx. Obedeciendo a nuestros deseos, el marxismo nos aparecía como una exacta filosofía de la historia. La confianza que le acordábamos debía desaparecer pronto, en la abstracción triunfante de la revolución del 19 y, más todavía, en las consecuencias que este mito debía tener sobre nuestras vidas y nuestros esfuerzos; pero en ese momento poseía, por esto mismo, más fuerza. Vivimos, por ella, en la certidumbre de conocer el orden de los hechos que iban a desarrollarse, la marcha misma de los acontecimientos". El testimonio de Jean Prevost, menos idealista, menos filosófico, ilustra lados opuestos de la revolución del 19: el snobismo universitario con que los estudiantes de su generación se entregaron a una

lectura rabiosa de Marx; el aflojamiento súbito de su impulso al choque con el escandalizado ambiente doméstico y con los primeros bastonazos de la policía; la decepción, el escepticismo, más o menos disfrazados de retorno a la *sagesse*. Los mejores espíritus, las mejores mentes de la nueva generación siguieron su trayectoria: los dadaístas pasaron del estridente tumulto del Dadá a las jornadas de la revolución surrealista; Raymond Lefebvre formuló su programa en estos términos intransigentes: "la revolución o la muerte"; el equipo de intelectuales del *Ordine Nuovo* de Turín asumió la empresa de dar vida en Italia al Partido Comunista, iniciando el trabajo político que debía costar, bajo el fascismo, a Gramsci, Terracini, etc., la condena a veinte o veinticinco años de prisión; Ernest Toller, Johannes R. Becher, George Grosz, en Alemania, reclamaron un puesto en la lucha proletaria. Pero, en esta nueva jornada, ninguno de estos revolucionarios había continuado pensando que la revolución era una empresa de la juventud que en 1919 se había plegado al socialismo. Todos dejaban, más bien, de invocar su calidad de jóvenes, para aceptar su responsabilidad y su misión de hombres. La palabra "juventud", políticamente, estaba ya bastante comprometida. No en balde las jornadas del fascismo se cumplían al ritornello de "¡Giovinezza, giovinezza!".

El mito de la nueva generación, de la revolución del 19, ha perdido mucho de su fuerza. Sin duda, la guerra señaló una ruptura, una separación. La derrota del proletariado, en no pequeña parte, se debe al espíritu adiposamente parlamentario, positivista, demoburgués de sus cuadros compuestos en el 90% por gente formada en el clima prebélico. En la juventud socialista, se reclutaron los primeros equipos de la Tercera Internacional. Los viejos líderes, los Ebert y los Kautsky en Alemania, los Turati y los Modigliani en Italia, los Bauer y los Renner en Austria, saborearon la revolución. Pero Lenin, Trotsky, Stalin, procedían de una generación madura, templada en una larga lucha. Y, hasta ahora, la "abstracción triunfante de la revolución del 19" cuenta muy poco en la historia, al lado de su obra concreta, de su creación positiva.

La conquista de la juventud no deja de ser, por esto, una de las necesidades más evidentes, más actuales, de los

partidos revolucionarios. Pero, a condición de que los jóvenes sepan que mañana les tocará cumplir su misión, sin los *alibi* de la juventud, con responsabilidad y capacidad de hombres.

*Variedades*. Año XXV. N° 1106. Lima, 15 mayo de 1929.

*Defensa del marxismo*. Lima, Editorial, Minerva, 1981. pp. 111-116.

(Versión corregida por el autor con el título "El mito de la nueva generación".)

## 96/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A NICANOR A. DE LA FUENTE

Lima, 20 de junio de 1929

Querido Nicanor A. de la Fuente:

Desde hace semanas, me apremia la necesidad de escribirle, pero como ya otras veces, entra en conflicto con mis ocupaciones excesivas. He querido también, antes de escribirle, que Ud. estuviese enterado de las últimas etapas del proceso de definición teórica y de organización práctica, indirectamente acelerado por lo que podemos llamar la desviación "aprista". Hoy debe Ud. conocer documentos suficientemente esclarecedores y otros llegarán a su conocimiento. El problema está liquidado, con la actitud asumida por el grupo de París, el más denso y neto ideológicamente de los grupos de militantes del extranjero. Los de México han revisado totalmente su actitud y a lo que se aferran ahora es sólo a la fórmula del Apra, que ellos precisamente han comprometido en forma irreparable. Como organización continental, el Apra depende de lo que resuelva el congreso antiimperialista de París, a cuyas decisiones, inspiradas seguramente en la necesidad de unificar el movimiento antiimperialista, ningún revolucionario puede oponer resistencia. Como organización nacional —esto es, como frente único— queda diferida para después de la organización de las masas según su tendencia o doctrina. Nosotros trabajamos con el proletariado y por el socialismo. Si hay grupos dispuestos a trabajar con la pequeña burguesía

por un nacionalismo revolucionario, que ocupen su puesto. No nos negaremos a colaborar con ellos, si representan efectivamente una corriente, un movimiento de masas. Me parece que, planteada así, la cuestión es completamente clara y queda excluida toda posibilidad de divisionismo.

Con el compañero A. he conversado respecto a la necesidad de que quede formalmente constituido el grupo de Chiclayo y de que se trace enseguida un plan de trabajo. En el terreno ideológico, este grupo debe funcionar como un centro de estudios marxistas y su misión es preparar doctrinalmente los cuadros del movimiento socialista. En el trabajo de aplicación y estudio, dos tareas se imponen: la de constituir, a base preferentemente de maestros, la oficina de autoeducación obrera del departamento (véase en el N° 8 de *Labor* las instrucciones al respecto); y la de analizar, conforme al método marxista, la cuestión agraria regional, en la que fermentan evidentes posibilidades revolucionarias. De otro lado, urge propiciar la organización de los obreros y campesinos, mantener el contacto con las comunidades y federaciones existentes, incorporarlas en la Confederación General de Trabajadores del Perú, últimamente constituida.

Le recomiendo entrar en inmediata correspondencia con Eudocio Rabines, I.T.E. (Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza) 8 Avenue Mathurin Moreau 8, PARIS (XIXe). Es el más serio y orientado de nuestros compañeros del exterior. Ha creado en París un centro de estudios marxistas, que publicará próximamente un órgano doctrinal. Es, además, un gran espíritu, con el que le será provechoso entrar en relación y estrechar el conocimiento. Escríbale al recibo de estas líneas y pídale para los maestros de allí la revista editada por la organización en que trabaja y que representa la vanguardia del movimiento sindical de la educación.

Del mismo modo, urge que en Chiclayo, Chepén, Pacasmayo, etc. se reciba regularmente *El trabajador latinoamericano*, órgano de la Confederación Sindical Latino-Americana, fundada definitivamente en la reciente conferencia sindical latinoamericana, a la que asistieron más de cincuenta delegados genuinos de las masas obreras y campesinas del continente, representando a 800,000 trabajadores organizados.

Es una revista que informa ampliamente al proletariado sobre el movimiento sindical. El precio del ejemplar es de sólo 10 cts. con descuento para las agencias y organizaciones. Le remito, por intermedio de A., un ejemplar para que la conozca, si no ha llegado a sus manos ya.

La cuestión agraria del norte me parece particularmente interesante. No sería marxista clausurarse en una negación estática. Hay allí las manifestaciones iniciales de un conflicto entre el capitalismo y la feudalidad, cuyo desarrollo no puede dejar de tener trascendencia revolucionaria. Los comités agrarios, mecanismos hoy oficiales, son susceptibles de transformación en el curso de una lucha de la que no podemos estar ausentes. Los grandes latifundistas representan la clase feudal, la más retardataria y conservadora. Ningún auxilio, ni aun el más indirecto, debe prestársele en su lucha con el capitalismo. Hay que denunciar la demagogia del "agrarismo" oficial, pero reconocer en él un instrumento de política capitalista que, por su naturaleza misma, está destinado a promover la agitación de las masas agrarias contra el latifundismo feudal. La feudalidad es el estancamiento, la marisma, la palude donde no se agita nada, donde no nace nada; el capitalismo es fundamentalmente dinámico, contradictorio, y su aparición determina la de su antítesis, el socialismo. — Mucho quisiera discurrir sobre este tema, pero esta carta me va saliendo un poco extensa y no dispongo de tiempo bastante para continuarla cuanto quisiera.

En el N° 8 de *Labor* ese publicó su nota sobre la exposición y en el N° 24 de *Amauta*, que aparecerá dentro de pocos días, sale su nota sobre el libro de Magda que, por exceso de material bibliográfico, no pudo ser incluida en el N° 23. No interrumpa su colaboración.

Salude muy afectuosamente a los compañeros de Chiclayo y escríbame sin tardanza.

En espera de sus noticias, lo abraza afectuosamente su amigo y camarada.

## 97/. LAS MEMORIAS DE ISADORA DUNCAN

La Duncan es una de las mujeres de cuya biografía el historiador de la *Decadencia de Occidente*, entendida o no según la fórmula tedesca de Spengler, difícilmente podría prescindir. Las danzas y, sobre todo, la novela de Isadora Duncan, constituyen uno de los más específicos y grandiosos espectáculos finiseculares de la época. En el pórtico del 900, la figura de Isadora Duncan tiene, quizás, la misma significación que la de Lord Byron en el umbral del siglo pasado. El rol de Isadora, en la iniciación de este siglo, es un rol byroniano. Lord Byron es el hijo de la aristocracia, que al servir bizarramente la causa de la libertad y del individualismo, abandona los rangos y la regla de su clase. Isadora Duncan es la hija de la burguesía, partida en guerra contra todo lo burgués, que combina el ideal de la rebelión con los gustos del decadentismo. Clásicos y paganos los dos en sus admiraciones, una actitud común los identifica: su romanticismo. El caso de Lord Byron no podía repetirse exactamente, sin más diferencias que las de tiempo y lugar. El byronismo necesitaba en el 900 una expresión femenina. Sólo en una mujer era posible que lograra plenamente su acento novecentista. Isadora Duncan, burguesa de San Francisco, no es menos lógica históricamente que Lord Byron, aristócrata de Londres, como espécimen de romanticismo protestatario y escandaloso. Tenía que ser Norteamérica, exultante de juventud y de creación, un poco áspera y bárbara todavía, la que diese a Europa esta artista libérrima, enamorada por contraste de la Hélade. Europa era ya demasiado vieja y escéptica, en los días de la Exposición Universal de París, para inspirarse en los vasos griegos del Museo Británico y del Louvre, con la misma religiosidad que Isadora y Raymundo Duncan, llegados de San Francisco, y en quienes alentaba aún algo del impulso de los colonizadores y algo de la desesperación de los buscadores de oro. Ninguna europea contemporánea de la Duquesa de Guermantes ni de Eglantina habría podido tomar, tan apasionadamente, en serio la danza griega y concebir tan místicamente el ideal de su resurrección. D'Annunzio mismo, en la reconstrucción arqueológica, no ha pasado de

la retórica, entre los contemporáneos de la Duncan y su hermano. En el arte y la vida de la Duncan, la cultura y la ciencia son de Europa, pero el impulso y la pasión son de América.

Isadora, en su autobiografía, no sólo sabe contarnos los episodios de su existencia aventurera y magnífica, sino también definirse con penetración muy superior a la de la generalidad de sus críticos y retratistas. Los que veían exclusivamente decadentismo o clasicismo en la artista, sensualidad y libidine en la mujer, se equivocaban. Isadora Duncan no desmentía su origen y su formación norteamericanas. Era de la estirpe de Walt Whitman. Una descendiente legítima del espíritu puritano y *pionner*. Debía a su sangre irlandesa, la pasión y el sentimiento artísticos; pero debía a sus raíces puritanas su sentido religioso e intelectual del arte. "Yo era todavía —escribe— un producto del puritanismo americano, no sé si por la sangre de mi abuelo y de mi abuela que, en 1849, habían cruzado las llanuras sobre un carromato de campesinos, abriéndose camino a través de los bosques vírgenes, por las Montañas Rocosas y las planicies quemadas por el sol, huyendo de las hordas hostiles de indios o luchando con ellas, o por la sangre escocesa de mi padre, o por cualquier otra cosa. La tierra de América me había confeccionado como ella confecciona a la mayoría de sus hijos: había hecho de mí una puritana, una mística, un ser que lucha por la expresión heroica y no por la expresión sensual. La mayoría de los artistas americanos son, a mi juicio, de la misma vena. Walt Whitman, cuya literatura ha sufrido prohibiciones y calificaciones de indeseable, y que ha cantado los goces corporales es, en el fondo, un puritano, y lo mismo sucede con la mayoría de nuestros escritores, escultores y pintores". Ninguna de las contradicciones aparentes de que está hecha la biografía de la Duncan debe, por esto, sorprendernos. Isadora Duncan, como George Sand, pretende que en el amor tendía por naturaleza y convicción a la fidelidad. La romántica dejaría de ser romántica si no pensase de este modo; y dejaría también de ser romántica si practicara la fidelidad hasta sacrificarle su libertad de movimiento, de inspiración y de fantasía.



Partidaria del amor libre desde los doce años, virgen hasta los veinte, Isadora Duncan es siempre esencialmente la misma. Y, en lo artístico, ninguna latina —francesa o italiana— habría podido efectuar su aprendizaje de la danza con un desprecio tan profundo de la coreografía profesional, y una rebeldía tan radical contra sus estilos y escuelas; ninguna habría hecho de Rousseau, Whitman y Nietzsche sus maestros de baile. Su naturaleza positiva, su educación clásica, su sentido del orden, se lo habrían impedido. Porque, contra el prejuicio corriente, el sajón es más romántico y aventurero que el latino y está siempre más propenso a la locura y al exceso. No hay imagen más falsa que la del anglosajón o la del alemán invariablemente frío y práctico. Ilya Ehrenburg estaba en lo justo cuando declaraba a Alemania más excesiva y dionisiaca que a Francia, ordenadora y doméstica, fiel a la medida y al ahorro. Yo he sacado la misma conclusión de mi experiencia en ambos países. Y me explico el que Isadora obtuviese sus primeros delirantes triunfos en Berlín, en Munich y en Viena.

Su victoria en Francia no podía ser tan extrema, instantánea y frenética. Francia —París mejor dicho— llegó a amarla, pero con precaución y medida. Y, acaso por esto, la conquistó más. Por esto, o porque el universalismo de París y de la cultura francesa convenía más a la exhibición de Isadora que el regionalismo o el racismo de Inglaterra, siempre algo insular, y de Alemania, siempre algo abstrusa. En torno de estas cosas, las observaciones de Isadora Duncan son generalmente exactas. Por ejemplo, ésta: "Se podría decir que toda la educación americana tiende a reducir los sentidos casi a la nada. El verdadero americano no es un buscador de oro o un amante del dinero, como cree la leyenda, sino un idealista y un místico. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que los americanos carezcan de sentidos. Por el contrario, el anglosajón en general y el americano en particular, por su sangre celta, es en los momentos críticos más ardiente que el italiano, más sensual que el francés, más capaz de excesos desesperados que el ruso; pero la costumbre que ha creado su educación ha encerrado a su temperamento en un muro de acero, frío por fuera, y esas crisis no se producen sino cuando un incidente

extraordinario rompe la monotonía de su vida".

La vida de la Duncan nos explica bien su arte, su espíritu y su fuerza. La pobreza que sufrió en la infancia, por el divorcio de sus padres, despertó y educó sus cualidades de luchadora. El bienestar y el confort habrían sido contrarios al surgimiento caudaloso y avasallador de su ambición. La Duncan es, sin duda, absolutamente sincera y acertada en estas palabras: "Cuando oigo a los padres de familia que trabajan para dejar una herencia a sus hijos me pregunto si se darán cuenta de que, por ese camino, contribuyen a sofocar el espíritu de aventura de sus vástagos. Cada dólar que les dejan, aumenta su debilidad. La mejor herencia consiste en dar a los niños la mayor libertad para desenvolverse a sí mismos".

Las memorias de la Duncan no alcanzan sino hasta 1921. Terminan con su partida a Rusia. La Duncan había querido continuarlas en un volumen sobre sus dos años de experiencia en la Rusia bolchevique. Su arte y su vida habían sido siempre una protesta contra el gusto y la razón burguesas. "Con mi túnica roja —escribe ella— he bailado constantemente la revolución y he llamado a las armas a los oprimidos". Prerrafaelista, helenizante, decadente, en las varias estaciones de su arte, Isadora Duncan obedecía en su creación a un permanente impulso revolucionario. Fue uno de los más activos excitantes de la imaginación de una sociedad industrial y burguesa. Y las limitaciones, la mediocridad, la resistencia que encontraba en esta sociedad, la incitaban incesantemente a la rebelión y la protesta.

*Variedades.* Año XXV, N° 1115. Lima, 17 julio de 1929.

*El artista y la época.* Lima, Editorial Minerva, 1980. p. 197-201.

## 98/. ASPECTOS ACTUALES DE LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN FRANCIA

En Francia no ha prosperado ninguna de las tentativas del fascismo, más o menos directamente inspiradas en el modo italiano. Los equipos de *L'Action Française* han sufrido sucesivas



derrotas. El Estado francés ha remprimido sus más belicasas efervescencias, aplicando el código a Leon Daudet; la Iglesia Romana ha puesto a Charles Maurras en el *index* de los autores heréticos. Las patrullas fascistas de George Vaulois y del renegado Gustavo Hervé no han tenido más fortuna. Las derechas, en busca de un dictador, han creído encontrarlo, por momentos, en un general: Castelnau el católico, Lyautey el africano; pero todos estos preludios de fascistización de la Tercera República han durado poco y han tenido un final chafado y pobre. La reacción, el fascismo, como movilización de todas las fuerzas del Estado y de la burguesía contra la agitación revolucionaria, sin embargo, no han cesado de ganar terreno. Los fascistas de estilo netamente escuadrista y dictatorial han fracasado en sus empeños; pero el fascismo —un fascismo francés, leguleyo, poincarista, que ha hablado siempre el lenguaje de la legalidad aunque por esto no haya blandido menos rabiosamente el bastón reaccionario— ha conquistado lentamente al gobierno instalando en el Ministerio del Interior a André Tardieu, el lugarteniente de Clemenceau, el negociador de Versalles, el reaccionario bochado en las elecciones del 11 de mayo y reintegrado al Palacio Borbón por una elección suplementaria, apenas desencadenada la contraofensiva de las derechas. Desde el momento en que el *cartel* de izquierdas, dirigido por Herriot, se reveló incapaz de actuar el programa victorioso en las urnas eleccionarias el 11 de mayo, con la restauración de Poincaré, aunque realizada con algunas concesiones a los radicales-socialistas, era evidente este *ricorso*. El gabinete del franco no era otra cosa que un retorno al bloque racional, a una política de concentración burguesa, actuada conforme a los principios de Poincaré y Clemenceau bélicos. La Tercera República no se avenía a que la crisis del régimen demoliberal y parlamentario le impusiera una dictadura personal y facciosa; se conformaba, por el momento, con una dictadura de clase, de estilo estrictamente legal y republicano, amparada por una mayoría parlamentaria. Las invocaciones reaccionarias no habían llevado al poder al dictador, aguardado con impaciencia por la burguesía tomista y católica a nombre de la cual René Johannet escribió su *Elogio del burgués francés*.

Regresaba al gobierno Poincaré, un político de tradición netamente parlamentaria, aferrado a las convenciones jurídicas y republicanas, con obstinación y ergotismos de abogado. La estabilización capitalista, en Francia, como en otros países, aportaba formalmente la estabilización democrática. Pero, bajo este ropaje, se inauguraba en verdad una política cerradamente reaccionaria, enderezada a la represión fascista del proletariado. Con Poincaré, llegaba al gobierno André Tardieu, el más agresivo y ambicioso líder de las derechas.

Esta fisonomía y esta práctica reaccionarias se han acentuado con el gabinete Briand. Tardieu, ministro del Interior, se esmera en la ofensiva antiproletaria. Emplea contra la organización y la propaganda comunista una especie de fascismo policial, en el que los polizontes hacen el trabajo de los "camisas negras", con menos estridencia y alaridos, pero con los mismos objetivos. Briand, a quien su vejez no ha ahorrado ninguna claudicación, ni aun la de su laicismo de parlamentario de escuela demomasónica, suscribe y auspicia esta política con su eterno escepticismo. Está demasiado habituado a las contradicciones de su destino para que su función de presidente de un ministerio derechista le cause algún disgusto. Teorizante de la huelga general en su debut de abogado socialista, le tocó reprimir una gran huelga en el gobierno. El más intransigente y celoso prefecto de Francia no lo hubiese superado en el método. Briand, además, ocupa la presidencia del consejo, pero es, sobre todo, en el gabinete precario que encabeza un ministro de negocios extranjeros. ¿Qué política interna, por otra parte, se le podría pedir? Briand nunca ha tenido ninguna. La de Tardieu, como ministro del Interior, no se diferencia sustancialmente de la de Sarraut. Briand está pronto a suscribir cualesquiera: la que las circunstancias y la mayoría parlamentaria consientan.

Los radical-socialistas, según los cablegramas de los últimos días, se aprestan a la batalla parlamentaria contra este gabinete. El Partido Radical-socialista es de un humor perennemente *frondeur*, cuando se sienta en los bancos de la oposición. Bajo este aspecto, sus preparativos de combate no tienen por qué suscitar excepcional preocupación. Pero la

tendencia a coaligar otra vez los votos parlamentarios del Partido Radical-socialista y del Partido Socialista, reanudando el experimento del *cartel* de izquierdas, coincide con la presión reaccionaria por aumentar los poderes de Tardieu hasta colocar en sus manos la dirección misma del gobierno. Los socialistas pudieron llevar a las últimas consecuencias, hace cinco años, la táctica colaboracionista que consintió la constitución del *cartel* de izquierdas. No se sabe, exactamente, qué misterioso pudor o qué ambicioso cálculo detuvo entonces al líder de los socialistas, Leon Blum, en la antesala de la colaboración ministerial. Blum no admitía que el Partido Socialista fuese más allá de la política de apoyo parlamentario de un gabinete radical-socialista. El partido debía reservar sus hombres para la hora, que Blum anunciaba próxima, en que conquistada la mayoría parlamentaria, asumiese íntegramente el poder. El vaticinio de este augur escéptico, comentarista agudo de Sthendal, sirena asmática del reformismo, no se ha cumplido aún. El *Labour Party* británico ha precedido a sus colegas del socialismo reformista francés en la asunción total del gobierno, vemos ya con qué resultados. La socialdemocracia alemana encabeza un ministerio de coalición, en el que más que rectora resulta prisionera de la aleatoria mayoría que preside. Y, en el actual parlamento francés, las fuerzas del *cartel* de izquierdas son menores que en el parlamento del 11 de mayo. La ofensiva radical-socialista bien podría tener como desenlace el apresuramiento de un gabinete Tardieu.

La persecución policial del comunismo es la nota dominante de la política gubernamental francesa desde hace algún tiempo. Pero, acaso por esto mismo, el tema de la revolución es más debatido que nunca. Comentando un último escrito de André Chamson, escribe Jean Guehenno: "Estamos obsesidos por la revolución. Desde hace seis meses, los escritores no hablan en París sino de ella. Esto no quiere decir que la harán ellos, sino a lo más que temen que se haga sin ellos o a pesar de ellos, lo que sería igualmente lesivo para su amor propio. Chamson está obsesido como todo el mundo. Se quiere revolucionario, pero no llega a serlo sin dificultades". Y Jean Richard Bloch, en tono desencantado y pesimista,

constata en el mismo cuaderno de *Europe* la paganización del pensamiento moderno y ve a Francia encaminarse a grandes pasos hacia la situación dictatorial de Italia, España, y otros países, entre los cuales Bloch incluye a Rusia, que con la estabilización stalinista del régimen soviético ha dejado de representar para él, abstractista y romántico, el mito revolucionario.

*Variedades*. Año XXV, Nº 1124. Lima, 18 setiembre de 1929.

*Figuras y aspectos de la vida mundial*. Tomo III. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 71-75.

## 99/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A ESTEBAN PAVLETICH

Lima, 25 de setiembre de 1929

Querido Pavletich:

He recibido sus dos cartas y con ambas una copia de su circular, ampliamente propagada ya entre nuestros compañeros, como Ud. sabrá pronto, por cartas de algunos de ellos. No le he escrito inmediatamente porque he estado embargado por mis ocupaciones extraordinarias; pero he comenzado a documentarlo. Espero que haya recibido Ud. mis envíos.

La carta de Malanca me da la esperanza de que Cox se acerque a nuestros puntos de vista; pero temo que ésta sea la impresión de una charla ligera porque Cox no ha respondido hasta hoy a mi carta en la que le precisaba nuestra posición. La actitud de la célula de México, que ha originado su separación, no permite confiar por el momento en una revisión radical de su aprismo. Pero la necesidad absoluta de definirse no podrá ser eludida por mucho tiempo. La imponden, con el curso de nuestro trabajo de organización, los hechos nacionales e internacionales de todo orden. Así, por ejemplo, el 2º Congreso Antiimperialista Mundial liquida

definitivamente la cuestión del Apra. Hay que ser demasiado recalcitrante, o tener un deliberado propósito de ruptura, para no comprenderlo. El Apra, como organización antiimperialista de frente único latinoamericano, está descartada. Haya rehusó aceptar a tiempo la rectificación de su criterio del *Apra partido*. Hoy ya no se puede hablar siquiera del *Apra frente único*. El Apra era un plan, un proyecto; no una organización. La táctica del bluff y de la dirección dictatorial la ha destruido. Insistir en este tópico sería perder el tiempo.

En cuanto a Haya, ninguna duda es posible respecto a su viraje a la derecha. En esto no hay la posibilidad de ver una mixtificación de malquerencias personales. En una carta a *La Prensa* de New York, reproducida por *La Prensa* de Lima, Haya denuncia al congreso antiimperialista como un acto inspirado por la Tercera Internacional. Habla de ese congreso como una asamblea de la liga "de origen y formación comunista". Sabe perfectamente bien, sin embargo, que ponentes de ese congreso han sido Muxton y Cook, al segundo de los cuales ha llamado líder de enorme influencia al atribuir, en otro artículo no menos insidioso, a su ruptura con los comunistas, el "fracaso" de éstos en las últimas elecciones británicas. No se trata, pues, de discrepancias entre marxistas. Haya se ha situado en un terreno de caudillaje personal oportunista y pequeño burgués, idéntico al terreno en que, como lugarteniente suyo, se mueve por ejemplo el señor Alex Rojas de New York. Y mientras ostensiblemente toma esa actitud, recurre al doble juego de dirigirse a algunos de nuestros compañeros acusándolos de "divisionismo". La maniobra es muy ingenua y está desacreditada. Haya debe ensayar otra. Zerpa le ha contestado, con honradez de proletario, desde La Paz, que está en sus manos evitar toda división liquidando el Apra y enrolándose en las filas del Partido Socialista disciplinadamente.

Como exsecretario de la célula aprista de México convendría que dirigiese Ud. una circular a los compañeros, llamándoles la atención sobre las trascendencias de la actitud del Congreso de Francfort, cuyos acuerdos deben ser actuados y acatados por todo el que se coloque en un terreno realmente

antiimperialista y revolucionario. El señor Henríquez de París ha dirigido una carta a *La sierra*, en la que, inventando una depuración de la célula de esa ciudad, se pretende desacreditar el acuerdo de disolverla tomado por sus elementos más responsables. Su publicación nos ha obligado a la de la circular del verdadero grupo de París, suscrita por Rabines y Bazán.

Urge que se ponga Ud. en relación con los compañeros de París, La Paz y Buenos Aires. Escriba a París a Rabines c/o León Vernochet, 8 Avenue Mathurin Moreau, París (XIXe); a Manuel A. Seoane, a Bolívar 65, Buenos Aires; a Mario Nerval, La Paz; a Manuel Zerpa, Casilla 506, La Paz. También, posiblemente, a Herrera y Cornejo, a Buenos Aires, y a Demetrio Tello o Jorge Seoane, a París. Con Magda espero que se mantenga Ud. en correspondencia y se esfuere Ud. por explicarle nuestra posición y obtener que adhiera a ella.

Nos han suprimido en estos días *Labor*, que había llegado al No. 10. Este número precisamente tuvo gran éxito en las masas. Pero, por esto mismo, atrajo demasiado la atención de la policía, que espiaba su desarrollo. Parece que un artículo sobre Talara, feudo de la *International Petroleum Co.*, dio lugar a una gestión de esta empresa todopoderosa contra nosotros. Hemos reclamado al Ministerio de Gobierno; y las organizaciones obreras, según sé, presentarán memoriales sosteniendo nuestra demanda; pero parece imposible que de inmediato obtengamos éxito. Dado el golpe contra *Labor*, no se querrá volver atrás fácilmente.

Ha sido apresado, poco antes de la prohibición de *Labor*, uno de nuestros compañeros, Juan J. Paiva, venido no hace mucho de París. No se le puede acusar sino por sus lecturas y su correspondencia, porque no había tenido tiempo de relacionarse extensamente en el ambiente obrero. Se le han secuestrado sus libros y algunas cartas. Esto es todo lo que obra contra él en poder de la policía; pero es bastante para que, inflado convenientemente, permita a ésta imaginarse que está sobre la pista de algún complot.

Es aconsejable y, sobre todo, necesario, el regreso de todos los compañeros que puedan volver al país. Si Ud. está en grado de regresar, debe aprestarse al viaje. Fuera del país,

los elementos que no siguen una severa disciplina de estudios, se desvinculan de nuestra clase obrera, se alejan de nuestros problemas, si no se han incorporado absolutamente en el movimiento proletario de los países en que residen. Aquí, en cambio, mantendrían su contacto con nuestras masas y nuestros problemas. Si la represión nos priva de elementos como Paiva, hay que procurar, además, reemplazarlos. Ud. es conocido y estimado por los obreros. Averigüe si el consulado peruano visaría su pasaporte. Su viaje le plantearía un problema económico. Tal vez podría efectuarlo por etapas, ayudándose con conferencias. Otra solución: si tiene escrito su libro sobre Sandino, ofrézcaselo a la editorial *Historia nueva*, a César Falcón, que ha anunciado un libro de Froilán Turcios, sobre el mismo tema, pero que probablemente el poeta hondureño no escribirá. *Historia nueva* paga el 10 por ciento como derechos de autor y arregla el porcentaje de los primeros 1000 ejemplares al aparecer el libro. Si escribe Ud. a Falcón, dígame que lo hace por indicación mía. El tema Sandino ha perdido algo de su actualidad; pero esto mismo es una razón para que el libro salga cuanto antes.

He recibido la primera parte de su ensayo sobre la revolución mexicana. La he dado enseguida a la imprenta. He transmitido a la administración sus encargos respecto al envío de *Amauta*, cuya exclusiva nos había pedido últimamente López Méndez, que no parece en aptitud de difundir eficazmente la revista y las ediciones.

Dígale a Blanca Luz que he recibido una carta suya de México y que la he contestado. Salúdela afectuosamente, lo mismo que a Siqueiros, Malanca, Diego Rivera. También a Vásquez Díaz y Cox, si se ve Ud. con ellos.

Le seguiré escribiendo, apenas tenga tiempo.

Hasta entonces lo abraza afectuosamente su amigo y compañero.

*Correspondencia.* Tomo II. Lima, Empresa Editora Amauta, 1984. pp. 633-636.

# 100/. RESPUESTA AL CUESTIONARIO Nº 4 DEL "S. de C.P." (\*)

—Mi respuesta a algunas de estas preguntas está en 7 *Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Y trato las cuestiones netamente políticas en un libro, en el cual trabajo en la actualidad y que aparecerá, dentro de pocos meses, en las ediciones de *Historia nueva* de Madrid. Creo que las encuestas de seminario no son realmente útiles sino cuando se proponen investigaciones concretas precisas, de datos y hechos. Los temas generales no pueden ser abordados eficazmente en unas pocas cuartillas, por grande que sea el poder de síntesis del estudio. Me voy a limitar a algunas proposiciones esquemáticas, cuya ilustración encontrará el *Seminario de cultura peruana* en los estudios indicados.

—La supervivencia de la feudalidad no debe ser buscada, ciertamente, en la subsistencia de instituciones y formas políticas o jurídicas del orden feudal. Formalmente el Perú es un estado republicano y demoburgués. La feudalidad o semifeudalidad supervive en la estructura de nuestra economía agraria. Y, por ser el Perú un país principalmente agrícola, las condiciones de su economía agraria se reflejan de modo decisivo en su práctica e instituciones políticas. No ocurriría, por cierto, lo mismo, si la industria, el comercio, la urbe fueran más fuertes que la agricultura. El latifundismo no es la sola prueba de la feudalidad o semifeudalidad agraria. En la sierra, tenemos la prueba concluyente de su típica expresión económica: la servidumbre. En las relaciones de la producción y el trabajo, el salariado señala el tránsito al capitalismo. No hay régimen capitalista propiamente dicho allí donde no hay, en el trabajo, régimen de salario. La concentración capitalista crea también, con la absorción de la pequeña propiedad por las grandes empresas, su latifundismo. Pero en el latifundio capitalista, explotado conforme a un principio de productividad y no de rentabilidad, rige el salariado, hecho que lo diferencia fundamentalmente del latifundio feudal. El estudio y la clasificación de las formas,

de las variaciones de servidumbre; he ahí el tema de una encuesta posible y práctica. El valor de la hacienda de la sierra no depende de nada tanto como de su población, de sus fuerzas de trabajo propias. El latifundista dispone de las masas campesinas porque dispone de la tierra. El instrumento capital es ínfimo. El bracero que recibe un magro pedazo de tierra, con la obligación de trabajar en las tierras del señor, sin otra paga, no es otra cosa que un siervo. ¿Y no subsiste acaso la servidumbre en la cruda y característica forma del *pongazgo*? Ninguna ley autoriza, ciertamente, la servidumbre. Pero la servidumbre está ahí evidente, viva, casi intacta. Se ha abolido muchas veces los servicios gratuitos; pero los servicios gratuitos subsisten, porque no se ha abolido, económicamente, la feudalidad. El señor Luis Carranza propugnaba una medida capitalista que, estrictamente aplicada, habría arruinado el gamonalismo feudal: la fijación de un salario mínimo de un sol para las haciendas de la sierra. El latifundista no habría podido aceptar esta medida. Si el Estado se la hubiese impuesto, el latifundista se habría rebelado reivindicando su derecho absoluto de propietario. Los indios sin tierras se habrían visto conminados, por la amenaza del hambre, a ocupar por la fuerza los latifundios. Habríamos tenido nuestra revolución agraria. Todo esto en el plano de la hipótesis. Porque, en el de la historia, ¿cuál de los gobiernos que se han sucedido en este siglo de república se habría sentido bastante fuerte para atacar tan resueltamente al gamonalismo?

En las haciendas de la costa rige el salariado. Por la técnica de la producción y por el régimen de trabajo, nuestras haciendas de azúcar y algodón son empresas capitalistas. Pero el hacendado no se siente menos absoluto en su dominio. Dentro de su feudo cobra arbitrios, controla y regula el comercio, gobierna la vida colectiva. La población del latifundio carece de derechos civiles. No compone socialmente un pueblo, una comunidad, sino la peonada de la hacienda. La obediencia a las leyes y autoridades del Estado está subordinada totalmente a la voluntad del hacendado. Los trabajadores no tienen el derecho de organizarse como ciudadanos en comunas o municipios; menos aún tienen el derecho de organizarse como

proletarios en sindicatos de empresa o de valle. La autoridad estatal llega apenas al latifundio. El latifundista conserva el espíritu del *encomendero*. Preservando a sus masas campesinas de toda contaminación de doctrinas y reivindicaciones proletarias, cuida a su modo de la salud de las almas; traficando con su abastecimiento por medio de tambos y contratistas, cuida a su modo de la salud de los cuerpos. El *yanaconazgo* y el *enganche* conservan también, en las haciendas de la costa, cierto carácter de rezagos feudales.

Un formal capitalismo está ya establecido. Aunque no se ha logrado aún la liquidación de la feudalidad y nuestra incipiente y mediocre burguesía se muestra incapaz de reallizarla, el Perú está en un período de crecimiento capitalista.

El Perú era, al emanciparse políticamente de España, un país de economía agraria feudal. Su minería, a la que debía su prestigio de riqueza fabulosa, se encontraba en crisis. Los españoles habían dedicado su mayor esfuerzo a la explotación de las minas; pero incapaces de organizarla técnica y financieramente en forma que asegurara su desarrollo, dejaron extinguirse los centros productores que, por razones geográficas, cesaban de ser los más fácil y ventajosamente explotables. La enorme distancia que separaba al Perú de los mercados europeos dificultaba la exportación de otros productos peruanos al viejo continente. Inglaterra, sin embargo, había tomado ya en el Perú sus primeras posiciones comerciales y financieras. En Londres había colocado la república sus primeros empréstitos. Los comienzos de la república transcurrieron en medio de la estrechez fiscal. La explotación de los yacimientos de guano y salitre de litoral sur abrieron de pronto, a mediados del siglo, una era de abundancia. El Estado empezó a disponer de cuantiosos recursos. Pero no supo administrar su hacienda con prudencia: se sintió rico, comprometió su crédito, recurrió sin medida a los empréstitos, vivió en el desorden y el derroche. La explotación del guano y del salitre enriquecía, en tanto, a un número de especuladores y contratistas, salidos en parte de la antigua casta colonial. Esta se transformaba, por la agregación de no pocos nuevos ricos, en burguesía capitalista. La guerra del Pacífico, en la que el Perú perdió los territorios

del salitre, codiciados por Chile, sorprendió al país cuando, abrumado por el servicio de su deuda pública, que había intentado regularizar el contrato con Dreyffus entregando a una firma francesa la exportación de dichos preciados productos, la hacienda pública se encontraba en aguda crisis.

Con la guerra, la economía del Perú cayó en profunda postración. Los recursos fiscales quedaron reducidos al escaso rendimiento de las aduanas y de los impuestos al consumo. El servicio de la deuda pública no podía ser atendido en lo absoluto; el crédito del Estado estaba anulado por las consecuencias de esta bancarrota. La deuda extranjera se encontraba en su mayor parte en poder de tenedores ingleses que entraron en negociaciones con el gobierno, a fin de obtener un arreglo. Se llegó, después de estas negociaciones, al contrato Grace, que entregaba a una compañía constituida por los tenedores de la deuda peruana, la Peruvian Corporation, la explotación de los ferrocarriles del Estado y del guano de las islas. El fisco se comprometía así mismo a iniciar el servicio anual de la deuda en armadas que fueron fijadas en un arreglo posterior en 80.000 libras esterlinas.

En este período, comenzó a adquirir importancia la producción de azúcar, en los valles cálidos de la costa, que desde antes de la guerra habíase mostrado susceptible de desenvolvimiento. El Perú tenía en Chile y Bolivia seguros mercados de su producción azucarera; y encontraba para el sobrante colocación ventajosa en Inglaterra.

La Peruvian Corporation, en cumplimiento de su contrato, concluyó las líneas del centro primero y del sur después, favoreciendo la primera la explotación de las minas del departamento de Junín. La minería cobró de nuevo importancia. Se estableció en el Cerro de Pasco y Morococha (los dos principales centros mineros del departamento de Junín) una compañía americana, la Cerro de Pasco Mining Company, convertida más tarde en Cerro de Pasco Copper Corporation. Con el establecimiento de esta compañía y el de la compañía petrolera, dependiente de la Standard, propietaria de los yacimientos de Negritos en el norte, se inicia la penetración en gran escala del capitalismo yanqui, estrechamente vinculado

en sus primeras etapas a la actividad del capitalismo inglés, dominante en la economía del Perú, a través de la Peruvian Corporation y de las principales casas de exportación e importación.

En los primeros lustros del siglo actual, se clasifican como los principales productos de exportación del Perú: el azúcar, el algodón (cuyo cultivo se extiende al estímulo de los buenos precios en las haciendas de la costa), el cobre y otros minerales, el petróleo, las lanas. El caucho tuvo su período de prosperidad a principios del siglo, antes de que los ingleses desarrollaran en sus colonias el cultivo de este árbol; pero, extraído de regiones boscosas difícilmente accesibles, el caucho peruano se vio pronto en la imposibilidad de competir con el caucho de las plantaciones coloniales inglesas. El petróleo, en cambio, siguió una línea ascendente. La International Petroleum Company, principal productora, filial de la Standard, tuvo un conflicto con el Estado, a consecuencia de la contribución pagada por los yacimientos de La Brea y Pariñas, irregularmente inscritos, desde remoto tiempo, con un número de "pertenencias" muy inferior al real. Esta empresa debía haber pagado al fisco una suma enormemente mayor a la que, gracias a esta irregularidad, satisfacía; pero, con la amenaza de suspender el trabajo y con la colaboración de gobernantes y legisladores, realizó una transacción favorable a sus intereses.

La guerra europea hizo pasar al capitalismo peruano de la moratoria y la emisión de billetes bancarios, recibida con alguna resistencia por el recuerdo poco grato del billete fiscal, a la capitalización y las sobreutilidades. Pero la burguesía nacional que, constituida a base de una aristocracia inclinada al ocio y dominada por los prejuicios, ha carecido siempre de un verdadero espíritu capitalista, desperdició esta oportunidad de emplear inesperados recursos en asegurarse, frente a los prestamistas y habilitadores extranjeros, una situación más independiente, y frente a las eventuales depresiones de los precios de los productos de exportación, una posición más segura y estable. Se imaginó que las sobreutilidades no se acabarían y que los precios del algodón y del azúcar se mantendrían indefinidamente altos. Las tierras de cultivo de



la costa se cotizaban a altos precios; los hacendados extendían sin previsión sus cultivos; el lujo y el dispendio consumían una parte de las sobreutilidades. Cuando los precios del algodón y el azúcar, después de la guerra, cayeron bruscamente, los hacendados de la costa se vieron en la imposibilidad de hacer frente a los créditos que habían contraído ensanchando incontroladamente sus cultivos y cuadruplicando sus gastos. Un gran número de ellos quedó desde entonces en manos de sus acreedores: las casas exportadoras que financian nuestra agricultura costea y que le imprimen, regulando su producción según las necesidades de los mercados europeos y norteamericanos, una fisonomía característicamente colonial. Muchas haciendas de la costa han pasado a ser propiedad de las grandes firmas exportadoras: Grace, Duncan Fox, etc.; no pocos latifundistas han quedado reducidos a la condición de administradores o fiduciarios de éstas. En el valle de Chicama se ha producido un proceso de absorción de las negociaciones nacionales agrícolas —y aún del comercio de la ciudad de Trujillo— por la poderosa empresa azucarera alemana, propietaria de las tierras y central de *Casa Grande*. Esta empresa dispone de un puerto propio, Puerto Chicama, donde cargan y descargan los barcos destinados a sus importaciones y exportaciones.

La explotación de las minas de cobre y plata y otros minerales y de los yacimientos petrolíferos ha crecido enormemente. El petróleo se ha convertido en el principal producto de exportación del Perú. Se anuncia el establecimiento en el departamento de Junín de una nueva gran empresa norteamericana. La Cerro de Pasco Copper Corporation, propietaria de la central de La Oroya y de las minas de Cerro de Pasco, Morococha y Goyllarisquizga, se encuentra en condición tan próspera por el alto precio del cobre, que ha acordado últimamente a sus obreros y empleados un 10% de aumento de sus salarios y sueldos, que durará mientras el cobre se mantenga en el mercado de New York en su actual cotización. Pero las utilidades del cobre y el petróleo enriquecen a compañías extranjeras, no dejándose en el país sino la parte correspondiente a los impuestos fiscales. En Talara, la International

Petroleum Company, dueña de puerto y barcos propios, importa de Norteamérica lo necesario para el consumo de la población que trabaja en la región petrolera, sin exceptuar comestibles. Toda la vida económica de la región se encuentra en manos de la empresa y no impulsa, por tanto, el desenvolvimiento de las regiones agrícolas vecinas.

La industria es todavía muy pequeña en el Perú. Sus posibilidades de desarrollo están limitadas por la situación, estructura y carácter de la economía nacional; pero las limita más aún la dependencia de la vida económica a los intereses del capitalismo extranjero. Las firmas importadoras son, en muchos casos, las propietarias o accionistas de las fábricas nacionales. Lógicamente, no les interesa sino la existencia de aquella industria que razones de arancel, materias primas o mano de obra aconsejan; tienden, en general, a conservar al Perú como mercado consumidor de la manufactura extranjera y productor de materias brutas.

La política de empréstitos permite al Estado atenuar los efectos de esta situación en la economía general. Los empréstitos se aplican a la ejecución de algunos trabajos públicos, que evitan un estado de sensible desocupación; al sostenimiento de una numerosa burocracia; al balanceamiento de presupuestos. Los contratos de obras públicas enriquecen a una numerosa categoría de especuladores, que compensan a la burguesía nacional de la baja de los latifundistas algodoneros y azucareros. El eje de nuestro capitalismo comienza a ser, en virtud de este proceso, la burguesía mercantil. La aristocracia latifundista sufre un visible desplazamiento.

La Peruvian Corporation obtuvo últimamente del gobierno un contrato que le entrega definitivamente los ferrocarriles que tenía en administración. El fisco ha quedado, en cambio, exonerado de las armadas de 80,000 esterlinas anuales que aún le falta cubrir, y ha recuperado el guano (recibiendo además una pequeña indemnización por la diferencia); pero ha cedido la propiedad de los ferrocarriles apreciada en 18.000.000 de libras. Esta ha sido una concesión importante al capitalismo inglés, en una época de crecientes relaciones y compromisos con el capitalismo norteamericano.



En la medida en que es capitalista, la economía de la costa crea las condiciones de la producción socialista. Los latifundios azucareros y algodoneros no podrían ser parcelados para dar paso a la pequeña propiedad —solución liberal y capitalista del problema agrario— sin perjuicio de su rendimiento y de su mecanismo de empresas orgánicas, basadas en la industrialización de la agricultura. La gestión colectiva o estatal de esas empresas es, en cambio, perfectamente posible. No se objetará que se trata de una agricultura que prospera vigorosamente bajo la iniciativa y la administración privadas. Ha debido su efímera prosperidad a las vacas gordas de la guerra. La industria azucarera se confiesa casi en quiebra. No cree poder afrontar su crisis sin los subsidios del Estado. Hoy mismo, con caracteres de actualidad urgente y concreta, se plantea, así, la cuestión de la nacionalización o socialización de esta rama de la agricultura. Los azucareros peruanos han fracasado lamentablemente en la gestión privada de la industria azucarera peruana. Las más grandes compañías azucareras no son ya nacionales.

Estos problemas no se resuelven en la teoría sino en la práctica. ¿Qué posible etapa liberal prevé la pregunta? Si como etapa liberal se entiende la etapa capitalista, estamos asistiendo ya a su desarrollo. No espera el acuerdo de los investigadores. Política capitalista es la política de irrigación, hasta por su conflicto con los intereses de los grandes terratenientes azucareros y civilistas. Sutton representa el avance capitalista, con su demagogia y sus arrestos. Es probable que en la historia del Perú su significación llegue a ser análoga a la de Meiggs. Si como política liberal se entiende una que asegurase la legalidad en las relaciones entre el capital y el trabajo y la autoridad del Estado en la campaña hoy feudalizada, garantizando a las masas trabajadoras sus derechos de asociación y cultura, es evidente que esa política conduciría, por vías normales, a la formación de un proletariado con orientación clasista. La formación de este proletariado se producirá aun sin un capitalismo que importe, administrativa y políticamente, liberalismo. El proletariado urbano e industrial, el de los transportes, etc., no puede dejar de darse cuenta de sus deberes

de solidaridad con el campesinado de las haciendas. La propaganda clasista penetrará en las haciendas, a pesar de todas las murallas, como ha penetrado hasta ahora. Más fácilmente de como ha penetrado hasta ahora, desde que el tráfico automovilista abre una vía al contacto entre la hacienda y la ciudad. ¿Y acaso el proletariado de las haciendas no ha luchado muchas veces por sus reivindicaciones económicas? Basta recordar las huelgas de Chicama, que se cuentan entre las más importantes manifestaciones de la lucha clasista en el Perú, para convencerse de que el proletariado campesino, si no organización y orientación clasista, tiene antecedentes de combate.

—Las preguntas 5 y 6 están contestadas o descartadas por la anterior respuesta.

—El advenimiento político del socialismo no presupone el cumplimiento perfecto y exacto de la etapa económica liberal, según un itinerario universal. Ya he dicho en otra parte que es muy posible que el destino del socialismo en el Perú sea en parte el de realizar, según el ritmo histórico a que se acompase, ciertas tareas teóricamente capitalistas.

\* Seminario de cultura peruana.

*La sierra*. Año III, N° 29. Lima, setiembre de 1929.

*Ideología y política*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 263-273.

101/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A  
CESAR ALFREDO MIRO QUESADA

Lima, 22 de noviembre de 1929

Querido amigo y compañero:

Aunque lo más probable es que esta carta no lo encuentre ya en esa ciudad, creo indispensable dirigírsela para que las noticias que contiene lo sigan al puerto de embarque si aún es tiempo de que lo alcancen. No tengo a la vista su última, porque me ha sido secuestrada hace cuatro días, con mi corres-

pondencia, originales, recortes y muchos libros y revistas en un aparatoso registro de mi casa; y por esto no le escribo la pte. a su dirección sino a la de una amiga que me ha servido ya de intermediaria con Ud.

De este recientísimo suceso quiero, precisamente, informarlo a grandes rasgos. Después de dos días de continua excitación nerviosa, protestando y reclamando contra las medidas que los agentes de policía, instalados en mi casa, pretendían usar contra mí y los míos, he quedado fatigado. Tendría que escribir algunas cartas. Pero los que ya están enterados de que mi casa ha sido evacuada por la policía vienen a verme o me llaman por teléfono interrumpiéndome a cada instante. Esta es la segunda carta que escribo después de lo ocurrido que pasó así:

A las 7 y 40 del día 18, conversaba yo en mi biblioteca con Ricardo Vegas García y el pianista argentino Ruiz Díaz sobre la venida de Waldo Frank. De costumbre, a esa hora hay una tertulia más o menos numerosa, porque recibió de 6 a 8. A esa hora atiende también en la oficina de *Amauta* Martínez de la Torre. Esta vez, contra lo habitual, Martínez, solicitado de su casa por teléfono, acababa de retirarse. Ruiz Díaz y Vegas García tenían encargo de la sociedad *Arte y cultura*, formada en el Club Nacional, con una fisonomía perfectamente mundana, de gestionar que Frank inaugurara su temporada de conferencias. El tema y la tertulia eran lo más distante posible de todo ambiente de conspiración comunista. De pronto, penetraron violentamente un funcionario de policía, jefe de investigaciones o algo por el estilo, a la cabeza de una cuadrilla de agentes que me notificaron que de orden superior estaba yo detenido. A los dos visitantes les dijeron que los acompañasen porque tenían instrucciones de apresar a todas las personas que se encontrasen en esos momentos en Washington izquierda. Les llamé la atención sobre el carácter de ciudadano extranjero y artista conocido de Ruiz Díaz. Vegas observó que él, a su vez, era el corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. Nada de esto les valió. Los condujeron a la comisaría. A mí procedieron a registrarme sin miramiento alguno, como a un criminal, incautándose de mi cartera y

hasta de mis tarjetas de visita. Empezó enseguida el registro de las habitaciones. Ya el interior de la casa estaba ocupado por otros agentes que habían entrado con revólver en mano, aterrorizando a mi mujer, a los sirvientes, a los niños. Un comerciante ítalo-chileno, que con su esposa se aloja en la casa como pensionista y que llegaba en ese instante a comer, fue apresado bulliciosamente en el hall. Su esposa quedó con nosotros secuestrada e incomunicada en la casa. El registro duró hasta las 2 de la mañana. Me costó enorme trabajo impedir que se llevaran una gran parte de la biblioteca. Se apoderaron, sin embargo, de una colección italiana de obras socialistas y de otros libros, folletos y revistas, además de los archivadores de *Amauta*, los paquetes de los números 71 y 72 de *Monde*, fotografías artísticas, originales de colaboradores espontáneos y oficiales de la revista, etc. La casa quedó ocupada por 8 agentes, cuatro de los cuales se instalaron en una habitación interior. Todos velamos esa noche; y los niños permanecieron en pie mientras se realizó el registro.

Nuestro secuestro duró hasta la tarde de anteayer miércoles. No se permitía salir a nadie. Mi mujer o las sirvientas sólo podían ir a la esquina para efectuar sus compras, acompañadas por la policía. A toda persona que llamaba a la puerta, se le remitía inmediatamente, sin ninguna explicación, a la comisaría del sexto. El rigor del secuestro no fue bastante para que la noticia no se divulgara. Los vecinos, espectadores de lo que se advertía desde la calle, avisaron por teléfono a algunas personas. Personas influyentes, escandalizadas de que se tratara tan brutalmente a una familia, intervinieron entonces. Esta gestión y el escándalo público, nos devolvieron la libertad. Los guardias fueron retirados. Pero, como no era fácil que la noticia de que mi secuestro y el de los míos había cesado, circulase y se le prestase crédito, muy pocas personas se animaron en las primeras horas a acercarse a la casa o a llamar por teléfono. Hasta este momento, hay personas que me creen preso.

Esta no era la única operación del día. Los agentes se jactaban de que se había movilizadado a una misma hora 750 hombres y allanado 30 casas. La batida ha estado particular

e inexplicable dirigida contra los judíos — casi todos vendedores ambulantes o pequeños comerciantes, de nacionalidad rumana. Ha tenido, bajo este aspecto, un curioso carácter antisemita, nuevo en el Perú. Se da vagos pretextos. Como es natural, se habla de conspiración comunista. Los judíos son considerados como miembros de una organización de agitadores. Mi casa es designada como el centro de la conspiración. Se me atribuye especial participación en la agitación de los mineros de Morococha, que en reciente huelga, que ha alarmado mucho a la empresa norteamericana, han obtenido el triunfo de varias de sus reivindicaciones, entre otras la de su derecho a sindicarse. El gobierno acaba de obligar a los obreros a renunciar al aumento que gestionaban. Y se teme que nosotros defendamos o incitemos a los obreros a la resistencia.

Ayer fueron puestos en libertad la mayoría de los detenidos. Quedan todavía algunos judíos rumanos, de los ciento veinte que se arrestaron entre Lima, el Callao, en la comisaría. Siguen presos en la comisaría tres peruanos, dos obreros y un empleado; y tal vez haya otros en la intendencia. En Trujillo se ha detenido, según telegramas, al Dr. Carlos Godoy y a Antenor Orrego. Hasta este momento no se me ha devuelto ni un libro ni un papel, a pesar de que según declaraciones del ministro se ha dado orden de que cese toda medida contra mí. Garantías muy relativas, sin duda, si se apresa en provincias a quien ha tenido alguna vez relación conmigo y si se trata de aislarme por el terror.

Termino aquí, porque de otro modo no alcanzaría esta carta el correo de hoy. Paiva continúa preso en la isla. Sobre la huelga de Morococha encontrará Ud. noticias en el N° 26 de *Amauta*. No hace falta agregar que *Labor* continúa prohibida. Ni tampoco que estoy más decidido y obligado que nunca, mientras permanezca en el Perú, a no cejar en la lucha por el socialismo y por la organización del proletariado.

Cordialmente lo abraza su affmo. amigo y compañero.

## 102/. ITINERARIO DE WALDO FRANK

Contra mi hábito, quiero comenzar este artículo con una nota de intención autobiográfica. Hace más de cuatro años escribí mi primera presurosa impresión sobre Waldo Frank. No había leído hasta entonces sino dos de sus libros, *Nuestra América* y *Rahab*, y algunos ensayos y cuentos. Este eco suramericano de su obra no había sido advertido por Frank sin la mediación acuciosa de un escritor desaparecido: Adalberto Varallanos. Frank recibió en New York, con unas líneas de Varallanos, el número del *Boletín Bibliográfico de la Universidad* en que se publicó mi artículo, y me dirigió cordiales palabras de reconocimiento. Empezó así nuestra relación. De entonces a hoy, los títulos de Frank a mi admiración se han agrandado. He leído con interés excepcional cuanto de él ha llegado a mis manos. Pero lo que más me ha aproximado a él es cierta semejanza de trayectoria y de experiencia. La razón íntima, personal, de mi simpatía por Waldo Frank reside en que, en parte, hemos hecho el mismo camino. En este artículo que es, en parte, mi bienvenida, no hablaré de nuestras discrepancias. Su tema más espontáneo y sincero es nuestra afinidad. Diré de qué modo Waldo Frank es para mí un hermano mayor.

Como él, yo no me sentí americano sino en Europa. Por los caminos de Europa, encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido casi extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impuso, me esclareció el deber de una tarea americana. Pero de esto, algún tiempo después de mi regreso, yo tenía una conciencia clara, una noción nítida. Sabía que Europa me había restituido, cuando parecía haberme conquistado enteramente, al Perú y a América; mas no me había detenido a analizar el proceso de esta reintegración. Fue al leer en agosto de 1926, en *Europe*, las bellas páginas en que Waldo Frank explicaba la función de su experiencia europea en su descubrimiento del Nuevo Mundo, que medité en mi propio caso.

La adolescencia de Waldo Frank transcurrió en New York en una encantada nostalgia de Europa. La madre del

futuro escritor amaba la música. Beethoven, Wagner, Schubert, Wolf, etc., eran los genios familiares de sus veladas. De esta versión musical del mundo que presentía y amaba, nace tal vez en Frank el gusto de concebir y sentir su obra como una sinfonía. La biblioteca paterna era otra escala de esta evasión. Frank adolescente, interrogaba a los filósofos de Alemania y Atenas con más curiosidad que a los poetas de Inglaterra. Cuando, muy joven aún, niño todavía, visitó Europa, todos sus paisajes le eran familiares. La oposición de un hermano mayor frustró su esperanza de estudiar en Heidelberg y lo condenó a los cursos y al clima de Yale. Más tarde, emancipado por el periodismo, Frank encontró finalmente en París todo lo que Europa podía ofrecerle. No sólo se sintió satisfecho sino colmado. París, "ciudad enorme, llena de gente dichosa, de árboles y jardines, ciudad indulgente a todos los humores, a todas las libertades". Para el periodista norteamericano que cambiaba sus dólares en francos, la vida en París era plácida y confortable. Para el joven artista de cultura cosmopolita, París era la metrópoli refinada donde hallaban satisfacción todas sus aficiones artísticas.

Pero la savia de América estaba intacta en Waldo Frank. A su fuerza creadora, a su equilibrio sentimental, no bastaba el goce fácil de Europa. "Yo era feliz —escribía Frank—; no era necesario. Me nutría de lo que otros, en el curso de los siglos, habían creado. Vivía en parásito; éste es al menos el efecto que yo me hacía". En esta frase profunda, exacta, terriblemente cierta: *yo no era necesario*, Frank expresa el sentimiento íntimo del emigrado al que Europa no puede retener. El hombre ha menester, para el empleo gozoso de sus energías, para alcanzar su plenitud, de sentirse necesario. El americano al que no sean suficientes espiritualmente el refinamiento y la cultura de Europa, se reconocerá, en París, Berlín, Roma, extraño, diverso, inacabado. Cuanto más intensamente posea a Europa, cuanto más sutilmente la asimile, más imperiosamente sentirá su deber, su destino, su vocación de cumplir en el caos, en la germinación del Nuevo Mundo, la faena que los europeos de la antigüedad, del medioevo, del Renacimiento, de la modernidad nos invitan y nos enseñan

a realizar. Europa misma rechaza al creador extranjero, al disciplinarlo y aleccionarlo para su trabajo. Hoy, decadente y fatigada, es todavía asaz rigurosa para exigir de cada extraño su propia tarea. Le habían las rapsodias de su pensamiento y de su arte. Quiere de nosotros, ante todo, la expresión de nosotros mismos.

De regreso a los veintitrés años, a New York, Waldo Frank inició, bajo el influjo fecundo de estas experiencias, su verdadera obra. "De todo corazón —dice— me entregué a la tarea de hacerme un sitio en un mundo que parecía marchar muy bien sin mí". Cuando, años después, tornó a Europa, ya América había nacido en él. Era ya bastante fuerte para las audaces jornadas de su viaje de España. Europa saludaba en él al autor de *Nuestra América*, al poeta de *Salmos*, al novelista de *Rahab*, *City Block*, etc. Estaba enamorado de una empresa difícil, pensando en la cual exclamaba con magnífico entusiasmo: "¡Podemos fracasar; pero tal vez acertaremos!". Al reembarcarse para New York, Europa quedaba esta vez "detrás de él".

No es posible entender todo el valor de esta experiencia, sino al que parcial o totalmente la ha hecho. Europa, para el americano —como para el asiático—, no es sólo un peligro de desnacionalización y de desarraigamiento; es también la mejor posibilidad de recuperación y descubrimiento del propio mundo y del propio destino. El emigrado no es siempre un posible *deraciné*. Por mucho tiempo, el descubrimiento del mundo nuevo es un viaje para el cual habrá que partir de un puerto del viejo continente. Waldo Frank tiene el impulso, la vitalidad del norteamericano; pero en Europa ha hecho, como lo digo de mí mismo, en el prefacio de mi libro sobre el Perú, su mejor aprendizaje. Su sensibilidad, su cultura, no serían tan refinadamente modernas si no fuesen europeas. ¿Acaso Walt Whitman y Edgard Poe no eran más comprendidos en París que en New York, cuando Frank se preguntaba, en su juventud, quiénes eran los *representative men* de Estados Unidos? El unanimismo francés frecuentaba amorosamente la escuela de Walt Whitman, en una época en que Norteamérica tenía aún que ganar, que conquistar a su gran poeta.

En la formación de Frank, mi experiencia me ayuda a apreciar un elemento: su estación de periodista. El periodismo puede ser un saludable entrenamiento para el pensador y el artista. Ya ha dicho alguien que más de uno de esos novelistas o poetas que miran al escritor de periódico con la misma fatuidad con que el teatro miraba antes al cine, negándole calidad artística, fracasarían lamentablemente en un reportaje. Para un artista que sepa emanciparse de él a tiempo, el periodismo es un estadio y un laboratorio en el que desarrollará facultades críticas que, de otra suerte, permanecerían tal vez embotadas. El periodismo es una prueba de velocidad.

Terminaré esta impresión desordenada y subjetiva, con una interrogación de periodista: ¿Del mismo modo que sólo un judío, Disraeli, llegó a sentir en toda su magnificencia, con lujo y fantasía de oriental, el rol imperial de Inglaterra, en la época victoriana, no estará reservada a un judío, antes que a un puritano, la ambiciosa empresa de formular la esperanza y el ideal de América, en esta edad cósmopolita?

*Variedades.* Año XXV, N° 1135. Lima, 4 diciembre de 1929.

*El alma matinal.* Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 192-195. (Corresponde a la tercera parte de "Waldo Frank").

### 103/. LA LUCHA DE LA INDIA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL

El más fácil pronóstico sobre las perspectivas de 1930 es el de que este año señalará una etapa culminante del movimiento nacionalista hindú. La reunión del Congreso Nacional Hindú está rodeada de la más grande expectación mundial por la gravedad de las decisiones que esta vez le tocará tomar. Desde hace dos años la lucha por la emancipación nacional de la India ha entrado en una fase de decisiva aceleración.

Las deliberaciones del Congreso Nacional reunido en Madras en diciembre de 1927 tuvieron un acentuado tono revolucionario. Malgrado la resistencia abierta o disfrazada

de líderes moderados, propugnadores de una política transaccional, el congreso se pronunció en esa oportunidad a favor de la completa independencia de la India. Aprobó también el congreso una moción de solidaridad con los revolucionarios chinos y con la Liga Mundial contra el Imperialismo, en cuyo segundo congreso, celebrado en Francfort en julio de 1929, las masas revolucionarias hindúes han estado conspicuamente representadas.

El año de 1928 se caracterizó por la agitación del proletariado industrial de Calcuta y Bombay, focos de la acción sindical hindú. Centenares de miles de obreros de las fábricas de tejidos reafirmaron en las jornadas de 1920 un programa clasista. Este proletariado es, sin duda, el que desde el primer congreso sindical panhindú de octubre de 1928 comunica un sentido de clase, un fondo social y económico al movimiento nacionalista de la India.

El gobierno de Baldwin encargó a una comisión parlamentaria, en el mismo año, el estudio de la cuestión hindú y la proposición de las medidas que la Gran Bretaña debe adoptar. El nombramiento de esta comisión significa el reconocimiento de la insuficiencia y del fracaso de la reforma con que la Gran Bretaña creyó cumplir en 1919 las promesas hechas a la India, como a todas sus colonias, durante la guerra, para asegurarse su cooperación y obediencia. Los organismos nacionalistas acordaron el boycott de esta comisión, de la que la India no podía esperar sino una morosa encuesta y algunas tardías sugerencias. La comisión Simon fue recibida con demostraciones hostiles, trágicamente selladas por la muerte del gran líder nacionalista Lala Lajpat Rai, a consecuencia de los maltratos sufridos en manos de la policía inglesa.

Lala Lajpat Rai, o Lalaji como se le llamaba usualmente, a los 63 años, con una foja de servicios políticos eminentes de cuarenta años, podía haberse abstenido de concurrir personalmente a las protestas de su pueblo contra la nueva maniobra del imperialismo británico. Pero hombre de acción ante todo, tenía que entregar a la causa de la libertad hindú sus últimas energías. Participó en persona en la manifestación con que el pueblo recibió a Mr. John Simon y sus acompañantes

en la estación de Lahore el 30 de octubre de 1928. Los golpes de los policías ingleses causaron su muerte el 17 de noviembre. Todos los adalides de la India lo despidieron con emocionadas y reverentes frases de reconocimiento de su obra. Rabindranath Tagore, Mahatma Gandhi, Motilal Nehru, tradujeron con elocuencia concisa el sentido del pueblo hindú.

El Congreso Nacional Hindú, cuyas resoluciones son aguardadas esta vez con tanta ansiedad, no ha surgido, como se sabe, directamente de la agitación de las masas nacionalistas. Durante largos años, prevaleció en él un espíritu favorable a los intereses de la Gran Bretaña. Era una asamblea de la burguesía hindú, que tenía su origen en los sentimientos del sector liberal de ésta, pero a la que el Imperio Británico, cuyo poder en la India se apoyaba en la colaboración de las castas privilegiadas y de la riqueza, pudo mirar por mucho tiempo sin aprehensión.

Pero, a medida que la corriente nacionalista empezó a acentuarse y precisarse, y a movilizar a las masas, la actitud del Congreso Nacional Hindú frente a la dominación británica cambió completamente. En 1918 el congreso tomó una posición revolucionaria. En los años siguientes, siguió la política de Gandhi y adoptó la fórmula de la no cooperación. Las fallas de este programa, en cuya aplicación retrocedió el propio Gandhi, alarmado por los actos de violencia de la multitud, han demostrado luego a las masas la absoluta necesidad de una línea nueva. Al ensancharse las bases del congreso, que representa en cada reunión un número mayor de sufragios, las reivindicaciones de las masas han comenzado a pesar cuantiosamente en sus deliberaciones. El Partido Obrero y Campesino, organizado en los dos años últimos, y cuya fuerza es un índice del declinamiento del gandhismo, actúa activamente en el seno del congreso. La derecha colaboracionista pierde terreno y autoridad fatalmente, a pesar de que Gandhi y sus partidarios, mediando entre los dos sectores extremos, prolongan la táctica de compromiso y la esperanza en las concesiones británicas. Precisamente en el Congreso de Calcuta, hace un año, la tendencia derechista hizo un esfuerzo por predominar, con un proyecto que establecía la autonomía

dentro del imperio. Pero los partidarios de la independencia total insurgieron vigorosamente contra esta maniobra. Y la derecha tuvo que limitar el alcance de su propuesta, fijando un plazo de un año para su realización.

En estas condiciones, se reúne hoy el congreso. El año previsto ha transcurrido. La comisión Simon no ha hecho conocer aún sus conclusiones. Una declaración del virrey de la India anunciando el propósito del gobierno de conceder a la India el régimen de un dominio, ha provocado la protesta de liberales y conservadores, que acusan al gobierno laborista de proceder como si no existiera la comisión Simon. Los laboristas se han visto obligados a atenuar al minimum la declaración de Lord Irwin. La Gran Bretaña les regatea a los hindúes el estatuto del dominio, en plena creciente del movimiento nacionalista por la emancipación completa. En las labores preparatorias del congreso, Gandhi ha reasumido un rol ponderador. Pero esta vez la existencia en el congreso de una fuerza revolucionaria compacta, apoyada en las masas obreras y campesinas, y el desprestigio de las fórmulas conciliadoras, están destinados a imprimir un nuevo curso a los debates. El primer voto del congreso lo evidencia.

*Variedades.* Año XXVI, Nº 1139. Lima, 1 enero de 1930.

*Figuras y aspectos de la vida mundial.* Tomo III. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 145-148.

## 104/. NADJA, DE ANDRE BRETON

El tema que anteriormente enfocaba era el del realismo en la nueva literatura rusa. ¿Podrá pensarse que abandono demasiado arbitrariamente la línea de esta meditación, porque paso ahora a discutir sobre *Nadja* de André Bretón? Es posible. Pero yo no me sentiré nunca lejano del nuevo realismo, en compañía de los suprarrealistas. La benemerencia más cierta del movimiento que representan André Bretón, Louis Aragón y Paul Eluard es la de haber preparado una etapa realista en la literatura, con la reivindicación de lo suprarreal. Las



reivindicaciones de una revolución, literaria como política, son siempre *outrancières*. ¿Por qué las de la revolución suprarrealista no habían también de serlo? Propóniendo a la literatura los caminos de la imaginación y del sueño, los suprarrealistas no la invitan verdaderamente sino al descubrimiento, a la recreación de la realidad.

Nada es más erróneo en la vieja estimativa literaria que el concepto de que el realismo importa la renuncia de la fantasía. Esa es, en todo caso, una idea basada exclusivamente en las experiencias y en las creaciones del sedicente realismo de la novela burguesa. El artista desprovisto o pobre de imaginación es el peor dotado para un arte realista. No es posible atender y descubrir lo real sin una operosa y afinada fantasía. Lo demuestran todas las obras dignas de ser llamadas realistas, del cinema, de la pintura, de la escultura, de las letras.

Restaurar en la literatura los fueros de la fantasía no puede servir, si para algo sirve, sino para restablecer los derechos o los valores de la realidad. Los escritores menos sospechosos de compromisos con el viejo realismo, más intrasigentes en el servicio de la fantasía, no se alejan de la fórmula de Massimo Bontempelli: "realismo mágico". No aparece, en ninguna teoría del novecentismo beligerante y creativo, la intención de jubilar el término realismo, sino de distinguir su acepción actual de su acepción caduca, mediante un prefijo o un adjetivo. Neorrealismo, infrarrealismo, suprarrealismo, "realismo mágico". La literatura, aun en los temperamentos más enervados por los excitantes de la secesión novecentista, siente que sólo puede moverse en el territorio de la realidad, y que en ningún otro la espera mayor suma de aventuras y descubrimiento.

André Bretón ha tomado de su mundo ordinario, de su labor cotidiana, los elementos de *Nadja*. La descripción de esta bizarra criatura se cifie a los días de su diálogo con el poeta suprarrealista. Nadja no es un personaje absurdo, imposible, irreal. El encuentro de esta protagonista desorbitada, errante, constituye una experiencia accesible para el habitante de una capital como París. Basta que el habitante sea capaz de apreciar y buscar esta experiencia. Nadja, la de André Bretón,

es única. Pero sus hermanas —criaturas de una filiación al mismo tiempo vaga e inconfundible— deambulan por las calles de París, Berlín, Londres, se extinguen en sus manicomios. Son la más cierta estirpe poética de la urbe, el más melancólico y dulce material de la psiquiatría.

A Nadja no se le puede encontrar sino en la calle. En otro lugar, alguna sombra velaría su presencia. Es indispensable que su encuentro no se vincule al recuerdo de un salón, de un teatro, de un café, de una tienda. Su sola atmósfera pura, transparente, personal es la de la calle. Por la acera de la calle banal, ordinaria, la veremos avanzar hacia nosotros con paso seguro y propio. La reconoceremos por su sonrisa, por sus ojos, aunque nada la diferencie demasiado de los transeúntes. Así es como, de pronto, André Bretón se halla delante de ella en la rue Lafayette.

Nadja es una musa del suprarrealismo. No ha nacido quizás sino para encarnar en la obra de un poeta del novecientos. Después de haber excitado e iluminado sus días, hasta inspirarle la transcripción de sus palabras y de sus gestos en una obra, Nadja tiene que borrarse. La obra de un poeta romántico habría necesitado absolutamente la muerte de esta mujer o su entrada en un convento; a la obra de un poeta suprarrealista conviene otra evasión, otro desvanecimiento: Nadja es internada en un manicomio. La psiquiatría la acechaba como a una presa tierna, etérea, predilecta: la loca de ojos bellos y sonrisa leve, sin la cual serían tan miserables los manicomios y faltaría el más misterioso y poético estimulante a la imaginación de los psiquiatras.

Lo que diferencia a *Nadja* de sus hermanas anónimas, lo que la aísla, lo que la elige e individualiza es su destino de personaje, su don de sortear instintiva, espontáneamente, los riesgos de adoptar por error un destino vulgar. Nadja es la mujer que se salva siempre. Ha amado en Lille, su ciudad natal, a un estudiante; pero ha huído de él, que la amaba, por miedo de molestarle. Ha tenido en París un amigo venerado y providencial, un hombre de setenticinco años, que la ha librado de la droga que contrabandeaba, preservándola de un destino fácil y brillante de aventura internacional. Ha



conocido a su novelista, cuando, llegada a un grado desesperado de pobreza, ninguna otra cosa habría podido desviarla del más venal comercio. Hay algo que la salva siempre. Nadja es una criatura que no puede perderse. No se ausentará definitivamente, para internarse en el país mezquino y monótono de la locura, antes de haber dejado impresa su imagen triste y obsesionante, su nombre breve, en el espíritu de un poeta, antes de haberle dicho frases de la más honda y pura resonancia en su intimidad, en su subconciencia:

"Con el fin de mi aliento que es el comienzo del vuestro".  
 "Para vos yo no seré nada o sólo una huella"  
 "La garra del león aprieta el seno de la viña"  
 "Quiero tocar la serenidad con un dedo mojado de (lágrimas)".

André Bretón precede al relato de sus días cerca de Nadja de un capítulo que es algo así como la introducción teórica en su experiencia. Y al retrato, a la descripción, a la ausencia de Nadja, clausurada ya en el manicomio, sigue otra divagación que es como la estela de la protagonista en la imaginación del poeta. Y como para probar que el libro moderno, como la revista, no puede ya prescindir de la imagen, de la figura, de la escena gráfica, André Bretón ilustra *Nadja* con fotos de Man Ray, con cuadros de Max Ernst, con dibujos de Nadja, con retratos de sus amigos, con vistas de la calle. Su *Nadja* preludia, tal vez, bajo este aspecto de procedimiento, una revolución de la novela.

*Nadja* puede alentar también muchas baratas tentativas literarias de gente obsedida por un mundo de misterios, signos y milagros, más o menos teosóficos, de la clientela decadente de los videntes y oráculos novecentistas. Tenemos que reprochar a su propio autor, el descuido, la flaqueza de frases como ésta: "Puede ser que la vida demande ser descifrada como un criptograma". Esta búsqueda inoperosa y fatalista de la clave, es la más mísera y deplorable tarea de los ocultismos que florecen en las lagunas del decadentismo contemporáneo. Pero André Bretón sabe siempre compensarnos cualquier

desesperada evasión, al templete de Buda viviente, con ese fondo de magnífica rebelión de su literatura. Nadja, que en los compartimientos de segunda del *metro*, hacia las siete de la noche, gusta de averiguar, en las gentes fatigadas que han concluido su trabajo, lo que puede constituir el objeto de su preocupación, piensa que hay personas buenas en esta multitud cansina. Bretón opone a la taciturna distracción de su dulce personaje, esta apasionada réplica: "Estas gentes no sabrían ser interesantes sino en la medida en que soportan o no el trabajo, con todas las otras miserias. ¿Cómo los elevaría esto, si en ellas la rebeldía no fuese lo más fuerte? En el instante en que vos las veis, ellas no os ven: Yo odio con todas mis fuerzas esta servidumbre que se me quiere hacer valer. Compadezco al hombre por estar condenado a ella, de no poder en general escaparle, pero no es la dureza de la pena lo que dispone en su favor; es, y no podría ser otra cosa, el vigor de su protesta".

*Variedades*. Año XXVI. Nº 1141. Lima, 15 enero de 1930.

*El artista y la época*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 178-182.

105/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A  
 ERNESTO REYNA

Lima, 26 de enero de 1929 [1930]

Estimado compañero Ernesto Reyna:

No he recibido hasta hoy la carta que Ud. avisa a la administración haberme escrito. Esto es una advertencia para no usar en adelante, por prudencia, la dirección empleada. Si Ud. conserva copia de la carta, puede adjuntármela a las líneas de respuesta que confíe al comp. Luna, exsecretario de la Federación de Chauffers, portador de la presente.

No sé si tenga Ud. noticia exacta de la movilización policial de fines o mediados de noviembre. Del 18 al 20 estuve

secuestrado en mi casa con todos los míos. Hubo numerosas prisiones, especialmente de judíos de diversas nacionalidades: rumanos, polacos, etc. También en provincias hubo algunas detenciones. *Amauta*, como Ud. habrá visto, se ha continuado publicando, aunque debimos retardar la aparición del No. 27, alejándolo un poco del instante neurálgico.

Su trabajo sobre el amauta Atusparia termina de publicarse en este No. de la revista. Aparecerá enseguida como folleto con una portada de Sabogal y las palabras de presentación que Ud. me ha pedido. Ha gustado mucho entre nuestros amigos.

Estoy haciendo una cura de playa en La Herradura, donde paso las tardes. Esto me quita mucho tiempo, pero no tengo más remedio para evitarme una crisis en mi salud, bastante debilitada en las últimas semanas. No tengo casi momentos disponibles para mi correspondencia.

¿Acepta Ud. que aparezca su firma entre las que irán al pie del documento que Ud. conoce?

No tengo noticias de Huaraz, después de las que personalmente me trajo Federico Sal y Rosas, en viaje a La Paz, donde sé que se ha incorporado al grupo que allí trabaja y que publica una hoja eventual: *Meridiano*. Manténgase Ud. en comunicación con los amigos de Huaraz, alentándolos a no desmayar. Hay que prestar toda la atención posible a tres cosas: la preparación teórica socialista de nuestros grupos; el estudio directo de nuestros problemas, conforme al método marxista; la vinculación con las masas. Para lo primero, se ha carecido generalmente de bibliografía española. Pero ahora una nueva e importante editorial de París, *Europa-América*, se propone resolver este problema, publicando una serie de obras fundamentales que recomiendo vivamente a los compañeros.

En espera de sus noticias, con recuerdos afectuosos de los compañeros, le estrecha cordialmente la mano su amigo y camarada.

## 106/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A WALDO FRANK

Lima, 25 de febrero de 1930.

Querido y admirado Waldo Frank:

Gracias por sus gratísimas cartas del 30 de diciembre y 25 de enero, a las que contesto con un poco de retardo por estar haciendo una cura de sol y playa, muy conveniente para mi salud, pero muy perjudicial para mi trabajo y mi correspondencia. La primera de sus cartas debe haberse cruzado con una mía de la misma fecha aproximadamente de la que su segunda no me acusó recibo. Como le incluía una carta de Buenos Aires, llegada para Ud. después de su partida, quisiera estar seguro de que la ha recibido.

Todos sus amigos de Lima —y yo particularmente no necesito decirle hasta qué punto la comparto y la engrandezco— ponen una gran esperanza en el libro que Ud. escribirá sobre la América Latina. Ud. no puede hacer sobre esta América un libro que no sea digno de *Nuestra América*, de *España virgen* y de *El redescubrimiento de América*. Todo lo que Ud. necesite del Perú como información o documento, le será solícitamente procurado. El libro de Basadre irá enseguida. Si faltaba en los paquetes certificados, ha sido seguramente porque no estaba entre los libros que Ud. me trajo para su expedición. He encargado ya a Luis Alberto Sánchez el envío de un ejemplar.

Glusberg prepara, según sus cartas, muy afectuosas y solícitas siempre, mi presentación a Buenos Aires para mayo más o menos. En abril espera poder remitirme el dinero de los pasajes. Tengo completamente resuelto, por mi parte, este viaje. El único problema es la organización económica de mi vida en Buenos Aires. Yo cuento, como le he escrito a Glusberg, con algunas colaboraciones pagadas del Perú; pero no sé si podría conservarlas todas por mucho tiempo, ya que se puede aprovechar de mi ausencia para obtener mi proscripción total del país. Además, lo que yo gano por esas colaboraciones

no alcanzaría sino a la mitad de lo que necesito para vivir en Buenos Aires. Glusberg estima fácil que consiga en Buenos Aires, desde el primer momento, la otra mitad. Si Ud. puede gestionar que *The New Republic* me pague de vez en cuando alguna colaboración, contribuirá a la seguridad de mi presupuesto. *The Nation* me escribió hace más de un año, solicitando mi colaboración y encargándome la designación de los escritores del Perú que podrían colaborar en ese semanario. Tradujo y publicó después un artículo mío sobre el problema indígena; pero no he tenido más noticias de su interés en contarme como colaborador. Anita Brenner podría informarlo acerca de la intención de dar más espacio a las cuestiones latinoamericanas, tratadas por latinoamericanos, en *The Nation*.

De La Habana me escriben comunicándome impresiones muy simpáticas respecto a la huella que en esa ciudad ha dejado su presencia. Su libro tiene asegurada en toda la América Latina una gran resonancia. Va Ud. a prestar un gran servicio al destino de este continente, de este mundo. Haber contribuido a que en América Latina se le conozca y ame, es un orgullo para mí.

Saludos cordiales de todos los amigos de *Amauta*. Y un abrazo de su hermano y amigo devotísimo.

Próximamente será publicado en el *Anuario mariateguista* N° 1.

## 107/. PREFACIO A EL AMAUTA ATUSPARIA

El rasgo más nuevo y significativo de la historiografía peruana contemporánea es, ciertamente, el interés por los acontecimientos, antes ignorados o desdeñados, de nuestra historia social. La historia del Perú republicano ha sido escrita ordinaria y casi invariablemente como historia política, en la acepción más restrictiva y criolla de este término. Su concepción y su factura sufren la limitación de un sentimiento de *Corte*, de un espíritu burocrático y capitalino, que convierte la historia política del país en la crónica de sus cambios de gobierno, de su administración pública y de las crisis y sucesos que más directa y

visiblemente determinan una y otros. Se comienza a escribir nuestra historia social al impulso de fuerzas ajenas y superiores —así ocurre siempre— a las del propio desarrollo de la historiografía como disciplina científica. Y no es extraño, por esto, que la tarea no esté reservada exclusivamente a los historiadores profesionales.

Ernesto Reyna, autor de esta crónica de la sublevación indígena de 1885, no es un historiador sino un narrador, un periodista. *El amaута Atusparia* tiene de relato y de reportaje más que de ensayo historiográfico. Me consta que Reyna, trabajador alacre y hombre fervoroso, se ha documentado escrupulosamente. Los datos acopiados para este folleto constituyen un prolijo trabajo de información. Pero antes de revisar en la Biblioteca Nacional colecciones de periódicos, Reyna había interrogado a los sobrevivientes de la sublevación, a los supervivientes del terror indígena y del terror reaccionario; había recorrido, buscando sus huellas borradas y oscuras, el camino de la insurrección, hasta amar su escenario y entender su difícil lenguaje; había sentido, en fin, con profunda simpatía, su tema. Lo dice en las breves líneas de epílogo de la narración, en las que, como otros nos exponen el método de su trabajo, Reyna nos ofrece su explicación vital. La solidaridad con los indios que en 1925 protestaban en Huaraz contra la conscripción vial —esa *mita* republicana que echa sobre las espaldas de la población indígena, afligidas por una nueva explotación no menos odiosa que el *tributo personal*, el peso de una política de vialidad, desprovista de perspicacia económica y técnica— consintió a Reyna situarse histórica y sentimentalmente. Como estos indios, se agitaban y quejaban en 1885 contra los *trabajos de la república* y el *tributo personal* los que la violencia de un prefecto iglesista provocó y empujó a la revuelta. Martín Miranda, flagelado en 1925 por incitar a la masa indígena a la protesta, acercó a Reyna al protagonista, azotado y befofo, de la insurrección de 1885. "Los azotes dados al compañero Martín, los sentí en carne viva". ¡Qué brotada de lo más hondo y humano, me parece esta frase!

Debemos a la identificación sentimental de Reyna con su tema —más quizás que a sus dotes de narrador descubiertos

no al azar por este trabajo, más todavía que a su gusto de idealizar un poco románticamente el episodio y los personajes— la vida y la emoción que circulan por el relato. En una época en que prospera, en la literatura europea, la biografía novelada, sin ninguna preocupación literaria ni historiográfica, Reyna no ha encontrado modo más certero de revivir la sublevación de Atusparia que la crónica novelada. Los centinelas celosos de los fueros de la erudición y el dato, regañarán por esta intervención de la fantasía en los dominios de la historia; pero la historia misma, en este caso, se anotará una ganancia. Se lee, además, esta crónica como si se leyera una novela, antes que por su estilo, por la novedad del asunto y sus *dramatis personae* en nuestro esquema mental de la historia del Perú. ¿Atusparia? ¿Ushcu Pedro? ¡Qué insólitos y novelescos nos parecen, por la distancia, por la niebla que nos separaba de su escenario! El coronel Callirgos, el abogado Mosquera, *El sol de los incas*, nos son indispensables como mediadores, como puntos de referencia, para asegurarnos de la historicidad del drama.

Reyna ha hecho, repito, la crónica novelada de la insurrección de Atusparia. Tal vez, en la estación en que se encuentra nuestra historiografía social, no era posible reconstruir diversamente el acontecimiento. Vendrá después el estudio crítico-histórico que nos explicará la significación de esta revuelta en la lucha de la población indígena del Perú contra sus opresores.

El indio, tan fácilmente tachado de sumisión y cobardía, no ha cesado de rebelarse contra el régimen semifeudal que lo oprime bajo la república como bajo la colonia. La historia social del Perú registra muchos acontecimientos como el de 1885; la raza indígena ha tenido muchos Atusparia, muchos Ushcu Pedro. Oficialmente, no se recuerda sino a Túpac Amaru, a título de precursor de la revolución de la independencia, que fue la obra de otra clase y la victoria de otras reivindicaciones. Ya se escribirá la crónica de esta lucha de siglos. Se están descubriendo y ordenando sus materiales.

La derrota de Atusparia y Ushcu Pedro es una de las muchas derrotas sufridas por la raza indígena. Los indios

de Ancash se levantaron contra los blancos, protestando contra los *trabajos de la república*, contra el *tributo personal*. La insurrección tuvo una clara motivación económico-social. Y no es el menor mérito de Reyna el haberla hecho resaltar, en primer término, al comienzo de su relato. Pero, cuando la revuelta aspiró a transformarse en una revolución, se sintió impotente por falta de fusiles, de programa y de doctrina. La imaginación del periodista Montestruque, criollo romántico y mimetista, pretendió remediar esta carencia con la utopía de un retorno: la restauración del imperio de los incas. El oportunismo del abogado Mosquera, cacerista, alcohólico y jaranero, quería incorporar la sublevación de Huaraz en el proceso de la revuelta de Cáceres. La dirección del movimiento osciló entre la desatada fantasía tropical de Montestruque y el pragmatismo rabulesco y prefectural de Mosquera. Con un ideólogo como Montestruque y un tinterillo como Mosquera, la insurrección indígena de 1885 no podía tener mejor suerte. El retorno romántico al imperio incaico no era como plan más anacrónico que la honda y el rejón como armas para vencer a la república. El programa del movimiento era tan viejo e impotente como su parque bélico. La insurrección de Huaraz, sin el programa de *El sol de los incas*, habría sido una de las muchas sublevaciones indígenas, determinadas por un rebasamiento del límite de resignación y paciencia de un grupo de parcialidades. La captura de Huaraz, su propagación en un vasto sector del territorio, no bastarían para diferenciarla de otros levantamientos instintivos y desesperados. Ushcu Pedro, terrible guerrillero, sería más que Atusparia, su personaje representativo. El cuadillaje de Atusparia y la misión histórica que Montestruque le asignó, ubican el movimiento en la serie de tentativas de filiación aristocrática y racista, en que se destaca, próxima la independencia, el movimiento de Túpac Amaru. Insurrecciones encabezadas por curacas, por descendientes de la antigua nobleza indígena, por caudillos incapaces de dar a un movimiento de masas otro programa que una extemporánea o imposible restauración. Supérstites de una clase disuelta y vencida, los herederos de la antigua aristocracia india no podían acometer con éxito la empresa de una revolución.

Las reivindicaciones campesinas no triunfaron contra la feudalidad en Europa mientras no se expresaron sino en las *jacqueries*. Triunfaron con la revolución liberal burguesa, que las transformó en un programa. En nuestra América española, semifeudal aún, la burguesía no ha sabido ni querido cumplir las tareas de la liquidación de la feudalidad. Descendiente próxima de los colonizadores españoles, le ha sido imposible apropiarse de las reivindicaciones de las masas campesinas. Toca al socialismo esta empresa. La doctrina socialista es la única que puede dar un sentido moderno, constructivo, a la causa indígena, que, situada en su verdadero terreno social y económico, y elevada al plano de una política creadora y realista, cuenta para la realización de esta empresa con la voluntad y la disciplina de una clase que hace hoy su aparición en nuestro proceso histórico: el proletariado.

*Mundial*. Año X, Nº 508. Lima, 5 marzo de 1930.

*Ideología y política*. Lima, Editorial Minerva, 1981. pp. 184-188.

## 108/. TRES LIBROS DE PANAIT ISTRATI SOBRE LA U.R.S.S.

Es notoria mi admiración por el autor de *Kyra Kyralina* y *Uncle Anghel*. Hace años, meses después de la publicación en francés de estos dos libros, saludé jubilosamente la aparición de Panait Istrati como la de un novelista extraordinario. Me interesaba en Panait Istrati, tanto como el artista, el hombre, aunque era la sugestión del artista —la potencia genial de algunas páginas de *Uncle Anghel* sobre todo— la que me revelaba, mejor que ninguna anécdota, el alma apasionada y profunda del hombre. Este artículo tuvo cierta fortuna. Panait Istrati, súbitamente descubierto por Romain Rolland y *Europe*, no era aún conocido en Hispanoamérica. Reproducida mi crónica en varios periódicos hispanoamericanos, supe que era la primera que se escribía en estos países sobre Panait Istrati, a quien no he cesado después de testimoniar una simpatía y una

atención que, sin duda, no han pasado inadvertidas a mis lectores. Los volúmenes de la serie de *Relatos de Adrián Zograffi* que siguieron a *Kyra Kyralina* y *Tío Anghel*, confirmaban plenamente las dotes de narrador, "de cuentista oriental", de Panait Istrati.

Recuerdo este antecedente como garantía de la rigurosa equidad de mi juicio, sobre los tres volúmenes que Panait Istrati acaba de publicar en París sobre la Rusia de los soviets. (*Vers l'autre Flamme: Soviets 1929, Apres seize mois dans la U.R.S.S.* y *La Russie Nue*. Editions Rieder, 1929). *La Nouvelle Revue Française* adelantó a sus lectores, en su número de octubre, un capítulo del segundo de estos volúmenes, el que mejor define el espíritu de la inesperada requisitoria de Panait Istrati contra el régimen soviético. En este capítulo, Istrati expone el caso del obrero Rousakov, a quien el conflicto con los vecinos malquerientes ha costado la expulsión del sindicato, la pérdida de su trabajo, un proceso festinatorio y una condena injusta, y cuya revocación no han obtenido los esfuerzos de Panait Istrati. Rousakov, adverso a la actual política soviética, es suegro de un miembro activo y visible de la oposición trotskista, el escritor Víctor Serge, bien conocido en Francia por su obra de divulgación y crítica de la nueva literatura rusa, en las páginas de *Clarté* y otras revistas. La hostilidad de sus vecinos se ha aprovechado de esta circunstancia para prevenir contra él a todos los organismos llamados a juzgar su caso. Una resolución del comité del edificio contra el padre político de Víctor Serge, acusado de haber agredido con su familia a una antigua militante y funcionaria del partido, en ocasión de una visita al departamento de los Rousakov, ha sido la base de todo un proceso judicial y político. La relativa holgura del albergue de los Rousakov, que disponían de un departamento de varias piezas en esta época de crisis de alojamientos, hacía que se les mirase con envidia por un vecindario que no les perdonaba, además, su oposición al régimen y que, en todo caso, contaba con explotarla ante la burocracia soviética, para arrebatárles las habitaciones codiciadas. Panait Istrati, amigo fraternal de Víctor Serge, ha sentido en su propia carne la persecución desencadenada contra Rousakov por la

declaración hostil de sus convecinos. La burocracia en la U.R.S.S., como en todo el mundo, no se distingue por su sensibilidad ni por su vigilancia. Una de las campañas del Partido Comunista, léase del Estado soviético, es la lucha contra la burocracia. Y el caso de Rousakov, como el propio Panait Istrati lo anota, un caso de automatismo burocrático. Rousakov ha sido víctima de una injusticia. Panait Istrati, que entiende y practica la amistad con el ardor que sus novelas traducen, fracasado en el intento de que se reparase ampliamente esta injusticia, rehabilitando de modo completo a Rousakov, ha experimentado la más violenta decepción respecto al orden soviético. Y, por este caso, enjuicia todo el sistema comunista.

Su reacción no es incomprensible para quien pondere sagazmente los datos de su temperamento y de su formación intelectual y sentimental. Panait Istrati tiene una mentalidad y una psicología de *révolte*, de rebelde, no de revolucionario, en un sentido ideológico y político del término. Su existencia ha sido la de un vagabundo, la de un bohemio, y esto ha dejado huellas inevitables en su espíritu. Sus simpatías por el *haiduc* se nutren de sus sentimientos de *hors la loi*. Estos sentimientos, que pueden producir una obra artística, son esencialmente negativos cuando se trata de pasar a una obra política. El verdadero revolucionario es, aunque a algunos les parezca paradójico, un hombre de orden. Lenin lo era en grado eminente. No despreciaba nada tanto como el sentimentalismo humanitario y subversivo. Panait Istrati podía haber amado duramente el orden soviético, pero fuera de él, bajo la presión incesante del orden capitalista, contra el que ha sido y sigue siendo un insurgente. Lo demuestra claramente el segundo volumen de *Vers l'autre flamme*. Istrati confiesa en él que su entusiasmo por la obra soviética se mantuvo intacto hasta algún tiempo después de su regreso a Rusia, a continuación de una accidentada visita a Grecia, de donde salió expulsado como agitador. Toda su reacción antisoviética corresponde a los últimos meses de su segunda estada en la U.R.S.S. Si Panait Istrati hubiese escrito sus impresiones sobre Rusia, sin más documentación y experiencia que las de su primera estada, su libro habría sido una fervorosa defensa de la obra de los

soviets. El mismo habría sido el carácter de su obra, si su segunda estada no se hubiese prolongado hasta hacer inevitable el choque de su temperamento impaciente y apasionado de *révolte*, con los lados más prosaicos e inferiores de la edificación del socialismo.

Panait Istrati ha escrito estos libros en unión de un colaborador anónimo, cuyo nombre no revela por ahora, a causa de que carece de la autoridad de Istrati para obtener la atención del público. No es posible decidir hasta qué punto esta colaboración, que tal vez Istrati superestima por sentimientos de amistad, afecta la unidad, la organicidad de esta requisitoria. Lo evidente es que el reportaje contenido en estos tres volúmenes está, aun formalmente, muy por debajo de la obra de novelista del autor de *Los relatos de Adrián Zograffi*. Todo el material que acumula Istrati y su colaborador incógnito contra el régimen soviético es un material anecdótico. No faltan en estos volúmenes —mejor, en los dos primeros— algunas explícitas declaraciones a favor de la obra soviética; pero el conjunto, dominado por la rabia de una decepción sentimental, se identifica absolutamente con la tendencia pueril a juzgar un régimen político, un sistema ideológico, por un lío de casa de vecindad.

*Variedades*. Año XXVI, Nº 1149. Lima, 12 marzo de 1930.

*El artista y la época*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 150-153.

(Corresponde a la cuarta parte de "Panait Istrati")

109/. DE JOSE CARLOS MARIATEGUI A  
BLANCA DEL PRADO

Lima, 12 de marzo de 1930

Querida amiga:

Con interés esperaba su carta, que me llega tan generosa de amistad y simpatía. No sabe Ud. hasta qué punto me sostiene en mi difícil batalla, tan gozosamente aceptada y combatida,

la comprensión de espíritus como el de Ud.

Se ha formalizado la invitación de Buenos Aires. Mi viaje es cosa resuelta. Nos encontraremos, pues, en mayo, tal vez en abril, en Santiago; si Ud. permanece ahí.- La animo, resueltamente, a perseverar en su lucha, por dura y riesgosa que sea. No influye creadoramente en nuestro destino sino la fatiga difícil. Esta es mi mejor experiencia de la vida. Si su viaje ha sido una necesidad, no puede convertirse en un error sino por desfallecimiento de sus fuerzas, tan jóvenes e intactas. No sería un fracaso, ciertamente, si Ud. tuviese que regresar; sería siempre un experimento y un aprendizaje; pero esfuércese Ud. porque se cumpla plenamente.-

Me dice Ud. que colabora ya en *La revista de educación* y que le buscan un puesto en una sección de la educación pública. Esto es más que una expectativa.- Nos preocupó mucho la noticia de su enfermedad. Únicamente si su salud fallara, le aconsejaría la vuelta pronta. De otro modo, le aconsejo que trabaje valerosamente.

No me dice Ud. si vio a Latham y le entregó mi libro. Me interesa la relación con él, porque Concha Romero me comunicó su intención de escribirme y enviarme su libro sobre Chuquicamata, tal vez cumplida, pero malograda por esta barrera postal que forma parte de mi semiasedio.- Espero que haya visto también ya a Julia García Games y Sara Hubner. Con la primera, sobre todo, me siento en deuda.

Voy a hacer enviar *Amauta* y 7 *Ensayos* a la *Revista de educación*, cuya colección completa desearía tener. He recibido en estos días los números 12 y 13. Los primeros, creo que hasta el 7, me llegaron hace meses; pero han circulado entre nuestros amigos normalistas y no espero recuperarlos porque la gira continúa. Si Tomás Lago, a quien le ruego expresar mi simpatía por su labor, puede enviarme certificados todos los números hasta el 11, le deberé especial reconocimiento.

A Silva Castro, dígame que *Atenea* viene muy irregularmente, por culpa sin duda del correo. Servimos el canje de *Amauta* con puntualidad.- El último número de la revista trae un poema de Ud. Que no nos falte su colaboración. Obtenga también la de algunos amigos de Santiago.

Y aquí por el momento, con grandes recuerdos de Anita y los chicos, punto final.

Salude a Alicia y Rebeca y reciba el más cordial y fraterno apretón de manos de su devotísimo amigo.

P.D. Le adjunto en copia una carta para Malanca, en previsión de que no esté en Santiago, y se extravíe el original. V.

*Correspondencia*, Tomo II. Lima, Empresa Editora Amauta, 1984. pp. 741-742.

## 110/. AL MARGEN DEL NUEVO CURSO DE LA POLITICA MEXICANA

La observación atenta de los acontecimientos de México está destinada a esclarecer, a teóricos y prácticos del socialismo latinoamericano, las cuestiones que tan frecuentemente embrollan y desfiguran la interpretación diletantesca de los superamericanistas tropicales. Tanto en tiempos de flujo revolucionario, como de reflujo reaccionario, y tal vez más precisa y nítidamente en éstos que en aquéllos, la experiencia histórica iniciada en México por la insurrección de Madero y el derribamiento de Porfirio Díaz, suministra al observador un conjunto precioso y único de pruebas de la ineluctable gravitación capitalista y burguesa de todo movimiento político dirigido por la pequeña burguesía, con el confusionismo ideológico que le es propio.

México hizo concebir a apologistas apresurados y excesivos la esperanza tácita de que su revolución proporcionaría a la América Latina el patrón y el método de una revolución socialista, regida por factores esencialmente latinoamericanos, con el máximo ahorro de teorización europeizante. Los hechos se han encargado de dar al traste con esta esperanza tropical y mesiánica. Y ningún crítico circunspecto se arriesgaría hoy a suscribir la hipótesis de que los caudillos y planes de la



Revolución Mexicana conduzcan al pueblo azteca al socialismo.

Luis Araquistain, en un libro escrito con evidente simpatía por la obra del régimen político que conoció y estudió en México hace dos años, a nada se siente tan obligado por el más elemental deber de objetividad que a desvanecer la leyenda de la "revolución socialista". Este es, más específica y sistemáticamente, el objeto de una serie de artículos del joven escritor peruano Esteban Pavletich, que desde 1926 está en directo contacto con los hombres y las cosas de México. Los propios escritores, adictos o aliados al régimen, admiten que no es, por el momento, un Estado socialista lo que la política de este régimen tiende a crear. Froylán C. Manjarrez, en un estudio aparecido en la revista *Crisol*, pretende que, para la etapa de gradual transición del capitalismo al socialismo, la vida "nos ofrece ahora esta solución: entre el Estado capitalista y el Estado socialista hay un Estado intermedio: el Estado como *regulador* de la economía nacional, cuya misión corresponde al concepto cristiano de la propiedad, triunfante hoy, el cual asigna a ésta funciones sociales..." Lejos de todo finalismo y de todo determinismo, los fascistas se atribuyen en Italia la función de crear, precisamente, este tipo de Estado nacional y unitario. El Estado de clase es condenado en nombre del Estado superior a los intereses de las clases, conciliador y árbitro, según los casos, de esos intereses. Eminentemente pequeño-burgueses, no es raro que esta idea, afirmada ante todo por el fascismo, en el proceso de una acción inequívoca e inconfundiblemente contrarrevolucionaria, aparezca ahora incorporada en el ideario de un régimen político, surgido de una marejada revolucionaria. Los pequeño-burgueses de todo el mundo se parecen, aunque unos se remontan sucesivamente a Maquiavello, el medievo y el imperio romano y otros sueñen cristianamente en un concepto de la propiedad que asigna a ésta funciones sociales. El Estado regulador de Froylán C. Manjarrez no es otro que el Estado fascista. Poco importa que Manjarrez prefiera reconocerlo en el Estado alemán, tal como se presenta en la constitución de Weimar.

Ni la Carta de Weimar ni la presencia del Partido Socialista en el gobierno han quitado al Estado alemán el

carácter de Estado de clase, de Estado demoburgués. Los socialistas alemanes, que retrocedieron en 1918 ante la revolución —actitud que precisamente tiene su expresión formal en la Constitución de Weimar— no se proponen más que la transformación lenta, prudente, de este Estado, que saben dominado por los intereses del capitalismo. La colaboración ministerial es impuesta, según explican líderes reformistas como el belga Vandervelde, por la necesidad de defender en el gobierno, contra la prepotencia del capitalismo, los intereses de la clase trabajadora, y por la cuantía y responsabilidad de la representación parlamentaria socialista. Incidentes como el de la exclusión del gobierno del socialdemócrata Hilferding, ministro de Finanzas, a consecuencia de su conflicto con Schacht, dictador del Reichbank y fiduciario de la gran burguesía financiera, bastan, por otra parte, para recordar a los socialistas alemanes el poder real de los intereses capitalistas en el gobierno y las condiciones prácticas de la colaboración socialdemócrata.

Lo que categoriza y clasifica al Estado alemán es el grado en que realiza la democracia burguesa. La evolución política de Alemania no se mide por los vagos propósitos de nacionalización de la economía de la Carta de Weimar, sino por la efectividad conseguida por las instituciones demoburguesas: sufragio universal, parlamentarismo, derecho de todos los partidos a la existencia legal y a la propaganda de su doctrina, etc.

El retroceso de México, en el período siguiente a la muerte de Obregón, la marcha a la derecha del régimen de Portes Gil y Ortiz Rubio, se aprecian, igualmente, por la suspensión de los derechos democráticos reconocidos antes a los elementos de extrema izquierda. Persiguiendo a los militantes de la Confederación Sindical Unitaria Mexicana, al Partido Comunista, al Socorro Obrero, a la Liga Anti-Imperialista, por su crítica de las abdicaciones ante el imperialismo y por su propaganda del programa proletario, el gobierno mexicano reniega la verdadera misión de la Revolución Mexicana: la sustitución del régimen porfirista despótico y semi-feudal por un régimen democrático burgués.

El Estado regulador, el Estado intermedio, definido

como órgano de la transición del capitalismo al socialismo, aparece concretamente como una regresión. No sólo no es capaz de garantizar a la organización política y económica del proletariado las garantías de la legalidad demoburguesa, sino que asume la función de atacarla y destruirla, apenas se siente molestado por sus más elementales manifestaciones. Se proclama depositario absoluto e infalible de los ideales de la revolución. Es un Estado de mentalidad patriarcal que, sin profesar el socialismo, se opone a que el proletariado — esto es, la clase a la que históricamente incumbe la función de actuarlo — afirme y ejercite su derecho a luchar por él, autónomamente de toda influencia burguesa o pequeño-burguesa.

Ninguna de estas constataciones discute a la Revolución Mexicana su fondo social, ni disminuye su significación histórica. El movimiento político que en México ha abatido el porfirismo, se ha nutrido, en todo lo que ha importado avance y victoria sobre la feudalidad y sus oligarquías, del sentimiento de las masas, se ha apoyado en sus fuerzas y ha estado impulsado por un indiscutible espíritu revolucionario. Es, bajo todos estos aspectos, una extraordinaria y aleccionadora experiencia. Pero el carácter y los objetivos de esta revolución, por los hombres que la acaudillaron, por los factores económicos a que obedeció y por la naturaleza de su proceso, son los de una revolución democrático-burguesa. El socialismo no puede ser actuado sino por un partido de clase; no puede ser sino el resultado de una teoría y una práctica socialista. Los intelectuales adherentes al régimen, agrupados en la revista *Crisol*, toman a su cargo la tarea de "definir y esclarecer la ideología de la revolución". Se reconoce, por consiguiente, que no estaba definida ni esclarecida. Los últimos actos de represión, dirigidos en primer término contra los refugiados políticos extranjeros, cubanos, venezolanos, etc., indican que este esclarecimiento va a llegar con retardo. Los políticos de la Revolución Mexicana, bastante distanciados entre ellos por otra parte, se muestran cada día menos dispuestos a proseguirla como revolución democrático-burguesa. Han dado ya máquina atrás. Y sus teóricos nos sirven, en

tanto, con facundia latinoamericana, una tesis del Estado regulador, del Estado intermedio, que se parece como una gota de agua a otra gota a la tesis del Estado fascista.

*Variedades.* Año XXVI, Nº 1150. Lima, 19 marzo de 1930.

*Temas de nuestra América.* Lima, Editorial Minerva, 1980. pp.

66-70.

## 111/. ¿EXISTE UNA INQUIETUD PROPIA DE NUESTRA EPOCA

La inquietud contemporánea es un fenómeno del que forman parte las más opuestas actitudes. El término se presta necesariamente, por tanto, a la especulación y al equívoco. Se agitan dentro de la "inquietud contemporánea" los que profesan una fe como los que andan en su búsqueda. El catolicismo de Max Jacob figura entre los signos de esta inquietud, al mismo título que el marxismo de André Bretón y sus compañeros de *La Révolution Surréaliste*. El fascismo pretende representar un "espíritu nuevo", exactamente como el bolchevismo.

Existe una inquietud propia de nuestra época, en el sentido de que esta época tiene, como todas las épocas de transición y de crisis, problemas que la individualizan. Pero esta inquietud, en unos es desesperación, en los demás vacío.

No se puede hablar de una "inquietud contemporánea" como de la uniforme y misteriosa preparación espiritual de un mundo nuevo.

Del mismo modo que en el arte de vanguardia se confunde los elementos de revolución con los elementos de decadencia, en la "inquietud contemporánea" se confunde la fe ficticia, intelectual, pragmática de los que encuentran su equilibrio en los dogmas y el orden antiguo, con la fe apasionada, riesgosa, heroica de los que combaten peligrosamente por la victoria de un orden nuevo.

La historia clínica de la "inquietud contemporánea"

anotará, con meticulosa objetividad, todos los síntomas de la crisis del mundo moderno; pero nos servirá muy poco como medio de resolverla. La encuesta de los *Cahiers de l'Etoile* no invita a otra cosa que a un examen de conciencia, del que no puede salir, como resultado o indicación de conjunto, sino una pluralidad desorientadora de proposiciones.

Lo que se designa con el nombre de "inquietud" no es, en último análisis, sino la expresión intelectual y sentimental. Los artistas y los pensadores de esta época rehusan, por orgullo o por temor, ver en su desequilibrio y en su angustia el reflejo de la crisis del capitalismo.

Quieren sentirse ajenos o superiores a esta crisis. No se dan cuenta de que la muerte de los principios y dogmas que constituían el absoluto burgués ha sido decretado en un plano distinto del de su especulación personal.

La burguesía ha perdido el poder moral que antes le consentía retener en sus rangos, sin conflicto interno, a la mayoría de los intelectuales. Las fuerzas centrífugas, seccionistas, actúan sobre éstos con una intensidad y multiplicidad antes desconocidas. De aquí las defecciones como las conversiones. La inquietud aparece como una gran crisis de conciencia.

La inquietud contemporánea, por consiguiente, está hecha de factores negativos y positivos. La inquietud de los espíritus que no tienden sino a la seguridad y al reposo carece de todo valor creativo. Por este sendero no se descubrirá sino los refugios, las ciudadelas del pasado. En el hombre moderno, la abdicación más cobarde es del que busca asilo en ellos.

Nuestra primera declaratoria de guerra debe ser a la que mi compatriota Iberico llama "filosofías de retorno". ¿El florecimiento de estas filosofías, en un clima mórbido de decadencia, entra en gran escala en Occidente en la "inquietud contemporánea"? Esta es la cuestión principal que hay que esclarecer para no tomar sutiles alibis de la inteligencia y teorías derrotistas sobre la modernidad como elaboraciones de un espíritu nuevo.

*Mundial*. Año X, Nº 510. Lima, 29 marzo de 1930.

*El artista y la época*. Lima, Editorial Minerva, 1980. pp. 29-31.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

La presente bibliografía ha sido preparada en base a un significativo número de libros y revistas, poniendo énfasis sobre todo en la bibliografía reciente. Esta incluye referencias a las más variadas posiciones intelectuales y políticas, aun de aquellas no compartidas por los autores. Estas referencias no agotan en sí mismas todo aquello que refleje la amplia obra del Amauta. Sin embargo, la consideramos un apoyo indispensable a esta antología que busca ser una obra de divulgación.\*

### 1. Antologías

- *Antología peruana*. José Carlos Mariátegui. Lima, Selecciones de Escritores Peruanos, 1944. Selección de Manuel Beltroy.
- *Mariátegui y los sindicatos*. Lima, Imprenta Minerva, 1956. Recopilación y notas de Julián Huanay.
- Mariátegui, José Carlos. *Ensayos escogidos*. Lima, Patronato del Libro Peruano, 1956. Selección de Aníbal Quijano y prólogo de Manuel Scorza.
- *Antología de José Carlos Mariátegui*. México, B. Costa Amiso Editores, 1966. Selección y prólogo de Benjamín Carrión.
- Mariátegui, José Carlos. *La organización del proletariado*. Lima, Ediciones Bandera Roja, 1967.
- Mariátegui, José Carlos. *El proletariado y su organización*. México, Colección 70 de Grijalbo, 1970.
- Mariátegui, José Carlos. *Ensayos escogidos*. Lima, Editorial Universo, 1971. Selección y prólogo de Augusto Salazar Bondy.

- José Carlos Mariátegui. México, Ediciones de la Universidad Nacional de México, 1973. Notas de Manuel Moreno Sánchez.
- José Carlos Mariátegui en sus textos. (2 tomos). Lima, Peisa, 1973. Compilación y nota introductoria de Hugo Neira.
- Mariátegui, José Carlos. *Avanguardia artística e avanguardia política*. Milano, Gabriele Mazzotta Editore, 1975. A cura di Antonio Melis.
- Mariátegui, José Carlos. *Obra política*. México, Ediciones Era, 1979. Prólogo, selección y notas de Rubén Jiménez Ricárdez.
- "Textos de José Carlos Mariátegui". *Buelna*. Año II, No. 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa. Enero-marzo de 1980.
- Mariátegui, José Carlos. *Obras*. (2 tomos). La Habana, Casa de las Américas, 1982. Selección de Francisco Baeza.
- *Páginas literarias de José Carlos Mariátegui*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1985. (Tercera edición.) Selección y prólogo de Edmundo Cornejo Ubillús.

## 2. Biografías

- Bazán Armando. *Mariátegui y su tiempo*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1980.
- Luna Vegas, Ricardo. *José Carlos Mariátegui, 1894-1930. Ensayo biográfico*. Lima, Editorial Horizonte, 1986.
- Marchena, Juan. *José Carlos Mariátegui*. Madrid, Historia 16-Quórum Editorial, 1987.
- Moretic, Yerco. *José Carlos Mariátegui. Su vida, su ideario, su concepción del realismo*. Santiago, Universidad Técnica del Estado, 1970.
- Rouillón, Guillermo. *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*. Tomo I: La edad de piedra. Lima, Editorial Universo, 1975.
- Rouillón, Guillermo. *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*. Tomo II: La edad revolucionaria. Lima, Editorial Alfa, 1984.

- Wiese, María. *José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1980.

## 3. Fuentes, documentos y testimonios

- *Amauta*. Revista mensual de doctrina, literatura, arte, polémica. Edición en facsímil. Lima, Empresa Editora Amauta, 1976. Estudio preliminar de Alberto Tauro.
- Basadre, Jorge. *La vida y la historia*. Lima, Industrial Gráfica, 1981. (Segunda Edición.)
- Confederación Sindical Latinoamericana. *Bajo las banderas del CSLA*. Montevideo, 1929.
- Ferdinand Cuadros, Marcos. *El pensamiento científico de José Carlos Mariátegui*. Lima, Editorial Horizonte, 1986.
- Gutiérrez, Julio. *Así nació el Cuzco rojo: Contribución a su historia política: 1924-1934*. Lima, Talleres Gráficos de Tarea, 1986.
- *Labor*. Quincenario de información e ideas. Edición en facsímil. Lima, Empresa Editora Amauta, 1980. Estudio Preliminar de Alberto Tauro.
- Mariátegui, José Carlos. *Correspondencia*. (2 tomos). Lima, Editorial Gráfica Labor, 1984. Introducción, compilación y notas de Antonio Melis.
- Mariátegui, José Carlos. *Escritos juveniles. La edad de piedra*. Tomo I: Poesía, cuento, teatro. Lima, Editorial Gráfica Labor, 1987. Estudio preliminar, compilación y notas de Alberto Tauro.
- Martínez de la Torre, Ricardo. *Apuntes para una interpretación de la historia social del Perú*. (4 tomos). Lima, edición limitada de la especialidad de sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1974.
- *Nuestra época*. Revista política y literaria. Edición en facsímil. Lima, Empresa Editora Amauta, 1986. Estudio preliminar de Alberto Tauro.
- Pevez, Juan H. *Memorias de un viejo luchador campesino*. Lima, Illa-Tarea, 1983.
- Portocarrero, Julio. *Sindicalismo peruano. Primera etapa: 1911-1930*. Lima, Empresa Gráfica Labor, 1987.

- Del Prado, Jorge. *En los años cumbres de Mariátegui*. Lima, Ediciones Unidad, 1983.
- Rouillón, Guillermo. *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963.
- Sánchez, Luis Alberto. *Testimonio personal*. Tomo I: El Aque-larre 1900-1930. Lima, Mosca Azul Editores, 1987. (Segunda Edición.)
- Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. *El movimiento revolucionario sudamericano*. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Buenos Aires, La Correspondencia Sudamericana, 1929.
- Valcárcel, Luis E. *Memorias*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1981.

#### 4. Estudios

##### a) Libros

- Anderle, Adam. *Los movimientos políticos en el Perú*. La Habana, Casa de las Américas, 1981.
- Aricó, José (Ed). *Introducción a Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México, Pasado y Presente, 1980. (Segunda Edición.)
- Basadre, Jorge. *Introduction to Seven Interpretative Essays on Peruvian Reality*. Austin, University of Texas Press, 1971. Incluido en: Aricó, José (Ed). *Mariátegui y los orígenes...* pp. 322-341. También en: Varios Autores. *Siete ensayos. 50 años en la historia*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1981. (Segunda Edición). pp. 19-39.
- Carnero Checa, Genaro. *La acción escrita. José Carlos Mariátegui periodista*. Lima, Editorial Gráfica, Labor, 1980. (Segunda Edición.)
- Cornejo Polar, Antonio. "Apuntes sobre la literatura nacional en el pensamiento crítico de Mariátegui". En: Varios autores. *Mariátegui y la literatura*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1981. pp. 49-60.

- Chang-Rodríguez, Eugenio. *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui*. Trujillo, Editorial Normas Legales, 1986. (Segunda edición.)
- Chavarría, Jesús. *José Carlos Mariátegui and the Rise of modern Perú, 1890-1930*. University of México, 1979.
- Flores Galindo, Alberto. *La agonía de Mariátegui*. Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989. (Tercera edición.)
- Flores Galindo, Alberto. "Los intelectuales y el problema nacional". En: Varios autores. *Siete ensayos. 50 años...* pp. 139-156.
- Gargurevich, Juan. *La razón del joven Mariátegui. Crónica del primer diario de izquierda del Perú*. Lima, Editorial Horizonte, 1978.
- Germaná, César. *La polémica Haya-Mariátegui: reforma o revolución en el Perú*. Lima, Cuadernos de Sociedad y Política, 1980. (Segunda edición.)
- Guibal, Francis e Ibáñez, Alfonso. *Mariátegui, hoy*. Lima, Tarea, 1987.
- Ibáñez, Alfonso. *Mariátegui: revolución y utopía*. Lima, Tarea, 1978.
- Klaiber S.J., Jeffrey. "Elogio de la celda ascética: José Carlos Mariátegui y el mito de la revolución". En: *Religión y revolución en el Perú, 1824-1988*. Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 1988. (Segunda edición.) pp. 109-134.
- Kossok, Manfred. "Mariátegui y el pensamiento marxista en el Perú". En: Aricó, José (Ed). *Mariátegui y los orígenes...* pp. 186-200.
- Kossok, Manfred. "Mariátegui y la fundamentación del pensamiento marxista en el Perú". En: Varios autores. *Mariátegui y las ciencias sociales*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1981, pp. 11-22.
- Luna Vegas, Ricardo. *Mariátegui, Haya de la Torre y la verdad histórica*. Lima, Editorial Horizonte, 1987 (Tercera edición.)
- Messeguer Illán, Diego. *José Carlos Mariátegui y su pensamiento revolucionario*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

- Montiel, Edgar. "Presencia de Mariátegui en la ciencia social de América Latina". En: Varios autores. *Siete ensayos. 50 años...* pp. 247-260.
- Nugent, Guillermo. *La tradición herética: modernidad y tradición en el pensamiento de José Carlos Mariátegui*. Memoria para obtener el Master en Ciencias Sociales. México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1984.
- Núñez, Estuardo. *La experiencia europea de Mariátegui y otros ensayos*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1978.
- París, Robert. *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*. México, Pasado y Presente, 1981.
- París, Robert. "La formación ideológica de Mariátegui". En: Varios autores. *Mariátegui en Italia*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1981. pp. 79-114.
- Prado Redondez, Raymundo. "Mariátegui y el desarrollo del pensamiento marxista en el Perú". En: Varios autores. *Mariátegui y las ciencias...* pp. 51-88. Publicado también como folleto con el título *El marxismo de Mariátegui*. Lima, Amaru Editores, 1982.
- Quijano, Aníbal. *Reencuentro y debate. Una introducción a Mariátegui*. Lima, Mosca Azul Editores, 1981.
- Silvers, Malcolm. "La formación de un revolucionario". En: Varios autores. *Mariátegui en Italia*. pp. 19-78.
- Vanden, Harry E. *Mariátegui: Influencias en su formación ideológica*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1975.

#### b) Revistas

- Aricó, José. "Mariátegui y la formación del Partido Socialista del Perú". *Socialismo y Participación*, N° 11. Lima, Centro de Estudios para el desarrollo y la participación (CEDEP). Setiembre de 1980. pp. 139-167.
- Arroyo Posadas, Moisés. "La correspondencia de José Carlos Mariátegui a Jauja". *Allpanchis*. Vol. XIV, N° 16. Cusco, Instituto de Pastoral Andina, 1980. pp. 61-74.
- Delran, Guy-Gerard. "La función del mito según José Carlos Mariátegui". *Humanidades*, N° 4. Lima, Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1970-71. pp. 59-68.

- Flores Galindo, Alberto. "Juan Croniqueur, 1914-1918". *Apuntes*. Año V, N° 10. Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico (CIUP), 1980. pp. 81-98. Incluido en: *La agonía...* pp. 149-183.
- Flores Galindo, Alberto. "Un viejo debate: el poder". *Socialismo y Participación*, N° 20. Lima, CEDEP. Diciembre de 1982. pp. 15-41. Incluido en: *Tiempo de plagas*. Lima, El Caballo Rojo Ediciones, 1988. pp. 57-106.
- Franco, Carlos. "Mariátegui y Haya: surgimiento de la izquierda nacional". *Socialismo y Participación*, N° 8. Lima, CEDEP. Setiembre de 1979. pp. 11-44.
- Franco, Carlos. "Sobre la idea de nación en Mariátegui". *Socialismo y Participación*, N° 11. Lima, CEDEP. Setiembre de 1980. pp. 191-208.
- Foster, David W. "A Checklist of criticism on José Carlos Mariátegui". *Los ensayistas*, N° 10-11. Athens, University of Georgia, 1981. pp. 231-257.
- Garrels, Elizabeth. "Mariátegui, la edad de piedra y el nacionalismo literario". *Escritura. Teoría y crítica literaria*. Año I, N° 1. Caracas, enero-junio de 1976. pp. 115-128.
- Guibal, Francis. "Mariátegui hoy: en torno a algunas interpretaciones recientes". *Análisis. Cuadernos de investigación*, N° 12. Lima, Primer semestre de 1983. pp. 30-49. Incluido en: *Mariátegui, hoy*. pp. 159-182.
- Ibáñez, Alfonso. "La utopía realista de Mariátegui". *Socialismo y Participación*, N° 19. Lima, CEDEP. Setiembre de 1982. pp. 87-95. Incluido en: *Mariátegui, hoy*. pp. 81-92.
- Löwy, Michel. "Le Marxisme Romantique de Mariátegui". Concordia. *Revista Internacional de Filosofía*, N° 11. Frankfurt, 1987. pp. 66-71. También en: *Márgenes. Encuentro y debate*. Año I, N° 2. Lima, Sur Casa de Estudios del Socialismo. Octubre de 1987. pp. 13-22.
- Melis, Antonio. "Estética, crítica literaria y política cultural en la obra de José Carlos Mariátegui, Apuntes". *Textual*, N° 7. Lima, Instituto Nacional de Cultura. Junio de 1973. pp. 66-69.
- Melis, Antonio. "José Carlos Mariátegui y la reforma universitaria". *Apuntes*. Año V, N° 10. Lima, CIUP, 1980. pp. 73-80.

- Melis, Antonio. "Mariátegui: primer marxista de América" *Casa de las Américas*, N° 48. La Habana, Casa de las Américas, 1968. pp. 16-31. Incluido en Aricó, José (Ed) *Mariátegui y los orígenes...* pp. 221-225.
- Nieto, Jorge. "Haya, Mariátegui y el comunismo latinoamericano: 1926-1928". *Socialismo y Participación*, N° 35. Lima, CEDEP. Setiembre de 1986. pp. 49-69.
- Nugent, Guillermo. "Mariátegui y el problema del indio" *Páginas*. Vol. XII, N° 82. Lima, Centro de Estudios y Publicaciones. Marzo de 1987. pp. 4-9.
- París, Robert. "José Carlos Mariátegui y el modelo del comunismo inca". *Allpanchis*. Vol. XIV, N° 16. Cusco, Instituto de Pastoral Andina, 1980. pp. 9-18. Incluido en: *La formación ideológica...* pp. 177-185.
- París, Robert. "El marxismo de Mariátegui". *Aportes*. N° 17. París, Julio de 1970. pp. 7-30. Incluido en: Aricó, José (Ed) *Mariátegui y los orígenes...* pp. 119-144.
- Tamayo Herrera, José. "Mariátegui y la intelligentsia del sur andino". *Allpanchis*. Vol. XIV, N° 16. Cusco, Instituto de Pastoral Andina, 1980. pp. 45-60.
- Terán, Oscar. "Los escritos juveniles de Mariátegui". *Buelna*. Año II, N° 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa. Enero-marzo de 1980. pp. 18-24.
- Vanden, Harry E. "Mariátegui: marxism, comunism and other bibliographical notes". *Latin American Research Review*. Vol. XIV, N° 3. 1979. pp. 61-86. Incluido en: *Buelna*. Año II, N° 4-5. México, Universidad Autónoma de Sinaloa. Enero-marzo de 1980. pp. 87-102. También en: Varios autores. *Ensayos sobre Mariátegui. Simposio de New York*, 1980. Lima, Empresa Editora Amauta, 1987. pp. 73-108.
- Walker, Charles. "Bibliografía reciente sobre José Carlos Mariátegui". *Revista andina*. Año IV, N° 1. Lima, Julio de 1986. pp. 253-273.

\* No se incluye la colección *Obras completas de José Carlos Mariátegui*, por contar con una amplia y reconocida difusión, gracias al trabajo editorial de sus hijos.

## RELACION DE TEXTOS

### I. *El alma vacía: febrero 1911-marzo 1918*

- 1/. Popularidad de Lerroux. El mitin de Jai Alai. Un poeta festivo, 31
- 2/. Cuenta el cable, 34
- 3/. La muerte de Jaurés, 37
- 4/. Juan Manuel, 40
- 5/. Cosas vulgares (Al margen de la crónica policial), 44
- 6/. "Rudyard Ring", ganador..., 46
- 7/. Gesto de Spleen, 51
- 8/. La ruta de Icaro: asomándose al infinito, 51
- 9/. Glosario de las cosas cotidianas, 57
- 10/. Plegaria del cansancio, 62
- 11/. De José Carlos Mariátegui a Ruth (Bertha Molina), 63
- 12/. Glosario de las cosas cotidianas, 66
- 13/. Huelga, 70
- 14/. Carta a un poeta, 71
- 15/. Estremecimiento, 74
- 16/. Minuto solemne, 77
- 17/. La ciudad triste, 80
- 18/. Nos aburrirnos, 82
- 19/. El óleo peruano, 84



II. *Por los caminos de Europa: abril 1918-febrero 1923*

- 20/. Bolcheviques, aquí, 91
- 21/. Cable hostil, 93
- 22/. La reorganización de los partidos políticos, 95
- 23/. Un día grande, 102
- 24/. El ministro bolchevique, 103
- 25/. El maximalismo cunde, 105
- 26/. Yo soy aquel ..., 107
- 27/. Ni una palabra, 109
- 28/. Problema eterno, 111
- 29/. Período de cinco años, 114
- 30/. La patria nueva. Un personal senil y claudicante, 116
- 31/. De José Carlos Mariátegui a Ruth (Bertha Molina), 119
- 32/. Las fuerzas socialistas italianas, 122
- 33/. Los amantes de Venecia, 128
- 34/. Reflexiones sobre Florencia, 133
- 35/. El cisma del socialismo, 137
- 36/. Escenas de la guerra civil, 140
- 37/. ¿La guerra ha sido revolucionaria o reaccionaria?, 143
- 38/. El crepúsculo de la civilización, 147

III. *Tradición y modernidad: marzo 1923-agosto 1926.*

- 39/. Instantáneas, 157
- 40/. De José Carlos Mariátegui a Pedro Ruiz Bravo, 159
- 41/. La crisis mundial y el proletariado peruano, 160
- 42/. La revolución húngara, 170
- 43/. Lenin, 187
- 44/. La transformación del mundo oriental, 192
- 45/. La revolución y la reacción en Bulgaria, 197
- 46/. Los intelectuales y la revolución, 201
- 47/. El 1º de Mayo y el frente único, 203
- 48/. De José Carlos Mariátegui a *Claridad*, 206
- 49/. La urbe y el campo, 208
- 50/. La revolución china, 212
- 51/. Gandhi, 217
- 52/. La crisis de la democracia, 223
- 53/. Lo nacional y lo exótico, 227
- 54/. Las reivindicaciones feministas, 231

- 55/. Dos concepciones de la vida, 235
- 56/. La lucha final, 239
- 57/. Los maestros y las nuevas corrientes, 243
- 58/. De José Carlos Mariátegui a Anita Chiappe de Mariátegui, 248
- 59/. El terror en Bulgaria, 249
- 60/. El rostro y el alma del Tawantinsuyu, 252
- 61/. Los nuevos aspectos de la batalla fascista, 256
- 62/. *La agonía del cristianismo* de don Miguel de Unamuno, 263
- 63/. La crisis alemana y el régimen parlamentario, 267
- 64/. Una encuesta a José Carlos Mariátegui, 270
- 65/. El proceso de la literatura peruana, 274

IV. *Socialismo e indigenismo: setiembre 1926-marzo 1928.*

- 66/. La vida que me diste, 283
- 67/. Presentación de *Amauta*, 283
- 68/. Arte, revolución y decadencia, 285
- 69/. *Levante* por Blanca Luz Brum, 289
- 70/. De José Carlos Mariátegui a Mario Nerval (Augusto Barrio de Mendoza), 291
- 71/. Mensaje al congreso obrero, 292
- 72/. El congreso antiimperialista de Bruselas, 297
- 73/. Intermezzo polémico, 300
- 74/. Rainer María Rilke, 303
- 75/. De José Carlos a *La Prensa*, 307
- 76/. *Jesús* de Henri Barbusse, 308
- 77/. Sergio Essenin, 311
- 78/. Heterodoxia de la tradición, 316
- 79/. Occidente y oriente, 319
- 80/. El destino de Norteamérica, 322
- 81/. Trotsky y la oposición comunista, 326

V. *Asedios y rupturas: abril 1928-abril 1930.*

- 82/. De José Carlos Mariátegui a la célula aprista de México, 335
- 83/. Henri de Man y la "crisis del marxismo", 338
- 84/. La última novela de Máximo Gorki, 342

- 85/. Aniversario y balance, 346
- 86/. Esquema de una interpretación de Chaplin, 350
- 87/. En el día de la raza, 356
- 88/. Principios programáticos del Partido Socialista, 358
- 89/. Freudismo y marxismo, 361
- 90/. De José Carlos Mariátegui a Eudocio Ravines, 364
- 91/. Preludio de Elogio de *El cemento* y el realismo proletario, 368
- 92/. Siegfried y el profesor Canela (Fragmento), 371
- 93/. La Rusia de Dostoievski. A propósito del libro de Stefan Zweig, 373
- 94/. La misión de Israel, 376
- 95/. Andre Chamson y el mito de la nueva generación: la revolución del 19, 381
- 96/. De José Carlos Mariátegui a Nicanor A. de la Fuente, 385
- 97/. Las memorias de Isadora Duncan, 388
- 98/. Aspectos actuales de la crisis de la democracia en Francia, 391
- 99/. De José Carlos Mariátegui a Estevan Pavletich, 395
- 100/. Respuesta al cuestionario N° 4 del "S. de C.P.", 399
- 101/. De José Carlos Mariátegui a Carlos Alfredo Miró Quesada, 407
- 102/. Itinerario de Waldo Frank, 411
- 103/. La lucha de la India por la independencia nacional, 414
- 104/. *Nadja* de André Breton, 417
- 105/. De José Carlos Mariátegui a Ernesto Reyna, 421
- 106/. De José Carlos Mariátegui a Waldo Frank, 423
- 107/. Prefacio a *El Amauta Atusparia*, 424
- 108/. Tres libros de Panait Istrati sobre la U.R.S.S., 428
- 109/. De José Carlos Mariátegui a Blanca del Prado, 431
- 110/. Al margen del nuevo curso de la política mexicana, 433
- 111/. ¿Existe una inquietud propia de nuestra época?, 437

## AGRADECIMIENTOS

Esta Antología ha sido posible gracias al apoyo decidido y entusiasta de Javier Mariátegui Chiappe. Asimismo, pudimos contar con la colaboración de Alberto Tauro y el personal de la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. El proyecto nació de una propuesta que nos hizo Juan Mejía Baca, director de dicha institución.

Parte del material utilizado en esta antología fue recopilado durante el Seminario "Política y partido en José Carlos Mariátegui" dirigido por Eduardo Cáceres en SUR, Casa de Estudios del Socialismo, entre abril de 1986 y setiembre de 1987. Gony Evans aportó con el mecanografiado de los textos.

La edición ha estado en manos, nuevamente, de la perseverancia de Lucho Valera.

Cuando estábamos terminando de preparar esta Antología, uno de los autores fue asaltado por una grave dolencia a la que pudo hacer frente gracias al apoyo de múltiples y diversos amigos. Esto explica la dedicatoria del libro.